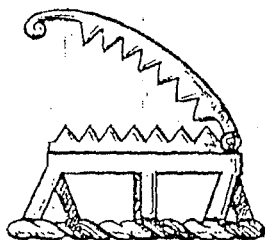


EL MANUAL DE LOS INQUISIDORES

NICOLAU EIMERIC
FRANCISCO PEÑA



Atajos

11

EL MANUAL DE LOS INQUISIDORES

A T A J O S

NICOLAU EIMERIC

Nicolau Eimeric nació en 1320 en Gerona. No contando aún catorce años entró a la orden de los dominicos, y recibió los hábitos en el convento de Santo Domingo de su ciudad natal. En 1357 llegó a ser Inquisidor general de Cataluña, Aragón, Valencia y Mallorca. Su celo extremado fue insoportable para la Casa Real de Barcelona, por lo que dos veces fue exiliado del reino de Catalunya-Aragón. Pese a lo cual ejerció sus funciones inquisitoriales hasta pocos años antes de su muerte, en 1397. También fue Vicario general de su orden, capellán del papa en Aviñón, y formó parte de su séquito en Roma. Se distinguió, entre otras cosas, por su denotada lucha contra Raimon Llull. Y, desde luego, por haber escrito este *Manual de los Inquisidores*.

FRANCISCO PEÑA

De Francisco Peña se sabe poco, si no es que la Iglesia de Roma le confía, a fines del siglo XVI, la edición definitiva y anotada del *Manual*, que ya era lo que llamaríamos hoy un *bestseller* y que, bajo la pluma diligente de Peña, se enriquece y cobra su forma definitiva.

NICOLAU EIMERIC
FRANCISCO PEÑA

EL MANUAL DE LOS INQUISIDORES

Introducción,
traducido del latín al francés
y notas de
Luis Sala-Molins

Traducido del francés por
Francisco Martín



~~Primera edición: 1973~~

- Primera edición en la colección *Atajos*: junio 1996

Título de la edición original: *Le Manuel des inquisiteurs*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático,
ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio
sea éste electrónico, mecánico, reprográfico, gramofónico u otro,
sin el permiso previo y por escrito de los titulares del

COPYRIGHT:

© 1973 by École Pratique des Hautes and Mouton
and Co., París

© 1996 by Muchnik Editores, S. A., Balmes, 25
08007 Barcelona

Cubierta: J & B

ISBN: 84-7669-267-6

Depósito legal: B-25.165-1996

Impreso en Romanyà/Valls. Capellades

Impreso en España - Printed in Spain

Todo lo que se haga para convertir a los herejes es gracia.

EIMERIG

La finalidad de los procesos y de la condena a muerte no es salvar el alma del acusado, sino mantener el bien-estar público y aterrorizar al pueblo.

El papel del abogado es presionar al acusado para que confiese y se arrepienta, y solicitar una penitencia por el crimen que haya cometido.

¡No somos verdugos!

Que se haga todo lo necesario para que el penitente no pueda proclamarse inocente para no dar al pueblo el menor motivo de que piense que la condena es injusta. Aunque sea lastimoso, enviar a la hoguera a un inocente... Alabo la costumbre de torturar a los acusados.

PEÑA

Santo Domingo ha sido mal comprendido (...) Domingo se entregó únicamente a las actividades propias de un predicador evangélico, pero era un hombre de la Iglesia y la Iglesia estaba comprometida, desde hacía tiempo, con un sistema que no sólo implicaba la aplicación de sus propias sanciones, sino también el recurso a la coacción material cuando la palabra resultara inoperante.

YVES CONGAR, dominico
Le Monde, 3 de septiembre de 1969

Reconocemos como una contribución a la paz el hecho de que ya se deplora en todo el mundo (...) la tortura de los presos. La conciencia mundial ya no tolera estos delitos que manchan el honor de quienes los aplican.

PABLO VI
Mensaje anual, diciembre 1969

1. Para hacerlo bien, un manual

Con la Inquisición pasa como con todas las instituciones: ha sobrevivido a su codificación. Codificada, adquirió semblante de vida autónoma; desmantelada, sobrevive merced a la vida que la animaba antes de que tuviera un nombre y se manifestara mediante un procedimiento. Efectivamente, sobrevive —en presente del indicativo— pues aunque la institución parezca muerta, la actitud ideológica —espiritual, ritual, eclesiológica; es amplia la elección de adjetivos aceptables—, de la que era un exponente privilegiado, conserva buena salud.

¿Fue realmente necesaria la epopeya cántara para descubrir las virtudes catárticas del anatema? No. La maldición de Jesús ya había sido para la higuera más nefasta que el rayo, y el labio divino esbozó un rictus de sarcasmo frente a la cananea. Juan, el bien amado, utiliza en el Apocalipsis un lenguaje cuyos resplandores de odio iluminan a veces los abismos tenebrosos del amor. Del amor-precepto. ¿Qué más fácil que lograr un buen florilegio de los ardores inquisitoriales con que se caldea la Iglesia desde sus orígenes hasta nuestros días? El anatema es tan consustancial a la doctrina que no hay dificultad en detectarlo en todas las iglesias que reivindican el Evangelio. ¿Principio de unidad? El arte de la condena, el arte de la prohibición, el arte de la utilización del brazo secular; ¿principio de unidad? Prueba por el absurdo de un paralogismo que podríamos enunciar: nada un tanto como lo que divide.

¿Es decir que la Inquisición está en todas partes? ¿Y, en consecuencia, que basta con enumerar los hechos, sustituirlos en su contexto, y ya está? Sí, la Inquisición está en todas partes. Pero no basta con consignar. O, más bien sí; la consignación sirve, pero hace falta que los archivos digan lo que deben. En otras palabras: conviene que la historia de la Inquisición-institución sea la historia de la Inquisición y la integren todos los elementos de que constaba durante su fase institucional. Tarea minuciosa, en la que se revela periódica y parsimoniosamente al público las conclusiones de tal o cual tribunal. Los especialistas trazan los mapas de implantación de la Santa Inquisición, confeccionan las listas de condenas, enumeran las víctimas de la hoguera diferenciando minuciosamente a los previamente estrangulados y a los quemados en efígie de los que no corrieron tal suerte. Elaboran conmovedoras tablas clasificatorias de las confesiones, para, a continuación, abordar elaborados estudios comparativos de los que se sigue que por cada hereje quemado en la hoguera por orden de la Inquisición romana, hay diez brujas quemadas o ahogadas en Alemania, igual número de judíos víctimas de pogroms en casi todos los países, igual cantidad de católicos enviados antes de tiempo al seno de Abraham por decreto de Enrique VIII de Inglaterra, etc. La conclusión parece inevitable: ¿La santa Inquisición? Un tribunal como los demás; como tantos otros. Tribunal que en España gozó de una longevidad extraordinaria, merced sin duda a ese gusto por lo macabro que caracteriza a la península. Peor para ella. En otros países, prohibición de airear el tema, por haber sido abolido mucho antes. *O tempora! O mores!...*

Es sin duda una manera legítima de escribir la historia de la Inquisición y sería una aberración tratar de hacer reproches a los investigadores por las conclusiones de sus estudios. Si el historiador ve arder cinco condenados solamente en un auto de fe en el que el panfletario ha visto doscientos, no es motivo para entregarle al brazo secular. La cuestión estriba en que en el tema de la Inquisición, la historia de la institución cuenta; igual que cuenta la historia de la codificación de la institución, tanto o más que la de sus sentencias y veredictos. De manera que supo-

ne un grave error, medir el papel histórico de la institución en función de la importancia del programa de caza de los guardias inquisitoriales. La vida de una institución es "multiforme y ningún historiador de derecho emprendería la redacción de una historia sobre el derecho napoleónico limitándose a consultar los archivos de la Audiencia Central. ¿Por qué va el historiador de la Inquisición a mostrar favoritismo por el cómputo de sentencias? Si lo hace se verá obligado a sentar unos principios, de los que lo menos que puede decirse es que no resisten bien la comparación con los hechos. Citaremos dos ejemplos.

Algunos historiadores que han seguido el método que acabamos de señalar llegan a afirmar que prácticamente la Inquisición se inventó para acabar con los judíos, sencillamente porque han establecido paralelismos circunstanciales entre la actividad de los tribunales inquisitoriales y el aniquilamiento —por muerte, conversión o exilio— de importantes centros de judaísmo. Otros han razonado sobre una liberalización de los tribunales del Santo Oficio —*motu proprio*— al comprobar que entre tal y tal período desciende la curva del gráfico de condenas, o porque en una fase determinada les hayan parecido más llevaderas las amonidades de la prisión inquisitorial. Ahora bien, no es sólo arriesgado, sino sencillamente poco hábil establecer como conclusión una relación directa y exclusiva entre institución inquisitorial y persecución de los judíos, una relación de causa a efecto entre la disminución del número de procesos o las modificaciones del régimen penitenciario y la liberalización del tribunal. El código inquisitorial, *opus romanum*, funciona por acumulación, descartando toda enmienda. Ratifica, medra, en proporción directa a las dificultades que debe vencer la institución inquisitorial, para echar raíces y pervivir. Por lo tanto, en base a ello, es admisible hablar de una suavización del brazo secular, de una evolución de la mentalidad de los «procesables», de una hostilidad cada vez más acentuada por parte de la población frente a los esquemas inquisitoriales.¹ Cuando el viento sopla

1. Cf. pp. 119-126, la panoplia de medidas coercitivas de que dispone la Inquisición para asegurarse la ayuda de la autoridad civil reacia a sus planes.

en otra dirección y el público reclama otra vez el rigor del fuego para los aguafiestas, la Inquisición no tiene más que abrir sus gavetas procesales para plantear correctamente el problema y resolverlo. La institución siempre está preparada. Si se halla desprovista no es porque tema el exceso de rigor; se limitará simplemente a modificar algún párrafo para extender legalmente su jurisdicción sobre el nuevo tipo de «combustible». Así sucedería con la Inquisición española en América desde los albores del siglo xvi: ¿No funciona de igual modo el Código de Napoleón?

Por lo tanto, refutar la tesis de una liberalización de la Inquisición no significa apoyar contra toda evidencia —y haciendo abstracción del testimonio de la historia— que la institución tuviera un parto sin dolor y una vida sin altibajos. Todo lo contrario. Ni monolitismo ni suavización, sino evolución y endurecimiento.² A pesar de ello, la institución —como institución— perecerá. Morirá de asfixia, ~~víctima de su propio rigor. Víctima por no haber sabido~~ proceder al *aggiornamento*, por emplear un término también romano.

En realidad, habría que creer, para satisfacer a todos, que todo está permitido en la historia de la Inquisición. Y en ese «todo» hay también un método privilegiado, que, no obstante, conviene considerar en detalle.

Se pasa revista a los distintos textos conciliares, pontificios o imperiales, se ordenan con arreglo a un método cronológico estricto, se efectúan no pocas disquisiciones sobre la personalidad del autor de cada uno de los textos, sobre el alcance de los mismos (quién dice qué, y con qué objeto) y se reflexiona poco sobre los avatares de cada ley o disposición penal. Esto ya no es trazar la historia de la Inquisición como institución, sino la simple enumeración de las medidas eficaces, con buen cuidado de distinguirlas claramente de las medidas ineficaces. Con este curioso procedimiento se llega a un no menos curioso relato en línea

2. El endurecimiento de la institución es evidente. Para comprobarlo basta con comparar el tono de los añadidos del siglo xvi al código inquisitorial del siglo xiv.

quebrada muy parecido a la versión «foto-novela» de las aventuras de Hotzenplotz, que a veces vuelve a casa contento, otras frustrado, y... continuará. Pero el ladrón de los siete cuchillos no es una institución. La Inquisición sí que lo fue, (y lo es). Por ello, es conveniente analizarla como institución, lo que equivale a decir que sus *intenciones* son tan historia, si no más, como sus vicisitudes.

¿Quién legisla? No el patán, sino el defensor del lenguaje, la verdad y la coacción. ¿Quién codifica? El que posee el lenguaje, la verdad, los instrumentos de la memoria. Codificar es elegir; elegir es ordenar con un fin determinado. En el caso que nos ocupa, el fin es, en principio, la salvaguarda de la pureza de la verdad, y en realidad la preservación de una fuerza y la legitimación de su proyecto expansionista. El fin perdura, sea cual fuere la posición de los poderes ajenos a la Iglesia católica. Por lo tanto, el proyecto en sí debe servirnos de orientación en la historia de la institución inquisitorial. Ello significa que hay que efectuar una lectura llana —y no en línea quebrada—, pues este tipo de lectura sólo conviene a un proyecto lineal y constante. Está bien censar las hogueras. Mejor todavía profundizar en el mecanismo mental de los que las encienden; eludir esta metodología es mezclar alegremente autos de fe, caza de brujas y pacificación de las Indias; equivale a excusar a Santo Domingo y Luis IX con el pretexto de que... nosotros no somos distintos. Todos somos inquisidores; no exijamos a la Iglesia romana de los siglos XII y XIII escrúpulos que la sociedad apenas descubrió ayer...

Para entender la especificidad de la institución inquisitorial, quizás haya que proceder de forma muy distinta. Para ello tendremos que intentar descubrir las intenciones, y podemos. Basta con entresacar del farrago de los textos lo permanente, no lo que el historiador decide conservar porque se ajusta mejor que otra cosa a una hipótesis de trabajo. Hay que elegir lo que la institución conserva, lo que se institucionaliza, lo que realmente constituye la vida de la institución y su memoria, su *auténtico código*. El historiador no debe elegir cuando ya la Inquisición ha hecho su elección, pues, obsesiva por el procedimiento, sabe mejor

que el historiador adaptar el aparato a las necesidades. El código es el mejor medio para acceder a la visión del legislador; y nos permite entender la institución del mismo modo que la veían, la vivían y la querían sus propios servidores. El código existe, por repelente que sea su aridez por sus eternas redundancias, tan significativas como inoperantes. ¿Cómo aplicar en la España del siglo XIV los textos pontificios del siglo XII? La respuesta está en los archivos, pero éstos no dicen la intención de la institución ni el porqué de la singularidad de una determinada sentencia. Entre el código y el acusado hay un tercer hombre: el inquisidor. El inquisidor lee el código, pero igualmente conoce sus posibilidades reales de acción: muchas veces los archivos no guardan más que los interrogatorios y las sentencias... pues el inquisidor no tiene interés alguno en confiar al notario los razonamientos de que se ha valido para pasar del texto del código a la formulación de la sentencia. Puede decirse que la institución, en el momento crucial, es concretamente el inquisidor.

Y, claro, la institución ha pensado en su soledad, en los problemas que tiene que resolver, en su incapacidad para retener la abrumadora masa de textos, dogmas, instrucciones. Y la institución ha dotado al inquisidor de un medio: el manual, que, intermediario entre los textos y el juez, servirá para que éste interiorice el propio texto.

Naturalmente, el manual no escapa a la impregnación de la época, precisamente por ser una propuesta de lectura del código, formulada en un contexto histórico preciso y formulada no por el legislador, sino por un intérprete de la ley. El manual es un elemento indispensable a la ponderación exacta de la evolución de la institución. Indispensable, sí, pero insuficiente.

A menos que... el manual, que nos da el tufo del ambiente de la época, sea simultáneamente código, historia del código, interpretación del código amén de índice prospectivo de la institución. El *Directorium inquisitorum* o *Manual de inquisidores* de Nicolau Eimeric, en su versión romana, es todo esto a la vez.

Veamos brevemente la historia del *Directorium*: Eime-

ric¹ lo escribió en Aviñón hacia 1376. Por lo tanto, las disertaciones de Gui Foucoi² estaban ya muy anticuadas, la obra de Guillaume Raymond, Pierre Durand, Bernard de Caux y Jean de Saint-Pierre contaba más de un siglo,³ y la famosa *Practica officii Inquisitionis* de Bernard Gui⁴ había cumplido más de cincuenta años, cuando el dominico catalán emprendió su propia «compilación». Ya podía estabilizarse el procedimiento, habiendo alcanzado el derecho inquisitorial una sutilidad sin igual, la institución «funcionaba». Però faltaba alguien que, del mismo modo que Raimon de Penyafort en su época había «estabilizado» el derecho canónico,⁵ ordenara, a modo de suma, todo lo necesario para bien inquirir.

Ahí radica precisamente la novedad fundamental del texto de Eimeric. Como ha señalado A. Dondaine, Eimeric no se limita a presentar, como sus predecesores en derecho inquisitorial, colecciones de textos jurídicos y rela-

3. Nicolau Eimeric nació en 1320 en Gerona (reino de Aragón-Cataluña). Con sólo catorce años, ingresó en 1334 en la orden dominica; vistió el hábito en el convento de Santo Domingo de su ciudad natal. En 1357 fue nombrado Inquisidor general de Cataluña, Aragón, Valencia y Mallorca, sucediendo en el cargo al dominico Nicolau Rosell que ascendió al cardenalato en 1356. Ejerció el cargo de 1357 a 1392, con dos largas interrupciones: de 1360 a 1365 y de 1375 a 1387. En dos ocasiones, de 1377 a 1378 y de 1393 a 1397, se vio obligado a exiliarse de las tierras del reino de Aragón-Cataluña debido a que su celo inquisitorial y sus posiciones políticas y teológicas se hicieron insoportables para la casa real barcelonesa. Pero Eimeric nunca llegó a considerarse verdaderamente depuesto de su cargo. En 1362 se convirtió en Vicario general de su orden en las tierras de la Corona. En 1371 se le concedió el título de capellán del papa en Aviñón y, en ejercicio de sus funciones, siguió a Roma al pontífice Gregorio ix. En 1391 presidió el capítulo general de su orden. Regresó en 1397 al convento de Santo Domingo de Gerona, en donde murió en 1399.

Aparte del *Directorium inquisitorum*, Eimeric es autor de varias obras teológicas (a destacar un tratado titulado *De duplici natura in Christo*, y una *Explanatio in Evangelium Johannis*) y de una serie de libros contra las doctrinas de su compatriota el filósofo Raimon Llull y sus discípulos, a quienes condenó sin excepciones —por heresiarcas y herejes, según él— al rigor de la Inquisición. Ni la Iglesia ni la corona de Aragón-Cataluña vieron con buenos ojos el rigor antilulista del dominico. Véase, además, nota 25.

4. *Consultationes ad inquisitores haereticæ pravitatis*.

5. Escrita hacia 1250.

6. Probablemente acabada en 1324.

7. En 1320, por orden del papa Gregorio ix.

ciones de sentencias, con las consiguientes florituras en descripciones farragosas, precisas, meticulosas, sobre la vida, las costumbres y las creencias de tal o cual hereje, de los adictos a tal o cual secta, todo ello con cierto desorden y entreverado de largas disquisiciones apologeticas elaboradas sobre sucesos de valor circunstancial; no, Eimeric «ofrece un tratado sistemático totalmente elaborado para exclusivo ejercicio de la función». La obra de Eimeric rebasa la dimensión del manual: es el directorio del inquisidor.⁸ Eimeric lleva a cabo en derecho inquisitorial lo que su compatriota y hermano en religión Raimon de Penyafort realiza en derecho canónico. Eimeric no inventa nada; lee, compara, confronta. No hay una sola línea de su manual que no remita a los textos conciliares, bíblicos, imperiales o pontificios. Ni una sola reflexión «personal» que no esté basada en pasajes de la Escritura o de la patrística. Ni una sola argucia teológica no justificada por la autoridad de Santo Tomás de Aquino o de algún gran teólogo. Y cuando la duda es permisible, Eimeric relaciona con la escrupulosidad de un cartógrafo las tesis existentes, contradictorias o complementarias. Es una suma enraizada en los textos y en la que, naturalmente, se afianza el procedimiento. A su estructuración perfecta debe su perfecta claridad y su intachable mérito. Eimeric, por afán de eficacia, desaparece voluntariamente tras el texto, salvo en contadas excepciones, y hace referencia a su propia experiencia como inquisidor⁹ con gran parquedad. Si existiera la neutralidad —y la inocencia— en materia de compilación de textos jurídicos o teológicos, Eimeric sería neutral —e inocente—. Si la institución tuviese una memoria, el manual de Eimeric sería esa memoria.

El inquisidor catalán parte de una consideración primaria: cualquier inquisidor debe utilizar, en el ejercicio de su cargo, innumerables textos de diversa índole que nadie había compilado de forma exhaustiva. Los inquisidores tenían que consultar decretos conciliares, leyes imperiales y reales, constituciones, aparatos, glosas, encíclicas, bulas e indultos rea-

8. A. DONDAINE, «Le manuel de l'inquisiteur», *Archivium Fratrum Praedicatorum*, 17, 1947.

9. Cf., por ejemplo, pp. 171 y 176.

les, pontificales, episcopales, instrucciones de Inquisiciones locales, de provinciales y de órdenes religiosas..., consultar para aclararse. Y esto en cada fase del ejercicio de su función: al interrogar, al «procesar», al condenar, al torturar... incluso al absolver. Pero al no existir un compendio completo de todo este material, se caía irremediabilmente en graves riesgos de error de procedimiento y hasta de irregularidad,¹⁰ y en una flagrante falta de unidad en el ejercicio de la función inquisitorial. Eimeric pensó que había que «recopilar en un solo volumen los textos dispersos, y no al azar, sino de tal modo que nada faltase y todo estuviera armoniosamente ordenado». Así nació el manual, integrando en una sola trama « cánones, leyes, constituciones, aparatos, determinaciones, condenas, prohibiciones, aprobaciones, confirmaciones, consultas y respuestas, epístolas, indultos, consejos y análisis de los errores de los herejes ». Aún añadiría Eimeric a esta compilación —inspirándose en sus predecesores— numerosos formularios, modelos de redacción de sentencias, fórmulas de abjuración y de condena, etc. Incluye —resumamos citándole al pie de la letra— «todo lo necesario para el ejercicio de la Inquisición».

Sin embargo, el procedimiento no es más que un aspecto de las preocupaciones del también teólogo Eimeric.¹¹ Necesita una argumentación que desborde el marco estrictamente jurídico, construida de manera que cualquier inquisidor pueda consultarla para hallar una respuesta adecuada a todas y cada una de las torpezas mentales de que pueda ser capaz el hereje más contumaz: «El manual consta de tres partes. En la primera se trata de la fe católica y su raigambre. En la segunda se habla de la maldad herética que hay que combatir. La tercera está consagrada a la práctica del oficio, que hay que perpetuar.» Eimeric dixit. Ya tenemos el decorado y, desde el principio, explicitada la intención profunda del inquisidor. No es arriesgado afirmar que en esa división tripartita y en la ambición del conjunto,

10. Se habla de «irregularidad» en lenguaje canónico cuando existe transgresión de una regla que afecta la práctica o a los estatutos del clero. Podemos decir que la irregularidad es a la disciplina lo que la herejía a la fe. *Cf. supra*, p. 115, nota bio-bibliográfica.

11. *Cf. supra*, p. 115, nota bio-bibliográfica.

radica el secreto de supervivencia del *Directorium inquisitorum*.

Comparemos por un momento las líneas maestras de la arquitectura del *Directorium* con la división en cinco partes de la *Practica* de Bernard Gui. Éste habla y escribe para una zona perfectamente delimitada: la región de Tolosa, el «Carcassès», el «Albigeois» y el «Narbonnais». En el texto se reúnen diversas actas y fórmulas de citación, de sentencias, etc. Es el anecdotario de una página de la Inquisición, con un largo prólogo de exposición teórica sobre los poderes del inquisidor. La última parte trata del procedimiento, pero también en ella es mínimo el esfuerzo de teorización: Gui ejemplifica los interrogatorios, pero en ningún caso propone un esquema general. Gui relata. Por ello, un manual del estilo de la *Practica* estaba condenado a envejecer, a morir de muerte natural, ya que en realidad sólo propone una reseña, inutilizable después de su redacción. A fuerza de acumular detalles sobre las costumbres de los cátaros y los valdenses, invectivas contra tal o cual fallo del procedimiento, no pasa de ser un texto testimonial. Bernard Gui es un inquisidor que habla en nombre propio de su propio método inquisitorial.¹² El ambiente de una época.

La obra de Eimeric es de muy distinta envergadura. Eimeric no se dirige a los tribunales inquisitoriales cercanos, sino a todos los inquisidores, a todos los teólogos, a todos los juristas y canonistas que los inquisidores puedan considerar útil consultar. Consciente del alcance universal de su trabajo, el inquisidor del reino de Aragón exhorta sin rubor alguno a «todos los inquisidores a que consulten con devoción la recopilación, la estudien atentamente, graben su contenido en el corazón, sin dudar un ápice de su veracidad, imponiendo su estudio a los teólogos y juristas que formen parte de consejos, y finalmente a ceñirse totalmente a ella al dictaminar las sentencias».

Este sentido de universalidad —plantar la fe, expulsar

12. Puede consultarse, sobre las intenciones de Bernard Gui y de su estilo, el prólogo a la edición abreviada de la *Practica* de G. Mollat (Bernard Gui, *Manuel de l'inquisiteur*, editado y traducido por G. Mollat, París, Les Belles Lettres, 1926, 2 vol., 193 p. y 170 p.).

la herejía, salvaguardar el Santo Oficio—, esta estructura peculiar y nueva, esta reserva, es lo que justifica la enumeración anteriormente citada: el código, la historia del código, la interpretación del código, el índice prospectivo de la institución. Semejante estilo y tal claridad (pese a las repeticiones, mas ¿quién puede reprochar al teólogo y al jurista por repetirse?) explican, en mi opinión, que sea *este* manual y no otro el elegido por Roma en el momento en que decidió de una vez por todas unificar los procedimientos inquisitoriales. Los manuales —y no hay muchos— proponían la unificación y Roma tenía que imponerla. Llegado el momento se eligió el *Directorium inquisitorum* de Eimeric. ¿Por puro azar? Claro que no....

El manual de Eimeric ha sido el único libro en su género que mereció los honores de la imprenta desde los albores del siglo xvi. No tiene precedentes impresos. * Se imprimió en 1503. Admitamos que, de momento, esto no demuestra nada.

Entre 1578 y 1607 el *Manual* se reedita cinco veces: tres en Roma —1578, 1585 y 1587— y dos en Venecia: 1595 y 1607. Esto ya es algo más significativo. Y lo que transforma el libro de Eimeric en monumento histórico, es precisamente el trabajo de la reedición romana. Es como si Roma reconociese —dos siglos más tarde— la tarea de Eimeric como su propia obra, la orientación del autor como su propia orientación, la trama teológica del texto del inquisidor de Aragón como su verdadera orientación teológica frente a una nueva estirpe de modernos cátaros. La Inquisición española triunfa fortalecida con sus propias «instrucciones». Las inquisiciones europeas... no tanto: el procedimiento se diversifica al límite y se desmorona por todas partes. La Santa Sede advierte que ya es hora de ordenar un poco la institución inquisitorial y encarga a un canonista español, Francisco Peña, la reedición del *Manual de inquisidores* de Nicolau Eimeric y, sobre todo, que

* Cabe mencionar una excepción. El *Repertorium Inquisitorium* se imprimió en Valencia en 1494. Pero el *Repertorium* no tiene el valor fundamental de *Directorium*. Sobre las relaciones entre los dos textos véase: L. SALA-MOLINS, *Le dictionnaire des inquisiteurs, Valence, 1494*, París, ed. Galilée, 1981.

lo enriquezca con todo lo que la historia de la institución haya acumulado en textos, leyes, disposiciones, reglamentos, instrucciones, etc. a partir de la muerte de su autor. Roma no podía contentarse con la simple edición del texto original de Eimeric establecida en 1503.

El canonista español emprende el trabajo concienzudo y escrupulosamente, con calma. Consulta la edición de Barcelona (1503) que descarta, como buen paleógrafo, en favor de ciertos manuscritos del *Manual* — todos ellos del siglo xiv o de principios del xv — cuyos orígenes revelan por sí solos la importancia de la difusión manuscrita del texto de Eimeric.

Uno de ellos procede de la biblioteca del cardenal Sabelli, «Inquisitor Maximus» de la Iglesia romana. Otro pertenece al cardenal De Gambara, «Inquisitor generalis». Un tercero proviene del tribunal inquisitorial de Bolonia (Bolonia: la ciudad en que el derecho se hace y se deshace...). Finalmente, Peña utiliza para su «restitutio textus» un manuscrito «vetustissimum» procedente de Aviñón que contiene notas y correcciones que él atribuye al propio Eimeric, alegando a favor de su tesis argumentos de gran valor paleográfico que no viene al caso transcribir aquí (aunque señalaremos que este manuscrito formaba parte de un conjunto de documentos y otros papeles localizados en Aviñón, que habían pertenecido, sin lugar a dudas, al inquisidor Eimeric). El cotejo de manuscritos de que disponía Peña (del que poseemos microfilm) junto con el texto de las ediciones romanas y venecianas, pone en evidencia el rigor científico del trabajo de transcripción efectuado por el canonista. Peña transcribe con toda seriedad y con escrúpulos de editor moderno cuando, ante una lectura problemática, explica con todo detalle por qué elige una variante en detrimento de otras que transcribe al margen. En resumen: ante un aparato crítico tan impecable, se impone una conclusión: Roma respeta totalmente la palabra de Eimeric.¹³

13. Hay que añadir a la lista de «escrúpulos profesionales» de Peña, la del recenso de los textos eimericienses poco fundamentados. El canonista del siglo xvi no duda en denunciar a Eimeric las raras veces en que el inquisidor del siglo xiv se inventa un texto por necesidades de la causa; tenemos un ejemplo en la p. 251.

Ahora bien, el texto eimericiense no constituye más que una mitad —si llega— del texto romano del siglo xv, y ya hemos hablado de la calidad de sus aditivos. ¿Elegidos al azar, o según los criterios «apasionados», al modo de Bernard Gui? No; elegidos metódicamente, según las normas de los compiladores. Todos los textos. En una concatenación rigurosa, sin pasión; como debe hacerlo el jurista, consciente como nadie del alcance universal del objeto de su empresa.

Efectivamente, no es por un apego personal de canonista a tal o cual texto que Peña emprende la tarea. Son el general de los dominicos, Paolo Constabile, y el comisario general de la Inquisición romana, Thoma Zobbio, quienes encargan al canonista, *en nombre del Senado de la Inquisición romana*, que restablezca y complete el texto de Eimeric. Durante todo el tiempo empleado en elaborar la edición, Peña no deja de consultar a sus mentores. Simultáneamente divulga el proyecto que le han confiado y avisa a los inquisidores de diversas regiones que va a reeditar el *Directorium*. Consulta a teólogos y obispos y les pide que le envíen sus preguntas, sugerencias, orientaciones, que le expongan sus problemas. Son precisamente las respuestas a las encuestas las que enriquecen notablemente las glosas peñianas, y gracias a ellas vemos *vivir* la institución inquisitorial a finales del siglo xvi. Enriquecer es la palabra. Peña no cae en la dispersión. En su época ya estaba establecido el derecho inquisitorial, aunque multiforme; los inquisidores locales complicaban los procedimientos, introducían «costumbres», volvían a descubrir la noción de «privilegio». En este sentido, la empresa del Senado inquisitorial romano es significativa: Peña recuerda a quien corresponda que la Inquisición es *opus romanum*, lo que en la práctica quiere decir que, obedeciendo órdenes concretas, el canonista español centra sus comentarios y sus puestas al día en el «derecho común inquisitorial», en lo que tentados estamos de calificar una «*Inquisitio perennis*». Las costumbres particulares de tal o cual Inquisición se mencionan en los casos necesarios, pero una norma general las priva de todo valor real; y, en caso de duda, los inquisidores deben ceñirse única y exclusivamente al derecho común. Por su-

puesto, «derecho común», en el texto, corresponde a una noción con sentido muy poco común que analizaremos sobre la marcha a su debido tiempo.

Se impone una conclusión: el *Manual*, la obra más perfecta de su género en el siglo XIV, aumentado por las glosas de Peña, constituye el manual. Ciertamente que seguirán otras recopilaciones de textos, paralelas, claro, a los trabajos de Peña y de sus predecesores; otros canonistas y otros insig- nes teólogos afinan, en beneficio de la «Inquisición española» (apelativo totalmente inapropiado para designar el tribunal inquisitorial de Madrid) un instrumento procesal que tendrá larga vida, pero los historiadores no han caído en la trampa, ni tampoco los eruditos que, con ediciones parciales y traducciones, han garantizado para el texto de Eimeric una vigencia que los otros manuales no han tenido." Baste con recordar que la *Práctica* de Bernard Gui sólo vuelve a salir a la luz a finales del siglo XIX."

Hay que añadir que, preocupado por no dejar sin esclarecer una sola coma de los argumentos justificativos del procedimiento, Peña enriquece la recopilación de Eimeric con apéndices de incalculable valor. Al final de la obra incorpora principalmente todas las cartas apostólicas, todas

14. Exceptuando las ediciones de Barcelona, Roma y Venecia, señalemos la existencia de un *Manuel des inquisiteurs à l'usage de l'Inquisition d'Espagne et du Portugal*, París, en el que no figura el traductor, 1762 (esta traducción abreviada de la edición romana podría ser del abate Morellet). En 1821 J. Marchena editó en Aviñón un *Manual de inquisidores para uso de las inquisiciones de España y Portugal* que no es más que la traducción castellana del resumen francés editado en 1762. André Dalmas propuso hace unos diez años, con el título de *Manuel des inquisiteurs de Nicolas Eymerich* (Le nouveau Commerce, 17, 1970, pp. 109-133), un compendio francés... del compendio francés de 1762. En el texto propuesto por este editor no figura mención alguna de los dos «momentos» de elaboración del *Manual* (siglos XIV y XVI), de forma que el lector no informado descubre estupefacto que los jesuitas y los papas del Renacimiento se expresan a través de un texto que André Dalmas dice estar «compuesto en 1358». ¡Oh, milagro! Y eso no es todo. En 1974 Editorial Fontamara publica otra vez el texto de Marchena, afirmando a pie juntillas que Marchena realizó su resumen (su zanfaina, diría yo) del *Directorium* sobre el texto de Eimeric y no sobre el resumen francés de 1792. Pero, ¿para qué fastidiar al lector con tantos detalles? Que lea y que ni se entere, pero que no pregunte. Tal parece ser la moral de ciertos «historiadores».

15. Publicado por primera vez por C. Douais en 1886.

las bulas relacionadas con el Oficio de la Santa Inquisición a partir del pontificado de Inocencio III, en que vivió Santo Domingo de Guzmán, hasta el de Gregorio XIII, en que vieron la luz las ediciones romanas, cubriendo el período de 1198 a 1585."

2. *Opus romanum*

¿Se inicia la Inquisición en 1198 bajo Inocencio III? ¿En esa fecha y en ese pontificado? ¿Con qué texto particular se adopta la costumbre que encauza el asunto hacia el auto de fe, estableciendo de inmediato la vocación procesal? ¿Acaso no está ya esbozado en los Hechos de los Apóstoles el camino que lleva al auto de fe? ¿En el efecto fulminante de la irascibilidad de Pedro... o en la patrística primitiva? Porque ya en los albores de la evangelización se esgrime el anatema. Pero seamos serios una vez más.

Hay que distinguir dos zonas bien delimitadas en la represión de la herejía.

Todo el mundo admite que una institución segrega sus propios medios de autodefensa. Hablando de la disciplina eclesiástica, todo el mundo acepta que el obispo, dotado del poder de enseñar y mandar, tenga algo que decir respecto a la integridad de la fe de las almas de su grey. Todo el mundo acepta que se traspasa el límite entre la salvaguardia y el celo cuando el poder de control —actualmente se designa de otro modo— es total o parcialmente arrebatado a los que lo detentan *institucionalmente* y transferido a un «tribunal de excepción». Y nadie ignora que no hay nada que entender cuando el tribunal especial se convierte —a quién sabe por qué artificios— en la instancia ordinaria. Desde esta perspectiva, el origen prístino de la inquisición «moderna» habría que localizarlo indudablemente en el pri-

16. La primera fecha es la del breve *Inter coetera* y la segunda la de la «constitución» *Sancta Mater Ecclesia* que promulgaba la obligación de un sermón semanal contra el judaísmo para los judíos.

mer texto posible —pontificio o conciliar— en el que se desposeyera a los obispos de su autoridad *docendi et iudicandi* en beneficio de una entidad no episcopal, o que obligara a los laicos a colaborar con la «autoridad delegada» para atender eficazmente las necesidades de salvaguardia de la fe. El hierro, la infamia y la expoliación para los herejes a gusto de los obispos, con la aprobación y el estímulo de Roma, es la «Inquisición episcopal» propia del siglo XII cuyas constituciones la mayoría de las veces quedaron en papel mojado. Roma dirigiendo abiertamente los asuntos inquisitoriales mediante el celo de delegados inquisitoriales que en nada tenían que dar cuentas de su mandato al episcopado local, es la «Inquisición delegada», tal como la deseaba Domingo de Guzmán y tal como se la conoce simplemente con el nombre de inquisición. La curia romana asegura la continuidad de la institución en el aspecto jurídico, y del aspecto práctico se encargan los dominicos (y después, junto con ellos, otras órdenes religiosas). No hay necesidad de escribir esta historia que pone en juego a reyes franceses, dominicos, cátaros, condes de Toulouse y papas, para no hablar más que de los principales actores del drama.

Por el contrario, hay bastante que hablar sobre la evolución de la mentalidad pontificia, sobre la que recae plentamente, en principio y en último término, toda la responsabilidad de la institucionalización. Veamos cómo la evolución de la institución se explica enteramente por la homogeneidad subyacente de la mentalidad pontificia.

Prescindamos de los aspectos inquisitoriales de la historia de los concilios y limitémonos a señalar que, como dicen teólogos y canonistas, desde los orígenes de la Iglesia sus pastores se mostraron extremadamente severos para con los seudodiscípulos, que «no entraban por la puerta al redil de la Iglesia; para con todos los zorrillos cuya única ambición era saquear la viña del Señor Sabaoth». Desde el principio los concilios promulgaron disposiciones para combatir

17. Pues se trata precisamente de una desposesión del poder episcopal en favor de la Inquisición delegada. Los poderes del inquisidor sólo pueden ejercerse con el consentimiento y muchas veces la colaboración del obispo, cierto. Pero el inquisidor no es en absoluto responsable ante la sede episcopal. A este respecto son muy significativas las respuestas de Eimeric a la pregunta 55, p. 265.

la herejía, disposiciones que los papas incorporaron a sus propios breves. Pero Roma hace algo mejor: confiere valor apostólico a los decretos promulgados por los reyes para combatir la herejía. Es impresionante la colección de este tipo de textos. Quien se dedique a explorarla, buscará en vano indicios de un progreso hacia la simplificación, el aligeramiento. Y con razón: Bonifacio VIII dispone que no puede derogarse nada de lo que en materia de lucha contra la herejía y los herejes hayan establecido todos sus predecesores en el Solio pontificio. Algunos años más tarde, Clemente V, durante el concilio de Viena, siguiendo el ejemplo de su antecesor Bonifacio VIII, declara que no se puede suprimir nada de las leyes pontificias y conciliares contra los herejes y relativas al funcionamiento de la Inquisición. Inocencio IV, preocupado por el futuro de las leyes pontificias preceptivas en materia de herejía, para calmar la inquietud, no de inquisidores y obispos, sino de los detentores del poder secular, declara imprescriptibles todas las leyes, todos los decretos sobre el tema. Inocencio IV encuentra los medios para sus fines y ordena a reyes, cónsules, etc. que incorporen a su propio «código» todas las normas eclesiásticas y las leyes federiquistas¹⁸ promulgadas en beneficio de la Inquisición, para perseguir, desarraigar y aplastar la herejía. Si no lo hacen, el papa amenaza a príncipes y villas con la enemistad de la Iglesia (fórmula a la que la lectura del *Manual* dará en su momento el significado exacto).¹⁹ En contrapartida, la Santa Sede extiende la imprescriptibilidad—salvo casos de contradicción interna— a todas las leyes y disposiciones reales, imperiales o episcopales promulgadas en cualquier época con objeto de combatir las herejías. Por lo tanto, las leyes estrictamente inquisitoriales se basan siempre en leyes más antiguas. La propia imprescriptibilidad cuenta con un modelo, y los teóricos de esta trabazón entre

18. Decretos contra la herejía promulgados por el emperador Federico II (coronado en 1220) en 1220, 1224 y 1227. Las leyes federiquistas se convirtieron oficialmente en leyes pontificias (aunque Federico II fuese excomulgado en 1227) al incorporarlas Inocencio IV a su bula *Cum adversus haereticam pravitatem*. Esta «canonización» de las leyes imperiales fue explícitamente confirmada por los papas Alejandro IV y Clemente IV.

19. Cf. en particular las páginas dedicadas al interdicto.

represión real y represión pontificia aluden para validarla a leyes promulgadas en el año de gracia de 470 por los emperadores Teodosio y Valentino. Teodosio avala la validez de «todas las leyes promulgadas en tiempos pasados para combatir a los que se oponen a nuestra fe», y proclama que «nunca serán anuladas y que ningún privilegio prevalecerá contra ellas».

La postura de Roma frente a las leyes caídas en desuso es muy clara: el desuso no tiene valor de abolición, y ninguna ley, ninguna disposición que ataña a la herejía pierde vigencia independientemente de la amplitud del período que lleve en desuso. Estas leyes quedan exentas de abrogación o de enmienda, salvo que la enmienda sea consecuencia automática de la formulación de una nueva ley. Efectivamente estas leyes «nunca mueren», y para ello están los teólogos, para recordar que el mismo Platón proclamaba firmemente (Leyes, libro ix) que lo que la ley dispone una vez, lo dispone para toda la ciudad para siempre.

Naturalmente la Santa Sede se reserva el poder absoluto de mejorar la ley, completándola, orientando la práctica inquisitorial, y no hace al caso argumentar contra la *perennitas* de la ley el hecho de que el poder episcopal se halle reforzado por el poder inquisitorial para «inquirir, interrogar, convocar, detener, torturar y sentenciar».

¿Significa esto que todos los textos de la colección de leyes judiciales y represivas, desde el emperador Teodosio hasta los papas del Renacimiento, son de igual validez para el ejercicio de la Inquisición? En términos absolutos, sí. Pero en realidad son leyes que se duplican, leyes telescópicas, y está claro que la complicación procesal es paralela a la simplificación de la importancia de las leyes que permanezcan vigentes y al refuerzo de la voluntad de represión y de pureza en materia de fe. Aquí se plantea realmente la cuestión sobre la oportunidad y la autoridad de los «estatutos» de la Inquisición. Por acuciante que sea la pregunta, la respuesta es fácil: los estatutos no divergen en absoluto (salvo en su concisión) de la universalidad de las leyes. Añadamos, en favor de los estatutos, una comodidad suplementaria de utilización. Es una constante en la doctrina de la Santa Sede que haya que remitirse a ella siempre que exista

conflicto entre el código civil, las costumbres y usos locales por un lado, y la ley inquisitorial por otro.

Se ha hablado de «cúmulo» de disposiciones legales, afirmando que este «método acumulativo» refleja bastante bien el endurecimiento del siglo XVI. Ya es hora de recordar que Roma confiere valor universal *igualmente* a las leyes promulgadas por los concilios locales que la historia considera como auténticas fuentes del derecho inquisitorial moderno. ¿No ha conferido Urbano VI expresamente valor universal —en su bula *Prae cunctis*— a los cánones de los concilios de Toulouse, Béziers y Narbona? ²⁰

Finalmente, cuando irrumpe en la historia el Senado inquisitorial de Madrid, se plantea una última pregunta (a los historiadores modernos, pero en absoluto a los canonistas romanos de los siglos XV y XVI): la de la posibilidad, para una Inquisición nacional o local, de promulgar leyes y la postura de Roma al respecto. ¡Cuántas páginas dedicadas a los «conflictos» entre Roma y Madrid! ¿Quién recuerda aún que la Inquisición española era también, *y ella sobre todo, opus romanum*? ¿Para qué precisar una vez más que, por el nombramiento de su personal, por sus «placet» y porque —incluso en España— sigue siendo la última instancia, Roma controla la Inquisición española del mismo modo que controla las otras Inquisiciones? Nadie debería asombrarse al leer al final de la edición romana del *Manual* la respuesta a la pregunta que nos ocupa:

«Sé que son numerosos los que se preguntan sobre el alcance jurídico de las instrucciones o de las constituciones propias del Oficio de la Inquisición en ciertos países, en España por ejemplo.

Quiero precisar, para empezar, que esas «instrucciones» —y una instrucción no es un canon, ni una ley— no tienen que ser observadas más que por los tribunales inquisitoriales de dicho país. Fuera de España —si hablamos de la Inquisición española— tales instrucciones no tendrían fuerza jurídica alguna. Los jueces de segunda categoría,

20. Años 1229, 1246 y 1235 respectivamente.

aunque tengan poder para promulgar leyes, no poseen autoridad para conferirles validez fuera de su circunscripción. Es una regla general, que no sólo es válida para la Inquisición en España, sino para el poder legislativo de toda la Inquisición y de todos los inquisidores. Dicho esto, los inquisidores de otras provincias, de otros países actuarán con prudencia consultando, en caso de duda, las instrucciones de otro tribunal o de otro país siempre que puedan y en la medida en que puedan adaptar su práctica sin contravenir el derecho común teniendo en cuenta los usos de su propio territorio y las circunstancias particulares de personas y de asuntos. Y permítaseme expresar francamente mi impresión. Las instrucciones de la Inquisición española son de extremada utilidad: racionales, prudentes, obra de doctores muy versados. Explican perfectamente todo lo concerniente a la práctica inquisitorial, de tal manera que son perfectamente adecuadas a la función y a los cargos de los inquisidores. Por ello, pienso que nadie corre peligro de equivocarse consultándolas y actuará muy inteligentemente quien, en materia inquisitorial, siga las instrucciones de la Inquisición española, tanto en el modo de conducir las pesquisas, como en el de juzgar, absolver o condenar.

Sin embargo, si existiera conflicto entre dichas instrucciones —en algunas de sus aplicaciones— y el derecho común, el punto litigioso de las instrucciones resultaría por tal motivo afecto de invalidez. A menos que el Inquisidor general de España u otro cualquiera obtuviera de la Santa Sede apostólica la vigencia de tal disposición en contra del derecho común, haciendo valer la utilidad de la práctica contemplada para la erradicación de la herejía.»

Señalemos de pasada que cualquier inquisidor puede contravenir al derecho común, si lo juzga oportuno, y concluyamos diciendo que las instrucciones de la Inquisición

española son una «manera de ser» de la Inquisición pontificia, y que la Santa Sede considera tales instrucciones ejemplares y autónomas —en la Península y fuera de ella— por estar legitimadas por la autoridad pontificia. ¿Caemos en exageración? Está claro que no, pues la edición romana específica —hablando de los posibles conflictos entre la Inquisición española y el derecho común— que lo que es válido para la liquidación de esta clase de conflictos en España, es válido en otros países. El fundamento es que toda la Inquisición se beneficia para el ejercicio de su práctica de la imprescriptibilidad de que hemos hablado y que, por supuesto, los usos de las inquisiciones locales (¡precisamente por ser usos!) tienen fuerza de ley, reconocida explícitamente y caso por caso en un documento escrito. Efectivamente el documento de aprobación incluye siempre la siguiente fórmula: «...Que procedan contra todos los herejes recurriendo a todas las autoridades, facultades y poderes que detenten, tanto del derecho como de usos confirmados.» Es la opinión de los doctores, especifica el texto romano.

Vayamos a un ejemplo práctico del alcance de esta «manera de legislar». Supongamos que una Inquisición local persigue tradicionalmente a los blasfemos con el mismo rigor que a los herejes: pues dicha Inquisición no hace más que conformarse al derecho ejerciendo sus poderes sobre unos y otros, ya que se escuda legítimamente, tácitamente o no, en el privilegio que dicho uso constituye para ella. ¿Quién se sorprendería —comenta el texto romano— si sabemos que «el derecho consuetudinario posee tal valor que incluso puede subordinar las leyes canónicas»? Está claro: con mayor motivo puede subordinar al derecho común.

¿Significa esto que la *mens romana* llega al extremo de someter la razón a la costumbre, tras someter a la costumbre las leyes canónicas? No. Roma en el siglo XVI es inteligencia, delicadeza. Muchas facilidades sí, pero no es elegante contar con todas las facilidades. Por ello se inculca a los inquisidores del siglo XVI y de los tiempos futuros, el buen uso de la costumbre mediante ciertas fórmulas restrictivas: No vayan los inquisidores a concluir por lo antedicho que todo uso sea razonable. Son razonables y, en consecuencia, se considerarán establecidos sólo aquellos «que no con-

tradigan el derecho escrito». Y nada más. Está claro que canonistas e inquisidores como expertos que son sabrán distinguir entre la «menor autoridad» del derecho común y la autoridad de las leyes escritas que se hallen en vigor en uno o en otro país. ¿Acaso no cuentan para ello con la gracia de su condición? ¿Pero y en caso de duda? ¿En caso de franca oposición al derecho común o al derecho escrito vigente en una región en que las autoridades no inquisitoriales no se muestren muy predispuestas a aceptar las decisiones de una jurisprudencia superior? En tan lamentables circunstancias se seguirá la orden siguiente:

Los inquisidores se atenderán, en principio y durante todas las etapas del oficio, estrictamente a las leyes canónicas promulgadas para reglamentar sus funciones. Si después surgiesen dificultades, adaptarán su práctica a las costumbres y al estilo de la Inquisición romana que rige a *todas las demás* «como la cabeza rige a los miembros»; de manera que compete a Roma y sólo a Roma el dirimir este tipo de conflictos. Es norma universal, de aplicación universal, independientemente de la importancia de la ciudad o del país, sede del tribunal inquisitorial. En efecto:

«El Senado de la Inquisición romana no puede equivocarse. La inmensa sabiduría de los doctores que lo componen garantiza su veracidad, y la garantiza aún más el hecho de que el Senado siempre puede solicitar directamente la opinión del Sumo Pontífice, cuyo juicio en materia de fe y de herejía no puede ser erróneo en ningún caso.»²¹

De este modo se cierra el círculo de un movimiento que se inicia en la Roma que, adaptadora fiel del derecho imperial, confiere su legitimidad a las Inquisiciones regionales o nacionales de las que controla totalmente las prácticas que evolucionan en su nombre y de las que ella constituye la

21. ¿Es temprano para referirse al dogma de la infalibilidad pontificia? ¡Claro! Pero el apoderado de la Inquisición romana pertenece a una minoría de doctores que ya lo proclaman con tres siglos de anticipación respecto al primer concilio Vaticano. Recordemos, además, que, entre la época de Eimeric y la de Peña, está Lutero.

última instancia, el último recurso. *Opus romanum*, al margen de las añadiduras al derecho inquisitorial por parte de la Inquisición francesa, italiana y —sobre todo— española. Puede que sea una redundancia y que se considere excesivamente largo —y, en consecuencia, inútil— ese cotejo de textos cuya simple comparación confirma lo que todo el mundo sabe: que en términos eclesiológicos, Roma no es Toulouse, ni París, ni Madrid. Es cierto. Pero no menos cierto que el recordar este estilo romano y su pervivencia, puede servirnos para corregir, por poco que sea, el punto de vista de los autores que, ocultando en la noche de los tiempos las fuentes de la Inquisición, se complacen en hacerla surgir, rozagante y deslumbrante con su vestido nuevo, de la corte de los Reyes católicos de Castilla y Aragón, mientras su padrino, el bueno de Torquemada, la contempla enternecido.

¿Por qué la Inquisición romana dura en España más que en otros países? No planteemos aquí la pregunta. Estamos hablando de código, y el código nunca establece por sí mismo los límites de su duración. Son las instituciones las que al elaborarse con arreglo a éste, paralelamente a él, contra el mismo o siguiendo simultáneamente estas tres pautas, determinan su valor o su inanidad.

3. La herejía, los herejes

Una vez comprobada la continuidad de intenciones de la institución, queda por investigar el ámbito que abarca, recorrer el mundo que recorre y sobre el cual legisla. Vasto universo del que el *Manual* especifica los contornos en el espacio y en el tiempo. Contornos precisos y fijos, sin ambigüedades. La zona de la herejía y la de la sospecha quedan claramente delineadas, de tal forma que no debía darse pauta a una casuística sobre la extensión de la jurisdicción. Todo lo que, en actos o en palabras, en gestos o en intenciones, guarda alguna relación con una doctrina, una costumbre condenada por Cristo, por los padres de la Iglesia, por los

concilios, por los papas, todo ello, es competencia de la Inquisición. Para ello están los textos que permiten al funcionario del Santo Oficio dirimir con toda claridad y entera soberanía. Su masa constituye el mantillo en que se planta la fe (entiéndase: la Iglesia).

Sin ningún género de dudas, todo el Evangelio y el Nuevo Testamento no dan, lamentablemente, lo mínimo indispensable para una «buena implantación» de la fe. Eimeric utiliza explícitamente —aparte de la sagrada Escritura— los decretos de Inocencio III incorporados a las actas del concilio de Letrán (1215), los de Gregorio X (concilio de Lyon, 1274), los de Clemente V (concilio de Viena, 1311), los comentarios de Santo Tomás de Aquino a los Decretales, y (de pleno derecho, pues ya hemos visto que la práctica pontificia es integrar y apropiarse desde los orígenes de los decretos imperiales) las leyes sobre salvaguardia de la fe promulgadas por el emperador Marciano, el edicto de Justiniano, el del emperador Honorio, etc. Escrupuloso como

es, remata la parte del manual consagrada a la publicación de estos textos y las glosas correspondientes, con la transcripción del símbolo de los apóstoles, del que propone una glosa completamente dedicada a demostrar la historicidad del mismo. Pero no se conforma con eso: también transcribe la famosa *Regula fidei* de San Atanasio que empieza con las palabras *Quicumque vult salvus esse*, seguida de la *Confessio* de San Jerónimo. Aun presenta Eimeric cuarenta párrafos —fundamentalmente relativos al tema de la pureza de la fe y de su definición dogmática— del *Liber de fidei* de San Agustín para a renglón seguido recordar la autoridad de los cuatro concilios (Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia) cuya doctrina constituye, según palabras de San Gregorio, la piedra cuadrangular que encierra la propia estructura de la fe y la norma de todo acto (*in bis velut in quadrato lapide sanctae fidei structura... cuiuslibet vitae atque actionis norma consistit*). En cuanto a la escritura, hay tres grupos de textos: imperiales, pontificios y conciliares. Puede iniciarse ya la disertación teológica para justificar una práctica ya establecida, y bien establecida.

Al principio de su manual Eimeric apenas se pronuncia. Se limita a reunir los textos. Que los emperadores, los

papas, los concilios, no él, precisen, como dice San Gregorio, la estructura de la fe y la norma de vida. Pero hay que explorar el fondo dogmático-jurídico expuesto: la segunda etapa de la obra de Eimeric. Sobre dicho fondo construye una doctrina de doce puntos relativa a «lo que atañe a la fe e interesa al inquisidor». Pero Eimeric no anticipa ni media palabra durante su disertación que no haya sido autorizada por los grandes textos relacionados previamente o añadidos durante la exposición. No hay nada de su propia cosecha más que la forma: su trabajo es de jurista y, de teólogo no de estilista. Como señala Peña, «Eimeric carecía de elegancia en el estilo, pero no de prudencia y de erudición; pues nunca ~~o~~ casi nunca— dice nada que no esté aprobado por los textos, aun cuando no los cite explícitamente». Así pues, el *Manual*, a lo largo de sus doce preguntas, propone a los inquisidores una definición de la fe, rememora sus artículos capitales, da normas precisas para la necesidad de creer explícitamente. Gracias a él, los inqui-

sidores llegarán a saber que a algunos tienen que exigirles un conocimiento más sutil, más completo, de las consecuencias últimas de cada artículo y fundamentalmente de sus relaciones con la ética y la filosofía: a un patán no se le exige saber un determinado canon del concilio de Nicea, pero sí al obispo y al teólogo. No obstante, señalemos de pasada que, de esta hermosa gradación en la aplicación del «principio de saberlo todo, creerlo todo», no quedará gran cosa en el propio procedimiento, totalmente orientado a la censura del acusado y no a su ilustración (nunca se delegó a la Inquisición la *potestas docendi*). Esta gradación no afecta a los misterios de la vida de Cristo: en este terreno capital, tanto el patán como el teólogo están obligados a creerlo todo explícitamente. Lo mismo que el misterio de la Trinidad.

¿A, qué se debe, entonces, esa gradación? ¿Es por el contenido del Antiguo Testamento? A tal respecto el inquisidor recuerda la doctrina de Santo Tomás de Aquino: todo lo que en la Sagrada Escritura interesa explícitamente a la fe y a la salvación, debe creerse explícitamente; y hay que creer implícitamente—entiéndase: hay que estar dispuesto a proclamar explícitamente—todo lo que no parece inte-

resar directamente a la salvación. Por ejemplo, hay que creer explícitamente —se sea obispo o carbonero— en la omnipotencia divina; pero hay que creer igualmente con idéntico fervor que Abraham tuvo dos hijos y que la burra de Balaam habló, ya que no creerlo es negar explícitamente que la Sagrada Escritura no puede contener errores, es negar, en definitiva, el dogma de la revelación.

La cuestión plantea automáticamente otra: ¿no puede la fe en algún caso contener la menor forma de error? Recurriendo de nuevo a Santo Tomás de Aquino, Eimeric trae a colación: *a)* que la razón formal del objeto de la fe es la verdad primaria, *b)* que la fe no puede contener error y *c)* que eso deben creerlo todos explícitamente (llegados aquí, es lícito preguntarse si el carbonero cuenta con alguna oportunidad de salir ileso del tribunal inquisitorial).

Es la parte positiva de la exposición, a la que siguen consideraciones sobre lo que actualmente llamaríamos la «manifestación» de la fe. Se abordan en ellas cuatro problemas esenciales. En primer lugar, hay que precisar la necesidad de una confesión de la fe externa, visible; pero sin omitir al mismo tiempo la estructuración de un sistema de salvaguardia de la exteriorización de la fe especificando quién, y hasta qué extremos, puede o debe exteriorizar su creencia, y acto seguido —en consecuencia— en qué ámbitos cabe jerarquizar lo creíble y lo cognoscible. Finalmente Eimeric examina el caso de quien alegando enérgicamente la rectitud de su creencia, resulta, a juzgar por ciertos signos, merecedor de examen sobre la firmeza de su fe.

Sigamos, paso a paso, la génesis del razonamiento y la enumeración —notablemente interesante para el procedimiento— de los riesgos de... destemplanza. En este terreno la doctrina sigue siendo tomista y las autoridades papales, conciliares e imperiales.

1. Hay que proclamar siempre la fe, pues los preceptos divinos son obligatorios siempre y en todo lugar.

a) ¿Quiere decirse que hay que proclamar constantemente la fe? No, pero hay que proclamarla siempre que la actitud contraria —el silencio, la reserva— constituya una ofensa.

a Dios. Por ejemplo, si alguien a quien se inquiere sobre la fe callase, se proclamaría con ello hereje.

b) Hay que proclamar constantemente la fe cuando ésta es objeto de persecución o cuando se está entre infieles.

c). Pero es justo y loable no confesar su fe cuando, en las circunstancias anteriormente enumeradas, la proclamación de la fe no sea de utilidad alguna, ni para los infieles, ni para los fieles, ni para la propia fe —basándose en las enseñanzas de Cristo, que dijo (San Mateo, 7) que no había que arrojar las cosas sagradas a los perros, ni las perlas a los puercos.

2. Como en la confesión de la fe hay un aspecto militante, ¿cabe decir que se puede discutir públicamente sobre la fe?

a) Depende: tal discusión es loable si el presupuesto de la autenticidad de la fe permanece incólume. Discutir dudando de la verdad, discutir «como para poner a prueba el rigor de los argumentos», es un pecado, y el que lo comete, un infiel. Por el contrario, discutir para convencer del error al adversario, es una práctica encomiable.

b) Una discusión docta sobre la fe no es lícita más que en presencia de sabios creyentes a toda prueba...

c) O bien, ante patanes a quienes los judíos o los herejes hayan seducido, para convencerles de la firmeza de los razonamientos de los creyentes y de la futilidad de quienes les han engañado.

d) En términos generales, las discusiones sobre la fe, sean cuales fueren los propósitos y las formas, están siempre prohibidas a los laicos.

3. Si hay discusión y, por ende, deseo de clarificación, ¿hay que concluir que se puede demostrar, por vía racional, la verdad de los misterios de la fe? Es tradicional la respuesta tomista a esta pregunta clásica:

a) No se puede demostrar por la razón la trinidad divina, aunque el hombre por la vía racional pueda llegar al conocimiento de Dios. La vía racional revela, en las criaturas, la eficiencia y plantea legítimamente el principio de una causa primera, es decir la existencia de Dios.

b) Esto significa que la razón puede alcanzar el conocimiento de la unidad divina y sus resultados, pero no de la trinidad.

c) A partir de ahí, insistir con sutilezas racionales para demostrar la trinidad, es ofender a Dios, cuando menos de dos maneras: primero, negando que la fe concierne a lo invisible, superior al hombre mismo y segundo, exponiendo el dogma a las burlas de los infieles.

d) En consecuencia sólo se emplearán las «autoridades» para explicar los misterios.

4. Finalmente, ¿quién debe creer qué... y cómo interpretar en la práctica inquisitorial la obligación de creerlo todo, de confesarlo todo?

a) Las verdades fundamentales de la fe deben creerlas explícitamente todos, independientemente de su grado de instrucción.

b) Se exigirá más a sacerdotes, religiosos, etc.

c) Finalmente, los doctores, los obispos, los dignatarios de la Iglesia, deben creer explícitamente, hasta en las distinciones más sutiles, cuanto emana de los artículos de la fe, de los pasajes de la Biblia.

d) Por lo tanto, el inquisidor tendrá muy en cuenta estas distinciones al interrogar a un acusado. Pero no se dejará engañar y desconfiará del arte de la astucia de que hacen gala los herejes ante los tribunales.²²

Así pues, este último elemento de respuesta a la última pregunta, por su naturaleza, descubre perfectamente al lector del *Manual* que en ningún momento su autor se ha alejado un ápice del propósito inicial: erradicar la herejía, aunque pareciera que sólo pretendía describir las cualidades del terreno en que se planta la fe.

- ¿Qué es la herejía? ¿Quiénes son los herejes? Se impone una primera respuesta sin aditamentos: herejía es todo lo que se opone a la fe del modo que sea. Son herejes todos los que, del modo que sea, se hallen en oposición a la doctrina cristiana entendida en su más amplia acepción, la que

22. Eimeric dedica un extenso capítulo a las argucias de los acusados, a las que, con toda lógica, contraponen las argucias del inquisidor. Cf. pp. 148-157.

incluye el dogma y el uso, la intención evangélica y el código jurídico concebido con este fin. Plantar la Iglesia, plantar la fe, es ya designar las tierras áridas, ya condenar las malas hierbas. Pero aún hay que denominar *in specie* a los herejes. En la medida de lo posible.

Veremos cómo la segunda parte del *Manual* adopta la forma no de una «*summa contra haereticos*», sino «*de haereticis*». Veamos las palabras del propio autor en la introducción:

«Esta segunda parte trata de los herejes, de los que creen en ellos, de quienes les ayudan o favorecen, o les protegen. Trata también de los sospechosos, los difamados, los valdenses o pobres de Lyon, los pseudoapóstoles, los limosneros, los fraticelli de la orden terciaria de San Francisco o los hermanos penitentes, los magos, los adivinos, los blasfemos, los excomulgados, los apóstatas, los judíos, los sarracenos, todos los infieles y todos los delincuentes en materia de fe.»

Establecida la doctrina en la primera parte, se enumeran, exponen y analizan los casos específicos. Naturalmente, el inquisidor del siglo XVI se extenderá con mayor amplitud sobre las herejías «contemporáneas»; sólo que su sólida documentación le permite confeccionar la lista completa de todas las herejías de las que se ha conservado testimonio escrito hasta entonces, independientemente del conducto. ¿Esfuerzo inútil? Nada de eso: voluntad de trazar el fresco de la herejía con disciplina de pintor y minuciosidad de miniante, para que los inquisidores venideros puedan hallar, sea cual fuere la extravagancia del error que tengan que juzgar, los términos adecuados para designarlo, los argumentos idóneos para refutarlo, la autoridad jurídica, canónica, escritural, etc., para justificar su sentencia de condena. En Eimeric no hay erudición que sea superflua. No parará mientes en dotarse de todas las precauciones —todas— antes de proponer la definición «positiva» de la herejía y del hereje; como si, consciente del envite, no quisiera por nada del mundo hacer trampas con la extensión

real, con la comprensión efectiva de las respuestas a esas dos preguntas fatídicas (¿qué es la herejía?, ¿qué es un hereje?). Ciento sesenta y dos páginas de textos pontificios, con sus glosas correspondientes, separan el título de la segunda parte de la propia pregunta fatídica. Eimeric completa abundantemente la documentación aducida en la primera parte. Se trata de plantar la fe. Para ello agrupa los textos de naturaleza similar (pontificios, etc.) que constituyen en este caso la panoplia de guerra contra la herejía, el arsenal de textos base de la forma «actual» de la Inquisición. Sólo después del agotador preámbulo viene la pregunta tal como la transcribimos al principio de la edición actual del *Manual*. El hereje posee rasgos concretos: hereje es quien elige el error, se obstina en él y, con ello, se aparta de la comunidad. Es superfluo anticipar la transcripción textual de la segunda parte del *Directorium*: la función social de la herejía y la función social del inquisidor se presentan claramente identificadas, proclamadas desde el principio. Para la legislación romana y la institución inquisitorial, el hereje se opone al creyente como el insumiso al sumiso, como el rebelde al fiel y —valga el anacronismo— como el izquierdista al conservador. La teología parece lejana, pero es un efecto óptico: se doblega al procedimiento. ¿Se va a arrojar lo sagrado a los perros, las perlas a los puercos? Gracias a la pluma de Eimeric y a su inmenso saber, la inmensa piara de puercos desfila ante el eterno inquisidor que exige informes sólidos. ¿Va a sorprenderse de distinguir, en medio de la piara, a Platón, Aristóteles y Averroes triscando bellotas como humildes valdenses, tristes cátaros e incrédulos de toda laya? Qué va. Primero, porque el inquisidor no se sorprende como cualquiera, y, más que nada —recordemos la definición de herejía— porque elegir el error es el principio de la ignominia y, quien en la época de Eimeric eligiera Platón... sin saber apartarse a tiempo, no se diferenciaba en nada, ante el tribunal de la fe, de quien se hubiera decidido por los cátaros en vez de San Bernardo o Santo Domingo, o de Simón de Montfort. Se trata de nuevo no de vana erudición, sino de un trabajo indispensable para explorar los «errores» contenidos en las doctrinas filosóficas, incluso las de los más

ilustres filósofos. Puede que el argumento no sea muy convincente. Veamos otro, menos histórico, más conónico. Apoyándose en la autoridad pontificia, Eimeric recuerda que a) por derecho, la noción de error es más amplia que la de herejía, incluyendo a ésta, b) pero que, en materia de fe, la noción de error y la de herejía son totalmente equivalentes. Una vez sentada esta premisa, el autor establece la lista de los errores-herejías de los filósofos. Para ellos el honor de encabezar el cortejo. Y para nosotros el placer de leer, desordenadamente, los errores-herejía del platonismo, del estoicismo, de los pitagóricos, de la escuela de Epicuro y tantos otros. Una herejía: el demiurgo. Otra: la reminiscencia. Otra más: toda doctrina errónea sobre el error. Otra todavía: la idea del fin temporal del alma. Otra: proclamar que «cada cosa está constituida por átomos, es decir, cuerpos minúsculos, y que la corrupción de las cosas es la consecuencia de la división de estos átomos, y la generación es la unión de los mismos», etc. Luego es el turno de Aristóteles, Averroes, Algazil, Al-Kíndi, dedicándose un capítulo entero a cada uno de ellos. Otro grupo de errores-herejía lo constituyen las doctrinas condenadas personalmente por Cristo: Eimeric recuerda, puntual y preciso, los errores de fariseos, saduceos y herodianistas. Después de esto el error ya no es error, sino sencillamente herejía: la Iglesia está fundada y la detección de la herejía no data de Santo Domingo de Guzmán. Eimeric establece la impresionante lista de herejías expresamente condenadas; lista tediosa, casi literal, de la que conviene recorrer los títulos, espigando aquí y allá, aunque no sea más que por pura diversión después de haber temblado y antes de enfrentarse al procedimiento y su rigor.

Espigando, aprendemos que, entre otras barbaridades, los menandrinós, discípulos del mago Menandro, afirmaban que el mundo no era obra de Dios, sino de los ángeles. ¡Sigamos buscando! Elijamos lo más singular, si no lo más importante, para rendir tributo al miniaturista y descansar de la contemplación del fresco.

Los nicolaítas, discípulos de Nicolás, nombrado diácono de la Iglesia de Jerusalén, al mismo tiempo que San Esteban, por el apóstol San Pedro, tenían la costumbre de intercam-

biarse las esposas, siguiendo con ello el ejemplo de Nicolás, que ofrecía su hermosa mujer a quien lo deseara.

Los carpocratianos proclamaban que Cristo era tan solo un hombre, procreado por un hombre y una mujer.

Los nazarenos conservaban la antigua ley, y reconocían a la vez la divinidad de Cristo.

Los ofitas (del griego *ophis*, serpiente) adoraban la serpiente, por la que, según ellos, había entrado la inteligencia en el paraíso.

Los valentinianos decían que Cristo no se había encarnado en el vientre de la Virgen María, sino que se había alojado en ella, como en un tubo.

Los adamitas imitaban la desnudez de Adán. Rezaban desnudos, vivían en comunidad desnudos hombres y mujeres.

Los setitas adoraban a Set, hijo de Adán, en quien veían al auténtico Cristo.

Los artotiritas ofrecían al cielo queso y pan, pues decían que la primera ofrenda de los primeros hombres eran frutos de la tierra (el pan y el rebaño).

Los acuarios no consagraban vino en el cáliz, sino solamente agua.

Los severianos no bebían vino y rechazaban el Antiguo Testamento y la resurrección de Cristo.

Los taciasos detestaban la carne.

Los alogos (del griego *a-logoi*, «sin palabra») negaban que Cristo fuera el verbo divino; y se oponían al Evangelio de San Juan y al Apocalipsis.

Los cátaros se atribuían dicho nombre para enaltecer su pureza. Infatuados de sus méritos negaban que se perdonaran los pecados a los que se arrepentían. Declaraban adúlteras a las viudas que volvían a casarse y se proclamaban más puros que los demás.

Los maniqueos, discípulos de un persa llamado Manes, admiten dos naturalezas y dos sustancias: la del bien y la del mal. Proclaman, como Manes, que las almas emanan de Dios, como las aguas de una fuente. Rechazan el Antiguo Testamento y aceptan parte del Nuevo.

Los hieraquitos eran todos monjes. No tenían contacto

con mujeres y negaban que los niños pudieran entrar en el reino de los cielos.

Los novacianos rebautizaban a los bautizados.

Los fotinianos afirmaban que Cristo fue engendrado por el coito entre María y José. Los antidicoramitas decían las mismas barbaridades que los fotinianos.

Los patricianos decían que el diablo era el creador de la sustancia de la carne humana.

Los colucianos proclamaban que Dios no es autor del mal, oponiéndose con ello a las palabras de Isaías (45): «Yo, el Señor, he creado el mal.»

Los florienses, por el contrario, decían que Dios había creado el mal, contradiciendo lo que está escrito en el Génesis: «Dios contempló lo que había creado. Y era bueno.»

Los circonciones, llamados también escototópicos, se suicidaban por amor al martirio.

Los priscilianistas difundieron en España una mezcla de gnosticismo y maniqueísmo.

Los jovinianistas osaban afirmar que no existía la mínima diferencia entre una mujer casada y una virgen, entre un juerguista y un abstinente.

Los tesaresdecatitas (del griego *tessarès* y *déka*, cuatro y diez) decían que había que celebrar la Pascua en la luna decimocuarta.

Los pelagianos atribuían al libre arbitrio rango superior al de la gracia divina.

Los acéfalos, llamados así porque no tenían jefe, se oponían a la doctrina del concilio de Calcedonia.

Y otros muchos cuyas características conviene recordar. Escuchemos al propio Eimeric:

«Existen aún innumerables herejías sin heresiarcas y sin nombre. Entre ellos, hay algunos que dicen que Dios es triforme, otros que la naturaleza divina de Cristo ha sufrido la pasión, otros pretenden que Cristo fue engendrado por el Padre en el origen de los tiempos, algunos niegan que Cristo descendiera a los infiernos para librar a los justos y otros dicen que el alma no está hecha a imagen de Dios. Otros pretenden que las almas se trans-

forman en diablos o en animales. Los hay que dicen que el mundo es inmutable o que hay mundos incontables o que el mundo es eterno como Dios. Los hay que van descalzos y otros que no comen con los demás...»

Es suficiente. Lo que más choca es lo variopinto del rebaño. Al fuego los descalzos, los obscenos nicolaítas o los farsantes ofitas. Los criterios de confección de la lista siguen siendo oscuros. Los puercos de la piara no desfilan en orden cronológico ni alfabético. ¿Por qué van los cátaros antes que los tertulianenses y mucho después que los carpocratianos? ¿Está hecha la clasificación en función de la importancia de la herejía? No, pues se concede menos líneas a Pelagio que a los adamitas. Hay que volver a la definición de la herejía y comprobar que el principal criterio —muy planificador— es clara y sencillamente el de la insociabilidad, el rechazo, la osadía y las consecuencias eclesiológico-sociológicas de estas «inclinaciones». Admitida la definición, ya no cabe establecer jerarquías entre lo que quiebra la estructura dogmática y lo que contraviene la norma ética, para expresarlo con las palabras de San Gregorio. El fresco con detalles de miniaturismo lo corrobora; en la apelación tradicional *inquisitio haereticae pravitatis*, es precisamente *pravitas* (torcimiento, perversidad) el sustantivo, no *haeresis*.

Esta impresión es la que justamente se confirma más adelante, cuando el autor del *Manual* interroga las Decretales, reúne los decretos, transcribe las sentencias, remata la sinopsis completa de la herejía y del error-herejía.

Después de la lista de la que hemos seleccionado algunos títulos viene el recordatorio de otras condenas. Con ello se añaden a la piara Juan de Poliac, los limosneros, Pierre Jean (por sí solo veinte veces hereje), Raimon Llull («cuya doctrina contiene más de quinientos errores, aunque sólo transcribo cien, por mor de brevedad») y los lulistas (que con generosidad aportan otros veinte errores a los de su jefe), Arnaldo de Vilanova y los arnaldistas, Segarelli, Dolcino y los pseudoapóstoles. Luego, finalmente, el espíritu del inquisidor se halla presto a proceder a una disertación completa, perfectamente documentada, sobre los grandes mo-

vimientos espirituales cuya aparición marca la edad de oro de la institución inquisitorial: los cátaros —otra vez— o maniqueos (la confusión es de la Inquisición, no de los historiadores), los valdenses o los pobres de Lyon, los limosneros, los fraticelli. La retahíla de los textos pontificios los engloba, los envuelve, los sumerge. La vigilancia del inquisidor los analiza, los disloca, los diseca. Eimeric sigue transcribiendo, y en seguida abandona el orbe cristiano —conforme a la trayectoria de los textos pontificios— para ofrecer a los inquisidores venideros lo que menos esperaban: la relación de los errores de tártaros y turcos, sobre los que nos detendremos un instante. Desconocidos tanto unos como otros, a pesar de las expediciones de evangelización, quedan «fotografiados» por Eimeric y luego por Peña, de tal modo que actualmente podemos saber cómo veía el Occidente cristiano al enemigo oriental en el siglo XIV y en el XVI. Veamos brevemente la opinión de Eimeric.

No es nada fácil calificar los errores y herejías de los tártaros pues esas gentes no son de fe unánime. Algunos de ellos tienen las mismas creencias que los sarracenos y viven igual que ellos; otros, por el contrario, no pertenecen al Islam. Aquellos forman varios grupos. Unos adoran a la luna, otros a un animal cada día, el primero que ven al salir de casa por la mañana, sea un perro, un gato, un burro o un hombre, lo mismo da. Pero como no ven todos los días primero al mismo animal... Hay tártaros que, al hallarse prisioneros en país enemigo, se cuelgan o se suicidan por otro medio cualquiera, convencidos de que así regresan a su tierra. Otros se arrojan al fuego en presencia de los suyos por creer que así van con los bienaventurados.

Peña perfecciona el retrato. La actualidad política se impone. Confirma la veracidad de la descripción de Eimeric lamentando la brevedad, y se encarga de completar el cuadro.

Los tártaros son los «sauromatas» de los griegos, los «sármatas» de los romanos, los mismos que otros designan con el nombre de «antropófagos». Nómadas sin ciudades, con costumbres repugnantes, pues no usan mantel ni servilletas y nunca se lavan las manos, ni el cuerpo, ni las ropas. No comen pan ni legumbres, y únicamente se alimentan de la

carne de toda clase de animales: comen perros, gatos y enormes ratas (*mures grandiusculi*). En espíritu de venganza y de ostentación de su fuerza, suelen asar a los enemigos que logran capturar en la guerra. Hombres y mujeres van vestidos de igual modo. Para ellos el mayor delito es dejar pudrir la más mínima cantidad de comida o de bebida. Son sanguinarios en las batallas y chupan y tragan la sangre de sus víctimas (*e cadavere fluentem sanguinem saepe sugunt et ingurgitant*). Entre ellos, los poderosos toman un esclavo para toda la vida, que sacrifican en la hoguera al morir el amo para que le sirva en la otra vida. Ignoran la bondad divina y cada uno de ellos elige un dios a su manera.

Cuadro completo.

Tras esta incursión *in partibus infidelium* que nos ha servido para conocer a los tártaros, saludando de paso a los turcos, el *Manual* regresa a tierras cristianas y entonces, y sólo entonces, aborda expresamente el caso de los musulmanes y judíos. Con la evocación discreta de ambas creencias finaliza la descripción de la «materialidad» del error. La respuesta a la pregunta: ¿qué es la herejía, quiénes son los herejes? ha sido exhaustiva, clara, completa. De los ofitas a los judíos, pasando por los cátaros, los tártaros y los valdenses; nada de lo que contienen los textos canónicos, teológicos o históricos ha caído en olvido.

¿Compromiso entre la historia y el procedimiento? No es eso, sino la exploración meticulosa del mundo de la herejía, del universo del error, para legitimar una práctica de «encuesta» cuyo objeto es precisar jurídicamente la igualdad entre el perfil de un determinado hereje y la realidad de determinada herejía.²³ La función teológica e historicista del inquisidor acaba ahí. Aún hay otro capítulo para establecer la lista de los libros heréticos, de los apócrifos y de los libros prohibidos por la Santa Sede o por las Inquisiciones locales (aragonesa, italiana, francesa) y no faltará un detalle en la magnífica colección de que van a disponer los inquisidores a partir de Nicolau Eimeric.

Falta instruir al inquisidor. Queda por desligar el espí-

23. Por ello nadie puede asombrarse de que un «donatista» haya acabado en la hoguera en el siglo XV, o un priscilianista o un tertulianista en el XVI.

ritu de la institución. Ya no se trata de los carpocratianos; el inquisidor tiene que saber descubrir al hereje *in genere* en la piel de cada sospechoso *in specie*. A partir de aquí comienza nuestra transcripción, pues es a partir de aquí que el *Manual* habla realmente, apoyándose en la autoridad de los textos armoniosa e integralmente expuestos. Justamente a partir de aquí el *Manual* indica por fin la forma de ser de una institución fundada para salvaguardar un dogma, pero no menos una norma ética y una jerarquía política."

Ya hemos señalado que todo este arsenal apunta a una función única: fundar en derecho la jurisdicción inquisitorial. Frente al derecho común. Si es necesario, frente al derecho canónico. Desde este punto de vista, la transcripción que damos del texto de Eimeric, incluyendo el *aggiornamento* romano, nos parece lo bastante elocuente como para dispensarnos de un mayor desmenuzamiento o análisis.

¿Y las características del tribunal, su historia, su modo? A este respecto el texto será mil veces más esclarecedor que los comentarios.

4. El *Directorium*. La edición romana. Nuestra edición

El interés histórico del *Directorium inquisitorium* y su edición romana es evidente, tanto para la historia sin más como para la historia de la mentalidad, de la represión y, más que nada, para la estética de la confesión.

Se imponen ciertas precisiones de índole técnico.

El *Directorium inquisitorium* en su formulación original comprende tres partes generales, subdivididas en varios extensos capítulos.

24. Si no, ¿qué sentido atribuir al consejo mil veces reiterado —el lector lo puede comprobar— de tener en cuenta la condición, el rango social, la instrucción, el poder de un sospechoso antes de proceder contra él y en el momento de dictar la sentencia? A este respecto, se observará que el procedimiento del siglo XVI es más meticuloso que el del siglo XIV, aunque acusemos indistintamente en los dos períodos que abarca el *Manual* una mezcla mirífica de lo ético y lo teológico con lo político.

La primera parte incluye, en primer lugar, la colección de textos pontificios, conciliares, patrísticos y canónicos referentes a la definición y a la salvaguardia (doctrinal, jurídica) de la fe católica.

Un segundo capítulo está dedicado a una serie de doce preguntas teológicas sobre la legitimidad del procedimiento inquisitorial *in genere*, sin que de momento se plantee la cuestión de una práctica concreta.

Esta primera parte trata en términos generales de la fe, expuesta, en la medida de lo posible, de manera ahistórica; al menos ésa es la intención de Eimeric. Con esto hay que entender que se utilizan los textos en una perspectiva teológica, incluso cuando emanan de la autoridad eclesiástica: la confusión de potestades no conoce fronteras para las mentalidades ortodoxas cristianas del siglo xvi. El título general de esta parte nos explica claramente de qué se trata: «plantar la fe».

La edición romana, respecto a esta primera parte, procedé del modo siguiente: se completa el aparato crítico, así como la colección de textos basándose fundamentalmente en textos pontificios ulteriores a la época de Eimeric. De este modo la trama teológica sostiene a la institución hasta la fecha de la edición romana.

Esta primera parte no está transcrita en la presente edición. No porque carezca de interés, sino por su difícil lectura para los no expertos en el trasunto del lenguaje teológico y en las fórmulas teológico-jurídicas que constituyen la médula de esta clase de textos, por lo que habrían entorpecido inútilmente una edición cuya finalidad esencial es recordar un estilo procesal que todos conocemos. En nuestra introducción hemos ofrecido un resumen «legible» (esperamos haberlo logrado).

La segunda parte, mucho más interesante, abarca parcialmente lo que, por otro lado, puede encontrarse en las grandes colecciones de textos pontificios, patrísticos o canónicos. En ella la historicidad de la institución se trata con igual miramiento y medida que las articulaciones jurídicas.

La «fe plantada» —y, en consecuencia, la herejía designada—. Ya el lenguaje es beligerante y la intención agresiva. Eimeric muestra a los inquisidores cómo se ha tratado

en tiempos pretéritos la herejía, para que todos ellos sepan cómo conviene reducirla en el futuro.

Esta segunda parte consta de tres grandes capítulos.

En el primero se «explica» la lucha contra la herejía por medio de la recopilación de otra serie de textos contra las herejías —no ya contra el error en general— y recordando las penas aplicadas en cada caso. Se trata de establecer una jurisprudencia. ¿Pero a cuento de qué, si los inquisidores no saben de quién se habla, ni quién condena qué? Con toda sobriedad, sin perderse en detalles inútiles, Eimeric describe las herejías y los herejes: quiénes son, cómo viven y dónde se les encuentra.

Luego se procede a la exposición y examen de los errores filosóficos, desde la antigüedad griega hasta el averroísmo.

Y en el tercer capítulo se plantea finalmente la cuestión de la jurisdicción inquisitorial en el espacio y en el ámbito doctrinal, y se dan las respuestas con arreglo a lo que se infiere legítimamente de las dos partes teóricas precedentes (teología, derecho).

La edición romana utiliza la segunda parte del texto de Eimeric del mismo modo que utiliza la primera. Aunque puede comprobarse que por la acuciante actualidad del tema, las glosas romanas se alargan, se hinchan, ahogando el propio texto de Eimeric. Si, por ejemplo, Eimeric consagra media columna a describir los errores de los sarracenos y de los agarenos, Peña dedica tres páginas completas (seis columnas) al comentario de esa media columna. La erudición es aceptable, y la edición romana recensa todos y cada uno de los vocablos «bárbaros» que designan las herejías desaparecidas siglos atrás, pero que conviene tener a mano en pleno siglo XVI para dotar a los inquisidores de la época de los medios para confundir al «cripto-pelagianismo» o al «cripto-arrianismo» (¡faltaría más!) de la Reforma. No obstante, la glosa romana quiere ser científica, neutral, serena, del mismo modo que pretendía ser científico, neutro y sereno el texto de Eimeric.

La transcripción de esta segunda parte planteaba dos problemas semejantes a los señalados en la primera: dificultad del texto, impermeabilidad —para el profano— de un

determinado lenguaje, cuyo esclarecimiento habría requerido la aportación de un aparato crítico colosal. Pero tales excusas no bastaban para justificar la marginación de toda esta parte, cuyo tercer capítulo constituye el auténtico inicio del tratado de procedimiento. Ya no basta con recopilaciones y en ella se ve claramente el talento del teólogo, del jurista, del inquisidor. Ahora la cuestión es ¿quién es el hereje *de hoy* y cuáles son los medios de que dispone *hoy* el inquisidor para reducir sin contemplaciones la herejía? Los comentarios añadidos a la edición romana responden a la misma pregunta, tal como debía plantearse el inquisidor del siglo XVI, formara parte de un tribunal español, alemán, italiano o de las Américas. Aquí se inicia precisamente la presente traducción y transcripción del *Directorium inquisitorum*. Es decir a nivel cero de la práctica medieval y moderna.

La tercera parte contiene el procedimiento inquisitorial propiamente dicho. Sabemos lo que es la herejía y quiénes los herejes; ahora vamos a conocer al inquisidor. Vemos cómo se instala, cómo despliega su estilo conminatorio, cómo pone en marcha la investigación, cómo utiliza la denuncia, prepara el proceso, dosifica las técnicas que tienen la finalidad de provocar la declaración, cómo se establece un régimen penitenciario muy distinto de los otros.²⁵ De paso se descubre la teoría, que al estar totalmente orientada a la obtención de la declaración, subordina todo el procedi-

25. Frente a los que pretenden que, en definitiva, la Inquisición no era ni más dura ni más blanda que los otros tribunales de la época (sin plantearse seriamente la cuestión de la legitimidad de la existencia del tribunal inquisitorial, «anormal» incluso desde el punto de vista estrictamente eclesiológico), Peña y Eimeric no ocultan —en absoluto— inocentemente, que los métodos de la Inquisición son peores que los de sus colegas, por el simple hecho de que la Inquisición se ocupa del delito más detestable que existe. ¿Ejemplos? Hojéense al azar las pp. 177, 187, 231 y, en especial, las pp. 241 y 246. Pero volvamos al tema de la legitimidad del tribunal inquisitorial para señalar que Eimeric vuelve sobre él y sobre el problema de sus ámbitos jurisdiccionales en el «*Tractatus brevis super iurisdictione inquisitorum contra infideles fidem catholicam agitantes*», que permaneció inédito hasta el año 1982. Su exhuinación y edición se deben a Josep Perarnau i Espelt, que lo estudia con habilidad y erudición asombrosas. Josep Perarnau i Espelt: El «*Tractatus brevis...*» de Nicolau Eimeric. Edició i estudi del text, en *Arxiu de Textos Catalans Antics*, n.º 1, pp. 79-125, Barcelona 1982.

miento. Todo, testimonios, deposiciones, tortura, defensa, son elementos de un único proyecto: hacer confesar al sospechoso, confundirle. Una vez obtenida —o no— la confesión, el proceso debe culminar. Eimeric facilita la tarea a sus contemporáneos y sucesores confeccionando la lista de las «trece maneras de acabar un proceso». Ha terminado la exposición. Austera de cabo a rabo; sin extravío alguno en minucias circunstanciales, que pudieran adornar la finalidad, en detrimento de un debilitamiento del rigor argumental. La práctica inquisitorial alcanza su máxima perfección.

Pero el *Manual* no debe dejar nada sin esclarecer; Eimeric no lo considera terminado con la explicación de la «decimotercera manera de terminar un proceso» y añade un segundo capítulo a esta tercera parte en el que reordena en ciento treinta preguntas toda la práctica, de forma que el inquisidor pueda inmediatamente —como quien manipula un fichero analítico— encontrar la respuesta al problema procesal, de jurisdicción o de código que se le plantee. Así, al final de la obra se nos da inventariado el conjunto de la práctica inquisitorial en veintidós rúbricas, con el siguiente orden de temas: institución del inquisidor, destitución del inquisidor, notariado inquisitorial, «familiares» del inquisidor, excomunión, poderes del inquisidor, el proceso, prisión inquisitorial, torturas, testigos, expertos y abogados, estatutos y constituciones inquisitoriales, sospechosos de herejía, herejes penitentes, herejes impenitentes o relapsos, penalizaciones monetarias, confiscación, penas infligidas a los que protegen, defienden o favorecen a los herejes, los excomulgados, indulgencias de que gozan los que colaboran con el tribunal inquisitorial. El cuestionario no constituye un último enriquecimiento de la doctrina —salvo algunas excepciones— sino una ordenación para facilitar la aplicación. A veces, y en ciertos puntos, el discurso de Eimeric es más explícito, más concreto en las preguntas que en la parte precedente, en la que se hacía énfasis en el proceso como tal, de modo que ciertos temas no se abordaban más que de pasada. Por ello la norma que hemos seguido para la transcripción de esta parte es la siguiente: eliminar sistemáticamente las repeticiones, respetando el texto de Eime-

ric cuando aporta algo nuevo en relación con el contenido expositivo del procedimiento. Nuestra preocupación constante ha sido hacer legible el *Manual*.

La misma pauta es aplicable a la tercera parte. Citaremos un ejemplo: Eimeric propone diversas etapas de la gestión conminatoria que debe adoptar el inquisidor cuando se enfrenta a autoridades civiles no predispuestas —o poco dispuestas— a colaborar con el Santo Oficio. En nuestra transcripción hemos recogido un solo modelo más los textos de Eimeric que relacionan el modelo presentado y los sucesivos, para que el lector pueda apreciar fácilmente, en el caso concreto, el endurecimiento de la gestión inquisitorial.

Del mismo modo se ha procedido con las glosas romanas de esta parte, conservándolas cuando menoscaban, enriquecen, corrigen o completan la exposición de Eimeric. Las hemos suprimido cuando sólo son una simple paráfrasis del texto de Eimeric, del que elogian los méritos o cotejan una parte de la frase cuya autoridad estaba sobrentendida para Eimeric y sus contemporáneos, pero no lo estaba para el inquisidor del siglo xvi. También hemos eliminado las glosas romanas que forman el relato de las distintas posiciones de los teólogos y los canonistas sobre un punto concreto, cuando, al final de la disputa académica, parece que Roma y todos los tribunales aceptan sin tergiversaciones la postura de Eimeric.

A costa de esta criba podemos actualmente leer el *Manual*, cuya extensión²⁶ es comparable al tecnicismo del léxico.

Para terminar precisemos que ya Eimeric, antes que Peña, había añadido un *index rerum et nominum* muy cuidado que servía para simplificar notablemente la utilización del manuscrito. Peña, por su parte, añadió la transcripción de unas doscientas columnas de cartas apostólicas, esenciales para el Santo Oficio, desde Inocencio iii hasta Gregorio xiii.

¿Qué más decir antes de abrir la edición romana del *Directorium* en la transcripción presente? ¿Subrayar las características diferenciales de cierta clase de procedimiento?

26. 744 páginas —y 5.200 letras de media por página— sin contar las tablas analíticas y el compendio de textos pontificios que en conjunto forman un apéndice de unas 240 páginas.

¿Clamar de indignación? ¿Insistir sobre el papel de la tortura? El lector tiene la palabra. Eimeric es lo suficiente franco y Peña lo bastante erudito para encauzar el criterio del lector, sea historiador, filósofo, jurista o simple curioso. Añadiremos, sin embargo, una observación. Se ha dicho una y mil veces que la época justifica la institución; eran tiempos duros y la Inquisición era dura. Pues bien: la lectura de la edición romana de la «summa» de Eimeric favorece sin lugar a dudas una opinión más matizada, ya que en torno a la Inquisición, sin ella y contra ella, había otros tribunales que se humanizaban, mientras que el tribunal romano se endurecía. A este respecto, Peña sirve a la historia, sin por ello dejar de cumplir con la institución para la que trabaja.

Nuestra edición está basada en las ediciones romanas de 1585 (en lo esencial) y de 1587 (en lo equivalente a un fascículo que contiene la «décima manera de terminar un proceso», que no figura en la edición de 1585). Para comprobar el rigor de la transcripción efectuada por Peña del texto de Eimeric, hemos cotejado frecuentemente éste con el *Directorium* propuesto por la tradición manuscrita. Fundamentalmente hemos consultado los siguientes manuscritos: Vaticano, Palatino 681; Vaticano, Palatino 680; Vaticano, Ottoboniano latino 1125; Leipzig 579. Para completar la documentación hemos pedido varias veces a la Universidad de Salamanca que nos enviara, contra reembolso naturalmente, un microfilm del manuscrito 81 que también recoge el *Manual*. Leipzig y el Vaticano nos han enviado sus correspondientes microfilms, pero seguimos esperando el de Salamanca (¿la Inquisición una vez más?). La investigación paleográfica previa nos autoriza a una conclusión: Peña nunca hace trampas con el texto de Eimeric, y, lo que es más, utiliza sus propios manuscritos como buen conocedor del arte —y de las celadas— de la crítica textual. Unos cincuenta sondeos nos garantizan la autenticidad del texto transcrito por el editor romano.

Como Peña «glosa» con bastante generosidad a Eimeric, seremos parcos en notas y observaciones. El lector sabrá que pasa de Eimeric a Peña y del siglo XIV al XVI cada vez que observe las cifras romanas «XVI», las cifras encabezan el texto que sigue hasta el siguiente subtítulo, inde-

pendientemente de la extensión de la exposición de Peña. De nuestra propia cosecha son sólo las notas con numeración árabe.

Hemos conservado expresamente, tanto en la introducción, como en el texto original, vocablos y expresiones que no se usan o ya no se usan en el lenguaje actual (plantar la fe, etc.), ya que nos parecía una traducción por perífrasis que haría perder algo de su sabor al texto.

*El manual de los inquisidores
por el hermano Nicolau Eimeric, dominico*

Con comentarios de Francisco Peña
doctor en derecho canónico y en derecho civil

Aviñón, 1376
Roma, 1578

Primera parte

JURISDICCIÓN DEL INQUISIDOR

A. La herejía

1. La noción de herejía

¿Qué hay que entender por «herejía»? Consultemos para ello las etimologías propuestas por San Isidoro y otros autores, y veremos que este término cobra triple significado.

Se dice «herejía» en primer lugar y conforme a Isidoro y Papias, del verbo «elegir» (*eligo*). En este sentido, «herejía» equivale a *elesis*; luego «herejía» procede de «elección», como «secta» de «sección». En tal caso diríamos «elector» al decir «hereje» (*electivus, haereticus*). Y con toda razón, pues el hereje, al decidir entre una doctrina verdadera y una falsa, rechaza la verdadera doctrina y «elige» por verdadera una doctrina falsa y perversa. Por lo tanto es evidente que el hereje «elige».

Hugo propone un segundo significado, derivado del verbo «adherir». Hereje significaría pues «adherente» (*haereticus, adhaesivus*). Efectivamente, hereje es el que se adhiere con firmeza y tenacidad a una doctrina falsa que él considera verdadera. Por lo tanto está claro que el hereje se «adhiere».

Isidoro propone otro significado aún: es del verbo *erciscor*, sinónimo de *divido*, que procedería el término herejía. Así, el término *haereticus* remitiría a la idea de *ercissivus* (*divisivus*). Sería hereje el que se cercena (*erciscitur*) de la vida común. Y, en verdad, el hereje, al elegir una doctrina falsa y adherirse obstinadamente a la doctrina rechazada por aquellos con los que vivía antes de tal adhesión, se aleja y se cercena, espiritualmente, de su comunidad, de la que

inmediatamente se encuentra separado por la excomunión que sobre él recae. Luego, entregado al brazo secular, se cercena para siempre de la comunidad de los vivos. Por lo tanto, es perentorio que hay división si hay herejía, y que de todo lo antedicho se sigue que la noción de herejía abarca los tres conceptos de elección, adhesión y división.

XVI. En realidad es del verbo griego *αἰρέω* (elegir, optar) que procede el término de herejía. Los autores latinos han propuesto innumerables etimologías, entre ellas las que menciona Eimeric. En su primitiva acepción, el concepto de herejía no tenía nada de infamante: eran «herejes» los que simplemente reivindicaban una escuela filosófica. Pero hoy el término es odioso e infame, pues designa a los que creen o enseñan cosas contrarias a la fe de Cristo y de su Iglesia. Mas ¿se nos argüirá que en el sentido griego del término, elegir la verdad católica constituye también una «herejía», ya que elegir una doctrina es elegir también una «secta»? Responderemos, como Tertuliano, que no hay «división» en la «elección» de la fe católica, pues en este caso no se trata de elegir según nuestro libre arbitrio, sino de «seguir» lo que nos propone Dios. Hay herejía y hay secta cuando hay comprensión o interpretación del Evangelio no conforme a la comprensión y a la interpretación tradicionalmente defendidas por la Iglesia católica.

¿Consecuencias de la herejía? Los blasfemos, los sacrílegos, los atentados a los propios fundamentos de la Iglesia, la violación de los juicios y las leyes sagradas, las injusticias, las calumnias y las crueldades de que son víctimas los católicos. Por efecto de la herejía se debilita la verdad católica y se apaga en los corazones; perecen las instituciones y los bienes materiales, nacen los tumultos y las sediciones y se alteran la paz y el orden público. De suerte que, cualquier pueblo, cualquier nación que permita en su seno el brote de la herejía, la cultive y no la extirpe a tiempo, se pervierte, se aboca a la subversión y hasta puede desaparecer. La historia antigua está plagada de ejemplos. Y el presente nos lo demuestra, ofreciéndonos el espectáculo de regiones prósperas y reinos florecientes, víctimas, por culpa de la herejía, de las mayores calamidades.

2. Proposición o artículo herético

¿Qué es una herejía? O, en otras palabras, ¿cuándo puede afirmarse que un artículo o una proposición son heréticos?

Responderemos, de acuerdo con Santo Tomás (S.T.I. pars, q. 3.2, art. 4 y 2.2, q. 11, art. 2), que hay tres causas o tres razones susceptibles de determinar el carácter herético de un artículo o de una proposición. Una proposición es herética:

a) Si se opone a un artículo de fe tal como, por ejemplo, el dogma de la santísima trinidad o de la encarnación del Hijo, o a otros artículos de este género, que constituyen la base de nuestra fe católica y lo esencial de nuestra creencia.

b) Si se opone a una verdad declarada de fe por la Iglesia: por ejemplo, que el Espíritu Santo no procede del Padre y del Hijo como dos principios, o que la usura no es pecado.

c) Si se opone al contenido de los libros canónicos: por ejemplo, que Dios no ha creado el cielo y la tierra, o que Cristo no envió a sus discípulos a predicar, contrariamente a lo que afirman el Génesis y el Evangelio según San Marcos, libros que la Iglesia considera canónicos. Efectivamente, hay que creer todo lo que contienen los libros canónicos.

En los tres casos hay oposición manifiesta al símbolo de la fe, a los decretos de la Iglesia, o a los libros sagrados. Luego, en los tres casos existe herejía.

XVI. Con arreglo a la opinión de Torquemada y otros doctores, conviene precisar y desarrollar la doctrina eimericiense estableciendo los siete criterios de herejía siguientes: es herética cualquier proposición que se oponga:

- a) A lo que expresamente contiene la sagrada Escritura;
- b) A lo que se desprende necesariamente del significado de la Escritura;

1. En la tradición católica, el conjunto de los libros canónicos forman la Biblia (Antiguo y Nuevo Testamento).

2. Es decir el Credo.

- c) Al contenido de las palabras de Cristo, transmitidas a los apóstoles quienes las transmitieron a la Iglesia;
- d) A lo que ha sido objeto de definición en alguno de los concilios universales;
- e) A lo que la Iglesia ha propuesto como fe a los fieles;
- f) A lo que ha sido proclamado unánimemente por los padres de la Iglesia, tocante a refutación de la herejía;
- g) A lo que se desprende necesariamente de los principios establecidos en los puntos c, d, e y f.

El inquisidor tendrá, además, en cuenta las ocho reglas siguientes, gracias a las cuales podrá determinar, *a contrario*, el carácter herético de una proposición:

1. La verdad católica es la contenida explícita o implícitamente en la Escritura. A la Iglesia atañe explicar los contenidos implícitos, pues ella es el fundamento mismo de la verdad.
2. Es de fe todo lo que enseñan los doctores y los padres de la Iglesia solemnemente reunidos en concilio.
3. Es de fe lo que la Sede apostólica o el Sumo Pontífice definen como tal.
4. Es de fe la interpretación unánime de un párrafo de la sagrada Escritura, o de una opinión (en materia de fe) hecha por todos los padres, pues, como escribe San Jerónimo, no son los padres quienes enseñan, sino el mismo Dios por sus bocas.
5. Es de fe lo que pertenece a la tradición apostólica (por ejemplo, la concepción virginal de María, la necesidad de bautizar a los niños).
6. Es de fe todo dogma proclamado por un concilio, confirmado por el papa y propuesto por él a los fieles.
7. Es de fe toda conclusión teológica establecida por la Iglesia (concilio o Sede apostólica) o propuesta por los teólogos, por ejemplo: la presencia de dos voluntades en Cristo, a deducir de Mateo, 26 («no como yo quiero, sino según tu voluntad»).
8. Es de fe todo lo que los teólogos escolásticos han enseñado siempre de forma unánime.

3. Error y herejía

¿Jurídicamente, la noción de error y la de herejía tienen igual significado?

El significado de la noción de error es más amplio que el de la noción de herejía, pues si toda herejía es un error, todo error no es una herejía. Y si todo hereje se equivoca, todos los que se equivocan no son necesariamente herejes.

Pero en el ámbito de la fe, herejía y error son perfectamente sinónimos.

B. Los herejes

4. Acepciones jurídicas del calificativo de hereje

Se aplicará de derecho el calificativo de hereje en ocho casos muy precisos. Es hereje:

- a) Todo excomulgado;
- b) Todo simoníaco;
- c) Cualquiera que se oponga a la Iglesia de Roma y ose negar la dignidad que ella ha recibido de Dios;
- d) Cualquiera que cometa errores en la explicación de la sagrada Escritura;
- e) El que cree una nueva secta o se afilie a una secta existente;
- f) El que no acepte la doctrina romana en materia de sacramentos;
- g) Quien opine distinto de la Iglesia de Roma respecto a uno o varios artículos de fe;
- h) Quien dude de la fe.

El 3.º Se habla de «simonía» cuando de algún modo se «comercializan» los sacramentos o las cosas sagradas en general. En su origen el término procede de los Hechos de los Apóstoles, del episodio que en ellos se relata sobre Simón el Mago que propuso al apóstol Pedro que le «vendiera» el Espíritu Santo (Hechos, 8, 18-24).

5. *El hereje en sentido estricto*

¿A quién debe aplicarse con toda propiedad y con verdad plena el calificativo de hereje, y ello en sentido estrictamente jurídico y teológico?

Para responder a esta pregunta, conviene precisar que deben darse dos condiciones para poder calificar a alguien con toda propiedad de hereje. La primera se refiere al entendimiento (en tanto que a él atañe elegir y disponer): ha de haber error en el intelecto en lo que respecta a la fe. La otra se refiere a la voluntad (en tanto que a ella corresponde perfeccionar y acabar): ha de aferrarse con tenacidad al error mental. La concurrencia de estas dos condiciones define perfectamente al hereje, igual que la fe del intelecto y la perseverancia de la voluntad definen al verdadero católico. En consecuencia, no merece, hablando en propiedad, el calificativo de hereje quien no reúna esas dos condiciones. Es la opinión de Santo Tomás y de otros teólogos y canonistas.

En cuanto al error intelectual, junto con otros teólogos Santo Tomás precisa que cabe distinguir dos géneros y tres especies de verdades de fe:

1. Los artículos fundamentales de la religión cristiana y los principios primordiales de la teología pertenecen directamente al ámbito de la fe y todo católico debe aceptarlos como verdaderos.

2. Las verdades cuya negación o alteración implica la negación o la corrupción de los artículos fundamentales, son indirectamente del ámbito de la fe. Estas verdades secundarias incluyen:

a) El contenido íntegro de los libros canónicos —que nosotros llamamos Biblia— revelados por el Espíritu Santo. De la negación o de la corrupción del conjunto de estos libros, o de parte de ellos, se seguiría la negación o la corrupción de los artículos de la fe, dado que los artículos de la fe están contenidos en la Biblia. Efectivamente, quien no creyera en su contenido, negaría indirectamente los artículos. Pues si sostuviese que no están inspirados por el Espí-

ritu Santo, o que el Espíritu Santo no hubiera dicho la verdad en determinada parte, pretendería con ello que habría podido no decir la verdad en las otras.

b) La totalidad de lo que la divina Iglesia ha decretado en materia de fe, tanto en cualquiera de los cuatro concilios, como en las constituciones o decretos ulteriores: la Iglesia decreta como materia de fe lo que está establecido en los libros canónicos.

De donde se deduce que los fieles deben creer a) en los artículos de fe, b) en todo lo que contienen los libros canónicos, y c) en todo lo que la Iglesia ha decretado como materia de fe.

Por consiguiente, se considerará hereje a aquel que se oponga con tenacidad a cualquiera de las verdades antedichas. Sabemos, en efecto, que unos herejes se oponen a los artículos, otros a los libros canónicos y otros a las definiciones de la Iglesia.

En lo que se refiere al apego tenaz al error, cabe también distinguir dos casos:

a) Se hablará de tenacidad evidente cuando el citado a comparecer por nuestro señor el papa —o por su inquisidor delegado, o por su obispo— y acosado por las pruebas o por argumentos convincentes a admitir que sus creencias están en oposición con los artículos, la sagrada Escritura o los decretos, no por ello deje de aferrarse al error.

b) Se hablará con mayor motivo aún de tenacidad en el error cuando aquel que, convencido del error como hemos dicho en el caso anterior, no quiera ni abjurarlo ni repararlo.

En conclusión, es hereje el que se aferra con tenacidad a su error, tenacidad cuya manifestación es el rechazo de abjuración.

XVI. La tenacidad (*pertinacia*) está próxima a la perseverancia; una y otra demuestran el apego. Pero decimos «tenacidad» en el caso de un apego al mal, y «perseverancia» en el caso de un apego al bien.

6. Herejes manifiestos y secretos

¿Qué debemos entender por herejes manifiestos y por herejes secretos? A petición del capítulo de la catedral de Toulouse, el papa Inocencio III definió a los herejes manifiestos del modo siguiente: «Entendemos por herejes manifiestos los que predicán públicamente contra la fe católica, los que siguen o defienden su doctrina, los que, convencidos de herejía ante sus obispos, han confesado sus errores o han sido condenados por herejes.» Llamaremos, pues, herejes secretos a aquellos cuyas palabras y comportamiento no manifiestan su apego tenaz a la herejía.

7. Herejes afirmativos o negativos

Se llama herejes afirmativos a los que se equivocan intelectualmente en lo relativo a la fe y manifiestan, de palabra o de obra, el apego de su voluntad al error mental.

Los negativos son los que, convencidos de alguna herejía por testigos dignos de crédito ante el juez, no quieren o no pueden apartarse y, sin confesar su culpa, permanecen firmes en su negativa, proclamando de palabra la fe católica y su rechazo de la maldad herética. Éstos, sean cuales fueren sus razones, deben ser considerados herejes, mientras se obstinen en su negativa. Pues quien no confiesa la falta que le ha sido demostrada, es con toda evidencia impenitente.

XVI. Si Eimeric habla de «palabra» o de «obra» está claro que es para indicar que, además de la palabra, el comportamiento externo es claro exponente de las actitudes internas en materia de fe. Y es una cuestión muy grave, pues nos conduce a la siguiente: ¿hay que castigar por hereje al que efectúa actos «heréticos»?

Doble respuesta:

a) Serán considerados herejes los que realicen actos propiamente heréticos. Por ejemplo: solicitar la «consolación»,

5. Mediante el «consuelo» el creyente cátaro alcanzaba la «perfección». Los perfectos profesaban íntegramente la doctrina cátara imponiéndose una norma de vida conforme en todo a dicha doctrina.

adorar a los demonios, comulgar con herejes con arreglo a sus ritos, etc.

b) Serán considerados legítimamente herejes, en opinión unánime de teólogos y canonistas, los que visiten a herejes, les mantengan, les ayuden o les acompañen. Las sospechas son, en estos casos, lo bastante fuertes para justificar por sí mismas procesos por herejía.

La práctica corriente de los tribunales frente a estos herejes es la siguiente.

Quien, habiendo realizado tales actos, comparezca espontáneamente ante el inquisidor y declare que ignoraba su carácter herético y que ha conservado en todo momento la fe dentro de su corazón, éste será conminado a abjurar como muy sospecho de herejía y le será impuesta una dura penitencia.

Quien declare espontáneamente sus actos y confiese que conocía pertinentemente su naturaleza y sentido, será conminado a abjurar como hereje formal o apóstata y le serán impuestas penas más duras aún. Las penas serán de la más extremada dureza si el declarante confiesa que no ha cometido los actos por temor, sino espontáneamente.

Quien no comparezca espontáneamente y confiese haber cometido actos heréticos, negando haber aprobado intelectualmente la herejía, éste será sometido a tortura para que el inquisidor pueda hacerse una opinión respecto a la autenticidad de la adhesión mental del acusado a la fe verdadera. Una vez torturado, si persiste en su primera actitud, se le conminará a abjurar como gravemente sospecho de herejía: en ese caso es verosímil que haya realizado los actos que se le imputan por temor y no espontáneamente. Si, por el contrario, después de torturarlo, confiesa creencias heréticas, se le conminará a abjurar como hereje formal o como apóstata (si quiere volver al seno de la Iglesia). A éste se le impondrán las más graves penas.

Sin embargo, en la determinación de las penas se ten-

6. Breve fórmula para mostrar de manera absolutamente clara lo escasas que eran las posibilidades de salir totalmente indemne del tribunal inquisitorial. Pero es que Peña tiene prisa, y habrá que esperar (cf. p. 177: «Veredictos y sentencias»); para obtener una visión completamente clara del alcance real del proceso.

drán muy en cuenta las circunstancias que, generalmente, agravan o atenúan el delito: el papel del temor, la edad del delincuente, su instrucción, su estado (laico, clérigo, religioso), etc.

Conforme a los decretos pontificios, se condena a prisión perpetua al que, sin comparecer espontáneamente, confiese actos heréticos y errores y desee volver al seno de la Iglesia.

Finalmente, se consideran únicamente sospechosos de herejía a los que hayan cometido tales actos por dinero, por obedecer a los impulsos de la carne o por ceder a presiones de próximos y amigos.

Se plantea una pregunta en relación con los «herejes negativos»: ¿podemos considerar hereje negativo al que, convencido de haber hecho alarde en el pasado de palabras o de actos heréticos, declara que lo ha olvidado todo? Es una pregunta crucial, pues del modo como se resuelva depende de entregar o no al sospechoso al brazo secular y, en ~~último extremo, la propia vida del sospechoso.~~

Está demostrado que la memoria conserva siempre, sin alterar, los recuerdos de los hechos especialmente significativos, o de particular horror. Quien, al modo de los luteranos, hubiera profanado los lugares sagrados, predicado proposiciones heréticas, destruido imágenes, al ser acusado más tarde de herejía negativa, ¿puede pretender que ha olvidado todo? ¡Vamos! Se le «procesará». Y yo sostendría la misma actitud frente a todos los que pretenden haber olvidado hechos menos relevantes, pues la huella que deja en la memoria la compañía de los herejes no se borra jamás. ¿Concederíamos el lenitivo del olvido a quien pretendiera salir de apuros con la excusa de no recordar si está circunciso?

8. Causas principales de herejía

Hay herejía si hay oposición a uno o a varios artículos de la fe, a tal o cual párrafo de los libros canónicos, a una constitución o a un canon de la Iglesia católica. Por ejemplo: sería hereje, en el primer caso, quien no creyera que

el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo; para el segundo caso, quien creyera en la eternidad del mundo; y en el tercer caso quien sostuviera que Cristo y los apóstoles no poseían nada en común.

9. Herejes condenados en el derecho canónico

Ciertos herejes han sido condenados en los Decretos, otros en las Decretales, y, finalmente, otros en las *extravagantes*.

He aquí los herejes cuya condena figura en los Decretos: Simón el mago y los simoníacos, Basilide y los basilidienses, Nicolás el diácono y los nicolaítas, los gnósticos, Carpócrates y los carpocratianos, Cerinto y los cerintianos, los nazarenos, los oñtas, Valentín y los valentinenses, Apeles y los apelititas, los arcontiacos, los adamitas, los cainitas, los setienses, los melquisedecienses, los angélicos, los apostólicos, Cerdón y los cerdonienses, Marción el estoico y los marcionitas, los artotiritas, los acuaristas, Severo y los severienses, Taciano y los tacienses, ~~los alogienses, los catafrigienses, los cáta-~~ros, Pablo de Samosata y los paulienses, Hermógenes y los hermogenienses, Manes y los maniqueos, los antropomorfistas, Hierarca y los hierarquitas, Novaciano, sacerdote de la ciudad de Roma, y los novacianenses, los montenses, Hebión y los hebionitas, Fotino y los fotinianos, Aerius y los aerianos, Aecio y los aecianos, de quienes descienden los eunomianos, discípulos del dialéctico Eunomio, a su vez discípulo de Aecio, Orígenes y los origenistas, Noeto y los noecianos, Sabelio y los sabelianos, Arius, sacerdote de Alejandría, y los arianos, Macedonio, obispo, y los macedonianos, Apolinar y los apolinaristas, los antidicomaritas, los metangismonitas, Patricio y sus discípulos, Coluto y los co-

7. Alusión evidente a los espirituales y a los «fraticelli» que no cesaban de criticar a la Iglesia por sus riquezas y predicaban la pobreza absoluta de Cristo y sus apóstoles. El argumento de fuerza que contra ellos esgrimía la Iglesia era la «tesorería» de Judas. Desde luego, algunas monedas tenían...

8. Raimon de Penyafort compila las «Decretales» y con ello queda establecida la práctica de «coleccionar» textos pontificios. Pero es curioso que hay bulas que pululan mucho tiempo al margen de las colecciones: se trata de las bulas *errantes*, de ahí la denominación de *extravagantes*. Aún en el siglo XVI se discutía su autoridad.

lutianos, Florín y los florinos o florienses, Donato y los donatistas, el obispo Bonoso y los bonosianos o bonosíacos, los circonccliones, Prisciliano y los priscilianistas, Lucifer, obispo de Cerdeña, y los luciferianos, el monje Juviniario y los juvinianistas, Helvidio y los helvidenses, Paterno y los paternianos, los llamados «árabes» porque son de Arabia, Tertuliano, sacerdote africano, y los tertulianienses, los tesareshdecátitas, los nictagos, Pelagio y los pelagianos, Néstor, obispo de Constantinopla y los nestorianos, Sabatius, Celeste, Eustaquio, Julián Celanensis, Celestino, Maximino, Máximo «unicus», Lampetius, Eutiques, abad constantinopolitano y los eutiquianos, los acéfalos, Teodosio Gaianus, obispo de Alejandría, y los gayanitas, los agnoitas, los triteitas.

En las Decretales hallamos la condena de los cátaros, de los patarinos, de los pobres de Lyon, de los pasaginos, de los josefitas, de los arnaldistas y de los esperonistas.

Miguel de Cesena, que fue general de la orden de los Menores, está expresamente condenado en la *extravagans Quia vir reprobus* del papa Juan XXII.

XVI. Se trata, por supuesto, de la lista de herejes explícitamente condenados y no de los herejes condenados *in genere* a que hacen alusión gran número de cánones.

10. Herejes nombrados en el derecho civil

Algunos herejes, que nombra el derecho civil, no están mencionados ni en los Decretos, ni en las Decretales, ni en las *extravagantes*. Estos son los pneumatomacos, los papianistas, los pepucitas, los borboritas, los mesalianos, los euquitos o entusiastas, los audeanos, los hidroparastatos, los tascodrogitas, los batraquitas o braquitas, los marcelianos, los encratistas, los apotacitas y los sacóforos.

XVI. Pneumatomacos o macedonianos es lo mismo. «Pneumatomacos —escribe Juan Damasceno de los macedonia-

9. Véase en nuestra introducción, p. 39 y siguientes, el significado de algunas herejías.

nos— porque luchan contra el espíritu.» Efectivamente, los macedonianos proclamaban que sólo el Padre y el Hijo son Dios, pero no el Espíritu Santo.

Los papianistas son los que, junto con Papias el obispo condiscípulo de San Policarpo y discípulo de Juan Evangelista, creían que mil años después de su muerte, Cristo restablecería el reino judío con los elegidos.

Los pepucitas, que Agustín llama «pepucianos», se confunden con los quintilianenses, los artorititas y los priscilianistas. Se les denomina pepucitas por la ciudad de Pepuza en la que vivieron Montanus y Prisca y Maximila, las dos mujeres a quien Montanus ordenó sacerdotisas. Se conocen sus horribles y sórdidas herejías y, principalmente, se sabe que estos herejes consagraban leche —en lugar de vino— en la misa.

Borboritas es otro de los nombres dado a los maniqueos.

Los mesalianos o masalianos no son otros que los euquitos o entusiastas, como precisan claramente los cánones del primer concilio de Constantinopla. San Agustín los menciona en su catálogo de herejías. Su herejía consistía en proclamar que había que rezar continuamente, sin interrupción, y que la oración bastaba para todo.

Los audeanos u odeanos, se confunden con los antropomorfistas que también se denominan vadianos, del nombre de un tal Audeo, o Audeus, contemporáneo de Arius, quien, interpretando en sentido erróneo las palabras de la Biblia «hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza», proclamaba que la divinidad tenía forma humana. Los audeanos proclamaban también que los obispos ricos se condenaban, además de otras herejías.

Los hidroparastatos son los acuaristas, de quienes sabemos que sólo consagraban agua en el cáliz.

Los tascodrogitas pertenecen a la familia de los frigastos y de los montanistas: aceptan el Antiguo y el Nuevo Testamento, pero veneran otros profetas, en especial al hereje Montanus y a las dos putas Prisca (o Priscila) y Maximila.

¿Quiénes eran los batraquitas, que otros llaman braquitas? Lo ignoro. Sin duda el término corresponde al apodo—significativo en su época— de un grupo de herejes.

Según San Agustín, los marcelinianos habrían sido los discípulos de una tal Marcelina, perteneciente a la secta de los carpocratianos, que veneraba e incensaba al mismo tiempo las imágenes de Jesús, San Pablo, Homero y Pitágoras.

Juan Damasceno habla de los apotáticos (es decir: secretos, elegidos) que aborrecían a las personas casadas y a los que poseían alguna propiedad.

¿Es correcto sacóforos? En otro texto compruebo sacróforos, e incluso sacófaro o sacópatas. Si Bernard de Luxemburgo está en lo cierto, serían los maniqueos. Pierre Godefroi tiene en cuenta las distintas acepciones y se pregunta si no se trata, en realidad, de los síforos, mencionados en las definiciones de los dogmas de la Iglesia y de los que se cree que no se bautizaban «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»: en tal caso, estos sacóforos o síforos, serían los bonosianos.

11. *Herejes condenados por legados papales, en la curia romana o fuera de ella*

¿Cuáles son los herejes más famosos condenados por legados papales, en la curia romana o fuera de ella?

En primer lugar, en tiempos de Clemente v, dos hermanos menores, Pierre de Castillon y Nicho, fueron condenados como herejes contumaces en Aviñón, donde entonces residía la curia romana, por el cardenal Albo, delegado en asuntos de fe. Los dos menores fueron quemados.

Más tarde, el mismo cardenal condenó, bajo el pontificado de Inocencio vi, entregándolos al brazo secular, quien los quemó, a otros dos frailes menores, fray Mauricio y fray Juan de Narbona.

Bajo el pontificado de Urbano, en Viterbo, donde entonces residía la curia romana, fueron condenados, entregados al brazo secular y quemados, otros frailes de la orden de San Francisco. Unos eran menores y otros fraticelli. Sus nombres figuran en las actas del proceso.

Numerosas condenas se han pronunciado en nuestra época fuera de la curia romana. Citemos la de Sagarelli, el famoso hereje de Parma, en Italia, quien, bajo el pontificado

de Bonifacio VIII, fue condenado por el obispo de Parma y por fray Manfredo, inquisidor dominico, y quemado. Recordemos que, en el pontificado de Clemente V; Dolcino de Novara, famoso hereje, fue también condenado y quemado con su esposa Margarita.¹⁰

El obispo y el inquisidor de Marsella condenaron y mandaron quemar, por herejes contumaces, a cuatro frailes menores cuyos nombres, que no recuerdo, figuran en las actas del proceso. Esto bajo el pontificado de Juan XXII. Después de ellos, ¿cuántos limosneros fueron condenados en Narbóna, Béziers y otras ciudades por haber pretendido que los cuatro quemados de Marsella eran mártires de Cristo? Otro ejemplo: durante el pontificado de Clemente VI, en Béziers, exhumaron por orden del papa el cadáver de fray Pierre Jean de la orden de Frailes menores,¹¹ proclamándole hereje y a continuación fracturaron y quemaron sus huesos.

También en Cataluña quemaron a limosneros: Durant de Badauh, de Gerona; Pierre Olier, de Mallorca; Bonanat, de Barcelona; Guillermo Gilbert, de Valencia; fray Arnau Montaner, fraile menor, de Puigcerdá...

Numerosos herejes han sido condenados y entregados al brazo secular en casi todas partes, sobre todo en las regiones de Carcasona, Toulouse, Seu d'Urgell y Castres.

12. Heresiarcas

Al igual que la palabra «patriarca» significa el «príncipe de los padres» (de *archos*, que significa príncipe), la palabra «heresiarca» significa «príncipe de los herejes» (de *archos* y *haeresis*). El heresiarca es un príncipe de herejes o de herejías. Los heresiarcas no se limitan a equivocarse y aferrarse

10. En realidad «la citada Margarita fue cortada en trozos ante Dolcino; luego, también éste fue hecho pedazos. Los huesos y los miembros de los suplicados fueron arrojados al fuego junto con algunos de sus cómplices» (Bernard Gui, *Practica*, trad. Mollat, vol. II, p. 107).

11. Sobre el proceso a cadáveres y sus motivaciones teológico-económicas, véanse las respuestas a las preguntas 19 y 22, en la última parte del *Manual*.

a sus errores: son quienes los formulan, quienes los inventan y, además, quienes los predicán.

XVI. ¿Hay que llamar heresiarcas sólo a los inventores de herejías o también a quienes las propagan, o exhuman antiguos errores para predicarlos de nuevo o practicarlos en privado? Hay que ampliar también a los últimos el término de heresiarca, pues si nos atuviésemos al sentido estricto, habría que concluir que en nuestra época ya no hay, o hay pocos heresiarcas al no existir actualmente nuevas herejías, sino una renovación de las antiguas herejías." La pregunta encierra su importancia, ya que las disposiciones jurídicas no son las mismas si se trata de juzgar a los herejes que si se trata de heresiarcas.

¿Hay que entregar, por ejemplo, sin remisión al brazo secular al heresiarca, incluso si desea convertirse? Sí, dicen Simancas, Rojas¹² y otros, alegando que, al merecer varias veces la muerte por el número de sus delitos, los heresiarcas no pueden beneficiarse de las leyes pontificias promulgadas en beneficio de los herejes penitentes. Según el derecho civil, las circunstancias agravantes que acompañan la comisión de un delito determinan la elección de un remedio extremo (por ejemplo, en el caso de un adulterio que es además incesto). Igual sucede en derecho inquisitorial en lo que respecta al tipo de sentencia aplicable al heresiarca. No debería librarse de la pena capital el heresiarca, incluso el sinceramente arrepentido. Pero la Iglesia es clemente y no ha previsto que todos los heresiarcas tengan que ser indiscriminadamente arrojados al fuego: prevé la prisión perpetua para el heresiarca que quiera convertirse y abjurar.

Hay que adoptar mil precauciones al manipular los heresiarcas. Si se convierten, se impone la prudencia. Sus conversiones son sólo aparentes con el fin de evitar la tortura. Si vuelven al seno de la Iglesia, se les impondrán las peni-

12. Ya hemos tratado en la Introducción de la preocupación de la inquisición «moderna» por hacer concordar las nuevas herejías con las antiguas para poder aplicar con toda tranquilidad los argumentos contradictorios de la patrística de los primeros concilios, al mismo tiempo que el procedimiento inquisitorial.

13. Teóricos de la Inquisición española.

tencias más duras y prolongadas. Antes de ser admitidos tienen que dar pruebas claras de arrepentimiento, de conversión y de humildad. Personalmente, creo que no habría que admitir a aquellos que tras muchos debates y exhortaciones, que por sí solos bastarían para convertirles, sólo abjuran cuando se les va a entregar al brazo secular. No es el amor a la verdad lo que les impulsa, a éstos, a pedir misericordia, sino sencillamente el miedo a la muerte. Me inclino por la opinión de Simancas cuando dice que en ningún caso hay que perdonar a los heresiarcas que han arrastrado a la herejía a reyes, príncipes o a reinas y a sus herederos, pues éstos han cometido a la vez que un delito de herejía, un crimen de lesa majestad. El que intenta depravar o corromper a los príncipes atenta contra todo el reino, ya que según sean los príncipes, así serán luego sus súbditos.

13. *Herejes impenitentes, penitentes y relapsos*

Se llama herejes tenaces e impenitentes a los que, solicitados por los jueces, demostrado su error contra la fe, y conminados a confesar y abjurar, se niegan a obtemperar y prefieren sujetarse tenazmente a sus errores. Éstos deben ser entregados al brazo secular para que los ejecute.

Se llama herejes penitentes a los que, habiéndose adscrito intelectualmente y de corazón a la herejía, han recapacitado, han sentido piedad de sí mismos, han escuchado la voz de la cordura y, abjurados sus errores y comportamientos anteriores, han acatado las penas que les han impuesto el obispo o el inquisidor.

Se llama herejes relapsos a los que, habiendo abjurado de la herejía y convirtiéndose con ello en penitentes, han recaído en la herejía. Éstos, desde el momento en que su recaída esté plena y claramente establecida, son entregados al brazo secular para su ejecución sin necesidad de juzgarlos de nuevo. No obstante, si se arrepienten y confiesan la fe católica, la Iglesia les concede los sacramentos de la penitencia y de la Eucaristía.

Hay que distinguir tres clases de relapsos:

a) Es relapso quien ya hubiere sido considerado altamente sospechoso de herejía sin que se hubiera podido establecer plenamente su delito y que, tras la abjuración, ha recaído en la herejía;

b) Es relapso quien, culpable de un tipo de herejía tras abjurar toda clase de herejías, recaer después en cualquier otra herejía;

c) Es relapso el que, tras abjurar, acoge a herejes o les acompaña, o les favorece en cualquier modo, o solicita su ayuda.

XVI. 1. Los autores se preguntan qué tipo de ejecución hay que aplicar a los relapsos. ¿Deben morir a hierro o por el fuego? La opinión general, confirmada por la práctica general en todo el orbe cristiano, conviene en que perezcan por el fuego, con arreglo a la ley que estipula: «Que todos los patarinos y todos los herejes, sea cual fuere su nombre, sean condenados a muerte. Se les quemará vivos en público, librados en público al juicio de las llamas.»¹⁴

Es de capital importancia atarles la lengua o amordazarles antes de encender la hoguera pues, si conservan la capacidad de hablar, pueden herir con sus blasfemias la piedad de los que asisten a la ejecución.

2. Hay que distinguir dos tipos de herejes penitentes: los que se presentan espontáneamente para abjurar y los que abjuran durante el tiempo de gracia¹⁵ sin haber sido convocados nominalmente por el inquisidor, y los que abjuran tras ser prendidos, o simplemente citados una o más ocasiones por el inquisidor. Los que se presentan espontáneamente durante el tiempo de gracia serán tratados con benevolencia; y si su falta estaba oculta, la penitencia que se les imponga no será pública, aunque sí su abjuración. Los otros penitentes serán tratados con mayor rigor. Y sólo al inquisidor compete, con arreglo a los cánones del concilio de Narbona, determinar las penas. El concilio de Narbona establece también que se impida el acceso a la religión¹⁶ y al sacerdocio

14. Disposiciones del emperador Federico y de los papas Inocencio IV, Alejandro IV y Clemente IV. Es en realidad una práctica que anticipa su propia codificación.

15. Sobre el período de gracia, véase p. 131.

16. Entiéndase: a una orden religiosa.

a los herejes penitentes, salvo permiso expreso del papa o de su nuncio. El inquisidor revocará o degradará al penitente que haya accedido, tras la abjuración, a la religión o al sacerdocio. Finalmente, tras la absolución canónica otorgada por el inquisidor, el penitente debe solicitar a su párroco la absolución sacramental, con arreglo a las instrucciones madrileñas de 1561.

3. Trataremos más ampliamente de los relapsos en la última pregunta de esta parte.

14. *Blasfemos*

Al tratar de los blasfemos hay que plantear previamente la cuestión de la jurisdicción inquisitorial: ¿compete su caso al tribunal de la Inquisición? En caso afirmativo, ¿hay que condenar a los blasfemos como si fueran herejes o como sospechosos de herejía?

1. Distingamos, respecto al primer punto, dos tipos de blasfemos. Los que no se oponen a los artículos de fe, pero que, movidos por la ingratitud, maldicen al Señor, a la Virgen María o descuidan el darles gracias. Estos son los blasfemos simples, de los que no debe encargarse la Inquisición: déjeselos a merced del castigo de sus propios jueces.

2. Otros profieren ataques directos contra los artículos de fe. Dicen, por ejemplo, que Dios no puede hacer que el tiempo mejore o que llueva: oponiéndose con ello directamente al dogma de la omnipotencia divina, proclamada en el primer artículo del credo. O bien deshonran a la Santa Virgen María, tratándola de puta, lo que es un atentado directo al dogma de la maternidad virginal de María. Los que profieren tales blasfemias no son blasfemos simples, sino herejizantes y el inquisidor ha de considerarlos herejes y juzgarlos como tal. Una vez en manos de la Inquisición, si persisten en justificar sus vómitos, se les tratará como herejes y serán entregados al brazo secular. Si, por el contrario, se retractan y se prestan a aceptar la penitencia que les imponga el inquisidor, no se les tratará como herejes y tendrán derecho al perdón.

La sospecha de herejía será más o menos vehemente

según que el blasfemo vomite a tiempo o a destiempo o sólo en determinadas ocasiones (durante el juego, por ejemplo). Pero el inquisidor se esforzará en estudiar atentamente esta circunstancia. Los blasfemos suelen manifestar que son católicos de todo corazón... aunque su boca profiera herejías y que no blasfeman si no es por efecto de la cólera. ¡Pero el furor y la turbación no son justificantes! Por ejemplo: la turbación que causa en el espíritu el miedo a la tortura o a la muerte es mucho mayor que la que ocasiona la pérdida de un florín o de un montón de dinero. Pues bien, los que llegan a adorar a Mahoma, o a un ídolo, o un demonio, por miedo a ser torturados, reducidos al hambre o a morir, si se resisten, no lo hacen sin cometer un pecado en su fuero interno (¿no ha dicho San Agustín que «más vale morir de hambre que nutrirse de idolatría»?); y en su fuero externo, éstos, han caído tanto más en la idolatría y en la apostasía, es decir en la herejía. Si esta turbación y este miedo de la muerte no justifican la herejía, ni la adoración de ídolos y de diablos —pues hay un argumento evidente al primer artículo de la fe—, ¿por qué el temor a perder algún dinero o la rabia de haberlo perdido, u otros asuntos igual de banales, justificarían la herejía de aquel que vomita contra el mismo artículo? ¡Sería absurdo! ¿No es más turbador hallarse a dos pasos de la muerte que ante una adversidad? ¿No es más triste perder la vida que el dinero? Y la turbación que causa al espíritu lo instantáneo de la muerte, ¿no es superior a la que provoca el juego? Si a nadie se le excusa del delito de herejía en ninguno de estos casos, ¿por qué sería distinto en otro?

... Volvamos a San Agustín y veamos lo que dice.

Noé, dice, embriagándose después del diluvio, no pecó ni total ni parcialmente: No conocía el vino, ni su fuerza: ¿cómo podía protegerse? Mientras que Loth, emborrachado por su hija mayor al acostarse con ella, pecó parcialmente, no totalmente, pues conocía el vino, no ignoraba su fuerza, y habría debido prevenirse. Pecó por embriaguez. Pero no tenía experiencia de la embriaguez y no sabía que ésta conducía a la lujuria. Por lo tanto queda parcialmente excusado de su incesto. Pero cuando, emborrachado por su segunda hija, se acuesta con ella, no tiene perdón, pues conocía

los efectos del vino y la relación entre la embriaguez y la lujuria ¡y tenía, que haber tenido mucho cuidado! En el segundo caso se comporta como un auténtico incestuoso. Sin embargo, no podemos excusar a Loth de su primera ni de su segunda embriaguez, pues sabía lo que es el vino y no fue prudente. Tampoco se le excusa del segundo incesto, pues ya sabía a qué atenerse después del primero.

El blasfemo sabe a qué furores le conduce el juego u otras cosas, y los vómitos heréticos que arroja. ¡Que se vigile, si quiere evitar la justicia inquisitorial!

XVI. La práctica inquisitorial coincide hasta nuestros días con la exposición eimericiense: la Inquisición se considera competente para juzgar a cualquier blasfemo vinculado o relacionado con la herejía.

Rojas llega a establecer una lista de blasfemos heréticos. También hay que señalar que la blasfemia es más o menos grave según la categoría del blasfemo, la propia formulación de la blasfemia, las circunstancias en que se profiere, etc.

En lo que hace a las penas, recordemos que el Levítico (c. 24) condena a muerte al blasfemo, tanto al ciudadano como al extranjero. También el derecho civil prevé la pena de muerte para los blasfemos. En España, *Las siete Partidas* (partida 7, título 28) y las leyes municipales prevén la represión del blasfemo." Según el derecho pontificio, al blasfemo se le imponen penas públicas y, si el blasfemo es laico, se le impone además una multa. Finalmente Julio III y Pío V ampliaron a los clérigos las penas con que se castiga a los blasfemos.

He aquí una solución al problema que se aplica en algunas regiones.

Si la blasfemia es grave y el blasfemo plebeyo, se le amordaza, se le toca con la mitra de difamación" y, desnudo hasta la cintura, se le exhibe como espectáculo a la

17. Señalaremos, a título de curiosidad, que estas leyes municipales represivas de la blasfemia se restablecieron en España después de la guerra civil...

18. En su momento (cf. p. 195) se tratará ampliamente de los vestidos especiales que tienen que llevar los penitentes de la Inquisición.

gente, se le azota en público y luego se le destierra. Si el blasfemo es noble o persona de importancia, se le conduce sin mitra y se le encierra un tiempo en algún monasterio, condenándole a pagar una gran suma de dinero. Se le condena a abjurar. Si el blasfemo no es persona de importancia, se le entrega a la Inquisición para que lo juzgue. Sin embargo, conviene proceder del siguiente modo: el inquisidor condenará al blasfemo a que acuda a la iglesia un día de fiesta durante la misa, con la cabeza descubierta, el torso desnudo, descalzo, con una cuerda al cuello y un cirio en la mano. Al final de la misa se leerá la sentencia de condena que siempre consistirá en pena de ayuno y pago de una multa.

15. *Videntes y adivinos*

¿Hay que considerar herejes a magos, adivinos y videntes y, en tal condición, someterlos a la jurisdicción inquisitorial? Es una cuestión previa en su caso.

Si hubiera que responder afirmativamente habría que precisar igualmente si hay que tratarlos como herejes o como sospechosos de herejía.

Como en el caso de los blasfemos, distinguiremos dos clases de adivinos y de videntes.

a) Los simples adivinos, o simples videntes: que únicamente practican la quiromancia (es decir, que prevén, mediante el examen de las líneas de la mano, los efectos naturales y las circunstancias de la vida humana; o los que indican o revelan algo del presente, aunque oculto, comparando la longitud de dos pajas, y muchos otros métodos). Sus actividades no competen a la Inquisición.

b) Los adivinos o videntes heréticos (los que, para predecir el futuro, o para penetrar en el secreto de los corazones, rinden al diablo culto de latría o de dulía," vuelven a bautizar a los niños, etc.). Éstos son con toda evidencia herejes y la Inquisición debe tratarles como tales.

19. En lenguaje teológico se distingue el culto de latría que se da a la divinidad y sólo a ella, del culto de dulía que se da a los santos. Latría o adoración; dulía o veneración.

Incluiremos en esta categoría de adivinos y de videntes heréticos a aquellos de los que se sepa —por su propia declaración o por deposición de terceros, o por haberles sorprendido en flagrante delito— que mezclan prácticas heréticas en sus profecías o adivinaciones.

Bautizar imágenes, rebautizar niños, untarse con crema santa, fumigar la cabeza de los difuntos y cosas así, son todo prácticas heréticas. Los que las cometen deben ser considerados herejes. Como tal, se beneficiarán del perdón de los jueces si se arrepienten, abjuran y aceptan las penas que les impongan. En caso contrario, serán entregados, como herejes impenitentes, al brazo secular para sufrir el suplicio del fuego.

Cuando no se sepa con certeza absoluta si se ha ejercido este tipo de prácticas (ya porque el adivino sospechoso no confiese, o porque no se deje convencer de error) pero haya indicios, hay que examinar bien estos indicios. Y si son tales que justifiquen una muy alta sospecha de herejía, hay que obtener el tipo de abjuración prevista en caso de sospecha violenta; se solicitará una abjuración por sospecha leve cuando los indicios resulten débiles.

Si los indicios no fuesen claros y no se pudiera establecer más que el testimonio claro de rumor público, simplemente se impondrá a quien sea objeto de tal rumor público una pena canónica.

En caso de duda sobre el carácter herético de las prácticas a que se entregue el adivino en cuestión (por ejemplo, si el adivino se vuelve hacia el Oriente, o pronuncia palabras inusitadas e incomprensibles), el inquisidor no intervendrá y dejará que los jueces²⁰ castiguen al adivino con arreglo a la práctica canónica.

XVI. Son heréticos:

a) Todos los sortilegios que comporten acciones o palabras heréticas (por ejemplo, la negación del precepto de amar a Dios, la crítica o empleo indebido de los sacramentos de la Iglesia);

b) Todos los sortilegios en los que se utilicen los sacra-

20. Seculares. evidentemente.

mentales." Es evidente, pues no se emplearían los sacramentales si se ignorase su valor sagrado y si, por consiguiente, no se esperara algún resultado maléfico con su perversa utilización. Por lo tanto el inquisidor no interrogará sobre esto al sospechoso, le torturará si éste finge ignorar el valor de los sacramentales. Si no obtiene una declaración, exigirá una abjuración por sospecha violenta.

El sortilegio es con toda evidencia herético cuando comporta la invocación al diablo.

Existe herejía —y en consecuencia necesidad de intervención del inquisidor— en todos los sortilegios que se utilizan corrientemente para encontrar cosas perdidas y que comportan el empleo de cirios bendecidos o de agua bendita, o la recitación de versículos de la Escritura, del Credo o del Padre Nuestro, etc. Esto se deduce del propio hecho de que si se tratase de adivinación pura y simple, no sería necesario recurrir a lo sagrado.

c) Finalmente son heréticas todas las prácticas que en sí mismas comportan acciones heréticas, como el bautismo de imágenes y la invocación o el culto de diablos o de ídolos.

Si Eimeric indica las penas que conviene aplicar a los adivinos y otros magos, el inquisidor debe tener muy en cuenta la calidad de la sospecha y de la infamia para imponer la abjuración o la pena canónica. Los castigos son proporcionales a la calidad del culpable, y van desde el anatema y la pérdida de dignidades mediante la flagelación, hasta el exilio y el confinamiento en un monasterio. Los difamados por prácticas mágicas heréticas serán presentados en público, tocados con la mitra, atados a la escalera de la iglesia, y luego serán desterrados de la diócesis.

16. *Demonólatras o invocadores del diablo*

¿A los que invocan al diablo, debe considerárseles —y juzgárseles— como «magos», como herejes o como sospechosos de herejía?

21. Se entiende por palabras u objetos sacramentales los que se utilizan en la «confección» del sacramento o en la celebración de un rito o, sencillamente, en la preparación de una ceremonia. El agua bendita, por ejemplo, es sacramental. ¡Agua bendita que forma parte de la receta de numerosos sortilegios!

Es una cuestión complicada y hay que ordenar las respuestas con arreglo a los distintos tipos de invocación.

Hay que distinguir tres tipos de invocación al diablo, si damos crédito al libro titulado *La Tabla de Salomón*, sobre el cual los demonios invocados juran decir la verdad (del mismo modo que nosotros juramos sobre los Evangelios y los judíos sobre las Tablas de la Ley que Dios entregó a Moisés), libro que osa afirmar el poder de Lucifer y otros diablos y que contiene abominables plegarias reveladas por el propio Lucifer y otros diablos. También figuran tres maneras —y las mismas!— de invocar a los diablos en el libro atribuido al nigromante Honorio, titulado *Tesoro de la nigromancia*. Estos libros los he arrebatado a nigromantes que yo mismo he capturado; los he leído y los he hecho quemar en público. Finalmente se comprueba la triple invocación en las declaraciones de varios invocadores del diablo; de ello es testimonio mi práctica inquisitorial, como la de otros muchos inquisidores.

a) Por estos libros —y en muchos otros, como lo demuestra la práctica inquisitorial—, sabemos que algunos, al invocar a los diablos les rinden un auténtico culto de latría, es decir que les ofrecen sacrificios, los adoran, les dirigen plegarias execrables, se encomiendan a los diablos, les hacen voto de obediencia, les prometen tal cosa o tal otra para aliarse con ellos jurando por tal o cual diablo, que nombran invocándole, cantan sus alabanzas, les hacen genuflexiones, se prosternan, hacen voto de castidad en su honor, ayunan o se flagelan, o se visten de blanco o de negro para rendirles culto, solicitan su ayuda mediante signos o escribiendo letras o pronunciando nombres; encienden candelabros, les inciensan, queman ámbar en su honor, áloes y otros aromas de este tipo; les inmolan pájaros y otros animales, les ofrecen su propia sangre; arrojan sal al fuego, les ofrecen holocaustos de todo tipo. Todas estas prácticas y otras mil que los diablos han inspirado y que codician, implican actos de latría: efectivamente, parece que todas estas prácticas estaban previstas en el Antiguo y Nuevo Testamento para el culto divino exclusivamente y no para el culto a los demonios. Esta es la primera manera de invocar a los demonios. Los sacerdotes de Baal, por ejemplo, invocaban así

a su dios, ofreciéndole su propia sangre y la sangre de animales, como está escrito en el Libro de los Reyes (4, 18).

b) Otros invocan al demonio rindiéndole culto de dulía, entremezclando, por ejemplo, nombres de demonios con nombres de bienaventurados en plegarias execrables, considerando con ello a los espíritus impuros mediadores entre el hombre y Dios, ¡intercesores ante Dios, al que imploran con candelabros encendidos! De esta manera invocan, por ejemplo, los mahometanos a Dios: le invocan por intercesión de Mahoma. Y los limosneros lo hacen por intercesión de Pierre Jean y de otros herejes condenados por la Iglesia.

c) Otros, finalmente, se entregan a unas curiosas prácticas invocando a los demonios, de las que no puede decirse con seguridad que constituyan culto de latría o de dulía. Por ejemplo, hay algunos que invocan al demonio trazando un círculo en el suelo, y en medio de él colocan a un niño; frente a él colocan un espejo, o una espada, o un recipiente u otro objeto brillante, y entonces el nigromante, libro en mano, lee las invocaciones al diablo. Una forma entre otras innumerables que nos enseña la práctica inquisitorial. Este tipo de invocación es el que empleó Saúl por medio de la pitonisa para invocar al espíritu pitónico, y en verdad que en la invocación de Saúl no hallamos signos de culto de dulía ni de culto de latría.

Con arreglo a estos tres tipos de invocación, hay que dar tres respuestas a la pregunta inicial.

1. El que invoca al demonio rindiéndole culto de latría, y lo confiesa o queda jurídicamente convicto, será tratado no como adivino o mago, sino como hereje. En consecuencia, si se arrepiente, abjuraré y será emparedado a perpetuidad; si no se arrepiente —o si dice arrepentirse pero no quiere hacer penitencia ni abjurar, o abjura y poco después recae en sus prácticas—, será entregado al brazo secular como hereje impenitente.

2. El que invoca al demonio aunque no le rinda culto de latría sino de hiperdulía o de dulía como hemos precisado anteriormente, y lo confiesa o queda jurídicamente convicto, éste no será tratado como adivino, sino como hereje, y, si se arrepiente después de abjurar, será emparedado a perpe-

tuidad por hereje penitente. Si no se arrepiente, que sea ejecutado por hereje impenitente. Que lo sea igualmente aquel que abjure pero recaiga. Este tipo de invocadores deber ser tratados en todos los aspectos como los otros herejes.

3. El que invoca a los demonios empleando prácticas cuya índole látrica o dúlica no sea evidente será, no obstante, considerado hereje y tratado como tal, con arreglo a la gravedad de la invocación. Efectivamente, en la Escritura, invocar tiene el sentido de realzar un acto de latría: no se puede invocar al diablo y rendir culto a Dios. El inquisidor examinará con suma atención el objeto de este tercer tipo de invocación, pues si el invocador espera algo del diablo que sobrepase las perfecciones propias a la naturaleza del invocado (conocer el futuro, resucitar muertos, prolongar la vida, forzar a alguien a pecar, etc.), confiesa con ello su herejía, ya que convierte al diablo en divinidad.

Finalmente entra en el capítulo de la demonolatría la sospecha de herejía que pesa sobre aquel que administre a una mujer filtros de amor: efectivamente, es frecuente que estos filtros los preparen demonólatras que llegan hasta a hacer voto de castidad en honor del diablo.

XVI. Esta cuestión de los filtros de amor es de enorme importancia y de gran actualidad, pues hoy día se administran muchos filtros de estos. Los que llegan a caer en conflictos amorosos con frecuencia acaban proponiendo a sus amantes pócimas de amor (que los griegos denominaban «filtros») para enardecerles: quien se halla dominado por el deseo piensa que con ello reduce a su voluntad la castidad de la persona deseada. En primer lugar hay que señalar que no hay nada, en la composición de estas pociones, capaz de forzar al amor la libre voluntad del hombre. En opinión de los médicos, estos filtros no provocan el amor, sino a veces la locura. Ovidio opina igual: «Los pálidos brebajes sientan mal a las jovencitas / Los filtros dañan al espíritu y provocan la locura» (*Arte de amar*, 2). Pero el inquisidor tratará de averiguar si no se han mezclado con el filtro sacramentos —la hostia consagrada o la sangre de Cristo— o sacramentales —como «Agnus Dei» o reliquias de már-

tires—. También es frecuente que los amantes, impulsados por la fuerza del deseo, se encomienden al demonio para que doblegue la voluntad del que aman para la consecución del acto carnal. La opinión generalizada es que, en la mayoría de los casos, esta invocación no es realmente herética, ya que se invoca en estas circunstancias al diablo para que haga precisamente lo que es su cometido: tentar. Sin embargo, se examinará con minuciosidad en qué términos se ha hecho la invocación. Se habrá hecho en términos imperativos (como: te ordeno, te apremio, te intimo, etc.) o deprecativos (como: te suplico, te ruego, etc.): no hay herejía manifiesta si no se ha utilizado la fórmula imperativa, pero la hay en la utilización de términos deprecativos, pues la plegaria implica adoración.

Tampoco hay que encerrar demonios en un frasco si se desea librarse del brazo secular. San Agustín, Luis Vives y otros se han expresado muy claramente al respecto. ¿Acaso no leemos: «No encerrarás al diablo en un anillo, ni en un espejo, ni en un frasco ni en ningún otro lugar para arrancarle una respuesta a tu gusto», pues los muy poderosos espíritus del mal serían inútilmente forzados por pacto alguno con el hombre a entrar en frascos y permanecer encerrados? Menos aún se les forzará mediante signos, o con palabras, pues, como dice Job (41), «no hay en la tierra potencia comparable a la suya». Luego, si se les viera penetrar en receptáculos de este tipo por efecto, aparente, de ciertos signos o ciertas palabras, sería porque Dios les hubiera forzado, o los santos ángeles, o bien otros diablos más poderosos. A menos que, como yo creo, los diablos no se introduzcan espontáneamente, fingiendo que se les fuerza, para engañar a los que creen tener algún poder sobre ellos.

Gerson ha tratado ampliamente esta cuestión de los frascos y los filtros: se consultarán, en consecuencia, los veintiocho artículos condenados por la Universidad de París en 1398 para proceder contra los que se entreguen a estas prácticas heréticas. Pues, aunque no deban considerarse artículos de fe, las proposiciones de las grandes universidades teológicas—Sorbona, Salamanca y Bolonia, principalmente—, los inquisidores las utilizarán escrupulosamente

con arreglo a lo ordenado por Sus Santidades los papas Sixto IV, León X y Adriano VI, en sus bulas *Nuntiatum est vobis, Alias ad petitionem, Dudum uti nobis*.

17. *Cristianos adscritos al judaísmo, judíos convertidos y ulteriormente rejudaizantes*

¿Hay que considerar herejes y juzgar como tales a los cristianos que se han pasado al judaísmo o que han vuelto al judaísmo, y a aquellos que les hayan ayudado, acogido o favorecido el paso?

Desglosemos la pregunta para considerar por separado los tres aspectos.

Primero: los cristianos que se han pasado al judaísmo y los judíos que, tras haberse convertido al cristianismo, regresan al cabo de algún tiempo a la execrable secta judaica, son herejes y se les debe considerar como tales. Tanto unos como otros han renegado de la fe cristiana que habían abrazado por el bautismo. Si quieren abjurar del rito judaico pero no aceptan abjurar del judaísmo ni hacer penitencia, serán perseguidos a título de herejes impenitentes por los obispos y por los inquisidores, quienes les entregarán al brazo secular para que los queme.

Segundo: los cristianos que hayan favorecido, aconsejado, etc., a un cristiano pasado al judaísmo o que ha vuelto al judaísmo, serán considerados protectores de la herejía y juzgados como tales, pues herejes son los que se pasan al judaísmo y los que vuelven a él.

Tercero: según los términos de la bula *Turbato corde* de nuestro padre el papa Nicolás IV, los obispos y los inquisidores considerarán protectores de la herejía a los judíos que hayan favorecido de algún modo el regreso al judaísmo de uno de ellos o la adhesión de un cristiano al judaísmo.

Se considerará que alguien se ha pasado —o ha regresado— al rito judaico si observa las ceremonias, las solemnidades y las fiestas, si hace, en suma, lo que hacen habitualmente los judíos. Pero hay un rito que, para el judío convertido al cristianismo y que vuelve a ser judío, marca su regreso al judaísmo. Helo aquí.

El que desea rejudaizar es interpelado por uno de los

judíos presentes según la siguiente fórmula: ¿Quieres hacer *teuila*? (lo que quiere decir: ¿Quieres bañarte en agua para volver a ser judío?). El postulante responde: Sí. Entonces el judío que preside el acto le dice: *Baal tessuva* (que significa: Sal del estado de pecado). Entonces se le desnuda totalmente y se le sumerge en agua, a veces caliente. Entonces los judíos le frotan el cuerpo con arena, especialmente la frente, el pecho y las manos, es decir los lugares que, en ocasión del bautismo cristiano, recibieron el santo crisma. Luego le cortan, hasta la encarnadura, las uñas de los dedos de las manos y de los pies al rejudaizante, le rapan la cabeza y le sumergen en el agua de un río. Le mandan hacer tres inmersiones con la cabeza y tras cada una de ellas los judíos presentes recitan la siguiente plegaria: Bendito seas, Dios, Padre de los siglos, que nos has ordenado santificarnos por esta agua y con este baño (baño que en hebreo se denomina *teuila*). Una vez efectuado esto, el rejudaizante sale del agua, le entregan nuevas ropas y besa a todos los judíos presentes. A continuación se da un nombre nuevo, generalmente el que tenía antes de pasarse al cristianismo.

Una vez finalizada la ceremonia, el rejudaizante promete confesar la ley de Moisés, respetarla y adecuar su vida a ella; reniega del bautismo y de Cristo y declara que nunca más respetará la ley cristiana. Entonces le entregan una carta que certifica su fidelidad y gracias a la cual, a partir de ese instante, y vaya donde vaya, recibe hospitalidad y protección de los demás judíos. A partir de entonces el rejudaizante lleva vida de judío, vive con los judíos y vuelve a su escuela o sinagoga.

Mediante un rito idéntico es admitido en el judaísmo el cristiano judaizante, si bien en este caso los judíos circuncidan al postulante. Y si los judíos en la infancia son objeto de circuncisión completa, a los cristianos judaizantes —adultos o niños— no se les circuncida más que la parte superior de la piel: los judíos lo hacen para que haya una distinción clara entre unos y otros.

XVI. En realidad, serán tratados como apóstatas los cristianos convertidos al judaísmo y los judíos conversos rejudaizantes. El delito de apostasía y de herejía es evidente

—y, por ende, legítima la intervención del inquisidor— sean cuales fueren las circunstancias del paso o regreso al judaísmo: ¿Que el judío rejudaizante había recibido el bautismo bajo amenaza de muerte, o siendo niño? El delito de rejudaización permanece intacto.” Sin embargo, se tratará con menos rigor al niño rejudaizante.

Los judíos culpables de haber favorecido del modo que sea el paso al judaísmo serán condenados a las penas siguientes: prohibición de juntarse con cristianos, multa, cárcel y apaleamiento. Pero a un crimen especialmente grave corresponderá una pena mayor que puede llegar hasta la entrega del culpable al brazo secular: el juez decidirá el grado de la misma. Así es la opinión común de los inquisidores sobre este punto.

Hay que señalar, además, que, conforme a lo previsto por el rey Felipe II (Leyes de Castilla, 1, 2, c. 8: Judíos y moros), el judío que se convierte al cristianismo debe cambiar de nombre. Que se le aconseje encarecidamente que adopte uno del martirologio cristiano, pues si no siempre suscitará en los demás sospechas sobre su origen.

Finalmente, aunque todos los manuscritos del «Directorium» que he consultado incluyen este texto sobre la diferencia entre la circuncisión ritual judía ordinaria y el rito de la circuncisión practicada a los cristianos judaizantes, sé por los más eruditos rabinos y judíos conversos que he consultado en Roma al respecto, que tal discriminación nunca se ha llevado a cabo en la tradición judía. Mis informadores añaden que en ningún caso se consideraría como de los suyos a alguien que no tenga todo el prepucio circunciso.

18. *Cristianos adscritos a la secta de los sarracenos*

El caso de los cristianos que se pasan al Islam o el de los sarracenos que, tras convertirse al cristianismo, vuelven al

22. Alusión perfectamente clara a la alternativa propuesta en el siglo XV a la comunidad judía española. Aunque existe la leyenda de una Inquisición protectora de los judíos de vida austera (cf., por ejemplo, G. y J. Testas, *L'Inquisition*, Paris, Presses Universitaires de France, p. 59). Más adelante veremos en qué consistía realmente tal régimen de favor.

islamismo, y el de los sarracenos que, de un modo u otro, hayan favorecido estos pasos es totalmente idéntico al de los judíos y rejudaizantes examinado en la pregunta anterior: idéntica la gravedad del hecho, idénticas las penas.

19. *Jurisdicción de la Inquisición sobre los infieles y sobre todos los que se oponen a la fe cristiana*

En términos generales, ¿se considerará herejes—y penales, como tales, con los rigores inquisitoriales— a los judíos y a los infieles, a los demonólatras, a los propagadores de herejías, a los culpables de cualquier delito contra la fe cristiana?

Para responder de forma precisa a esta pregunta, hay que recordar que el Antiguo Testamento contiene verdades que los judíos consideran artículo de fe y que dicen respetar. Son verdades de índole moral o legal, judicial o litúrgica, profética o simbólica. Podemos reagruparlas en dos categorías generales:

- a) Las que son específicas de los judíos —y, por ello, diferenciales—, en virtud de las cuales se distinguen de nosotros y nosotros los reconocemos como judíos y, ciertamente, como infieles. Los judíos que contravinieren a estas verdades diferenciales, aunque herejes por su perfidia, no lo serían con respecto a la fe cristiana pues, oponiéndose a esas verdades, precisamente se unirían a nosotros. Por lo tanto, compete a nosotros los cristianos, en este caso, no impedir su herejía y su desobediencia, antes bien, esclarecerla aún más y animarles a este tipo de infidelidad.
- b) Otras verdades del Antiguo Testamento son comunes a ellos y a nosotros. En ellas, los judíos no se distinguen de nosotros y nosotros no debemos considerarlos ni tenerlos por judíos. Por ejemplo, la fe en un solo Dios y en un Dios creador de todas las cosas. Los judíos que se oponen a las verdades de este tipo serán considerados herejes y tratados como tal, en razón a su propia teología.

¡Pero como es precisamente en este tipo de verdades en las que coinciden con nosotros, quienes las niegan, atacan directamente la fe cristiana! ¡Por lo tanto, los jueces

de la fe cristiana —obispos e inquisidores— deben obligarles a respetar estas verdades, que también son suyas, y a observarlas escrupulosamente! Y serán condenados por el obispo y el inquisidor por herejes contra su propia fe los que entre ellos hayan cometido este tipo de delito. ¡Vamos! ¡Los niños judíos o los judíos adultos bautizados bajo amenaza de confiscación o de castigos corporales o de cualquier coacción, incluso pena de muerte, están obligados a observar lo que prometieron en el bautismo! Entonces, ¿no se va a perseguir y castigar a los judíos que, habiendo libremente creído en las verdades que son comunes a ellos y a nosotros, se apartan de sus propias creencias? ¿No serían éstos culpables, cuando como dice Santo Tomás (2.2., q. 10, art. 5 y 6), han recibido los símbolos de la fe cristiana? ¿Y la historia antigua y moderna, no enseña que han contravenido al precepto de la adoración de un solo Dios, entregándose a la idolatría y a la demonolatría, haciendo sacrificios en el altar de los ídolos, venerando a los diablos, invocándoles, solicitando respuestas y obteniéndolas,” y dando continuamente a los cristianos el más nefasto ejemplo? Por todos estos delitos, los judíos no deben escapar al juicio del obispo y del inquisidor ni a sus justos castigos.

Mas ¿se dirá que esto no afecta en nada a los infieles propiamente dichos y que la cuestión es de exclusiva competencia de la jurisdicción papal (luego, inquisitorial) para aquellos delitos dependientes del ámbito estricto de la infidelidad? Nosotros creemos que el papa, vicario de Cristo, no sólo ostenta poder sobre los cristianos, sino sobre todos los infieles. El poder universal de Cristo se afirma claramente en el salmo 71 («Oh Dios, da al Rey tu juicio, al Hijo del Rey tu justicia»). Cristo no habría sido un buen *pater familias* si no hubiera legado a su vicario en la tierra poder absoluto sobre todos los hombres. ¿No dio a Pedro y a sus sucesores poder para atar y desatar, y la orden de pastorear sus ovejas? Luego, todos los hombres, fieles e infieles, son, por el simple hecho de haber sido creados, ovejas de Cristo, aun cuando no todas las ovejas sean del rebaño de la Iglesia. De ello se desprenden necesariamente

23. Y obteniéndolas. ¡Afirmación a incluir sin tardanza en el expediente de la estética de la confesión!

razones por las que, de derecho ya que no de hecho, el papa extiende su poder sobre todos los hombres.

En virtud de este poder, ¿no veo por qué el papa tendría que abstenerse de castigar al gentil que se opone a la ley natural porque no conoce otra! ¿La prueba? ¡Dios castigó claramente a los sodomitas que se oponían a la ley natural (Gen. 19)! ¡A los juicios de Dios nos remitimos como ejemplo! A partir de ello, ¿por qué no iba a proceder el papa, si contara con los medios, igual que procede Dios? Efectivamente, es conforme a la ley natural adorar a un solo Dios creador, y no a sus criaturas.

El papa debe juzgar también a los judíos, si se oponen a su propia fe. ¿No se tolera la supervivencia del rito judaico porque constituye un argumento a favor de la fe cristiana? Por lo tanto, los judíos pueden apartarse de él, para abrazar el cristianismo, pero en modo alguno les es lícito alterar el rito judaico, pues al alterarlo profanan un testimonio válido de la fe cristiana. Por lo tanto, compete al papa y a los inquisidores juzgar cualquier desviación del rito judaico si los «prelados» judíos muestran relajación. Por lo tanto se condenará a los judíos culpables de herejía contra su propia fe. He aquí los motivos que impulsaron a los papas Gregorio XI e Inocencio III a mandar quemar los libros judíos que contenían gran número de herejías y de errores contra el judaísmo, y a castigar a los que los propagaban y enseñaban.

El poder del papa sobre los cristianos no deja lugar a dudas. Puede castigar cuando hay infracción de la ley evangélica. Puede suceder que suspenda la aplicación de penas justas y merecidas, porque no tenga la posibilidad física o jurídica para hacerlas aplicar o porque su aplicación conlleve un peligro o se preste a escándalo, pero no por ello su poder jurídico sufre el menor menoscabo. Y que no se nos diga que nosotros no tenemos por qué juzgar lo que nos es extraño, o que podemos obligar a los infieles a creer, ni por procesos ni mediante excomuniones, porque sólo Dios llama mediante su gracia: los que así pretenden despojarnos de nuestros poderes jurídicos se equivocan. ¿No especifica Tomás de Aquino que, si la Iglesia no puede infligir penas espirituales a los infieles, puede imponerles

penas temporales? ¿No dice que corresponde a la Iglesia, si lo juzga útil, aislar a los infieles prohibiéndoles todo contacto con los cristianos? Tomás precisa aún más (2.2., q. 10, a. 8): «Hay infieles que nunca han recibido el don de la fe, como los gentiles y los judíos. A éstos no hay que forzarlos en modo alguno a hacerse creyentes; que decida su voluntad. Pero hay que alejarlos de la Iglesia —si existe la posibilidad de aislarlos— para que no entorpezcan la fe con blasfemias, con falsos argumentos y hasta con auténticas persecuciones. Por esto los fieles de Cristo libran con frecuencia guerra contra los infieles; no para obligarles a creer (ya que, incluso vencidos, aun prisioneros, conservarían su libertad de creer o no creer), sino para que no pongan impedimentos a la verdadera fe.

Pero hay otra clase de infieles: los que ya han recibido el don de la fe y se han aprovechado de ella (como los herejes y los apóstatas). A éstos, la Iglesia debe perseguirlos físicamente y obligarles a mantener «lo que habían prometido y a conservar el don que habían recibido».

Muchos enemigos de la verdad la atacan de diverso modo, intentando, por ejemplo, demostrar que corresponde a los señores temporales, y no a los prelados y a los inquisidores, juzgar y condenar a judíos, musulmanes y demás delincuentes en materia de fe. Estos enemigos de la verdad alegan, en su propio beneficio, dos tipos de argumentos: canónicos y de derecho civil. Los argumentos extraídos del derecho canónico se refutan con argumentos canónicos. Y los jurídicos o de derecho civil que alegan los que pretenden desposeer a la Inquisición de sus poderes son los siguientes:

a) En primer lugar citan el derecho romano, en virtud del cual puede juzgarse a los judíos con arreglo al derecho común romano, lo que significa que no deberían existir tribunales especiales reservados a su secta.

A este argumento debe responderse diciendo que ello no constituye en absoluto una amabilidad del derecho romano respecto a los judíos: esta disposición únicamente significa que el derecho romano ignoraba al Sanedrín y que pretendía sustraer a los judíos a la jurisdicción de su propio tribunal.

b) Los gobernantes prohíben que los judíos acentúen, con

evocaciones insultantes, los misterios de la fe cristiana y con mascaradas sacrílegas, sus propias fiestas rituales. Por lo tanto corresponde a los gobiernos temporales inquirir sobre tales prácticas y castigarlas severamente.

¡Por supuesto! Pero corresponde al inquisidor y no a los gobiernos temporales el alejar de la comunidad cristiana a los infieles, perseguirles y, ante todo, juzgarles.

c) Se sirven del argumento de que tal o cual príncipe condena a muerte a los judíos y dicen que no es asunto de la Iglesia, sino del gobierno civil.

Que sean condenados a muerte por los príncipes no es óbice para que la Iglesia haga lo mismo, si lo considera útil, tras un proceso. Por otra parte, la Iglesia debe intervenir para condenar en los casos en que, precisamente, los príncipes tienen el descaro de proteger a los judíos. Sin la Iglesia, so pretexto de que la condena corresponde al poder civil, esos herejes de hecho serían protegidos.

~~d) Los civiles invocan el principio de que «nadie debe causar trastorno en el país con el pretexto de inquirir sobre la herejía: por lo tanto es el gobierno quien debe ocuparse de ello».~~ Y concluyen: si los judíos atacan la fe, es asunto de los judíos y del gobierno, sin que nadie más tenga que intervenir.

Este argumento no es válido. Por esa máxima del derecho civil hay que entender que el inquisidor no tiene que mezclarse en asuntos civiles durante las indagaciones (que, efectivamente, son competencia del gobernador), pero no significa que corresponda al gobernador el precisar cuándo y de qué modo deba el inquisidor emprender el proceso. Puede que esta máxima se interprete en el sentido a que aludíamos anteriormente en una u otra región, pero entonces, las leyes que de ella se derivan deben considerarse como obstáculos al ejercicio de la Inquisición y, en consecuencia, deben derogarse.

e) Los civilistas dicen finalmente que, en último extremo, corresponde al gobernador y al obispo conjuntamente, y desde luego no al inquisidor, juzgar el delito canónico. Indistintamente de que el delito sea cometido por judíos o por cristianos, no deja de ser un delito y el asunto es tam-

bién competencia del gobernador y no exclusivamente del obispo.

Atengámonos a los textos conciliares y pontificios: corresponde a los obispos y a los inquisidores, conjuntamente, convocar, juzgar y condenar. A los civiles ejecutar las sentencias inquisitoriales, sobre todo cuando el castigo implica derramamiento de sangre.

Nada hay tan nefasto como esta clase de argumentos. Veamos, por ejemplo, lo que le sucedió bajo el pontificado de Urbano v, al autor de este *Manual*.

Él, junto con el obispo de Barcelona, tuvieron que enfrentarse con los adversarios de la verdad. El obispo y el inquisidor tenían encarcelado a un judío barcelonés llamado Astruch de Biena. Este judío había quedado convicto de demonolatría —y había confesado—: invocaba al diablo, le rendía culto, solicitaba sus respuestas y las obtenía." El judío manifestaba que no reconocía la jurisdicción del obispo y del inquisidor, sino sólo la del señor temporal. Fue detenido y puesto bajo vigilancia del obispo de Lérida. La causa fue presentada a la curia romana ante el papa Gregorio xi. Se escuchó a ambas partes y el papa ordenó a dos cardenales que instaran al obispo de Lérida a que entregase, en un plazo determinado, el judío Astruch al obispo y al inquisidor de Barcelona. Los cardenales hicieron uso de su mandato y conminaron al obispo de Lérida a que entregara en un plazo de dieciséis días el judío al obispo y al inquisidor de Barcelona. Una vez que hubieron recuperado al judío, éstos le impusieron que abjurase públicamente el día primero del año (fiesta de la circuncisión del Señor) en la catedral de Barcelona, condenándole, tras la abjuración, a prisión perpetua.

XVI. Fue en 1230 que Gregorio ix, al saber que el Talmud estaba lleno de afirmaciones impías y blasfemas para la religión católica, hizo quemar ese libro. La sentencia pontificia fue ejecutada por la cancellería de la Universidad de París. Inocencio iv, sucesor de Gregorio ix, confirmó esta sentencia. *Otra vez, cf. p. 89, nota 23, caso y la suspensión*

sentencia y la extendió a todos los libros de estilo y contenido semejantes al Talmud. Además el libro figura en el índice de libros prohibidos.

20. *Excomulgados tenaces que permanecen un año bajo excomunión*

Ahora tenemos que estudiar el siguiente problema: ¿hay que considerar herejes o sospechosos de herejía —y en tal caso llevar ante el tribunal del inquisidor— a los excomulgados que permanecen todo un año bajo la pena de excomunión?

Recordemos en primer lugar que la sentencia de excomunión constituye una pena espiritual que la Iglesia inflige en castigo por un pecado mortal de contumacia y de desobediencia al derecho y al juez. Puede existir contumacia de fe o en otra materia distinta, y como consecuencia de excomunión por contumacia en materia de fe o por contumacia en distinta materia. Hay contumacia contra la fe en los casos siguientes:

- a) Citado a comparecer para testimoniar su propia fe, el sujeto no comparece. No queda excomulgado de pleno derecho, sino por decisión del juez.
- b) El que, directa o indirectamente, ha puesto obstáculos al ejercicio de la Inquisición o ha contribuido a entorpecerla queda afectado de pleno derecho por el aguijón de la excomunión.
- c) También quedan excomulgados de pleno derecho los que creyeron, favorecieron o defendieron a herejes.

En estos tres casos se juzga a los excomulgados como herejes si permanecen un año entero bajo excomunión. Los que favorecen, escuchan o albergan a herejes, quizá no lo son ellos mismos, pero fueron citados, no comparecieron por temor y ¿entorpecieron quizás el ejercicio de la Inquisición o protegieron a herejes por amor del dinero? A pesar de todo, serán juzgados por herejes. Y con toda razón: el que permanece un año entero bajo el peso de la excomunión quizás no sea realmente hereje, pero la Iglesia, que juzga el fuero externo, puede legítimamente considerarle hereje.

Veamos ahora cómo se condena a los herejes y en seguida veremos cómo hay que condenar a los excomulgados.

El hereje abjura de sus errores y acepta expiarlos según arbitrio del obispo y del inquisidor; o no abjura. Si abjura, se le condena a prisión perpetua, y esto será su expiación. Si no abjura, se le entrega por impenitente al brazo secular para que le ejecuten. Igual se hace con los excomulgados de un año, sea cual fuere el motivo de la excomunión: si se retractan, se les levanta la excomunión y se les condena a prisión perpetua; serán entregados al brazo secular para que les apliquen pena de muerte si no se retractan, exactamente como los herejes.

En otros casos hay excomunión por contumacia, pero por una causa distinta de la de fe.

Es el caso de quien citado a comparecer para responder sobre ciertos artículos, que no son de fe, no comparece; o el de quien no restituye esto o aquello en un lapso de tiempo previamente establecido; y de muchos más. Hay numerosos casos que merecen la excomunión al arbitrio del juez, o de pleno derecho (como por ejemplo cuando se levanta la mano contra un clérigo). El que ha permanecido un año entero bajo una excomunión de este tipo no será juzgado por hereje, sino como sospecho de herejía. Todos los autores coinciden en esto: que todos los excomulgados deben ser citados ante el tribunal de la Inquisición tras estar un año entero bajo excomunión.

¿Y cómo proceder contra ellos? A falta de una legislación precisa al respecto, el autor del *Manual* convocó, con el obispo de Gerona, en 1368, un consejo solemne de juristas y expertos religiosos. Este consejo puso a punto el siguiente procedimiento que quedó incorporado a las actas de la curia gerundense.

El excomulgado de un año o más queda considerado sospecho de herejía por contumacia. El sospecho será convocado para que testimonie su fe, para ver si anda por la luz o si descarría por las tinieblas. Son el obispo, el inquisidor, o sus lugartenientes, los encargados de convocarle, conminándole a presentarse en un lapso determinado, transcurrido el cual se le excomulgará si no se presenta. Si no comparece, agrava su caso y la sospecha de

herejía se convierte entonces, legítimamente, en vehemente. Un año más a contar desde esta convocatoria sin que el sospecho se presente, y se le condenará por hereje y entonces la sospecha se habrá convertido en violenta." Si regresa a la Iglesia dispuesto a expiar, se le perdonará y será encarcelado a perpetuidad por hereje penitente. Si es impenitente, se le considerará como tal y se le entregará al brazo secular para que sufra la pena capital. Si comparece dentro del plazo de un año, tendrá que abjurar como gravemente sospecho de herejía. Tras la abjuración se le interrogará sobre los artículos de la fe o sobre los temas por los que había sido citado a comparecer al principio. Responderá como católico, o no. Si lo hace, se le dirá: «Muy querido hijo, hablas como un buen católico, pues pretendes creer lo que ordena la Iglesia. Pero te contradices en los hechos ya que te resistes por contumacia. Queríamos ver claramente tu fe. Queríamos saber si andabas por la luz o en las tinieblas: por eso te hemos citado.» Después de esto se beneficiará de un plazo de tres o cuatro meses —con arreglo a la condición o el rango del sospechoso— para demostrar con obras la solidez de su fe católica. Tras este plazo se le convocará de nuevo, y según que se presente o persista en su contumacia, que responda abjurando o sin abjurar, será perdonado, condenado a una pena temporal, encarcelado a perpetuidad por hereje penitente, o entregado al brazo secular para ser quemado.

21. *Cismáticos*

Los cismáticos, si son herejes, entran en la jurisdicción del inquisidor. Sin embargo, hay que establecer una diferencia entre cisma y herejía. El cisma implica división y la herejía

25. En derecho inquisitorial, la distinción de tres tipos de sospecha (leve, fuerte o vehemente y violenta) es de suma importancia, por constituir el eje sobre el que giran, al final del *Manual*, los diversos tipos de sentencias. Por otra parte es de señalar que al existir decretos de excomunión las sospechas se agravan y el menor delito puede constituir, al culminar el proceso, el mayor grado de sospecha, legitimando con ello la prisión perpetua o la entrega al brazo secular. Cf. más adelante, p. 105, el epígrafe «Suspectos de herejía».

error. Se llama cismáticos a los que se han separado de la Iglesia. Los que se hallan separados de la Iglesia por desobediencia solamente no son herejes realmente y no debe considerárseles como tales si no se aferran racional y voluntariamente al error que constituye esta desobediencia, y si se comprueba que no se separan de la Iglesia en los artículos de fe, en la doctrina de los sacramentos o en la de la autoridad y sólo se niegan a obedecer a la Iglesia por maldad, por orgullo o por avaricia, etc. Sin embargo, aunque éstos no son herejes, se inclinan peligrosamente hacia la herejía, pues si se apartan de la Iglesia en la obediencia, no están lejos de apartarse en la creencia.

Otros se apartan de la Iglesia en la obediencia y en la creencia. Es el caso, por ejemplo, de los que se niegan a creer que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo." Éstos deben ser considerados herejes pues se equivocan en lo que hay que creer y se aferran de corazón a sus errores. Por lo tanto se les tratará como herejes.

XVI. Torquemada y Palacio Rubio tratan prolijamente la cuestión del cisma. Pido que se preste especial atención al caso de un prebendado de la Iglesia que cayera en el cisma y luego regresara al seno de la Iglesia: ¿recuperaría su prebenda? Claro que no: la Iglesia puede perdonarle, pero de ningún modo iba a alimentarle.

22. Apóstatas

Distingamos tres tipos de apostasía antes de determinar cuándo hay que considerar hereje al apóstata y juzgarle como tal ante el tribunal inquisitorial: a) el clérigo que deja los hábitos, b) el monje que se exclaustra, c) el cristiano que niega una verdad de fe.

En los primeros casos, no hay oposición a la propia fe y, en consecuencia, no hay intervención posible del inquisidor. Sin embargo, los dos tipos de apostasía son, naturalmente, objeto de una sentencia de excomunión: los secula-

26 Los fieles de la Iglesia ortodoxa.

rizados y los exclaustros que tuvieran la audacia de permanecer un año entero excomulgados serían también considerados, naturalmente, sospechosos de herejía, y por ello se encontrarían obligados a afrontar el juicio del obispo y del inquisidor, quienes podrían proceder separadamente o de común acuerdo.

En cuanto al tercer caso, ni qué decir tiene que este tipo de apostasía separa totalmente de la Iglesia y de la fe católica al afectado. A este apóstata se le tratará como hereje e infiel, y se le procesará como tal.

Si es impenitente, se le entregará al brazo secular. Si se arrepiente, abjurará y se le tratará como hereje penitente.

Los que han apostatado por temor a la muerte, pero han permanecido fieles de corazón, no son realmente herejes. Pero la Iglesia debe juzgar el fuero externo y, en consecuencia, debe considerarlos como tal. Y según ese tenor se les juzgará, si abjuran serán perdonados y condenados a reclusión perpetua en tanto que herejes penitentes. ¿No han temido más a la muerte que a la enemistad constante de la fe de Cristo? ¿No vale más morir que apostatar, «morir de hambre que alimentarse de idolatría», como dice San Agustín?

XVI. En los dos primeros casos de apostasía, la sospecha de herejía es muy grande si el secularizado o el exclaustro toma mujer: en ese caso hay herejía de hecho, pues hay oposición formal al contenido de la doctrina de los sacramentos. Entonces el inquisidor debe intervenir y castigar, sin esperar que haya transcurrido un año tras el decreto de excomunión.

Hay, entre apostasía e infidelidad, una diferencia de grado, según opinión del propio Santo Tomás (2.2., q. 12, art. 1).

Finalmente, a propósito de la reclusión perpetua que castiga a aquellos cuya apostasía fue consecuencia del miedo a la muerte, hay que recordar que la autoridad pontificia ya había previsto la penitencia perpetua, y no pensar en la pena de muerte pues, el Señor dice, «no queremos que el pecador muera, sino que se convierta» (Ezequiel, 18).

23. *Fieles de los herejes*

No se incluirá a todos los fieles de los herejes bajo el título de «herejes». Hay que distinguir previamente entre los que creen en sus errores y herejías y los otros.

Los que creen en sus errores y herejías son excomulgados y herejes. Hay que tratarlos y juzgarlos como tales. Y sin esperar que confiesen. En la mayoría de ellos se deduce perfectamente por sus palabras y comportamiento su vinculación a la herejía.

Pero también están los que dicen espontáneamente que creen en sus errores, que defienden las herejías de alguien, que son solidarios de determinado hereje: su práctica confirma lo que dicen, pues se comportan con los herejes como si les adorasen. Los reverencian. De ellos reciben el «consuelo» —utilizando su lenguaje— o la comunión, y quién sabe qué más, conforme a sus ritos. Escuchan sus sermones.

También hay otros fieles de los que no se puede decir con toda propiedad que se adhieran a las creencias de los herejes, pero de los que se sabe con seguridad que atribuyen algún valor a sus palabras, sus órdenes, sus obras. Son personas que vacilan en su vinculación; escuchan los sermones de los herejes, transmiten sus correos, los sirven, reciben libros —que se guardan mucho de tirar al fuego—, les hacen limosna, les visitan. Un conjunto de acciones que no guardan relación directa con los ritos de los herejes. Éstos no serán considerados como verdaderos «fieles» de los herejes y no se les tratará como herejes. Sin embargo, se prestará gran atención a la importancia de los indicios: y, con arreglo a ello, se les tratará como débil o gravemente sospechosos de herejía, y se les exigirá una expiación o una abjuración, según el caso.

El procedimiento a aplicar es sabido. En el caso de sospecha grave empeorada por contumacia, se aplica el procedimiento para excomulgados contumaces, que desemboca en prisión perpetua si se obtiene una abjuración y en pena capital en caso contrario.

XVI. Estos sujetos pueden ser torturados legítimamente para inducirles a confesar y luego a abjurar.

24. *Los que albergan, acogen o reciben a herejes*

Distingamos al respecto los que hubieren acogido una o dos veces a herejes, de los que los acogen con frecuencia.

Los primeros pueden ser inocentes, por no saber con quién tratan. Pero también pueden saber perfectamente a qué atenerse, en cuyo caso son culpables. Culpables si saben cuáles son las herejías de sus huéspedes. Culpables, pues en tal caso saben que la Iglesia persigue a sus huéspedes; culpables pues les acogen precisamente para que no caigan en manos de la Iglesia.

Estos «acogedores» son excomulgados. Son herejes si creen lo que creen sus huéspedes. ¿Y si alegan que son creyentes? En tal caso se les replicaría que saben perfectamente a qué atenerse respecto a sus huéspedes.

En caso contrario —si la acogida es habitual, etc.—, son sospechosos de herejía y deben ser procesados como tales: abjurarán o aceptarán un castigo.

XVI. Los anfitriones de herejes, si han permanecido todo un año excomulgados, sufrirán exilio perpetuo y sus bienes serán confiscados.

No todos los inquisidores están de acuerdo respecto a la suerte que hay que reservar a los parientes de los «acogedores». ¿Hay que desterrarlos también? No hay legislación precisa al respecto. Si los acogedores son judíos u otro tipo de infieles, se les procesará sin más indagaciones, condenándoles a las penas previstas habitualmente: prisión perpetua, entrega al brazo secular, confiscación de bienes.

25. *Protectores de herejes*

¿Qué decir de los protectores de herejes? ¿Son ellos mismos herejes?

Distingamos dos tipos de protectores de herejes:

a) En primer lugar están los que protegen el error de los herejes: éstos son mucho más culpables que los simples «fieles» de herejes y en realidad merecen ser tratados como herejes; —

b) Los hay que no protegen los errores (las herejías) sino a las personas. Por ejemplo, los que despliegan fuerzas y riquezas para que un determinado hereje no caiga en manos del inquisidor. Éstos serán excomulgados. No son herejes sino fuerte o débilmente sospechosos de la herejía cuyos adeptos protegen y serán conminados a abjurar.

XVI. La ley inquisitorial prevé la demolición total de la casa en la que los herejes hayan encontrado guarida y el exilio del propietario, así como la prohibición de reconstrucción y la confiscación de bienes. Hay que comprender que la idea de protección de herejes se aplica a casos muy diferentes.

Se puede defender a los herejes con las armas, o sin armas. Avisar al hereje gritando o silbando para que se escape cuando vienen a buscarle, es defenderle. Se le puede defender durante el juicio y fuera del juicio. En una palabra, el que se opone del modo que sea al ejercicio de la Muy Santa Inquisición, debe ser considerado de pleno derecho como defensor de herejes. También será considerado como tal quien, siendo inocente, orientase sobre sí mismo una investigación para favorecer la huida o la libertad de un hereje.

26. Bienhechores de herejes

Los bienhechores de herejes (señores, gobernadores, magistrados) pueden serlo por acción o por omisión.

Por omisión: no siguiendo las órdenes promulgadas por los obispos y los inquisidores de arrestar a los herejes o a los que les siguen y acogen, descuidando su encarcelamiento, no conduciéndoles al lugar indicado por la autoridad inquisitorial, etc.

Por acción: liberando a los presos sin orden expresa del obispo o del inquisidor, impidiendo directa o indirectamente la celebración de un proceso o la ejecución de una sentencia.

Los que proceden de tal modo son excomulgados *ipso facto* y declarados sospechosos de herejía. Al cabo de un año,

contumaces, serán «procesados» y condenados por herejes.

En cuanto a los particulares, no se aplicará el término de bienhechor de la herejía a quien no detenga a los herejes o no los ponga a buen recaudo, pues los particulares no están obligados. Por el contrario, se aplicará el término a los que osen por propia iniciativa liberar a presos de la Inquisición o favorecer su evasión; a los que dan apoyo a los evadidos para que no los prendan o ponen obstáculos a su captura, o que osan oponerse de algún modo al ejercicio de la Inquisición, a la buena marcha de un proceso, a la ejecución de una sentencia. Todos estos quedan excomulgados de pleno derecho. Son pasibles de penas muy importantes que llegan hasta la entrega al brazo secular.

XVI. Que el inquisidor se rodee de mil precauciones antes de castigar a un magistrado bienhechor de herejes. Pues el magistrado podría perfectamente amotinar al pueblo contra el inquisidor. Si hay que llegar a ello, más vale recurrir al papa.

En cuanto a la denuncia o a la detención de herejes, cualquiera, particular o no, tiene la obligación, bajo pena de excomunión, de denunciar a los herejes. Sin embargo, si tú eres la única que sabes que tu marido come carne en viernes, y la única que sabe que te pegará si le denuncias a la Inquisición, y no lo denuncias, yo no te considero «bienhechora». Pero esto no disminuye en nada el odio que los inquisidores sentimos por los herejes. Planteando este caso, únicamente deseamos precisar que cabe ponderar los motivos de una omisión con la obligación general de denunciar al hereje, sea quien fuere. Por otra parte es fácil sorprender a los bienhechores de herejes con ayuda de las cinco indicaciones siguientes:

1. El que visita con frecuencia al hereje encarcelado, cuchichea con él, le trae víveres, es sospecho de ser su bienhechor y su discípulo.
2. El que se lamenta mucho de la captura o de la muerte de un hereje, ha tenido que ser amigo suyo, ha tenido que estar muy ligado a él, ¿a quién haría creer, el llorón, que no sabía los secretos del difunto?
3. El que declara que un determinado hereje ha sido in-

justamente condenado, cuando había sido convicto de herejía o había confesado, demuestra con ello que aprueba la secta del condenado y que desaprueba a la Iglesia que le condena.

4. El que pone mala cara a los perseguidores de herejes o a los que predicán eficazmente contra ellos, es de los suyos. Si no, no sentiría tanta amargura de corazón —y en consecuencia, en el rostro— delante de los que odian a los que él ama.

5. El que sea sorprendido, de noche, robando los huesos quemados de herejes para hacer reliquias, ése les venera sin duda alguna como si fueran santos. Es de los suyos. Sólo los herejes veneran como santos a los herejes.

¶

27. Los que se oponen a la Inquisición

¿Quién se opone directamente al ejercicio de la Inquisición?

Los que osan liberar, por cuenta propia, a los presos de la Inquisición, los que rompen las sentencias o molestan a los testigos, los señores temporales que afirman ser los únicos jueces en materia de herejía y, en consecuencia, pretenden ser los únicos habilitados para entender en acusaciones y «proceder» en el asunto; los que, finalmente, colaboran, apoyan o favorecen de algún modo tales iniciativas y tales conductas. Todos éstos, aunque muy culpables, no pueden ser considerados, sin más, herejes (salvo si por otros motivos se demuestra que lo fueren), sin embargo, sobre ellos recae de pleno derecho el peso de la excomunión. Si dejan transcurrir un año completo bajo esta pena, entonces se les juzga, *ipso facto*, como herejes.

¿Quién se opone indirectamente al ejercicio de la Inquisición?

Los que impiden llevar armas a cualquiera que no sea oficial de los señores temporales, pues con ello impiden a los inquisidores y a sus colaboradores el uso de armas; los que afirman que sólo el señor temporal tiene poder para encarcelar.

Éstos son menos culpables que los anteriores. Sin embargo, hay que excomulgarlos, como a los que colaboran

con este tipo de entorpecimientos o los aprueban. Transcurrido un año bajo la excomunión, se les juzgará como a los anteriores.

Tanto unos como otros, si desean retractarse, abjurarán de sus errores igual que los herejes, e igual que ellos se les perdona sacramentalmente tras la abjuración. Si no, se les entrega por impenitentes al brazo secular.

Independientemente de que permanezcan o no un año entero bajo excomunión, todos ellos pueden ser juzgados como bienhechores de herejes en virtud de los privilegios concedidos al respecto a los inquisidores por el papa Clemente IV.

XVI. Aparte de las formas de oposición a la Inquisición enumeradas por Eimeric, hay que incluir en esta categoría a los que profieren amenazas contra la institución.

¿Qué hay que hacer en el caso de alguien que se opone de hecho al ejercicio de la Inquisición, aunque proclama que no está vinculado a ninguna forma determinada de herejía? En ese caso, el inquisidor se impondrá la tarea de descubrir, mediante tortura si es necesario, si realmente hay complicidad entre el opositor y el hereje (o la herejía); requerirá al sospecho una abjuración general de todas las herejías y a continuación solicitará, si ello se estima necesario para mejor clarificar el asunto, la abjuración específica de las herejías profesadas por los que haya protegido al oponerse al ejercicio de la Inquisición.

En la época moderna, Sus Santidades Pío V y Julio III han promulgado las más severas penas contra los opositores y contra los jueces civiles que se permiten legislar en materia de herejía. La constitución de Su Santidad Julio III *Licet a diversis* excomulga a toda persona, pública o privada, que se entrometa a legislar en materia de herejía sin haber sido previamente autorizada por los inquisidores. Y Su Santidad Pío V, en su constitución *Si de protegendis*, prevé para el que se oponga de algún modo a la persona del inquisidor, o a sus bienes, o a la institución inquisitorial o a la ejecución de sentencias inquisitoriales, las penas siguientes: privación de todos los bienes, cargos de dignidad por delito de lesa majestad, degradación—si el culpable es clérigo—

y entrega al brazo secular. El texto pontificio prevé además que se considere protector de la herejía y se le condena a las mismas penas al que interceda por un opositor.

28. *Suspectos de herejía*

¿Qué hay que entender por «suspecto de herejía»?

Hay tres tipos de sospecha: leve, fuerte o vehemente, grave o violenta.

Hay sospecha leve cuando ésta puede disiparse con una defensa leve o se origina en conjeturas débiles. Por ejemplo, son levemente sospechosos de herejía los que se reúnen en secreto, los que adoptan una conducta distinta a la de todos. Son sospechosos porque los herejes actúan así con frecuencia.

Se habla de sospecha fuerte cuando ésta no se disipa sin una defensa fuerte o que nace de indicios, argumentos o conjeturas sólidas. Por ejemplo, es sospechoso vehemente quien oculta a herejes o les visita, etc. Nadie duda que éste actúa de ese modo para favorecer la perversidad herética.

Se habla de sospecha grave o violenta cuando la sospecha nace de conjeturas gravemente convincentes. Por ejemplo, son violentamente sospechosos los que rinden culto a herejes, los que les demuestran alguna reverencia, los que les piden el «consuelo» o la comunión, los que realizan actos propios de los ritos heréticos.

¿Cómo se procede con los sospechosos?

Los sospechosos leves no son herejes y no debe considerárseles como tales. Sin embargo, sufren penas canónicas y están obligados a abjurar. En virtud de la bula *Excommunicamus*, los sospechosos leves sufren el peso del anatema (no obstante, se tendrá en cuenta, antes de decidir la aplicación de esta sentencia, la dignidad del sospechoso, o la expiación que ya haya cumplido); mientras estén anatematizados y no hayan expiado enteramente, se les tendrá apartados de todos. Si dejan transcurrir un año entero bajo la excomunión, se les condenará por herejes. Se exigirá la abjuración al sospechoso leve y vehemente. Si tras la abjuración,

el sospechoso leve reincide; se tendrá en cuenta su perjurio, sin que por ello se le considere relapso si no viene a caer en sospecha más grave. Los sospechosos vehementes no deben considerarse herejes. ¿Pero cómo proceder con ellos? Se les exigirá una abjuración de todas las herejías, y en especial de las que se han hecho vehementemente sospechosos. De forma que si reinciden en estas herejías o en cualquier otra herejía (si vuelven a juntarse con herejes, a visitarles, etc., sin que lleguen necesariamente a venerarlos), no podrán escapar a las penas previstas para los relapsos. Tras esta abjuración general, el sospechoso será relapso si cae en la herejía de la que fue sospechoso vehemente, si cae en cualquier otra herejía de la que nunca haya sido sospechoso ni se le haya denunciado, si favorece otra vez a herejes o les acoge. Estos tres puntos generales engloban otros muchos.

El sospechoso vehemente que se niegue a abjurar ante el juez inquisitorial será entregado al brazo secular para ser quemado.

Quedan los sospechosos violentos. A éstos hay que considerarlos herejes y deben sufrir las mismas penas que ellos. El sospechoso violento confiesa su crimen o no. Si confiesa y abjura, salvará su vida, se le perdonará y se le impondrá condena. Si no, se le entregará al brazo secular. Si, convicto de su crimen, no quiere abjurar, se le entregará al brazo secular por hereje impenitente. La sospecha grave basta para la condena y contra ella no se admitirá la menor defensa.

XVI. Este capítulo y el siguiente son fundamentales. A tal punto que el inquisidor que ignorase su contenido ignoraría su cometido inquisidor (*inquisitor*) y de juez.

Una precisión: aunque Eimeric tenga razón respecto al fondo y al desenlace del proceso por sospecha grave, se admitirá, para la forma, la presencia de un defensor.

29. *Los diez casos de sospecha fuerte o vehemente*

El derecho recoge expresamente diez casos de sospecha fuerte o vehemente. Helos aquí:

1. El que, llamado a comparecer para responder de su fe, se niega a presentarse y permanece contumaz durante todo el plazo que se le ha asignado para comparecer, éste será considerado sospechoso vehemente.

2. El que impide directa o indirectamente del modo que sea, pero conscientemente, el oficio de la Inquisición, es sospechoso vehemente. Efectivamente, el culpable de este delito queda, por ello, marcado con la excomunión y si permanece contumaz durante un año, de sospechoso vehemente que era se convierte en sospechoso violento y se le condenará por hereje. Sin embargo, observad que se hablará de sospecha violenta sólo cuando se pueda legítimamente fundar una sospecha vehemente. El culpable del delito que aquí se trata será considerado sospechoso vehemente mientras no haya transcurrido un año completo desde la excomunión.

3. Ayudar, aconsejar, favorecer a sabiendas a los que, directa o indirectamente, impiden la función inquisitorial constituye una sospecha vehemente de herejía. Efectivamente, este tipo de acto es punible con la excomunión y, por lo tanto, el caso del que lo realiza no difiere en nada del examinado anteriormente.

4. El que enseñe a un hereje o a un simpatizante de la herejía llamado a comparecer ante el inquisidor el modo de mentir o de tergiversar, éste es sospechoso vehemente.

5. Es sospechoso vehemente de herejía todo excomulgado *causa fidei* que permanezca un año entero bajo excomunión. Y ello, sea cual fuere la índole particular de su delito: ya sea por entorpecer la práctica inquisitorial o por haber sido citado a comparecer y haya sido contumaz; que haya enseñado a otro llamado a comparecer el modo de mentir o de disimular la verdad, o haya posibilitado la evasión de presos de la Inquisición; se haya opuesto a lo que es provechoso para la fe o haya favorecido a herejes defendiéndoles o amparándoles, etc. Este sospechoso será *ipso iure* condenado por sospechoso vehemente de herejía. Esto se deduce necesariamente de los casos citados en párrafos anteriores. Sin embargo añadiremos otros dos argumentos:

a). En materia de fe no hay excomunión más que cuando existe contumacia. Pues la contumacia en materia de fe es

de por sí fundamento para una sospecha vehemente de herejía. Luego...

b) La sospecha violenta se deriva de la sospecha fuerte o vehemente y la da por supuesta, del mismo modo que el superlativo supone el comparativo. Si los excomulgados por un delito que no afecta directamente la fe, que han permanecido durante un año entero bajo la excomunión, pueden ser citados por el inquisidor para que respondan de su fe por sospechosos leves, ¿no habría que considerar sospechosos vehementes a los excomulgados *causa fidei*, y contumaces, sin esperar a que hayan sufrido la excomunión todo un año? Tanto más cuanto que sabemos que debe considerárseles sospechosos violentos y condenárseles por herejes al cabo de un año de excomunión.

6. El que favorece o acoge a herejes es sospechoso vehemente de herejía conforme a lo establecido anteriormente.

7. Aquel a quien se tiene por hereje debido a sus familiaridades con herejes conocidos es sospechoso vehemente. Citaremos un caso que hace jurisprudencia. Un deán que tenía trato con herejes conocidos sufrió las siguientes penas canónicas: para purgar sus familiaridades tuvo que abjurar en público y para expiar el escándalo se le privó de todo beneficio.

8. El que recibe a herejes —sabiendo que lo son— o les acompaña, les visita, los trata como amigos, el que les ofrece bienes o acepta sus larguezas, éste es sospechoso vehemente de herejía, pues no puede pretender que desaprueba sus errores. Efectivamente: es relapso y considerado como tal quien recae en una herejía de la que ya era sospechoso vehemente y la había abjurado. Si, en este caso, hablamos de «recaída», podemos legítimamente hablar de «caída» antes de la abjuración.

9. El que retracta, durante el proceso, sus propias confesiones y niega lo que había afirmado y comete falso testimonio, ése es sospechoso vehemente de herejía. Es el caso de Guillaume que confesó que él mismo y su hermano habían sido tentados por la herejía. Se retractó en seguida y alegó que sólo él, Guillaume, era hereje pero su hermano no. Entonces la pena que se le habría impuesto al hermano se reservó para Guillaume, pues, como dice nuestro señor el

papa, «este Guillaume se ha hecho perjuro ante Dios declarando inoçente a su hermano después de decir que le daba por hereje». Guillaume sufrió las penas reservadas a los sospechosos vehementes de herejía.

10. El décimo caso no depende del derecho común sino del derecho privado. Helo aquí. El que dice o hace algo contra la fe una sola vez (*semel*) es levemente sospechoso de herejía; es sospechoso vehemente aquel que dice o hace algo contra la fe dos o tres veces; más de tres veces, hay sospecha muy fuerte (*vehementissima*). Esto se estableció en el concilio de Tarragona, reunidos, hacia 1230, en torno al arzobispo de Tarragona y de Raimon de Penyaafort, penitenciario del papa, los obispos y los inquisidores de la archidiócesis.

XVI. ¿Hay algún modo de moderar un poco el alcance de estas reglas de sospecha vehemente? Literalmente cualquiera tendría que echar de casa a un hermano, al padre, a un hijo o al cónyuge hereje... Cabe hacer cierta reserva; teniendo, no obstante, en cuenta que no todo puede justificarse por la consanguinidad. El hijo que no denuncie a su padre hereje y le cobije bajo su techo, o el esposo, la esposa, etc., serán castigados con algo menos de dureza. A menos que el hermano, el hijo o el padre del hereje practiquen con él la herejía: en ese caso la sospecha será tan fuerte para el acogedor como para el acogido. Además, la clemencia del inquisidor será proporcional a la afinidad del grado de parentesco.

¿Y qué hacer cuando el que recibe o protege al hereje es amigo de él, incluso íntimo, o su amante? Ciertos teóricos de derecho inquisitorial propugnan que el vínculo de amistad debe considerarse equivalente al vínculo de sangre y, por consiguiente, el amigo del hereje debe beneficiarse por ello de una cierta indulgencia. Los mismos teóricos pretenden que esta clemencia debe extenderse al amante del hereje, alegando en favor de su opinión la «irracionalidad» de la fuerza del amor. ¡Bien! Pero que entonces los que sostienen esta teoría examinen con la máxima diligencia la calidad de esta amistad o de este amor, pues lo que sería sostenible en el caso de una amistad íntima no lo

sería para cualquier amistad, y cualquier amor no valdría para justificar un gesto de clemencia.

La lista de los diez casos de sospecha fuerte que presenta Eimeric está muy bien elaborada, desde luego, y cubre un número infinito de casos. Sin embargo, deja muchos en la sombra, y expresamente pondremos de relieve algunos. Había que mencionar en el capítulo de sospechas fuertes o vehementes a los que no denuncian a los herejes, a los que conservan en su casa libros prohibidos, a los bigamos (¿no es la bigamia una negación de hecho de la doctrina del sacramento del matrimonio?); los sacerdotes que, durante la confesión, solicitan de sus penitentes masculinos o femeninos el acto carnal u otro pecado; a los religiosos que, instalados sin permiso de sus superiores en países de ultramar, se apartan del dogma en sus sermones y en su práctica. Hay que incluir también entre los fuertemente sospechosos de herejía a todos los que realizan actos cuya relación con la herejía es evidente (y este párrafo se aplicaría con toda evidencia a aquel o aquella que se casa con un hereje, a quien tiene amigos herejes, etc.).

30. *Los difamados de herejía*

Se llama difamados de herejía a aquellos que según el rumor público —especialmente entre las gentes sencillas— son predicadores, bienhechores o adictos de una herejía.

A éstos se les impondrá penas canónicas. No se tendrá en cuenta, a propósito de difamación, de las solas delaciones hechas por testigos valientes y honrados, sino también de las que emanan de testigos viles o infames (herejes, perjueros, criminales, etc.); está, efectivamente, previsto que a este respecto se acepte cualquier testimonio. ¿Quiere esto decir que se proceda de forma distinta según que la difamación se dé entre gentes honradas o entre viles y herejes? Claro que no, en lo que concierne a las penas y condenas previstas. Mas entonces, ¿la fama de herejía es más grave que la propia herejía? No en cuanto a la pena aplicable: naturalmente que es más grave ser convicto de herejía que tener fama de hereje. ¿Y si creemos las acusaciones de la

gente honrada, hay que creer más aún las de los otros? Sin ninguna duda. ¿La prueba? Los textos pontificios no establecen distinción alguna a este respecto entre el valor de las acusaciones de unos u otros, ni si la acusación procede de amigos del acusado o de sus enemigos. La acusación es suficiente en cualquier caso: basta con que una persona sea difamada públicamente para que se le imponga una pena canónica y sufra la excomunión si no la cumple. Si permanece un año excomulgado será condenado por hereje.

XVI. Hay difamación y, por consiguiente, proceso en cuanto se disponga de las acusaciones o las delaciones de dos testigos." Sin embargo, el inquisidor no se precipitará y tendrá la prudencia de incluir en el expediente algún indicio capaz de demostrar la veracidad de las delaciones. En la práctica, tendrá también en cuenta la calidad de los delatores.

Es de capital interés, en nuestra época, considerar si la difamación se funda en el hecho de que el difamado ha morado en alguna región infestada de herejía. Por ello el sínodo de Salzburgo ordena a los curas que examinen atentamente vida, costumbres y opiniones de los que proceden de regiones heréticas, advirtiéndolo al obispo si descubren algo sospechoso.

Finalmente hay que incluir en este capítulo la prohibición establecida por el concilio de Toulouse de que todo difamado de herejía se sienta entre consejeros o magistrados o ejerza cualquier cargo público.

31. Relapsos

Los relapsos (los que han «re-caído»: *re-lapsi*) pueden serlo por recaída en la herejía o por reincidencia en la protección de la herejía.

Son relapsos de herejía los que se sorprende en plena recaída o aquellos cuyos actos denuncian con evidencia

27. Constance fundamental para entender los estragos del tribunal inquisitorial: basta con dos testimonios de cargo para la condena. Eimeric y Peña dedican una extensa disertación sobre el tema en la última parte del *Manual* (pregunta 29 y siguientes).

su recaída. Se habla de «evidencia» con toda propiedad si el relapso confiesa o si es objeto de repetidas denuncias.

Son relapsos en la protección de la herejía los que reinciden en las prácticas enunciadas en los capítulos dedicados a los diversos tipos de protección, albergue, etc., de herejes.

Hay que señalar cuatro casos distintos de recaída en la herejía:

1. Es relapso el que recae en la herejía que había abjurado con ocasión de una captura anterior. Ejemplo: una persona negaba que Cristo fuese hijo de la Virgen María, fue prendido y abjuró. Pero en seguida sostuvo la misma herejía y volvió a ser capturado. Éste es relapso y como tal debe ser condenado.
2. Es relapso el que sin ser arrestado, era sospechoso vehementemente de una herejía o de un error, lo abjuró y luego fue prendido después de recaer en la herejía o en el error abjurado.
3. Es relapso el que, habiendo abjurado por sospecho de herejía, no de un sólo artículo, sino de la herejía en general, cae en cualquier herejía particular. Ejemplo: a una persona, sospecha de herejía, se la acusa de no creer en la resurrección de Cristo. Abjura de este error y de todos los errores. Más tarde pone en duda que Cristo haya subido al cielo: es un relapso.
4. Una persona abjura de la herejía en la que sabíamos, por un proceso anterior, que había caído. Después se demuestra que ya había abjurado por sospechoso vehemente y que había caído en la herejía antes de haber abjurado por sospecha. Si, después de esta abjuración, favorece a herejes, del modo que sea, y mantiene relaciones con ellos, es relapso.

Todos estos relapsos, soliciten o no el perdón sacramental, deben ser entregados al brazo secular sin ningún tipo de proceso. Si no muestran arrepentimiento, se les entrega por herejes impenitentes; si se arrepienten no se les negará los sacramentos de la confesión y de la eucaristía.

Queda el caso de los relapsos por reincidencia en la protección de herejes. Es el concilio de Tarragona el que los califica de relapsos. Pero los textos canónicos no son lo

bastante explícitos en la gradación de la responsabilidad y las penas.

¿Cuáles de estos relapsos deben ser ejecutados, cuáles deben salvar su vida? Si nos atenemos a las bulas *Ab abolendam* y *Excommunicamus*, hay que entregarlos a todos al brazo secular sin ningún tipo de proceso. Pero en estas dos bulas no se detalla la gravedad de los casos. Por lo tanto, yo creo que lo mejor, en caso de duda, es consultar al papa.

XVI. Conforme a la bula *Cum quorundam hominum* del papa Pablo IV, de fecha 1555, se considerará relapsos —y, como tales, se les entregará inmediatamente al brazo secular— desde su primera caída a los que creyeren o enseñaren alguna de las herejías mencionadas en la bula, cuyo contenido es el siguiente:

- a) No creer en la trinidad divina, en la unidad absoluta de sustancia y en la absoluta simplicidad de esencia;
- b) No creer en la verdadera divinidad de Jesucristo;
- c) Negar que Cristo fue concebido en carne en el vientre de la Bienaventurada Siempre Virgen María por obra del Espíritu Santo y pretender que lo fue por efecto del semen de José;
- d) Negar que Cristo sufriera una muerte atroz en la cruz para redimirnos del pecado y reconciliarnos con el Padre;
- e) Negar la maternidad divina de la Virgen María o negar que la Madre de Dios fuera siempre virgen, antes del parto, en el parto y después del parto.

Más tarde, en 1558, mediante la bula *Cum ex apostolatus officio*, el papa Pablo IV añadió a esta lista de herejías otro caso particular: es relapso desde la primera caída cualquier magistrado, eclesiástico o civil que incurra en cisma o en herejía y favorezca uno u otra.

Segunda parte

PRÁCTICA INQUISITORIAL

Esta parte del *Manual* se refiere a la práctica inquisitorial y consta a su vez de tres partes. En la primera parte examinamos el modo en que conviene iniciar un proceso. La segunda parte está dedicada al proceso propiamente dicho, y, finalmente, la tercera, al modo de concluirlo.

A. Antes del proceso — Autoridad del inquisidor

1. *Instrucciones al inquisidor que toma posesión de su cargo*

Antes que nada examinemos lo que debe hacer el inquisidor recientemente nombrado por el papa o por su nuncio en un reino o un Estado determinado. El inquisidor recientemente nombrado por el papa o por otra persona que actúe en su nombre, en un reino o en un país procederá así:

a) Antes que nada, debe presentarse al rey o al señor del reino o del país al que le envía la Santa Sede en calidad de inquisidor, y le presentará sus cartas credenciales. En seguida, el inquisidor suplica y exhorta al príncipe a considerarle su servidor y a que le preste —llegado el caso— consejo, ayuda, socorro. El inquisidor recuerda al príncipe o al señor que, en virtud de ciertas disposiciones canónicas, él debe hacer lo propio si desea ser considerado creyente y evitar las numerosas sanciones jurídicas previstas en los textos pontificios.

b) Una vez cumplido esto, el inquisidor requerirá salvoconductos para él, para su comisario, su notario y su escolta. Pide que dichos salvoconductos vayan dirigidos a todos los oficiales del rey y que estos oficiales se sometan al inquisidor en su tarea de prender a los herejes, a los que creen en ellos y a los que les ocultan, les protegen, les defienden, y a los que sean acusados de herejía; que hagan todo lo que su poder les permite y con arreglo a sus funciones para arrancar la perversidad herética y exaltar la fe católica todas las veces que el inquisidor o sus lugartenientes se lo requieran. Además el inquisidor obtendrá, en la medida de lo posible, del señor o del rey, un documento, literalmente o al menos en contenido, conforme a éste:

«N., por la gracia de Dios Rey de tal reino, a todos sus súbditos y cada uno de sus oficiales ¡salud y dilección!

Nuestro querido hermano N., dominico, inquisidor, ha sido especialmente enviado por la Santa Sede apostólica a nuestras tierras y posesiones para el servicio de Dios y de su culto, para la exaltación de la fe católica, y arrancar el detestable crimen de herejía de nuestro reino si floreciera y enraizase. Se dirige hacia las tierras bajo vuestro mando. Nosotros, como príncipe católico consciente de haber recibido de manos del Altísimo grandes bienes e innumerables honores, deseamos por encima de todo placer en todo, y particularmente en lo que atañe a su culto, a Dios, nuestro Creador. Por lo tanto queremos proteger en todo al inquisidor, como enviado especial de Dios, y pretendemos favorecerle continuamente. Por ello, decimos a cada uno de vosotros, y a cada uno de vosotros ordenamos, bajo pena de nuestro rigor, que ayudéis al inquisidor todas las veces que, para ejercer su misión, se dirija a vuestras tierras y pida ayuda al brazo secular. Os ordenamos que acojáis favorablemente al inquisidor; prender o mandar arrestar a todos los que el inquisidor os designe por sospechosos del crimen de herejía, por difamados de

herejía o por herejes, y conducirlos, bajo vigilancia, al lugar que os indique el inquisidor; aplicarles las penas merecidas según él lo estime y con arreglo a las costumbres.¹ Os ordenamos secundar al inquisidor siempre que lo solicite y sean cuales fueren sus motivos. Y, para que el inquisidor pueda cumplir su cometido con toda seguridad y con toda libertad, por el presente documento tomamos bajo la protección de nuestra real clemencia a él, a su comisario, su notario, su escolta y sus bienes. Os ordenamos observar de modo inviolable esta real protección del inquisidor, de los suyos y de sus bienes, de poner cuidado en que nadie les ataque en modo alguno ni en su persona ni en sus bienes. Asegurad sus desplazamientos y su paso cada vez que el inquisidor os lo requiera. Dado en tal sitio, con nuestro sello, tal día, tal mes y tal año.»

c) Conseguidas estas cartas, el inquisidor se dirigirá al arzobispo o al metropolitano, o a los arzobispos y metropolitano de los lugares a que ha sido enviado y les presentará su mandato apostólico. Lo mismo hará con cada obispo o vicario general antes de iniciar en sus diócesis el ejercicio de su misión, pues si ejerciera antes de haber presentado sus credenciales, podría hallar entorpecimientos en su misión por parte de los obispos y de los señores temporales, ya que tanto unos como otros podrían mandarle cesar su actividad hasta que presente sus títulos.

Luego, una vez presentados los documentos pontificios al obispo correspondiente, el inquisidor le presentará también sus cartas reales. A continuación las presentará a los señores temporales y a los oficiales de la diócesis, instándoles a prender o mandar prender a los que sean denunciados por herejes, simpatizantes, etc., y a obedecer las órdenes del inquisidor y de su lugarteniente, conforme al cargo y a las funciones propias de ellos.

d) Una vez cumplido todo esto, si lo desea, el inquisidor

1. Cf. Introducción, pp. 27 y 28: incorporación de las costumbres al derecho inquisitorial.

puede exigir a los señores temporales juramento de defender la Iglesia contra la perversidad herética y de proteger al inquisidor en el desempeño de sus funciones. Les citará a comparecer ante él mediante una carta cuyo modelo es el siguiente:

«Fray N., dominico, inquisidor de la perversidad herética en el reino de N., delegado de la Santa Sede apostólica, a los venerables vicarios, magistrados y concejales de tal villa, ¡salud y obediencia rápida a mis órdenes, que son órdenes apostólicas! Como tenemos un asunto que tratar conjuntamente, nos en función de nuestro cargo de inquisidor y vos en función de vuestros propios cargos, en virtud de la autoridad de nuestro señor el papa por el cual estamos investidos en estos lugares y en virtud de nuestras propias funciones, os rogamos y requerimos de cada uno de vosotros —habilitados como estamos para mandar y ordenar y aunque no dudemos un solo instante de vuestro celo por la causa de la fe— a que, dejando todo en suspenso, os presentéis personalmente a nos, tal día a tal hora y en tal lugar del convento de los frailes dominicos de tal sitio. Dado en tal lugar, tal día, etcétera.»

Si comparecen, el inquisidor les exhortará a que presten juramento de defender a la Iglesia contra los herejes con arreglo a sus poderes y funciones. El notario les leerá en lengua vulgar los decretos pontificios correspondientes. Después, para obligarlos más, el inquisidor les ordenará, delante de testigos probos y fundamentalmente eclesiásticos, cumplir lo que se les ha pedido mediante un documento cuyo contenido es el siguiente:

«Fray N., dominico, inquisidor de la perversidad herética en el reino de N., delegado de la Santa Sede apostólica, a los venerables vicarios, magistrados y concejales de tal villa, ¡salud y obediencia rápida a mis órdenes, que son órdenes apostólicas!

Dado que ningún verdadero católico debe apartarse de las leyes de la sacrosanta Iglesia romana y particularmente en lo que atañe a los asuntos de fe, en la que se reconocen los fundamentos de nuestra Madre Iglesia establecidos por N.S.J.C., y sobre los cuales está sólidamente edificada.

Dado que todo católico debe cumplir y promover con todas sus fuerzas estas santas leyes, Nos, Fray N., dominico de la provincia de N., delegado especial de la Sede apostólica, por la autoridad apostólica de que estamos investidos y que ejecutamos en estos lugares, y en virtud de nuestra propia función os requerimos, a vosotros, venerables jurados, magistrados concejales, etc., de tal lugar, y a cada uno de vosotros que nombramos individualmente en la presente, a jurar públicamente sobre los santos Evangelios de observar las leyes del emperador Federico y los estatutos pontificios promulgados referentes a la protección de la fe, con arreglo a la forma y al modo que nos decidamos de acuerdo con las leyes eclesiásticas. Si no lo tenéis en cuenta, o si os negáis a obedecer a los mandamientos apostólicos y a los nuestros en este asunto, descargamos nuestro anatema, os destituimos y privamos de vuestros cargos públicos, conforme a las leyes canónicas y apostólicas. Dado en tal lugar, etc.»

Tras la lectura de este documento, si los oficiales consienten y se declaran dispuestos a jurar, jurarán allí mismo o públicamente en una iglesia o en un lugar que se convenga. Prestarán juramento de rodillas, ante el libro de los cuatro Evangelios que tocarán con su mano, y con arreglo a la fórmula siguiente:

«Nos, fulano de tal, vicario (o magistrado, concejal, etc.) de la villa de N., a requerimiento y petición del venerable señor inquisidor Fray N., dominico, como verdadero fiel de la Santa Iglesia de Dios a quien obedecemos, prometemos y juramos

por los cuatro Evangelios que tenemos delante y que tocamos, que creemos y haremos creer en la fe de N.S.J.C., y de la Santa Iglesia romana, que la observaremos y la haremos observar, y que la defenderemos contra cualquiera con todas nuestras fuerzas. Juramos perseguir, prender o hacer prender, siempre que podamos, a todo hereje, protector, defensor o fiel de los herejes. Acusaremos y denunciaremos a la Iglesia y a los inquisidores a cualquiera que sepamos pertenece a las categorías señaladas, especialmente si se nos solicita expresamente. No conferiremos el cargo de baile o de síndico —ni cualquier otro cargo— a ninguno de esos pestíferos, a ningún sospechoso, a ningún difamado de herejía, a ninguno que se encontrara, por decisión del inquisidor, bajo el interdicto de ocupar cualquier cargo público. Juramos no aceptar a ninguno de esos en nuestra familia ni en nuestra comunidad, ni a nuestro servicio ni en nuestro concejo. Y si llegáramos a saber que uno de los nuestros es hereje, o simpatizante, juramos apartarlo inmediatamente de nosotros. Finalmente, prometemos obedecer en esto y en todo lo que concierne a la herejía a Dios, a la Iglesia romana y a los inquisidores, con todas nuestras fuerzas y en todo lo que podamos. Que Dios nos dé su ayuda, y así lo juramos tocando con nuestras manos los santos Evangelios.»

XVI. El modelo propuesto por Eimeric es conforme en todos sus puntos a las prescripciones del concilio de Béziers. Los inquisidores modernos modificarán tal o cual fórmula en función de las herejías modernas (luteranismo, calvinismo, etc.), pero teniendo bien en cuenta no alterar en nada el espíritu de las definiciones del concilio de Béziers.

2. *Cómo requerir a las autoridades temporales a que presenten juramento bajo pena de excomunión*

Si, tras conocer los términos del juramento que se les pide, los interesados (magistrados, cónsules, etc.) piden un plazo

de reflexión y, si tras deliberar, rehúsan prestar juramento, el inquisidor les requerirá al cabo de un plazo muy breve (tres o cuatro días) mediante una carta según el modelo siguiente:

«Fray N., dominico, etc.

Considerando que corresponde a todos los que han nacido a la verdadera vida mediante las aguas del bautismo, y en particular a los señores temporales, príncipes, nobles, concejales, etc., ayudar con arreglo a sus poderes a la Iglesia católica a extirpar la herejía, y que les corresponde prestar juramento si se les pide por medio del obispo o del inquisidor, si desean evitar las múltiples y graves penas previstas en caso de negativa.

Considerando que nos encontramos en esta villa de N., para dirigir la defensa de la fe y la extirpación de la herejía, lo que no podríamos llevar a cabo sin la ayuda de vuestro brazo secular.

Por la autoridad apostólica que ostentamos en este lugar, os requerimos, a todos los nombrados en ésta, y os exhortamos en virtud de la santa obediencia y, bajo las penas previstas por el derecho, os ordenamos a presentaros en un plazo de tres días a partir de hoy, contándose cada día como una intimación, personalmente en tal sitio, ante nos, para prestar juramento, con la mano sobre los santos Evangelios y prometer ayuda en todo a los inquisidores, aplicando todas las reglas canónicas contra los herejes, sus defensores, sus hijos y sus nietos.

Si no comparecéis en dicho plazo, quedáis excomulgados por rebeldes, contumaces y desobedientes a nuestras órdenes, que son órdenes del papa. Y sabed que, si os oponéis de algún modo a esta pena, os impondremos otras más graves. Dado en tal lugar, en tal fecha, con nuestro sello.»

Si comparecen, jurarán según lo previsto anteriormente. En caso contrario, serán excomulgados y se hará pública su pena en la iglesia catedral.

Si se deciden a prestar juramento después de publicar la sentencia de excomunión, lo harán según la forma prevista anteriormente, y a continuación quedarán absueltos de la excomunión. Sin embargo, se les impondrá una penitencia ejemplar, a juicio del inquisidor. Por ejemplo, estarán obligados a permanecer en las gradas del altar durante las fiestas solemnes y durante la misa mayor, con la cabeza descubierta, descalzos y sosteniendo en la mano un cirio cuyo peso se determinará y que ofrecerán al celebrante al final de la misa.

XVI. Hay que castigar severamente el pecado de desobediencia al inquisidor. Sin embargo, cuando se trate de concejales y de notables, siempre conviene imponerles penas menos duras. Se les hará, por ejemplo, que paguen una suma importante para la edificación de un lugar sagrado, o para otro fin, de manera que el delito no quede sin castigo y los demás aprendan a temer. Pero el inquisidor tendrá sumo cuidado antes de penalizar: constantemente se verá ~~obligado a recurrir a los poderes temporales~~, y su amistad y su buena disposición le son indispensables. Por lo tanto los inquisidores consultarán previamente a los grandes inquisidores y que preferentemente sea el inquisidor general, incluso el papa, quien dirima en estos casos.

Por otra parte, ¿cómo se hará obedecer el inquisidor en las villas libres, en que los concejales y príncipes no reconocen autoridad superior a la suya? Las penitencias previstas por Eimeric se aplicarán sin reparos en represalia a los magistrados de los lugares en que las autoridades superiores defienden la fe con celo y con ardor.

3. La excomunión y el interdicto

Si las autoridades civiles prestan juramento después del apremio, quedan absueltas de la excomunión y oficialmente reintegradas a sus funciones y a sus cargos. La excomunión de las autoridades desliga a los súbditos de cualquier vínculo de obediencia; una vez levantada la excomunión las autoridades recuperan la obediencia de sus súbditos.

Pero si los notables permanecen dos o tres meses bajo excomunión impuesta por no comparecencia, el procedimiento será más duro: los excomulgados serán denunciados en las iglesias catedrales tirando al suelo velas encendidas y con repique de campanas varias veces por semana o por día.

Si se deciden a prestar juramento serán absueltos de la excomunión pero se les impondrán penas más duras. Al cabo de dos o tres meses, si continúan negándose, se complicará el procedimiento y se extenderá la excomunión a sus parientes y a todos los que tienen trato con ellos. Si después de esto juran, se les absuelve pero imponiéndoles una penitencia más dura. Si no, se agrava el procedimiento pronunciando el interdicto —por ejemplo— sobre las tierras y villas regentadas por estos recalcitrantes. Se levantará el interdicto si, finalmente, prestan juramento.

Pero en esta fase, si ni siquiera reaccionan ante el interdicto, se les tratará como protectores de herejes y sospechosos de herejía; se les privará de sus dignidades y se les apartará para siempre de toda función y dignidad, de forma que cualquier acto público que realicen en el futuro sea considerado por todos nulo y carente de validez.

XVI. Los que hayan sido objeto de este tipo de condena no podrán en el futuro ejercer la medicina. Aunque regresen al seno de la Iglesia no podrán ejercer ningún tipo de función pública, ni ellos, ni sus hijos, ni sus nietos; no se les permitirá vestir ninguna prenda valiosa, ni adornos de oro o de plata. No tendrán bailías ni administraciones; no pertenecerán al concejo ni a la familia de los poderosos; no

2. Señal de duelo que sigue usándose en algunas regiones católicas durante las misas de funeral.

3. Dictar el interdicto equivale a privar a la ciudad, o a la región afectada por esta pena de toda actividad sacramental (no hay bautismos, entierros, matrimonios, etc.) y, teniendo en cuenta los vínculos entre la vida sacramental y la vida corriente, supone igualmente imposibilitar cualquier acto jurídico, cualquier transacción que generalmente conlleva la intervención de notario. El interdicto anula el vínculo de fidelidad y con ello obstruye, no sólo la vida política de la ciudad, sino también la actividad económica. Desde el punto de vista canónico y jurídico, una región bajo interdicto es una región muerta.

ejercerán ni la medicina ni el derecho; no tendrán acceso a ninguna función pública ni realizarán actos públicos; no llevarán joyas; ni ropas de seda, ni nada parecido: cinturones dorados; correas doradas o plateadas; ni zapatos calados o pintados. Y donde sea posible hacerlo, se les expulsará de la ciudad o serán confinados durante cierto tiempo en otra villa.

4. *Poder inquisitorial después del interdicto*

La ciudad nombrará luego nuevos concejales o nuevos magistrados que presten juramento antes de acceder a su nueva dignidad. Pero si la población permanece unida a los contumaces, el inquisidor adoptará toda clase de medidas para aislar de las otras a la ciudad sujeta a interdicto, llegando, en caso necesario, hasta a privarla de sede episcopal. Sin embargo, conviene que el inquisidor deje al papa la iniciativa de aplicar estas últimas penas.

XVI. Siempre es mucho mejor: más vale dar largas y consultar al jefe antes que precipitarse y provocar un tumulto.

En España, los que cometieran este tipo de delito, serían perseguidos por el inquisidor y arrestados y castigados por la autoridad real.

5. *Institución del comisario inquisitorial*

Conseguido —o no conseguido— el juramento de que hablamos, el inquisidor debe nombrar un comisario inquisitorial en cada obispado. Tendrá cuarenta años de edad como mínimo y pertenecerá al clero secular o regular. Ha de ser un hombre previsor, prudente, ejemplar en sapiencia y costumbres, lleno de celo por la santa fe.

¿Sus poderes? Recibir todas las delaciones, informaciones y acusaciones de quien sea, contra quien sea (dentro de la jurisdicción de la diócesis); «proceder contra» quien considere oportuno hacerlo; citar tanto a delincuentes como a testigos; prender, retener, recibir testimonios y confesio-

nes, examinarlos, llamar a testificar; torturar —con Su Ilustrísima el obispo— para conseguir declaraciones; encarcelar, convocar a expertos y, en términos generales, hacer todo lo que el inquisidor podría hacer si estuviera físicamente presente. No obstante, conforme a la costumbre, el inquisidor se reserva en todos los casos y en cada uno de ellos, la aplicación de la sentencia definitiva. Para este caso particular, el inquisidor puede, si quiere, delegar sus poderes en el comisario, pero más vale que se reserve para él personalmente a los relapsos e impenitentes, pues generalmente causa más temor el inquisidor que su comisario y el inquisidor es más experto que su ayudante.

Si lo juzga conveniente, el inquisidor puede nombrar también otros dos comisarios o un vicario general inquisitorial para toda una provincia eclesiástica. Los poderes del vicario inquisitorial serán los mismos que se deleguen en el comisario inquisitorial diocesano.

B. Inicio público y solemne de los trabajos inquisitoriales

6. *Sermón general*

Una vez cumplido todo lo anterior, una vez nombrados —o no— los comisarios inquisitoriales, el inquisidor determina, de acuerdo con el ordinario del lugar en que ha establecido su sede y su delegación apostólica, la fecha del sermón general. El sermón no se pronunciará en un día de gran fiesta para no entorpecer el funcionamiento normal de la vida parroquial, sino un domingo cualquiera fuera del tiempo de Cuaresma o de Adviento. Los curas de todas las parro-

4. Las grandes pompas litúrgicas quedan prohibidas durante estos dos períodos de penitencia. También queda prohibido celebrar acontecimientos festivos durante esos períodos. ¿Cabe concluir que la puesta en marcha del procedimiento inquisitorial está enfocada como una fiesta? Por supuesto. En este sentido lo que sigue es totalmente convincente.

guias del lugar recibirán una carta con el siguiente contenido:

«Fray tal, dominico, a fulano de tal, cura de tal parroquia de la villa de N., salud y obediencia rápida a mis órdenes apostólicas. Tenemos la intención, conforme a nuestras obligaciones como inquisidor, de hablar de ciertas cuestiones de interés para la fe a todo el clero y los fieles. Por ello, por la autoridad de que estamos investidos por el papa en este lugar, os rogamos, requerimos y ordenamos que anunciéis al pueblo el próximo domingo (tal día, de tal mes) durante la misa mayor y en voz alta e inteligible, que acuda al domingo siguiente (tal día, de tal mes) a la iglesia catedral a la hora habitual de la misa mayor para ver y oír cosas relativas a la ortodoxia de la fe. Advertiréis al pueblo que ese domingo se suprime cualquier otro sermón y que concedemos por nuestra autoridad apostólica cuarenta días de indulgencia a todos los que asistan a nuestro sermón. Dado en tal lugar, etc.»

Si el inquisidor lo juzga oportuno, recordará además las mismas órdenes a los curas, mediante un billete (cédula) que les hará entregar la víspera del domingo en que haya de anunciarse el sermón general. Los términos de este billete serán aproximadamente:

«Os recordamos que hemos decidido pronunciar a partir de mañana en ocho días un sermón general en la catedral y os rogamos y ordenamos que aviséis al pueblo para que venga a escucharlo. Suspendemos ese día todos los demás sermones y concedemos cuarenta días de indulgencia a los que nos escuchen.»

El inquisidor advertirá del mismo modo a todas las comunidades religiosas para que nadie prepare sermón para ese domingo. Y sean cuales fueren las órdenes religiosas a que pertenezcan las comunidades de la villa, el inquisidor las

conminará a enviar dos o cuatro miembros como mínimo al sermón general.

Cuando llegue el día, pronunciará un sermón totalmente dedicado a la fe, a su significación, su defensa, exhortando al pueblo a extirpar la herejía. Terminará el sermón solicitando delaciones:

«Si alguno sabe que alguien ha dicho o hecho algo contrario a la fe, que alguien acepte tal o cual error, tiene que revelarlo al inquisidor.»

El inquisidor añadirá que sabe que le revelarán todo, pero que está obligado a hacer al pueblo de los fieles advertencias solemnes para que no se denigre a los delatores y que, por el contrario, se les considere muy obedientes a la ley divina.

Al final del sermón, el inquisidor mandará leer, en voz alta e inteligible y en lengua vulgar —a su notario o a otro clérigo o religioso que esté situado junto a él en el púlpito— la siguiente carta:

7. Orden de delación para leer durante el sermón general

«Nos, fray fulano, dominico, inquisidor especialmente delegado por la Sede apostólica en las tierras de..., etc., habiendo sabido que las sierpes de la herejía quieren esparcir su veneno en esta región, que los herejes quieren perder a las almas como los zorros devastaron las viñas del Señor, que blasfeman del Dios de Dioses y del Señor de Señores.

Nos, cuyas entrañas se estremecen de temor y repugnancia al pensar que el veneno de la herejía ya ha emponzoñado muchas almas.

Por la autoridad con que nos ha investido el papa, en virtud de la santa obediencia y bajo pena de excomunión, ordenamos y establecemos por tres admoniciones y de modo perentorio a todos y a cada uno, laicos, miembros del clero secular y del

clero regular en cualquier función, grado o dignidad, que vivan en las tierras de esta villa —o de esta región— y en un radio de cuatro millas extramuros, que en un plazo de seis días a contar de hoy, contando cada dos días como un plazo de intimación, nos digan si lo saben; si han oído decir que tal persona es hereje, conocida como hereje, sospechosa de herejía, o que habla contra algún artículo de fe, o contra los sacramentos, o que no vive como los demás, o que evita el trato con creyentes, o que invoca a los demonios y les rinde culto.

El que —¡Dios no lo quiera!— negligiere su propia salvación y no cumpliera nuestra orden de delación, sepa que quedará bajo el peso de la excomunión y que esta excomunión le ata a partir de este momento y no puede desligarle de ella más que nuestro señor el papa o nosotros mismos.»

8. *Qué debe hacer el inquisidor después del sermón general*

Tras la lectura de esta conminación en lengua vulgar, el inquisidor hará tres cosas.

a) Primero explicará el sentido de la conminación simplificándolo para que se entienda mejor. Lo resumirá así:

«Esta sentencia —dirá— consta de tres puntos. El primero, de orden general: si sabéis que fulano es hereje, sospechoso de herejía o difamado de herejía, debéis denunciarle.

El segundo es particular: si sabéis que alguien enseña tal o tal error, debéis decírnoslo.

El tercero es singular: denunciaréis a aquellos de los que sepáis que tienen libros heréticos o que invocan a los demonios.»

b) A continuación el inquisidor recordará que los que han escuchado el sermón han ganado cuarenta días de indulgencia. Y añadirá:

«Ganarán tres años de indulgencia todos los que me ayuden a cumplir mi tarea. Por ejemplo el notario que acaba de leerlos las conminaciones acaba de ganar tres años de indulgencia. Todos los que me denuncien un hereje o un sospechoso, ganarán lo mismo. Así que, sed diligentes y ganad indulgencias.»

c) En tercer lugar, el inquisidor determinará el período de gracia en los siguientes términos:

«Y nos, por la autoridad apostólica de que estamos investidos, concedemos una gracia especial a todos los herejes, simpatizantes de herejes, protectores, sospechosos de herejía, bienhechores, difamados, etc., que vivan en esta diócesis que, durante el plazo de un mes a partir de hoy, se presenten espontáneamente a nos sin esperar a ser denunciados, acusados o capturados. Durante este mes de gracia usaremos de gran misericordia hacia aquellos que, espontáneamente, acudan a nosotros, confiesen su falta y pidan perdón. Pero los que, en vez de presentarse espontáneamente, esperen a ser acusados, denunciados o citados, o capturados, o que dejen pasar el plazo de gracia, éstos ¡no se beneficiarán de tanta misericordia! ¡Por lo tanto, conjuramos a todos a presentarse espontáneamente durante el período de gracia!»

Una vez hecho esto, el inquisidor puede mandar que coloquen el texto de las admoniciones en la puerta de la catedral para que todos puedan leerlo.

Luego, cuando el inquisidor haya determinado los dos plazos (uno para los delatores, y el otro —el de gracia— para los herejes, difamados, etc.) evitará desplazarse de la localidad. Permanecerá en su domicilio para que delatores y arrepentidos puedan fácilmente encontrarle.

9. *Los que se entregan espontáneamente*

Los que durante el período de gracia, se denuncian espontáneamente manifestando haber creído en tal o cual herejía, haber favorecido a herejes, etc., no son ni acusados, ni denunciados, ni citados a comparecer: confiesan espontáneamente. El inquisidor con éstos moderará su severidad. Pero adoptará grandes precauciones sobre el modo en que desean borrar su falta. Si desean acusarse según el fuero penitencial, declarando que quieren ser escuchados en confesión, el inquisidor no accederá ni escuchará su confesión, pues él no es juez de fuero interno y penitencial, sino externo y jurídico. Por lo tanto, los inquisidores evitarán administrarles el sacramento de la confesión pues, en caso contrario, soslayarían su oficio y desmerecerían el sacramento. El propio inquisidor pecaría por escándalo contra el sacramento si escuchara tales confesiones. Pues si escucha una confesión sacramental y se entera por ella de que alguien ha sido hereje en tal o cual fecha, y ha arrastrado a tantas personas, le será muy embarazoso cuando, después, al proceder por vía jurídica, inquiera sobre los hechos que ha sabido por confesión sacramental, y es seguro que el procesado le acuse de violar el secreto de la confesión. ¡Qué escándalo para la Inquisición! La experiencia demuestra que los herejes y sospechosos, por temor a ser capturados por la Inquisición, se presentan espontáneamente y piden ser oídos en confesión, pensando con ello eludir proceso y castigo. Por lo tanto, que no se confiesen y que declaren sus crímenes al inquisidor según el fuero jurídico.

Una vez bien establecido el delito, el inquisidor considerará en primer lugar si el declarante estaba ya procesado o era además objeto de una delación o de una acusación. Si así fuera, tomará nota judicialmente —ante notario y testigos— de las declaraciones y actuará en toda conformidad con las reglas jurídicas, aunque con algo menos de severidad, pues no hay que olvidar que el interesado ha acudido sin ser citado. En caso contrario, el interrogatorio se centrará princi-

palmente en la naturaleza del delito (artículo de fe puesto en tela de juicio, tipo de ayuda concedida a los herejes, etc.); y, si se viera que la herejía era sólo de fuero interno y que el declarante nunca había infectado con sus errores a ninguno, no habría confesión jurídica. En este caso, el declarante será absuelto en secreto y el inquisidor le impondrá una pena adecuada al mismo tiempo que le amonesta a permanecer firme en la fe. Pero si los hechos no fueran totalmente secretos y hubiera habido infección, entonces se procederá a registrar notarialmente la declaración, se inquirirá a las personas que hayan tenido conocimiento de la herejía o que hubieran sido víctimas de la infección, procediéndose a aplicar las penas previstas con arreglo a la naturaleza del delito, aunque con la moderación de rigor de que se beneficia el que se presenta espontáneamente.

XVI. El inquisidor determina, a su criterio, la duración del período de gracia. Normalmente el plazo de gracia es de un mes, a lo máximo cuarenta días. Y, salvo instrucciones pontificias contrarias, el período de gracia de que se beneficia una ciudad o una diócesis no es prorrogable. Eimeric habla de clemencia para con los que confiesan durante el período de gracia, sin embargo hay que penalizarlos. El inquisidor, teniendo en cuenta la posición de las personas y la importancia de sus delitos, les impondrá una multa o les hará entregar una limosna, etc. Además, convendría salvar la vida a los relapsos que acudieran con lágrimas en los ojos a confesar durante el período de gracia, si bien muchos doctores opinan lo contrario. En cuanto a los otros, los herejes que dejen transcurrir el plazo de gracia, serán condenados a prisión perpetua... a menos que fueran tan numerosos que su encarcelamiento planteara problemas insolubles. El concilio de Narbona (Actas, C. 9) ha previsto la eventualidad:

«Los herejes que hayan dejado pasar el período de gracia deben ser encarcelados a perpetuidad, conforme al derecho pontificio. Pero he sabido que en vuestro país son tan numerosos que faltarían cárceles y cemento si hubiera que emparedarlos a to-

9. *Los que se entregan espontáneamente*

Los que durante el período de gracia, se denuncian espontáneamente manifestando haber creído en tal o cual herejía, haber favorecido a herejes, etc., no son ni acusados, ni denunciados, ni citados a comparecer: confiesan espontáneamente. El inquisidor con éstos moderará su severidad. Pero adoptará grandes precauciones sobre el modo en que desean borrar su falta. Si desean acusarse según el fuero penitencial, declarando que quieren ser escuchados en confesión, el inquisidor no accederá ni escuchará su confesión, pues él no es juez de fuero interno y penitencial, sino externo y jurídico. Por lo tanto, los inquisidores evitarán administrarles el sacramento de la confesión pues, en caso contrario, soslayarían su oficio y desmerecerían el sacramento. El propio inquisidor pecaría por escándalo contra el sacramento si escuchara tales confesiones. Pues si escucha una confesión sacramental y se entera por ella de que alguien ha sido hereje en tal o cual fecha, y ha arrastrado a tantas personas, le será muy embarazoso cuando, después, al proceder por vía jurídica, inquiera sobre los hechos que ha sabido por confesión sacramental, y es seguro que el procesado le acuse de violar el secreto de la confesión. ¡Qué escándalo para la Inquisición! La experiencia demuestra que los herejes y sospechosos, por temor a ser capturados por la Inquisición, se presentan espontáneamente y piden ser oídos en confesión, pensando con ello eludir proceso y castigo. Por lo tanto, que no se confiesen y que declaren sus crímenes al inquisidor según el fuero jurídico.

Una vez bien establecido el delito, el inquisidor considerará en primer lugar si el declarante estaba ya procesado o era además objeto de una delación o de una acusación. Si así fuera, tomará nota judicialmente —ante notario y testigos— de las declaraciones y actuará en toda conformidad con las reglas jurídicas, aunque con algo menos de severidad, pues no hay que olvidar que el interesado ha acudido sin ser citado. En caso contrario, el interrogatorio se centrará princi-

palmente en la naturaleza del delito (artículo de fe puesto en tela de juicio, tipo de ayuda concedida a los herejes, etc.); y, si se viera que la herejía era sólo de fuero interno y que el declarante nunca había infectado con sus errores a ninguno, no habría confesión jurídica. En este caso, el declarante será absuelto en secreto y el inquisidor le impondrá una pena adecuada al mismo tiempo que le amonesta a permanecer firme en la fe. Pero si los hechos no fueran totalmente secretos y hubiera habido infección, entonces se procederá a registrar notarialmente la declaración, se inquirirá a las personas que hayan tenido conocimiento de la herejía o que hubieran sido víctimas de la infección, procediéndose a aplicar las penas previstas con arreglo a la naturaleza del delito, aunque con la moderación de rigor de que se beneficia el que se presenta espontáneamente.

XVI. El inquisidor determina, a su criterio, la duración del período de gracia. Normalmente el plazo de gracia es de un mes, a lo máximo cuarenta días. Y, salvo instrucciones pontificias contrarias, el período de gracia de que se beneficia una ciudad o una diócesis no es prorrogable. Eimeric habla de clemencia para con los que confiesan durante el período de gracia, sin embargo hay que penalizarlos. El inquisidor, teniendo en cuenta la posición de las personas y la importancia de sus delitos, les impondrá una multa o les hará entregar una limosna, etc. Además, convendría salvar la vida a los relapsos que acudieran con lágrimas en los ojos a confesar durante el período de gracia, si bien muchos doctores opinan lo contrario. En cuanto a los otros, los herejes que dejen transcurrir el plazo de gracia, serán condenados a prisión perpetua... a menos que fueran tan numerosos que su encarcelamiento planteara problemas insolubles. El concilio de Narbona (Actas, C. 9) ha previsto la eventualidad:

«Los herejes que hayan dejado pasar el período de gracia deben ser encarcelados a perpetuidad, conforme al derecho pontificio. Pero he sabido que en vuestro país son tan numerosos que faltarían cárceles y cemento si hubiera que emparedarlos a to-

dos: Por lo tanto, os aconsejamos demorar en lo posible los emparedamientos y no encarcelar de momento más que a los más peligrosos.»

Eimeric parece conceder al inquisidor la posibilidad de oír en confesión al «espontáneo» cuyos delitos no son públicos. Más valdría no seguir su indicación en este punto pues, procediendo como él sugiere, el inquisidor podría encontrarse más tarde con dificultades y el riesgo del escándalo que el propio Eimeric menciona. Que el inquisidor se atenga a su papel de juez, conforme a las disposiciones del papa Clemente III (*Cum sicut*).

10. *Cómo recibir las delaciones*

A los delatores se les oirá judicialmente durante el plazo de tiempo previsto. Si los delatores fueran tan numerosos que resultara imposible oír judicialmente todas las deposiciones, el inquisidor les hará escribir en un cuaderno previsto al efecto —uno por diócesis— lo que denuncian y a quién, su propio nombre, el nombre de los testigos existentes con el nombre de la ciudad o pueblo en que habitan. Este pequeño cuaderno lo guardará a buen recaudo el inquisidor para que no se pierda y cause a los delatores el daño que puede imaginarse. El inquisidor ha de escribir también con su propia letra en el cuadernillo —como recordatorio— todas las delaciones, el nombre de los delatores y de los denunciados, el nombre de los testigos que hay que interrogar, del modo siguiente:

11. *Recordatorio de delaciones*

Diócesis de X. —Fulano, nacido en..., con domicilio en..., de profesión..., denuncia a Mengano con domicilio en... calle o plaza..., que ejerce el oficio de..., de haber pretendido que (por ejemplo) en el sacramento de la misa no está verdaderamente el cuerpo de Cristo. Interrogar a:

Fulano, domiciliado en..., calle o plaza, de profesión... y a Mengano. —Como el modelo anterior.

12. Después del período de gracia

Una vez transcurrido el período de gracia, el inquisidor consulta su recordatorio, considera las delaciones, detecta las que son poco verosímiles, aísla los delitos más graves y peligrosos para la fe. Y en donde sea más clara la gravedad empieza a inquirir, citando al que denunció los hechos.

Le hará prestar juramento de decir la verdad. Si la deposición no parece creíble, el inquisidor sobresee el caso, pero sin modificar para nada el contenido del librito, pues lo que hoy no se descubre puede descubrirse mañana.

Si parece que existe verosimilitud, hay que plantearse la iniciación del proceso con arreglo a una de las tres modalidades de inicio de un proceso inquisitorial.

C. Encuesta y comienzos de los procesos

El proceso puede comenzar por acusación. En tal caso, la acusación debe ir precedida del registro.

Puede comenzar por denuncia. En cuyo caso, la denuncia debe ir precedida de una exhortación caritativa.

Puede comenzar, finalmente, por encuesta, que debe ir precedida de una información clara.

El inquisidor pregunta al delator si quiere ser acusador en el proceso o si quiere limitarse a denunciar. Si el delator quiere ser acusador, el inquisidor le hará saber que se halla sujeto a la ley del talión. Si, una vez informado de esto, mantiene su calidad de acusador y quiere que se proceda por acusación, se hará como desea el acusador y el proceso se desarrollará por acusación. Si después de la información, el delator no quiere asumir el papel de acusador y declara que se contenta con ser delator (es el caso más frecuente)

y si, además, no quiere intervenir en el proceso (también es el caso más frecuente), entonces se procederá como está previsto más abajo, es decir por denuncia. Si no quiere acusar ni denunciar, alegando que lo que denuncia se dice por todas partes, el inquisidor investigará ese rumor público y se iniciará el proceso con arreglo a la modalidad prevista más adelante. Como hemos prometido, he aquí las tres formas de iniciar un proceso.

13. Inicio de un proceso por acusación

Hay proceso de acusación cuando ante el inquisidor alguien acusa a otro de herejía, manifiesta su voluntad de demostrar su acusación y declara aceptar la ley del talión, en virtud de la cual el acusador acepta, si fracasa, sufrir el castigo que sufriría el denunciado si se demostrara su culpabilidad.

No es el mejor método en la práctica inquisitorial; es peligroso y muy discutible. Pero si el acusador insiste, el inquisidor accederá y mandará registrar la acusación. Una vez hecho, el inquisidor no «procederá» por cuenta propia, sino a instancias de una parte con asistencia de un notario público y de dos religiosos o, al menos, de dos personas honradas.

El proceso comienza. El notario ha de escribir:

«In nomine Domini, Amén. En tal año, tal día de tal mes, en presencia del que suscribe, notario de..., y de los testigos llamados: Fulano, de tal lugar, de la diócesis de X.; compareció personalmente en tal lugar ante el venerable fray Fulano, dominico, doctor en teología, inquisidor del territorio de tal señor, a quien presentó cédula de acusación cuyo contenido es el siguiente (el notario transcribirá íntegramente la cédula, añadiendo): hecho en tal fecha, en el lugar anteriormente citado, en presencia de los testigos nombrados más abajo, y en presencia del mismo que suscribe, notario público de tal lugar, en presencia de los escribanos del Santo Oficio de la Inquisición, o del señor inquisidor.»

XVI. Actualmente ha caído en desuso la ley del talión.⁵ El motivo más frecuente alegado por los doctores contra su aplicación es evidente: si se aplicara esta ley al acusador fallido, no se encontrarían delatores y, en consecuencia, los delitos quedarían impunes, en gran detrimento del Estado (*Reipublicae*).⁶ En el caso extremo en que el acusador quisiera someterse totalmente a la ley del talión y que resultase incapaz de demostrar en el proceso sus manifestaciones, yo considero que no habría que imponerle la pena que hubiera correspondido a la importancia del objeto de la acusación. En cualquier caso no se entregará el acusador fallido al brazo secular, pues en todos los casos el acusador es menos peligroso que el hereje.

En nuestros días el papel de acusador corresponde a un funcionario llamado «Fiscal», y él es quien asume la acusación. Después de la encuesta, formula las acusaciones en términos precisos y claros, como por ejemplo:

«Yo, Agustín, Fiscal de la Santa Inquisición, acuso ante ti, Keverendo Inquisidor, al llamado Martín Lutero de haber abandonado la fe católica afiliándose a la horrible herejía maniquea y a tal y tal herejía, a pesar de haber sido bautizado como católico y que todos le tienen por católico. Le acuso de predicar, escribir, urdir y afirmar innumerables dogmas heréticos, falsos, escandalosos y muy sospechosos de conformarse a las herejías anteriormente indicadas.»

Éste es el estilo de las fórmulas de acusación generalmente empleadas actualmente. El acta de acusación será lo bastante explícita para que el procesado sepa de qué se le acusa exactamente, para que pueda defenderse. Sin embargo en ella no figurará ningún indicio que le permita imaginar

5. En desuso, aunque sin derogar. Efectivamente, sabemos que no existe la derogación en la legislación inquisitorial. Cf. Introducción, p. 25.

6. Creo indispensable señalar que Peña dice *Respublica* y no *christianitas* o *populus christianus*.

quién le ha denunciado... y ello por motivos evidentes, de los que hablaremos más adelante al tratar de las circunstancias en las que hay que orientar al procesado o confundirle.

14. *Inicio de un proceso por denuncia*

Un delator denuncia a alguien por herejía o por protección de la herejía y declara que lo hace para no incurrir en la excomunión que recae sobre los que saben y se callan.

El inquisidor manda poner por escrito los términos exactos de la denuncia y «procede» esta vez con arreglo a su oficio y no en calidad de solicitud de una parte.

Es el procedimiento habitual. Se inicia el proceso en presencia de un notario y de dos testigos religiosos o dos buenos creyentes. El delator presta juramento sobre los cuatro Evangelios y comienza su deposición: cómo ha sabido los hechos, si los ha sabido de primera mano o no, quién se los ha revelado. El inquisidor le interrogará para completar al máximo la deposición, y se anotará todo en el acta que redacte el notario. Luego se le pregunta al delator si denuncia por impulso de la malevolencia, el odio, el rencor o por orden de un tercero. A continuación el delator presta juramento de guardar secreto de lo que revele al inquisidor y de lo que éste le diga. Todo se registra en el acta notarial. El acta de delación llevará fecha.

15. *Inicio de un proceso por encuesta*

No hay ni confesión espontánea, ni acusación, ni delación, sino el rumor que circula en tal ciudad o en tal región de que fulano ha dicho o ha hecho tal o cual cosa contra la fe o en favor de los herejes. En tal caso, el inquisidor inquiere, no a instancias de una parte, sino por su propio oficio.

Es una modalidad muy común de procesar. Y si el rumor llega a oídos del inquisidor por boca de personas honradas y bien pensantes, el proceso se inicia, siempre ante notario y dos testigos, mediante la redacción de un acta en la que se transcribe el contenido de ese rumor público.

XVI. Por «encuesta», en el contexto inquisitorial, hay que entender la investigación realizada canónicamente por un juez bueno y ecuaníme sobre un acto manifiestamente delictivo.

Hay que distinguir actualmente la encuesta general (*inquisitio generalis*) de la encuesta especial (*inquisitio specialis*).

Hay encuesta general cada vez que el inquisidor visita una provincia o una región y promulga decretos de búsqueda de herejes en general. La encuesta general no implica necesariamente que se haya señalado previamente un delito de herejía.

La encuesta o la inquisición especial es el derecho de proceder a la condena y al castigo de procesados difamados de herejía y designados por su nombre. Esta inquisición implica que ha habido delito efectivo. Sin embargo, en el ámbito de la herejía, es legítimo proceder a una encuesta especial incluso cuando no ha habido delito. Pero el inquisidor redoblará en prudencia, circunspección y reserva en este caso para no herir inútilmente el honor del encuestado.

D. El proceso propiamente dicho

Acabamos de ver cómo se inicia un proceso en una causa de herejía. Ahora vamos a ver cómo se desarrolla el proceso. Precisemos para empezar que, en los asuntos de fe, el procedimiento debe ser sumario, sencillo, sin complicaciones ni algaradas, ni ostentación de abogados y jueces. No hay obligación de enseñar acta de acusación al acusado ni consentir debate. No se admite recurso dilatorio ni cosas por el estilo. Y, del mismo modo que hemos distinguido tres formas de iniciar un proceso, repasaremos ahora el desarrollo de cada una de estas tres fórmulas.

16. Proceso por acusación

En el caso de un proceso por acusación, el inquisidor ordena al acusador que diga los nombres de los testigos, y éstos

son citados e interrogados bajo juramento. Si se viera que no aportan nada a la acusación, el inquisidor aconsejará al acusador que abandone. Si se viera que las deposiciones de los testigos ayudan algo a la acusación, el inquisidor aconsejará al acusador que se contente con ser delator para que el inquisidor pueda «proceder» según su oficio y no en calidad de solicitado por una parte, y para que la acusación no quede expuesta a riesgos demasiado graves. Si resultara que los testimonios confirman plenamente la acusación y que el acusador insiste en acusar, y no sólo denunciar, el inquisidor examinará diligentemente a los testigos, ante notario y dos testigos, haciéndole antes prestar juramento sobre los cuatro Evangelios de decir la verdad.

Si entonces resultara que los delitos de que se acusa al procesado son de una gravedad tal que el inquisidor no pueda ni deba dejarlos pasar cerrando los ojos y que hay que dar razón a la acusación, entonces el inquisidor procederá a examinar a los testigos del modo siguiente:

17. *Examen de los testigos*

Se pregunta al testigo, después de hacerle prestar juramento, si conoce al acusado, cómo le conoce (¿Le conoce de vista?, ¿Ha hablado con él?, ¿Varias veces?, etc. El testigo mencionará eventualmente sus vínculos de parentesco o de amistad con el acusado, etc.); luego, cuánto tiempo (¿Mucho tiempo? ¿Poco tiempo?); qué se dice de él, especialmente en lo que respecta a la fe (y también en lo que atañe a la moralidad). Respecto a la fe: ¿se dice de él que ha hecho o dicho en tal sitio esto o aquello contra la fe católica? ¿Se le cree miembro de tal o cual secta? ¿O se cree que es bienhechor o simpatizante de herejes? ¿O se le tiene, por el contrario, por buen católico? A la pregunta: ¿qué es la «reputación»? el testigo responde que es «lo que se dice comúnmente».

Se pregunta al testigo si ha visto u oído al acusado hacer o decir esto o aquello contra la fe; o si ha visto u oído esto; quién estaba presente; cuántas veces sucedió; se pregunta al testigo si, en su opinión, el acusado actuaba jugando, o

si hablaba como recitando, o como si hiciera broma, o si actuaba seriamente, o si hablaba con ponderación; se le preguntará qué le hace pensar que así era (¿Hablaban riendo? ¿Insistía a pesar de que otros le decían que callara?), etcétera.

El inquisidor prestará máxima atención a las respuestas de los testigos a esta última pregunta, pues es frecuente que la gente diga cosas contra la fe repitiendo lo que ha dicho otro, para reírse o hacer reír; y, está claro, que conviene distinguir esto de lo que se dice en una discusión o en tono terminante.

Finalmente se pregunta al testigo si no habrá declarado por rencor o por odio, y se le insta a guardar secreto de todo. Luego el notario fecha la declaración, en la que figurará el nombre del testigo y su propio nombre.

Se examina de igual modo a todos los testigos. Si de todos estos elementos se desprende que hay herejía, o sospecha grave, o ayuda a la herejía y se teme que el acusado escape, el inquisidor le hará arrestar. Si no parece que ha lugar a temer que desaparezca, el inquisidor citará al acusado para interrogarle del modo siguiente, ante notario y testigos inquisitoriales, después de hacerle prestar juramento sobre los cuatro Evangelios.

XVI. Observad que Eimeric da una definición precisa de la reputación. Esto no quiere decir que haya que esperar que el testigo la conozca exactamente, y basta que haya convergencia de fondo entre la respuesta del testigo y la que propone Eimeric.

¿Qué decir respecto a los herejes «por jugar»? Según ciertos doctores, habría que mostrarse menos severos con los que hayan proferido herejías «por diversión». ¡Pero no hay que relajarse! Son numerosos los ejemplos de personas que —¡por jugar!— sostienen opiniones idiotas que hay que castigar. Por ejemplo los solteros que dicen a quienes les escuchan que en la otra vida tendrán mujer porque en ésta no la tienen. ¡Que al menos se les imponga una buena multa en beneficio de un lugar de culto! ¡Las palabras ligeras sobre Dios, o los santos, no pueden quedar impunes; menos aun si se pronuncian en público o si son religiosos

quienes las profieren ante seglares! En todos los casos este tipo de bromas constituye un indicio a seguir, pues muchos herejes dirán, por supuesto, que han dicho o han hecho tal o cual cosa «por diversión». El inquisidor lo castigará severamente, ¡pues es un pecado contra el Espíritu Santo emplear palabras de la Escritura o cosas de la fe para divertir a la concurrencia o proferir obscenidades!

Sin embargo, no se castigará a los que hayan proferido herejías en sueños y no se tendrán en cuenta las herejías que haya podido proferir un niño o un viejo infantilizado.

Se habrá advertido también, en relación con las sospechas, que no hay detención si no se cuenta con indicios suficientes. Corresponde al inquisidor y a su consejo, y sólo a ellos, el decidir si es oportuno enviar una simple citación de comparecencia o una citación real, es decir, un arresto (*citatio realis, hoc est, personalis captura*).

18. *Cómo se interroga al acusado*

«Fulano de tal, con domicilio en..., habiendo sido denunciado y habiendo prestado juramento sobre el libro de los cuatro Evangelios, que tocaba con la mano derecha, de decir toda la verdad sobre sí mismo y sobre los demás, ha sido interrogado como sigue.»

El inquisidor preguntará al acusado el lugar de nacimiento y su lugar de origen. Sobre sus padres (¿Están vivos? ¿ difuntos?). Le preguntará en dónde se ha educado, quiénes fueron sus maestros y dónde ha vivido. Se preocupará por los cambios de domicilio: ¿abandonó el lugar de nacimiento? ¿Ha viajado a regiones infectadas por la herejía, y por qué? Según las respuestas, el inquisidor orientará sus propias preguntas aparentando ir a parar con toda naturalidad al asunto. Se le pregunta si en tal o cual lugar no ha oído hablar de tal cuestión (de la que se le acusa, *sin que él lo sepa*); por ejemplo, ¿no habrá oído hablar de la pobreza de Cristo, o de los apóstoles, o de la visión beatífica?

Si dice que sí, se le acosará a preguntas y se anotarán las respuestas; se le preguntará si ha hablado de ello personalmente y cuál es su opinión sobre el asunto. De este modo, el inquisidor diestro (*prudens inquisitor*) va cribando cada vez más la cuestión fundamental de la acusación para llegar a la verdad. Terminada la confesión, se fecha el acta. Si el inquisidor ve que el acusado está plenamente convicto de culpabilidad por los testigos, que se traiciona por sus propias declaraciones o que niega, aunque convicto de culpabilidad o de fuerte sospecha, le hará detener encarcelándolo en la prisión del Santo Oficio, si la hay, para que no se evada. Si no dispone de cárcel propia, le hará encerrar en el palacio episcopal o en la prisión civil si lo juzga oportuno. Pero siempre conviene más utilizar las cárceles de la curia eclesiástica, pues es el obispo el juez ordinario sin el cual el inquisidor no puede condenar definitivamente por herejía, ni recurrir a la cuestión, es decir a la tortura.

Una vez encarcelado el acusado, el inquisidor le interrogará y le examinará con gran frecuencia sobre lo que niega y que o está probado o es muy probable. El inquisidor insistirá de este modo hasta que el acusado llegue a confesar alguna otra cosa: en tal caso la información obtenida la anotará el notario ante los testigos inquisitoriales, figurando en el acta las denegaciones o las declaraciones anteriores.

XVI. El orden de las preguntas debe dejarse al criterio de cada inquisidor que modificará el interrogatorio según los casos. Tras las preguntas generales que sugiere Eimeric y por las que naturalmente conviene empezar, es útil que el inquisidor pregunte al acusado si sabe por qué le han arrestado; si sospecha de alguien —y en caso afirmativo de quién— que le haya denunciado; y según las respuestas que dé, el inquisidor verá el modo de cribar mejor la verdad. El inquisidor dirá al acusado que se mostrará misericordioso con él si confiesa con claridad y rapidez. Conviene que esta promesa de misericordia se haga tres veces durante los diez primeros días de detención. El interrogatorio puede legítimamente desbordar el tema de la acusación: por ejem-

plo, se pedirá al acusado que recite las oraciones ordinarias; se le interrogará sobre la doctrina cristiana, y finalmente se le preguntará cuándo y a qué sacerdotes había confesado sus pecados.

Pero el inquisidor debe mostrarse prudente y tener cuidado de no hacerse cargante, pues entonces no conseguirá más que suscitar la cólera del acusado. Se guardará mucho, en el extremo contrario, de dejar sin revelar nada que pueda interesar al cuerpo del delito y, si el acusado comienza a confesar, que no le interrumpa bajo ningún pretexto. El notario tomará nota de todo y el acusado firmará la deposición, si sabe escribir (en caso contrario, pondrá en el acto un signo determinado) antes de ser conducido a prisión.

Durante el interrogatorio conviene que el acusado se siente en una silla más baja, más sencilla que el sillón del inquisidor. El interrogatorio se hará de forma que se evite sugerir al acusado qué es lo que se pretende, indicándole con ello el modo de eludir las preguntas peligrosas. He aquí el buen método: ir de lo general a lo particular, de lo especial a lo singular. En derecho civil, los jurisconsultos dicen: «No preguntéis a X: ¿Has matado a fulano?, sino ¿Qué has hecho?» En asuntos de herejía, se procede igual; el acusado tiene que ignorar la especificidad de lo que le acusan. Hay que llegar a ello mediante una disminución constante planteando preguntas sobre el cargo propiamente dicho para conducir al acusado a que confiese o a que recuerde su crimen si lo había olvidado. Sugerir al acusado el cargo para que pueda eludir las trampas del interrogatorio constituye, en materia inquisitorial, un delito grave: el inquisidor culpable de ello sufriría el castigo especialmente previsto para estos casos por el concilio de Viena (Actas, I, *Verum quia de haereticis*).

El inquisidor examinará con gran frecuencia al acusado encarcelado, como dice Eimeric. A pesar de la promesa de misericordia de que hemos hablado anteriormente. En conclusión: los interrogatorios serán tan frecuentes como desee el inquisidor, pero siempre salvaguardando el principio de callar todo lo que pudiera ser susceptible de orientar al acusado sobre sus denunciantes.

19. *Proceso por delación*

En el caso de proceso por delación, se cita a los testigos indicados por el delator y principalmente a los que parezca que saben más. Si sucediera, como en el caso anterior, que es materia grave, se procede a los interrogatorios en la forma descrita anteriormente.

20. *Proceso por encuesta*

En caso de proceso por encuesta, el inquisidor manda citar algunos testigos de entre las personas buenas y honradas. A ellos corresponde testificar la existencia de rumores públicos. Las preguntas que se harán a los testigos serán de esta guisa: si el citado a testificar conoce a Fulano, de tal lugar, desde cuándo, qué dicen de él, cómo conoce el testigo la existencia de ese rumor, cuánto tiempo hace que existe el rumor, de dónde procede, etc.

Si pareciera que efectivamente existe rumor, el inquisidor citará a otros testigos, escogiéndolos entre allegados y familiares del que es objeto de rumor público. El inquisidor elige testigos de los que pueda legítimamente esperar que no van a deponer a favor del procesado. A éstos les interrogará no sobre el rumor sino sobre los propios hechos, ante notario y testigos inquisitoriales. Y el inquisidor procederá con los testigos igual que en los casos anteriores. Una vez examinados los testigos, el inquisidor interroga al difamado como está previsto en el proceso por acusación.

XVI. Bastan dos testigos para probar la existencia de rumor; deben ser íntegros y mayores de edad. Dos testimonios divergentes sobre los hechos son suficientemente convincentes para probar la existencia de rumor, y se puede «proceder».

Para que los testigos se comprometan a decir la verdad, el inquisidor les obliga a jurar. La juración se toma como señal de un marido. Por lo tanto, el inquisidor

E. Los interrogatorios

Para despejar toda sospecha de irregularidad y para que realmente se llegue a establecer la verdad, tienen que asistir cinco personas a los interrogatorios de delatores y testigos: el juez inquisitorial, el testigo o el acusado, el notario y dos testigos inquisitoriales.

El primero es el inquisidor, o su comisario. A él corresponde interrogar a testigos y denunciados, formular las preguntas y mandarlas transcribir. Que sea astuto, que sea prudente al examinar a los testigos y a los denunciados, especialmente a los acusados de herejías modernas —be-gardos y valdenses— que se han convertido en maestros de ocultación de la verdad.

El segundo es el testigo o el denunciado a quien se somete a interrogatorio. Éste, en primer lugar, tiene que haber jurado decir la verdad, si no su deposición sería nula. No debe violar su juramento, sino atenerse estrictamente a la verdad, sin añadir nada por odio ni por rencor y sin suprimir nada por piedad. Debe siempre contestar a la pregunta que se le haga, fielmente, teniendo en cuenta los criterios del juez antes que nada. No debe tergiversar ni perderse, sino responder con toda claridad. El inquisidor prestará suma atención a la manera de responder del testigo. Si ve que el interrogado responde con precaución y astucia, le tenderá trampas forzándole con ello a responder correcta y claramente.

El tercero —el notario— lo designa el inquisidor y se encarga de la redacción de las actas del proceso. Anota por orden del juez las deposiciones de los testigos, las confesiones o las denegaciones de los procesados, etc.

Los dos testigos inquisitoriales serán dos personas probas, o dos clérigos. Deben asistir a todos los actos del proceso. Pero si el juez inquisitorial no puede disponer de ellos constantemente, se asegurará de que estén presentes cuando se pregunte al acusado si mantiene sus confesiones o sus denegaciones.

XVI. La fórmula habitual para prestar juramento ante el tribunal de la Inquisición es la siguiente:

«Juro por Dios y por la Cruz y por los Santos Evangelios, que toco con la mano, decir la verdad. Que Dios me ayude si mantengo mi juramento y que me condene si soy perjuro.»

21. *Observaciones previas al interrogatorio de herejes*

Todos los inquisidores tendrán en cuenta cuando se dispongan a interrogar a un procesado las tres recomendaciones siguientes:

1. Adaptar las preguntas al nivel de instrucción, a la secta y al rango del acusado. La astucia es la mejor arma del inquisidor: que utilice la parte doctrinal de este *Manual* para que el acusado sea convicto de adhesión a tal o cual herejía.

2. Los acusados que se muestren sólidos en sus razonamientos serán fácilmente convictos de herejía si les refutan teólogos o juristas duchos.

3. Es muy difícil examinar a aquellos que, ante el inquisidor, no declaran sus errores y antes bien los disimulan (valdenses, begardos, por ejemplo). El inquisidor acrecentará su astucia y sagacidad para seguir los trucos en que se escudan, haciendo que confiesen. Son personas que engañan con sus respuestas, pues sólo piensan en eludir las preguntas para no ser acosados y convictos de error.

XVI. Responded a la astucia con la astucia. Haced gala de sagacidad. He aquí un ejemplo de las nefastas consecuencias de la falta de sagacidad:

Una puta consiguió hacer frente durante días y días, con respuestas evasivas, a varios ilustres doctores que la interrogaban ante el tribunal inquisitorial, así que fue liberada. ¡Pero casi en seguida la sorprendieron recogiendo huesos de un hereje que había sido quemado, para venerarlos como reliquias de un mártir! Por lo tanto tened muy en

cuenta todas las precauciones señaladas para evitar que seres malignos injustamente liberados perseveren en sus errores y con ello puedan corromper a los demás.

22. *Last diez argucias de los herejes para responder sin confesar*

Los herejes sofistican las preguntas —y las eluden— de diez maneras.

1. La primera consiste en responder equívocamente. Si se les interroga sobre el verdadero cuerpo de Cristo, contestan sobre su cuerpo místico. Por ejemplo, si se les dice: ¿Crees que eso es el cuerpo de Cristo?, responden: «Sí, creo que eso es el cuerpo de Cristo» (entendiendo por ello una piedra que ven, o su propio cuerpo, en el sentido de que todos los cuerpos son de Cristo, porque son de Dios, que es Cristo). Se les pregunta: «¿Crees que el bautismo es un sacramento necesario para la salvación?», y responden: «Creo» (entendiendo por ello que tienen una creencia, pero no la vuestra, sino la suya; y no a propósito de lo que se les pregunta, sino de otras cosas). Preguntáis al acusado: «¿Crees que Cristo nació de una virgen?», y responde: «Firmemente» (se sobreentiende que mantiene firmemente su perfidia). Preguntadle: «¿Crees en una santa Iglesia católica?», y os responderá: «Creo en una santa Iglesia» (se sobreentiende la comunidad de sus cómplices —que ellos llaman «iglesia»— y no nuestra iglesia). Siempre tergiversan el sentido de la pregunta y la respuesta.

2. La segunda consiste en contestar añadiendo una condición. —Si preguntáis al acusado: «¿Crees que el matrimonio es un sacramento?», responde: «¡Si es la voluntad de Dios, lo creo!» (sobreentendiéndose que Dios no quiere que lo crea). Si le preguntáis: «¿Crees en la resurrección de la carne?», le oiréis contestar: «Claro, si a Dios place» (sobreentendiéndose que Dios no quiere que lo crea).

3. La tercera consiste en invertir la pregunta. —Preguntáis: «¿Crees que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo?», y os responde: «¿Y vosotros qué creéis?» Le decís: «Creemos que el Espíritu Santo procede del Padre

y del Hijo», y entonces responde: «Yo lo creo también», (sobreentendiéndose: yo creo que lo creéis, pero yo no creo en ello). Le preguntáis: «¿Crees que la usura es un pecado?», y responde: «¿Qué decís que hay que creer sobre eso?» Entonces decís: «Creemos que todo católico debe creer que la usura es pecado.» Y os responde: «Yo lo creo también» (se sobreentiende: creo que vos lo decís).

4. La cuarta consiste en fingir sorpresa. —Preguntáis: «¿Crees que Dios es el creador de todas las cosas?», y responde con asombro, casi con indignación: «¿Qué iba a creer? ¿No debo creer eso?» (sobreentendiendo que no debe creer en ello). Le preguntáis: «¿Crees que el hijo de Dios se hizo carne en el vientre virginal de María?», y responde sorprendido: «¡Dios mío!, ¿por qué me hacéis esa pregunta? ¿Creéis que soy judío? ¡Yo soy cristiano! Sabed que creo todo lo que debe creer un buen cristiano» (sobreentendiendo que un buen cristiano no debe creer eso).

5. La quinta consiste en tergiversar las palabras de la pregunta. —Si preguntáis: «¿Crees que es pecado prestar juramento en un juicio?», os responde: «Creo que el que dice la verdad no peca.» De ese modo contesta sobre la verdad y no sobre el juramento, que es el objeto de la pregunta. Y si le preguntáis: «¿Crees que es pecado prestar juramento?», le oiréis contestar: «Creo que es un gran pecado jurar en vano.»

6. La sexta consiste en un rodeo evidente de palabras. —Preguntáis: «¿Crees que después de su muerte Cristo bajó a los infiernos?», y os responde: «¡Señor inquisidor, la muerte de Cristo... qué tema de meditación! Y yo, pobre pecador, casi no pienso en ella... Pobre, como Cristo, tengo que mendigar para sobrevivir...» Y de este modo elude la pregunta y se pone a hablar de su pobreza y de la pobreza de Cristo. Le preguntáis: «¿Crees que Cristo vivía aún cuando le atravesaron con la lanza?», y os contesta: «He oído decir que antaño hubo una gran controversia sobre eso, igual que hoy sobre la visión beatífica. ¡Complicáis todo con vuestras preguntas! Decidnos de una vez, por amor de Dios, lo que hay que creer en esa cuestión de las almas de los bienaventurados, que yo no quiero apartarme de la fe.» Y así elude la pregunta que le hacíais. Le preguntáis:

«¿Crees que Cristo no poseía nada propio ni en común?», y responde dirigiéndose a los presentes, haciéndoles intervenir para eludir de momento la pregunta: «...»
7. La séptima consiste en una autojustificación. —Interrogáis al acusado sobre un artículo de fe, y os responde: «¡Pero señor inquisidor, yo soy un hombre sencillo y sin instrucción, sirvo a Dios en mi sencillez. Yo no sé nada de esas preguntas y sus sutilezas! No me preguntéis sobre eso porque quebrantaríais mi fe y me induciríais a error.» O bien os contesta en otro tono: «Monseñor, creo firmemente en Dios, y firmemente pensaría en sus obras admirables, en los artículos de la fe, en la Trinidad. Pero entonces me entran dudas sobre la fe y me hallo en peligro..., luego, por favor, no me hagáis pensar en esas sutilezas de las que ni quiero oír hablar... ¡No me pongáis en peligro! ¡Por nada del mundo quisiera correr riesgo de equivocarme!»

8. La octava argucia consiste en fingir una debilidad física repentina. —Interrogado y vuelto a interrogar sobre la fe, el culpable comprende que no logrará evitar todas las trampas del interrogatorio, siente que llegará a confesar su herejía y de repente exclama: «Me duele la cabeza, no puedo más. Os lo ruego, dadme un poco de descanso, por amor de Dios.» O bien: «Me encuentro mal... ¡Por amor de Dios, perdonadme, pero necesito tumbarme!» Accedéis y se libra durante unos instantes que aprovecha para reflexionar sobre lo que tiene que decir para esquivaros de nuevo al reanudar el interrogatorio. Los acusados lo hacen sobre todo cuando ven que se les va a torturar: dicen que están enfermos, que morirán si les torturan y las mujeres dicen que tienen la regla.

9. La novena consiste en simular estupidez o locura. —Fingen locura —como la fingió el rey David ante Akís— para no dejarse envolver. Ríen al responder, y en sus respuestas mezclan cantidad de palabras impertinentes, cómicas, idiotas. Así encubren sus errores. Hacen esto con frecuencia cuando ven que van a torturarles o se les va a entregar al brazo secular. Todo por escapar de la tortura y de la muerte. Yo lo he visto mil veces: los acusados fingen estar totalmente locos, o que sólo tienen momentos de lucidez.

10. La décima consiste en adoptar aires de santo. Los herejes se distinguen del resto de los mortales en sus costumbres, su forma de vestir, su manera de hablar. "Casi siempre van descalzos o con sandalias sencillas y visten ropas pobres. Unos se visten de blanco, otros de marrón, algunos llevan una capa, otros una túnica larga y amplia; no se ciñen los riñones con una correa sino con una cuerda; los hay que llevan capucha y otros que llevan los cabellos largos, depende de la secta a que pertenecen. Los hay que andan con la cabeza gacha mirando al suelo y otros que caminan mirando al cielo. Llenan su boca con palabras de humildad y aparentan santidad, como sepulcros blanqueados y dorados que encierran cadáveres. Pues por dentro están llenos de orgullo, de lujuria, de gula, de envidia y vanidad: quienes les conocen bien lo saben. Con sus aires de santidad infectan a gran número de personas y así eluden el juicio de la Inquisición.

Estas son las diez estratagemas a que recurren los herejes para librarse. Hay aún otras que se descubren con la práctica inquisitorial.

XVI. El tema de la locura fingida merece particular atención. ¿Y si, por una vez, se tratase de un loco auténtico? Para tener la conciencia limpia, se someterá a tormento al loco, verdadero o falso. Si no está loco, difícilmente proseguirá la comedia presa del dolor. Si hay duda y no puede creerse que se trata de un loco auténtico, que se le torture de todas formas, pues no hay que temer que el acusado muera por efecto de la tortura (*cum nullum hic mortis periculum timeatur*). Pero si el hereje sigue blasfemando como un demente bajo la tortura y mientras le conducen al patíbulo, ¿no conviene sobreesmerarse e inducirle a que se arrepienta, para que, al perder la vida no pierda también su alma? Podría parecerlo, pero hay que recordar que la finalidad primera del proceso y de la condena a muerte no es salvar el alma del acusado, sino procurar el bien público y atemorizar al pueblo (*ut alii terreantur*). Ya que el bien público debe situarse mucho más por encima de cualquier consideración caritativa por el bien de un solo individuo. ¿Y qué hacer, finalmente, si el acusado es realmente un loco? Se le

encarcelará en espera de que recobre la razón; no puede ejecutarse a un loco, pero tampoco se le puede dejar impune. En cuanto a los bienes del loco pasarán a un procurador o a sus herederos, pues la locura, tras el delito, puede retrasar el castigo corporal, pero exime de la pérdida de bienes.

23. *Las diez argucias del inquisidor para desbaratar las de los herejes*

Cuando el inquisidor tiene que vérselas con un hereje retorcido, audaz, astuto, que elude las preguntas y las tergiversa, debe pagarle con la misma moneda utilizando la astucia para acosarle a que revele sus errores y reducirle a la verdad, para que el inquisidor pueda decir como el apóstol: «En mi astucia, os capturé con dolo» (Cor. 2, 12).

Las argucias del inquisidor son diez. El inquisidor utilizará las que quiera, según los casos y las necesidades.

1. La primera consiste en desmontar los equívocos, los retorcimientos, etc. que pudiera vislumbrar en las respuestas del hereje. El inquisidor le preguntará a qué Iglesia se refiere cuando dice «Iglesia». Si el hereje menciona al papa, el inquisidor le preguntará de qué papa habla y dónde vive ese «papa». El inquisidor irá viendo cómo esclarecer las respuestas.

2. ¿Se trata de un acusado que acaba de ser capturado y no quiere confesar? (y esto se sabrá fácilmente por boca de los carceleros, los testigos o los emisarios que se hayan enviado al preso). Se le instará a través de un tercero a que diga la verdad al inquisidor, diciéndole que el inquisidor es un buen hombre. Cuando el acusado comparezca ante el inquisidor y éste vea que sigue sin querer confesar, le hablará tranquilo, suavemente, haciéndole entender que ya lo sabe todo. Empleará un lenguaje de esta guisa: «Mira, siento pena por ti. Han abusado de tu sencillez y vas a perder tu alma por culpa de la bestialidad de otro. ¡Naturalmente, tú eres algo culpable! ¡Pero los que te han perdido lo son mucho más! No cargues con el pecado de otro, no quieras hacer de maestro en lo que eres discípulo... Dime

la verdad. Ya ves que conozco bien tu caso, pero dímelo tú mismo, para que tu reputación quede a salvo y no tengas mala fama... ¡Si lo haces te pondría en seguida en libertad! Podría perdonarte en seguida y volverías inmediatamente a tu casa. Dime quién te ha inducido a error (¡tú que no hacías ningún mal!), dime en dónde te han adoc-trinado...»

Se le hablará así. Tranquilamente, sin enervarse. Y siempre teniendo por culpable al acusado, pero interrogándole solamente sobre las circunstancias del delito.

3. El hereje no quiere confesar aunque el inquisidor está convencido de sus errores por la fuerza de los testimonios. En tal caso, el inquisidor leerá, o hará leer, las deposiciones de los testigos, pero sin mencionar sus nombres; de modo que el hereje se vea confundido por las deposiciones a la par que ignora quién ha declarado contra él. O, en otros casos, confrontará a testigos y acusado para «atrapar» la verdad en la turbación del acusado. Se procederá de este modo sobre todo si el acusado se hace el fuerte y enfrenta a sus delatores.

4. El hereje —o el acusado— no quiere confesar. El inquisidor sabe que las deposiciones de los testigos no son lo suficientemente probatorias, pero no faltan indicios de su culpabilidad. En tal caso, el inquisidor depondrá contra él. ¿El acusado niega esto o aquello? El inquisidor cogerá el expediente del acusado, lo hojeará en todos los sentidos, y luego dirá: «¡Está claro que mientes y yo tengo razón! ¡Di la verdad sobre tu caso!» (la argucia consiste en hacerle creer que el expediente refuta lo que alega y realmente es convicto de herejía). O bien el inquisidor sostiene en su mano un papel y cuando el acusado o el hereje niega esto o aquello, el inquisidor mostrará sorpresa y dirá: «¿Cómo puedes negarlo, no está ya bastante claro?» Y leerá el papel cambiando las palabras que le parezcan. Luego dirá: «¡Yo decía la verdad! ¡Así que, confiesa, pues, como ves, lo sé todo!»

—Pero que tenga cuidado el inquisidor al proceder de este modo en no perderse en detalles, ¡no vaya a ser que el hereje adivine que realmente el inquisidor ignora los hechos! Que se limite a generalizar. Que diga, por ejemplo: «¡Sabe:

mos perfectamente dónde estabas, con quién y cuándo y lo que decías!», mezclando a todo esto las cosas de las que está seguro.

5. Si el hereje persiste en denegaciones, el inquisidor fingirá tener que ausentarse por mucho tiempo, y más o menos dirá: «Mira, tengo piedad de ti... Quisiera realmente que confesaras para poder dar curso a tu caso y no dejarte así ahogado, ¡pues eres muy delicado y puedes enfermar! Tengo que marchar a donde me llama el deber y no sé cuándo podré volver. No quieres confesar, y me obligas con ello a que te deje encarcelado hasta que vuelva... ¡Me da pena (*disciplicentia*), ¿sabes?, pues no sé cuándo volveré!» Después de hablarle así, el inquisidor volverá a interrogarle y es posible que obtenga alguna confesión.

6. Si el acusado sigue negando y el inquisidor cree que oculta sus errores —aunque no estén probados—, multiplicará los interrogatorios cambiando las preguntas. De este modo obtendrá confesiones o respuestas divergentes. Si obtiene respuestas variadas, el inquisidor preguntará al acusado por qué contesta de repente esto y luego esto otro, instándole a que diga la verdad, precisando que si no se aviene a ello, le hará sufrir tormento.

Si confiesa, estupendo. Si no, bastará con los otros indicios, para someterle a la cuestión y arrancarle confesión con tortura.

Sin embargo, se reservará preferentemente este tipo de interrogatorio —que favorece respuestas divergentes— para los acusados cuya tenacidad resulte muy manifiesta, pues es fácil, efectivamente, cambiar las respuestas cuando uno es interrogado muchas veces y a propósito de diversos asuntos a la vez, siempre los mismos en distintos momentos.

7. Si el inquisidor ve que el hereje no quiere decididamente decir la verdad, no le hará promesas y se guardará mucho de dejarle en libertad bajo fianza, pues las promesas serían inútiles para lograr una confesión. Liberar bajo fianza a un hereje sólo trae como consecuencia permitir que se pervierta más y retardar, en definitiva, el desenlace del caso.

8. ¿El hereje persiste en su negativa? El inquisidor le hablará con dulzura, le tratará con humanidad en cuanto a comida y bebida. Hará que algunos buenos creyentes visiten

con frecuencia al hereje y le hablen de temas variados. Estos buenos creyentes persuadirán al acusado para que se abra a ellos y les hable con confianza; le aconsejarán que diga la verdad prometiéndole que el inquisidor le perdonará y que ellos mismos serán sus abogados ante el juez. Al final, si es necesario, el inquisidor visitará personalmente al hereje acompañado de los buenos creyentes y le prometerá perdón, y, efectivamente le concederá su gracia, pues todo lo que se hace para convertir a los herejes es gracia; y las penitencias son gracia y remedio. Y si el acusado pide gracia y confiesa, se le contestará que se hará por él más de lo que pide. Y de este modo, con términos vagos y benevolentes, de forma que puedan obtenerse declaraciones completas y la conversión del hereje, se le concederá la gracia de administrarle el sacramento de la penitencia.

9. Si el hereje se ofusca y niega, el inquisidor mandará que le traigan uno de sus antiguos cómplices que se haya convertido plenamente y que considere que será bien recibido por el acusado. El inquisidor se las arreglará para que hablen entre ellos. El convertido puede decirle que él sigue siendo hereje y que sólo ha abjurado por miedo, y que por miedo ha contado todo al inquisidor. Cuando el acusado se confíe, el convertido se las arreglará para prolongar la conversación hasta que llegue la noche. Entonces le dirá que es muy tarde para marcharse y rogará al acusado que le deje pasar la noche con él en la cárcel. Durante la noche seguirán hablando y seguramente hablarán de lo que han hecho ambos. Para la noche en cuestión se habrán dispuesto los testigos, incluso el notario inquisitorial, en un buen lugar—con la complicidad de la oscuridad— para escucharlos.

10. Si un acusado empieza a confesar, el inquisidor no interrumpirá la confesión bajo ningún pretexto. Se sabe que interrumpir las confesiones suele ser fatal: el que estaba confesando, cuando se le interrumpe de repente, vuelve a su mutismo.

Éstas son las diez argucias con que cuentan los inquisidores para obtener con donaire (*gratiose*) la verdad por boca de los herejes sin recurrir a la tortura.

XVI. Se impone un comentario: ¿no se alegará que la astu-

cia está siempre prohibida? Hay que distinguir entre mentira y mentira, entre astucia y astucia. La astucia cuyo único propósito es engañar, siempre está prohibida y no tiene lugar en la práctica del derecho; pero la mentira por vía judicial en beneficio del derecho, del bien común y de la razón, es totalmente encomiable. Con mayor motivo la que se haga para detectar herejías, erradicar vicios y convertir a los pecadores. ¡Pensad en el juicio de Salomón!

Eimeric habla, en la tercera argucia, de «confrontación de los testigos y el acusado». En realidad, hay que evitar siempre este tipo de procedimiento en los casos inquisitoriales, por motivos evidentes.

a) Si hay confrontación, ya no hay secreto, y ya hemos dicho cuántas precauciones ha adoptado la ley para salvaguardar el secreto de la acusación y de todo lo relativo a la instrucción.

b) En caso de que falle la confrontación, los testigos corren un riesgo muy grave. Sin que prohibamos absolutamente la práctica de las confrontaciones, la inquisición madrileña, en su instrucción de 1561 (cap. 72), previene contra la confrontación, poniendo de relieve, por otra parte, su frecuente inutilidad.

Conclusión: sólo se recurrirá a la confrontación en casos extremadamente graves y sobre todo en los casos que se examinan más adelante, a propósito de la duodécima manera de concluir un proceso.

En la octava argucia, se invita al inquisidor a «conceder gracia». ¿No es esto una simple estafa? ¿Si el inquisidor promete gracia, cómo puede faltar a su palabra? Es un asunto sobre el que han discurrido los doctores y aún distan mucho de haberlo resuelto por unanimidad. Personalmente, yo sostendría que: a) el inquisidor no debe prometer nada que no pueda cumplir, sin pecar; b) reduciendo, aunque sea en proporción muy insignificante, la pena que merece un delito (y es rarísimo que el culpable no haya cometido varios), el inquisidor que haya prometido «gracia» ya cumple su palabra; c) de estos dos principios se desprende que en ningún caso se puede prometer gracia a un relapso.

Finalmente, los doctores observan que las declaraciones

obtenidas mediante la promesa de gracia son totalmente inválidas y tienen que ratificarse. Efectivamente, muchos acusados, por temor a la dureza de la cárcel y de los castigos, estarían dispuestos a hacer una confesión de condescendencia, lo que sería grave. Además hay que tener en cuenta que el acusado que confesara de este modo, pensaría en realidad en acortar el interrogatorio y ocultar más de lo que declarase.

F. Signos externos por los que se reconoce a los herejes

Los inquisidores deben ser capaces de reconocer las particularidades rituales, vestimentarias, etc., de los distintos grupos de herejes.

XVI Aunque los signos exteriores de la herejía han cambiado mucho desde la época de Eimeric, no por ello es menos cierto que puede seguir detectándose la herejía por ciertos signos externos (la herejía que no respondiera totalmente a esta regla escaparía por definición al control del inquisidor y sería exclusiva competencia del tribunal divino). Por signos externos entendemos palabras y hechos. Pero como es materialmente imposible dar una lista, expondremos algunas reglas generales.

1. Es hereje el que diga cosas contrarias a las verdades esenciales de la fe.

2. Lo es también:

a) El que realice actos que justifiquen una sospecha violenta (circuncidarse, pasarse al Islam...);

b) El que, citado a comparecer ante el inquisidor, no comparece y permanece excomulgado un año entero;

c) El que no cumple una pena canónica a la que hubiere sido condenado por el inquisidor;

d) El que recaer en una herejía de la que hubiera abjurado, o en cualquier herejía tras abjurar;

e) El que, enfermo o sano —no importa— hubiera pedido el «consuelo».

Hay que añadir a estos casos de orden general, los que sacrifican a los ídolos, los que adoran o veneran diablos, los que veneran el trueno, los que tratan con herejes, los judíos, los sarracenos, etc., los que evitan el trato con fieles, los que no van con frecuencia a misa como es su obligación, los que no reciben la eucaristía ni se confiesan en los períodos establecidos por la Iglesia, los que, pudiendo hacerlo, no ayunan ni observan abstinencia en los días y períodos prescritos..., etc.

Sería larga la lista de los signos externos de herejía. Morfarse de los religiosos y de las instituciones religiosas, en general, es signo de herejía. Marco Antonio Colonna Marsilio, arzobispo de Salerno, por ejemplo, llevó ante el tribunal inquisitorial a ciertas personas que tuvieron la ocurrencia de dibujar figuras obscenas en bulas de excomunión. Las acciones de este tipo dependen claramente del tribunal del Santo Oficio.

Pero resumamos todo esto en una palabra: hay signo ~~externo de herejía siempre que hay acción o palabra en~~ desacuerdo con las costumbres comunes del pueblo católico.

24. *Signos por los que se reconoce a un pseudoapóstol*

A los pseudoapóstoles se les reconoce por las siguientes características:

Llevar una larga túnica, blanca, y sobre esta túnica una capa blanca. No se ciñen con un cinturón de cuero sino con una cuerda. Llevan el pelo largo y la cabeza descubierta. Calzan sandalias o van descalzos. Van de un sitio para otro y comen en la plaza pública en mesas que les ponen. Al sentarse a la mesa bendicen cantando y dan gracias cantando. Después de sus comidas públicas no se llevan nunca los

8. Obsérvese un curioso desliz: la edición romana transforma globalmente en pruebas de herejía lo que el inquisidor del siglo XIV consideraba indicios de sospecha fuerte o violenta.

9. La secta de los pseudoapóstoles la fundó en 1260 Gerardo Segarelli en la ciudad de Parma. Los pseudoapóstoles fueron condenados en 1286 por el papa Honorio IV (*Olim felicitis recordationis*), y nuevamente en 1290 por Nicolás IV (*Dudum felicitis recordationis*). Gerardo Segarelli fue condenado y quemado bajo el pontificado de Bonifacio VIII.

restos, dejan todo en la mesa y se van por las calles cantando y gritando: «Haced penitencia que se acerca el reino de Dios.» A veces cantan el *Salve Regina*. Pretenden vivir de la mendicidad como los apóstoles y no obedecen a nadie. Ellos mismos se llaman «apóstoles».

25. *Signos por los que se reconoce a un maniqueo*¹⁰

Los maniqueos nunca prestan juramento. Observan tres cuaresmas al año (desde el día de San Benito hasta Navidad, desde el primer domingo de Cuaresma hasta Pascua, desde Pentecostés hasta el día de San Pedro y San Pablo). Llaman Semapa Santa a la última de cada una de estas tres cuaresmas. Durante estas tres semanas santas se alimentan de pan y agua; el resto de las cuaresmas ayunan a pan y agua tres días por semana. Nunca comen carne y ni siquiera la tocan. No comen queso, ni huevos, ni nada que proceda de la carne por generación o coito. No matan ningún animal que ande o vuele, pues creen que en los animales capaces de volar o caminar se encarnan las almas de los que han muerto fuera de su secta. Nunca se acuestan con mujeres y pretenden vivir como los apóstoles.

26. *Valdenses*

Los valdenses, o pobres de Lyon, o «enchancletados», reciben este nombre por su fundador, un lionés llamado Valdés. Se les llama «enchancletados» porque los más perfectos de ellos llevan una especie de escudo en el calzado (chancletas) por el cual se les reconoce. Nunca prestan juramento. Se dicen imitadores de los apóstoles. Desprecian las decretales y las bulas del sumo pontífice. No aceptan ninguna oración más que el *Padre Nuestro*. Recusan todo juicio humano. Comen todos los días carne. Se entregan totalmente a los placeres carnales. Ayunan los lunes y los

10. En realidad se trata de los cátaros, cuya historia es de sobra conocida y no hay necesidad de completar —ni corregir!— las pocas líneas que les dedica Eimeric.

miércoles, pero sin abstenerse de carne. Declaran que más vale ceder a cualquier torpeza que soportar la tentación interna. Eligen un Mayoral y le prestan obediencia y sólo a él obedecen. En la mesa bendicen de este modo: «Bendiga esta mesa aquel que bendijo cinco panes de cebada y dos peces en el desierto para sus discípulos.» Al levantarse de la mesa pronuncian estas palabras del Apocalipsis: «Bendición, claridad, prudencia, acción de gracias, virtud y poder a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén.» Las pronuncian con las manos y la vista levantadas al cielo.

27. *Begardos, o beguinos, o fraticelli* "

Se les reconoce por esto:

Pretenden seguir la tercera regla de San Francisco. Visten estameña y a veces llevan una capa. Se tocan con una capucha que les tapa casi todo el rostro. Tienen una color muy pálida aunque generalmente son bastante gordos. Comen y beben regaladamente. Adoran los banquetes. No evitan para nada el trato con mujeres: ¡más bien lo buscan! Al saludarse y contestar al saludo dicen: «Bendito sea Jesucristo (o bien: Bendito sea el nombre de N.S. Jesucristo).» Dicen esto mismo cuando vuelven a casa. En la Iglesia, en vez de arrodillarse y juntar las manos como todo el mundo, se quedan de pie. Si se sientan, lo hacen en el suelo y mirando a la pared. No alzan los ojos al cielo. Unos piden caridad por la calle, otros viven siempre en casa. Atraen a su congregación a muchas putas y viven con ellas. Por la noche les leen en secreto párrafos de los comentarios al Apocalipsis de Pierre Jean (condenado por la Iglesia) y otros opúsculos; y todo en lengua vulgar. Son unos herejes muy ponzoñosos que se han opuesto tenazmente —y aún se oponen— a la Iglesia.

28. *Rejudaizantes*

Los judíos oficialmente conversos pero que en realidad permanecen fieles al judaísmo se reconocen por lo siguiente:

11. Discípulos de Pierre-Jean Olicu, de Sérignan (Hérault).

Rara vez van a la iglesia. Frecuentan la judería. Hacen amistad con judíos y evitan el trato con los cristianos. En las fiestas judías comen con los judíos. No tocan la carne de cerdo. Comen carne en viernes. Guardan la fiesta del sábado, y trabajan secretamente en sus casas los días de fiesta.

XVI. Estos son los signos por los que se reconoce a los que descienden del judaísmo sobre todo en regiones en las que se permite a los judíos convivir con los cristianos y en las que —como en Roma, por ejemplo— son frecuentes las conversiones de judíos al catolicismo. El inquisidor «procederá contra» cualquier cristiano que manifestara por tal o cual signo de los señalados una vinculación de hecho con la secta judaica.

A los signos indicados por Eimeric hay que añadir otro más: el cambio de nombre. Los judíos conversos al catolicismo, y que rejudaízan, abandonan el nombre cristiano que habían recibido en el bautismo y recobran su antiguo nombre.

Recordemos también que en el *Placitum*, que data del año 653 y figura en el *Fuero Juzgo*, los conversos de Toledo se comprometen a ajusticiar —por fuego o por lapidación— a aquellos cuyos actos (no comer cerdo, casarse con judíos o con quien tenga antecesores judíos —remontándose hasta el sexto grado) podrían legítimamente inducir a pensar que sólo se han convertido de nombre.

Sobre la cuestión de la alimentación, Simancas proclama que el hecho de no comer carne de cerdo o el de no beber vino son indicios suficientemente claros de pertenencia al judaísmo o al Islam. ¡No hay que exagerar! No todos los estómagos aguantan cualquier alimento ni cualquier bebida. Y estos signos, por sí solos, no pueden ser concluyentes. Sin contar que a un judío converso que nunca ha probado ciertos manjares, puede costarle el acostumbrarse a otro tipo de alimentación. Por el contrario, habría sospecha muy grave si los hijos o los descendientes del converso siguieran absteniéndose de ciertos alimentos: ¿por qué iban a abstenerse sino por respeto y reverencia hacia esa satánica secta judaica?

Similares consideraciones son aplicables a propósito de los cristianos que proceden de otras sectas religiosas aparte del judaísmo y del Islam.

29. *Nigromantes*

Los magos heretizantes o nigromantes, o invocadores del diablo —son todos una misma cosa— presentan en común signos externos.

En general, por efecto de visiones, apariciones y conversaciones con los espíritus del mal, tienen el rostro retorcido y la mirada torva. Se dedican a adivinar el futuro, aun en cosas que dependen únicamente de la voluntad de Dios o de los hombres. La mayoría recurren a la alquimia o a la astrología. Si alguien es presentado al inquisidor bajo la acusación de nigromancia y el inquisidor ve que es astrólogo o alquimista, o adivino, ya cuenta con un indicio seguro: todos los adivinos son, manifiestamente o a escondidas, adoradores del diablo. Los astrólogos también, y los alquimistas lo mismo, pues cuando no logran sus fines piden consejo al diablo, le imploran y le invocan. Y es evidente que al implorarlo le veneran.

XVI. Observad que Eimeric habla de «magos heretizantes», y no de magos en general. Y con razón, pues hay que saber distinguir dos clases de magia: la magia matemática y la magia natural o elemental. En realidad, tanto una como otra son naturales, y ambas pueden practicarse sin necesidad de recurrir al diablo. La matemática, por medio de reglas aritméticas y geométricas, la elemental por otros medios de los que hablaré más adelante.

La magia natural consiste en lograr efectos maravillosos mediante la composición o la unión de ciertas cosas. He aquí algunos ejemplos: se produce por efecto de magia natural una mixtura que arde bajo el agua o que se inflama a los rayos del sol; o se apaga con aceite una materia ardiendo mediante determinado método.

Con la magia matemática, es decir mediante la aplicación de los principios geométricos y aritméticos, se fabrican

objetos maravillosos. Recordemos el caso de Architas que con estos métodos hizo una paloma que volaba (el gran filósofo Boecio lo testimonia), el de Giorgio Capobianco Vicentino quien, con iguales procedimientos, construyó un barquito de plata que navegaba solo y en el que los remeros remaban, mientras una mujer tocaba la lira en la popa y, en la proa, ladraba un perro. ¿El secreto de este automatismo? (dejo a los curiosos el análisis en detalle): la sabia utilización de la fuerza del agua.

No hay nada reprehensible en practicar estos dos tipos de magia. Pero de estas dos magias ha nacido una tercera: la magia de brujería (*venefica*) o maléfica, en la que se emplean mucho los encantamientos y las invocaciones a espíritus impuros. Era en sus orígenes una curiosidad perversa: alguien que admira los prodigios del automatismo y al ser incapaz de lograrlos, invoca al demonio y le suplica que le ayude para también poder él lograr tales maravillas. Es de éstos de quienes habla Eimeric cuando menciona los «magos heretizantes»: en realidad son los partidarios de ese tipo de magia que los griegos denominaban *γοητεία* o *χαϊώρια*, magia por medio de la cual se obtenían (si creemos los testimonios de los poetas griegos) encantamientos, envenenamientos, etc., con ayuda del diablo.

¿Qué hay que entender por el «trato con el diablo» de que habla Eimeric? Según sus propias confesiones, estos magos utilizan para sus encantamientos cosas sagradas. Levantan altares a los diablos, les prenden cirios y les elevan plegarias. Por lo tanto Eimeric tiene razón al considerarlos herejes. Igual que Simancas, quiero recordar que el invocador del demonio que reincidiera en esta práctica, tras la abjuración, es relapso y se le aplicará la pena dispuesta para los relapsos. A menos que, tras la abjuración, la invocación que haga al demonio sea para algo malo (por ejemplo, para lograr doblegar a sus deseos la voluntad de una mujer y hacerla caer en pecado): en tal caso no hay herejía, pues se invoca al demonio para que haga lo que le corresponde por naturaleza: tentar. Concluyendo: hay herejía si en la invocación se trata al invocado (el demonio) como creador; en caso contrario, se trata de pecado, no de herejía. Todo esto coincide con todo lo dicho anteriormente.

¿Y los alquimistas? A nadie extrañará el juicio que sobre ellos emite Eimeric. Los ejemplos de connivencia entre herejía, invocación de diablos y alquimia son numerosos para que entremos en detalles. Baste con recordar el caso de Arnau de Vilanova de quien sabemos con certeza que era alquimista y además, aparte de gran médico, gran hereje y demonólatra.

Sé que se criticará severamente el juicio de Eimeric sobre los alquimistas. Pero los reproches que se le hagan al respecto son muy injustos pues existen innumerables argumentos para concluir que los alquimistas son unos impostores. No faltan autores que, sin temor a contradecirse en sus argumentaciones, defienden la alquimia. Pero es mucho más prudente, mucho más cauto, atenerse a la opinión de los que la consideran inútil y, lo que es más, nefasta para la sociedad. Sea lo que fuere, mientras podamos saber algún día con toda certeza si se puede producir por medio de la alquimia, oro, plata y piedras preciosas (lo cual, en el fondo, no atañe directamente al inquisidor), el inquisidor prestará suma atención a la posición de los que practican la alquimia y se mostrará más benévolo para con el alquimista afortunado que con el alquimista pobre. El rico no se arriesga a arruinarse haciendo alquimia, y fácilmente puede no llegar a invocar al diablo si fracasa, fracaso que es seguro. Pero no puede decirse igual del alquimista pobre.

Ya preveo las protestas que provocará esta opinión entre los «maestros» de este arte. Les replicaré simplemente que consulten el *extravagans* «*Spondent quans non exhibent divitias pauperes alchimistae*» del papa Juan XXII, en la que están previstas las más graves penas para los alquimistas que venden como oro auténtico el oro alquímico—o plata o monedas—falsificado por ellos.

G. Obstáculos a la rapidez de un proceso

Ahora hay que considerar las causas de prolongamiento de un proceso y del retraso en la promulgación de una sentencia. Son cinco:

- 1) Un número excesivo de testigos, 2) la aceptación de una defensa, 3) la revocación del inquisidor, 4) la apelación, 5) la fuga del acusado.

30. *Número excesivo de testigos*

El número excesivo de testigos es la primera causa de alargamiento inútil de un proceso inquisitorial y del retraso en la promulgación de la sentencia. La multiplicación de testigos es necesaria a veces, pero a veces es superflua.

Es superflua cuando un acusado convicto de culpabilidad por tres, cuatro o cinco testigos válidos, confiesa con arreglo a los términos de la delación, y esto aunque el acusado admita o niegue haber confesado. En tal caso no hay necesidad de oír a la defensa ni de interrogar a otros testigos. Se pronuncia la sentencia y se imponen las penas.

El denunciado no ha quedado totalmente convicto de su delito; sólo algunos testigos (entre dos y cinco) logran confundirle y no confiesa total ni parcialmente, dando más bien la impresión de tozudez y malicia que de obediencia y arrepentimiento: en tal caso, aunque, con arreglo al derecho, basta con pocos testigos, se escuchará a otros, pues le resultará más difícil refutar a diez, quince o veinte testigos que a tres o cuatro solamente. Para convencer al acusado de su delito el inquisidor procederá con suma destreza en la audición de varios testigos muy buenos creyentes.

XVI. Deben bastar dos testigos, tal es la ley inquisitorial. Sin embargo, tengo que transcribir exactamente el texto del *Manual*. La intención evidente de Eimeric es favorecer una práctica prudente en los casos en que el acusado se obceque en la negativa.

31. *Aceptación de un defensor*

El hecho de permitir la defensa del acusado es también causa de demoras en el proceso y de retraso en la promulgación.

12. Párrafo perfectamente claro si recordamos que el acusado no sabe por qué se le ha denunciado ni de qué se le acusa. Por lo tanto, un acusado puede perfectamente ignorar que ha confesado.

de la sentencia. A veces es necesaria esta concesión, pero a veces es superflua.

... Cuando el acusado confiesa el delito —esté o no convicto por testigos— por el que se le ha denunciado, y su confesión coincide con las delaciones, es superfluo concederle un defensor que refute a los testigos. Efectivamente, su confesión es mucho más probatoria que las deposiciones de los testigos.

Cuando niega su delito, hay testigos favorables al acusado y éste pide defensa, se le crea o no inocente o tenaz, impenitente o perverso, debe poder defenderse y se le concederá una defensa jurídica.

Se le asignará un abogado probo, no sospechoso, experto en derecho civil y canónico, y fervoroso creyente. También se nombrará un procurador. Los nombres de ambos no figurarán en las actas del proceso, y menos aún, como se sabe, los de los delatores, para evitar que puedan temer represalias por parte de las fuerzas de que dispongan los denunciados (si se viera que no hubiera lugar a riesgo ulterior, el inquisidor anotaría todos los nombres en las actas).

Entendemos aquí por «fuerzas» sobre todo la del dinero y la del mal. No es difícil adivinar lo que podría sucederles a los testigos y al procurador si sus nombres figurasen en el acta pública, en los casos en que los cómplices del acusado fueran sacrílegos o perversos que no tuvieran nada que perder; igualmente en el caso de que el acusado fuese un poderoso —soldado, rico, mercader— que tuviera algo que perder... antes que su propia persona. Son cosas que el inquisidor aprende cada día con la experiencia.

Por lo tanto, se prestará gran atención, antes de decidirse a publicar el nombre de los delatores y de la defensa, a la posición del acusado; se tendrá en cuenta su maldad, se considerará si es un pobre diablo (*simplex pauper*) o un rico, si pertenece a un grupo de bandidos o es un probo ciudadano, etc.

Que el acusado de herejía no piense que puede recusar fácilmente a los testigos, pues nunca se impugna a los testigos en el procedimiento inquisitorial, salvo en caso de enemistad mortal. Todo el mundo puede actuar de testigo en favor de la fe, todos, hasta los infames, los criminales

de derecho común y sus cómplices, los perjurios, los excomulgados, los culpables de cualquier delito. Sólo es recusable el testimonio de un enemigo mortal, quiero decir del que ya ha atentado contra la vida del acusado, que le ha jurado matarle, que ya le ha herido. En tal caso, en efecto, y sólo en tal caso, hay que suponer que el testigo, que ya había intentado acabar físicamente con la vida del acusado hiriéndole, persiste en sus propósitos acusando a su enemigo del crimen de herejía.

Otras enemistades, menos graves, debilitan algo el testimonio, desde luego, y no le confieren quizás una validez absoluta, pero un testimonio de enemistad, unido a otros pequeños indicios y a otras deposiciones, puede ser perfectamente probatorio.

El ordinario efectuará una encuesta suplementaria cuando el acusado pretenda recusar un testigo de cargo so pretexto de que es o ha sido un enemigo mortal. Corresponde al ordinario o al inquisidor establecer la verdad o la falsedad de esta enemistad y determinar su gravedad.

XVI. ¿Que las confesiones sean más probatorias que los testimonios? En otros tribunales la confesión por sí sola no constituye prueba suficiente del delito (sin embargo, en un caso de homicidio, basta la confesión del delincuente, si existe el cadáver de la víctima). Ante el tribunal de la Inquisición, basta la confesión del acusado para condenarle. El delito de herejía se concibe en el entendimiento y se oculta en el alma: luego es evidente que no hay nada más probatorio que la confesión del acusado. Por lo tanto, Eimeric tiene toda la razón cuando habla de la inutilidad absoluta de defensa.

Si hay abogado, tiene que ser un buen creyente, dice Eimeric. Quedará excluido de la Iglesia, y *a fortiori* del tribunal inquisitorial, cualquier abogado hereje o sospechoso de herejía, o difamado. Se comprobará que el abogado sea de buen linaje, de antigua descendencia cristiana." Si el

13. El editor romano quiere decir *cristianos viejos*. Es notable que la glosa romana con vocación universalista, no aluda más que de pasada a esta distinción española entre *cristiano viejo* y simple creyente. Además, Peña no nos da, en la edición de Eimeric, la menor teorización sobre esta discriminación típicamente peninsular.

acusado confiesa, no tiene necesidad de abogado defensor. Si no quiere confesar, se le conminará tres veces a que lo haga. Luego, si persiste en sus denegaciones, el inquisidor le asignará de oficio un abogado juramentado ante el tribunal. El acusado se comunicará con él en presencia del inquisidor. En cuanto al abogado, prestará juramento —aunque ya esté juramentado— ante el inquisidor de defender bien al acusado, de guardar el secreto de lo que vea y oiga. El papel del abogado es presionar al acusado para que confiese y se arrepienta, y solicitar la penitencia del crimen cometido.

Eimeric especifica que también se nombra un procurador. En las instrucciones de 1561, el Senado inquisitorial madrileño constata que, en asuntos inquisitoriales, el papel del procurador se ha hecho insignificante y sugiere que no se proceda a su nombramiento, salvo en casos especiales. Los abogados inquisitoriales se encargan de la procuración. Por el contrario, se nombrará siempre un curador, para todos los acusados menores de veinticinco años, que asista al menor para que diga o calle lo que sin duda diría o callaría si tuviera más edad y fuera, en consecuencia, más capaz de pensar en su propio interés.¹⁴ El curador no será un funcionario del Santo Oficio, pero puede serlo el abogado del acusado y, en todo caso, será una persona proba, seria, fiel y de buena conducta.

Recordemos una vez más, a propósito de la anotación en las actas del nombre de los delatores y de la defensa, que esto ya no se plantea. Pero hay que subrayar que, hasta la fecha, todos los que han escrito sobre el tema han observado escrupulosamente la doctrina de Eimeric.

Para finalizar añadiremos que a la lista de testimonios recusables, los concilios de Narbona y de Béziers añaden los de los conspiradores.¹⁵

14. Por su propio interés, «espiritual» naturalmente, ya que el curador puede ser el abogado, y acabamos de saber en qué consiste el papel del abogado en los procesos inquisitoriales.

15. Ya hemos hablado en el prólogo del papel político-social de la institución inquisitorial desde sus comienzos.

Las seis maneras de ocultar al acusado el nombre de los delatores. Cómo evitar la recusación por enemistad mortal

El obispo y el inquisidor considerarán con sumo cuidado cada una de las maneras siguientes para presentar el acta de acusación sin revelar el nombre de los acusadores, o delatores.

1. Se confecciona para el acusado una copia totalmente manipulada del acta de acusación, de forma que en ella se atribuyan al primer delator las delaciones del sexto, al penúltimo las del tercero, etc. De este modo el acusado no sabe quién depone contra él, ni quién le acusa de qué. Es un método que no parece favorecer mucho al denunciado, pero que ciertamente causa perjuicio al delator. Además el denunciado no sabrá quién declara en su favor, quién en contra, ni de qué, corriendo el riesgo de atribuir todos los nombres a la misma enemistad y considerar a cada uno de ellos como enemigo.

2. En la copia que se entrega al acusado, se mezclarán a los nombres auténticos de los delatores nombres elegidos al azar de personas que nunca han testificado contra él. Entonces el denunciado puede protestar y enfrentarse a unos y otros sin saber realmente quién ha declarado en contra de él.

Es un método tan peligroso o más que el anterior, pues la cólera del acusado puede volverse contra los que han declarado en favor suyo o contra él, pero de veras.

3. Al final del interrogatorio del acusado y antes de entregarle copia del acta de acusación, se le preguntará si tiene enemigos mortales que, sin temor de Dios, no dudarían en acusarle del delito de herejía. Sorprendido, de improviso, y sin saber que ya han depuesto contra él, responde que no tiene tales enemigos o, si dice que los tiene, no nombra precisamente a los que le han denunciado.

Es un buen método, muy prudente. Sin haber pedido defensa, sin conocer a sus delatores, el acusado responde sin cuidado y sin riesgo para los delatores. Sin embargo, no puede negarse que este método perjudica al acusado.

4. Al final del interrogatorio, antes de que se asigne un defensor al acusado, se le preguntará sobre los testigos cuyas deposiciones hayan sido más graves, en los siguientes términos: «¿Conoces a fulano?» El acusado responderá sí o no. Si dice que no, ya no podrá recusar a ese testigo por medio de su defensor, so pretexto de enemistad mortal: ¿no acaba de decir bajo juramento que no conoce al testigo? Si responde afirmativamente, se le preguntará si ha visto u oído alguna vez al delator decir o hacer algo contra la fe. Si responde que sí, se le preguntará si es amigo o enemigo, y si responde que es amigo, ya no podrá recusar al delator con el pretexto de enemistad mortal. Pero si responde negativamente, se le pregunta igualmente si es amigo o enemigo. Dirá que es amigo pues, si no, ¿cómo sabría lo que el delator ha dicho o no ha dicho, ha hecho o no? Y la defensa no podrá recusar el testimonio. Se procederá de igual modo con cada uno de los testigos.

Este método es aún más fino y más sagaz que el anterior; por ello se emplea con los acusados especialmente astutos.

5. Se ha entregado al acusado la copia del acta, sin nombres. El acusado al ver los cargos trata de imaginar quién le ha denunciado; cita nombres de personas que dice son enemigos mortales, dando los motivos de la enemistad. Una vez hecho esto, el inquisidor comprueba si el acusado ha acertado. Si así es, considera y sopesa las causas de enemistad. Si las juzga insuficientes, no las toma en consideración. En caso contrario, interroga en secreto a los testigos y si no alegan pruebas válidas, los recusa.

Este procedimiento se aplicará en presencia de expertos. Es el más corriente.

6. Se entrega la copia del acta sin los nombres de los testigos de la defensa ni de los delatores. Se designa un abogado defensor. El acusado alega la enemistad mortal que le tienen muchas personas; da sus nombres y explica los motivos de la enemistad. El inquisidor y el obispo mandan leer en sesión secreta las declaraciones del acusado y sus acusaciones a todos los testigos, después que éstos hayan jurado no revelar nada de esta sesión so pena de excomunión. En presencia de teólogos y juristas se evaluará la intensidad

de las enemistades. El delator en cuestión, del que se demuestre que nutre una enemistad mortal contra el acusado será recusado. Si la enemistad no es mortal, se tendrán en cuenta delación y testimonios. Para este consejo secreto se elegirá a tres personas, de las cuales dos al menos pertenezcan al clero parroquial, pudiendo ser la tercera un laico piadoso que conozca al delator y pueda testimoniar sobre la existencia o no de esa enemistad. Los testimonios de estas tres personas serán muy importantes para la aplicación de la sentencia.

Es el procedimiento que yo he adoptado casi siempre y no recuerdo que me haya fallado, al contrario, gracias a él, siempre he logrado establecer la verdad en los procesos.

XVI. Una norma de sentido común debe siempre presidir la elección de una u otra argucia: la salvaguardia del delator. Es de importancia capital ya que sin ella difícilmente alguien se atrevería a declarar en contra de los herejes, ni osaría denunciarlos. Por el contrario, se puede fácilmente imaginar el perjuicio que causaría para el sostén de la fe en el pueblo. Precisamente, teniendo esto en cuenta en la primera instrucción de Sevilla, está explícitamente previsto que, cuando haya que enseñar las deposiciones de los testigos, nunca se entregue el original, sino una copia en la que se hayan suprimido todos los detalles que, por poco que fuese, sirvieran para identificar a los testigos o a los delatores. En estas copias, no se debe hacer, por ejemplo, mención alguna del día o de la hora en que se cometió el delito, ni de cualquier otra circunstancia susceptible, a criterio del inquisidor, de orientar al acusado. En realidad, ya en el concilio de Béziers se adoptaron disposiciones similares.

32. *Recusación del inquisidor*

La recusación del juez inquisitorial (el inquisidor o el obispo) por parte del acusado puede ser justa, o injusta e inoperante.

Es justa si el inquisidor ha negado al acusado la pre-

sencia de un defensor o la asistencia de un abogado. En este caso, como en cualquier otro, el inquisidor considerará el motivo de la recusación. Si considera que ha transgredido el derecho y la justicia en detrimento del acusado (negándole, por ejemplo, el beneficio de la defensa), resolverá el asunto de uno de los dos modos siguientes:

1. Cuando vea que el acusado se dispone a recusarle, se apresurará a delegar a otro sus poderes antes de que llegue la recusación. De este modo quedará nula y sin efecto.

2. Si recibe la recusación y está fundamentada, el inquisidor reanudará el proceso en la fase en que haya quedado antes de la falta sobre la que el acusado había fundado la recusación, diciendo: «Reanudo el proceso en la fase en que quedó cuando fulano pidió la presencia de un defensor (por ejemplo). Acepto su demanda, accedo a la presencia de defensa. Le asigno por abogado y por procurador a Fulano y a Mengano, como me ha pedido.» Eliminado de este modo el motivo de recusación, ya no hay recusación posible.

Pero en el caso en que el acusado recusara al inquisidor, so pretexto de que le guarda enemistad (porque ya ha «procesado» a tal o a cual de su familia, por ejemplo), no hay recusación efectiva. Se someterá el asunto al juicio de dos árbitros (elegido uno por el acusado y el otro por el inquisidor) para que examinen si hay fundamento de «enemistad». Los dos árbitros buscarán como adjunto a una tercera persona. Dispondrán de ocho días para dirimir; después de este plazo su opinión será considerada nula y el juez inquisitorial se declarará competente. Pero si manifiestan a tiempo que hay que recusar al juez inquisitorial, éste quedará recusado y no podrá delegar sus poderes. En tal caso, el obispo y el inquisidor no pueden pronunciar sentencia y hay que recurrir al papa; salvo que el inquisidor crea que puede continuar asumiendo sus funciones con el obispo a pesar de la recusación.

XVI. Se entiende por «recusación» el rechazo interpuesto canónicamente contra el juez por sospecha grave contra él.

Por el contrario, se entiende por «apelación» la anulación de la sentencia considerada injusta dictada por un juez, acudiendo a un juez de instancia superior. Muchos

doctores consideran que el inquisidor no puede ser recusado, dado que no se elige para el cargo de inquisidor más que a hombres de una seriedad, equidad y prudencia ejemplares. Sin embargo, otros doctores aceptan el principio de la posibilidad de impugnación. A esta opinión se une el Senado inquisitorial de Madrid, incorporándola al capítulo 32 de las instrucciones de 1561. Aceptemos, pues, con Eimeric que puede impugnarse el inquisidor. Con ello el tribunal inquisitorial ganará su prestigio y ganará respeto. Pero examinemos ahora cuáles pueden ser las causas legítimas de recusación y cómo se «procede» cuando se cumplan tales condiciones. Es sencillo: según los doctores, sólo la conspiración y la enemistad mortal justifican la recusación.

Yo no apruebo ni desapruuebo los dos métodos propuestos por Eimeric para resolver el caso de recusación, pues me parece que corresponden más al procedimiento de apelación que al de la recusación. El procedimiento de doble arbitraje no me parece bueno, pues no sirve más que para arrastrar las cosas e incitar al acusado a recusar siempre, a tiempo y a destiempo. Es al Senado supremo de la Inquisición al que hay que trasladar la demanda de recusación, él es el competente y el que recusa o confirma.

Precisemos que, contrariamente a lo que parece decir Eimeric en el párrafo 2 —a propósito de abogados y procuradores— el inquisidor tiene absoluta libertad para nombrar un abogado y un procurador distintos de los que pida el acusado.

Finalmente, el plazo de reflexión de ocho días de que se habla, sólo puede citarse como ejemplo, y no cabe estatuir jurídicamente la duración del plazo.

33. *Apelación al papa*

En ciertos casos el acusado puede apelar al papa. Se tendrá o no en cuenta esta apelación con arreglo a las circunstancias y a las motivaciones.

La apelación es justa si el inquisidor ha transgredido la ley durante el proceso (negativa a designar defensa, apli-

cación de tortura sin avisar al obispo). En tal caso, al acusado no le queda sino apelar al papa. El inquisidor, sin temor y sin la menor preocupación, hará que el acusado establezca una copia del texto de la apelación. El inquisidor no se apresura, no se precipita: dispone de dos días para acusar recibo de la apelación. Luego dispone de otros treinta días para presentar el juicio apostólico. Y aunque pueda —si es muy experto en la materia— presentar tal o cual juicio apostólico de tal o cual índole, actuará prudentemente esperando 10, 15, 20 ó 25 días antes de dar la respuesta. El inquisidor cuenta también con poder para prorrogar el plazo de la respuesta. Durante todo ese tiempo, considerará a fondo los términos de la apelación. Si llega a la conclusión de que es justificada, elimina sus causas, reanuda el proceso en la fase en que se hallara cuando se cometió la falta que justificó la apelación y prosigue normalmente, pues, una vez suprimida la causa de la apelación, ésta es nula.

Sin embargo, que el inquisidor tenga cuidado con el tipo de daño de que se le acusa. Si los daños son reparables (falta de defensa, proyecto de tortura sin acuerdo episcopal), el inquisidor procederá como acabamos de señalar. Pero hay daños irreparables. Por ejemplo, el acusado ya ha sido torturado y presenta la apelación después de la tortura. O bien ya se han quemado unos libros, etc.; en tales casos el inquisidor ¡no puede reanudar el proceso en donde lo había interrumpido para aceptar la apelación!

Por lo tanto, que el inquisidor utilice el lapso de tiempo previsto para responder a la apelación (treinta días). Para hacer prueba de buena voluntad, citará al acusado a los quince o a los veinte días para comunicarle la respuesta apostólica. Si es necesario, que prolongue el plazo, en cuyo caso, el inquisidor dirá, por ejemplo, que ha tenido que ocuparse de otros procesos y se ha visto obligado a desatender temporalmente el asunto de la apelación.

El inquisidor no citará al acusado a comparecer para dar una respuesta «afirmativa» o «negativa», pues tiene que darse tiempo para juzgar, durante el plazo de rigor, si va a exhibir una respuesta favorable o desfavorable: se citará al acusado en un lugar determinado, un día y a una

hora precisos para dar la respuesta, sin ninguna otra indicación. El inquisidor sagaz y prudente que haya decidido mantener en la cárcel al acusado mientras llega la respuesta a la apelación, tendrá buen cuidado de citar al acusado teniendo en cuenta su situación de preso.

El inquisidor no tiene por qué modificar en absoluto la situación del acusado entre el día en que éste cursa la apelación y el día de la respuesta. Durante todo ese tiempo permanecerá en la misma situación en que se encontraba en el momento de la apelación: en la cárcel si estaba preso, libre si estaba libre. Durante este período no se le torturará.

Si se trata de un acusado que apela a tiempo y a destiempo, por el menor pretexto (porque se le deja preso, porque se le niega la libertad bajo fianza, qué sé yo), el inquisidor arreglará el asunto enseñándole al cabo de dos o tres días una respuesta negativa a la apelación, es decir una denegación.

El contenido de una respuesta positiva a la apelación es el siguiente:

El inquisidor hace valer que ha actuado conforme a la ley. A continuación se recusan, una por una, las acusaciones contenidas en el texto de apelación. De ello se sigue que el inquisidor no ha transgredido el derecho y no ha dado pretexto para apelar, sino que el acusado ha apelado por miedo a la justicia, de manera que la apelación es nula. Sin embargo, por respeto a la Sede apostólica a la que va dirigida la apelación, el inquisidor dice que admite la apelación y que la transmite, junto con el expediente completo, a N.S. el papa. En consecuencia, cita al acusado a que comparezca, bien vigilado, en la Curia romana ante N.S. el papa."

Si entre tanto ha habido que juzgar otros asuntos correspondientes al mismo acusado, el inquisidor se dará a ello, como es normal, pues la apelación interpuesta no puede bloquear otro procedimiento contra el mismo acusado.

XVI. Una respuesta apostólica positiva nunca debe considerarse una sentencia definitiva, pues esto exculparía al

acusado. ¡La apelación no se ha inventado para proteger la iniquidad (*non ad defensionem iniquitatis fuit institutum*)! De acuerdo con las instrucciones del Senado inquisitorial de Madrid, fechadas en 1561, no hay motivo para postergar las torturas a causa de la apelación, si los indicios las justifican suficientemente.

34. *Actuar de prisa*

Yo, fray Nicolau Eimeric, dominico, inquisidor de Aragón, que durante años he sufrido mil penurias, gastado mucho dinero, sufrido muchas contrariedades para obtener en la Curia romana condenas de herejes; yo, experto en los métodos de esa Curia, aconsejo a todos los inquisidores que no lleven personalmente los asuntos a la Curia, si no cuentan en ella con relaciones capaces de intervenir para que los asuntos se despachen deprisa. Que envíen el expediente completo y que eviten comparecer en persona. Si se ven obligados a ello, que en sus respuestas se ciñan al contenido del expediente, estrictamente; de este modo evitarán muchos sinsabores y muchos gastos. Les aconsejo no perder el tiempo en la Curia, pues la Iglesia tiene mucho que perder con la ausencia de los inquisidores de sus regiones y nada que ganar con su presencia en Roma. Cuando el inquisidor se aleja de la región que le ha sido designada, renacen las herejías y errores contra los que luchaba. Los obispos, ocupados en otros asuntos espirituales y temporales, no pueden proseguir el combate. Los comisarios inquisitoriales vacilan en hacerse cargo de los trabajos, riesgos y gastos a que debe enfrentarse el titular y no son objeto de tanto respeto y temor como los titulares. En cuanto a los herejes, se aprovechan de estas ausencias y de la lentitud, se endurecen y, sabiendo que la apelación puede significar la ausencia del inquisidor, recurren a ella cuando les capturan para ganar tiempo y seguir favoreciendo a la herejía. Los otros inquisidores, al conocer las fatigas de sus colegas, reducen su celo, por temor a tener que emprender también ellos viaje a la Curia romana, afrontar gastos considerables y padecer las mismas desazones; se apaga su

celo por la fe y contra la herejía y llegan a descuidar sus obligaciones en gran detrimento de la Iglesia de Dios.

XVI. Hoy no existe necesidad de desplazarse a la Curia romana. El Senado inquisitorial, o el inquisidor general, o el nuncio apostólico —según el país— se encargan de tramitar todos los enojosos asuntos de apelación.

35. Evasión del denunciado

El responsable de este último impedimento a la prosecución ordinaria de un proceso inquisitorial puede ser el propio acusado u otra persona.

XVI. El evadido se convierte, por efecto de la evasión, en proscrito, y como tal, puede ajusticiarle no sólo el juez sino cualquiera. Esto es de fácil explicación: el proscrito ha contravenido las leyes papales o las leyes imperiales, o las dos. Por eso se encuentra en guerra declarada. Y con mayor motivo el hereje evadido y proscrito puede ser legítimamente desposeído de sus bienes por cualquier cristiano.

Dicho esto, es más prudente reservar en la práctica el procedimiento de la expoliación a las autoridades de la Iglesia o del Estado (*satis esse tutum, ut hoc fiat auctoritate ecclesiae vel principis*).

H. Veredictos y sentencias — Fin de los procesos

XVI. Esta parte del *Manual* es de primordial importancia. Es admirable que Eimeric logre resumir en un número preciso de capítulos las diversas formas posibles de culminación de los procesos de herejía. Ignoro en qué autor Eimeric ha podido inspirarse directamente para esta parte de su *Manual*. Por el contrario, compruebo que el autor ha utilizado la jurisprudencia establecida en los concilios de Toulouse, Béziers y Narbona y los consejos de

Gui Foucoi, ajustándose totalmente a ellos. No veo que exista ningún autor anterior a Eimeric que haya logrado semejante trabajo de recopilación. Y, en el extremo opuesto, advierto que toda esta parte sobre las trece maneras de terminar un proceso ha sido copiada, a veces al pie de la letra, por otros autores posteriores a Eimeric: Citaré a Jacob Sprenger y su *Malleus maleficarum*, que en la tercera parte (preguntas 23-34) de su libro transcribe esta parte, y el Tabiensis que se limita a resumirla en su *Repertorium inquisitorum*. Más próximos a nosotros, el reverendo Hubert Locato sigue fielmente a Eimeric en su obra *De formulis in Sancto Inquisitionis Officio agendis*. Recuerdo todo esto en honor a la verdad. Muchos doctores no se creen obligados a citar los autores que siguen o que utilizan y sería mejor que no lo callaran. En el caso que nos ocupa, la referencia explícita a Eimeric conferiría más solidez y peso a sus propias argumentaciones.

Introducción

Hemos hablado de los principios de los procesos inquisitoriales y de los procesos mismos. Ahora nos queda por hablar de los veredictos y de las sentencias.

Llamaremos a esta parte la del fin del proceso y señalaremos que todo proceso inquisitorial acaba según una de las trece maneras que siguen. Tras examinar las actas del acusado y de sus explicaciones, y teniendo en cuenta la opinión de los expertos, resultará:

1. Que el acusado debe ser absuelto y declarado absolutamente limpio de herejía;
2. O bien que sólo es «difamado de herejía» en sentido general;
3. O bien que debe someterse a preguntas y a torturas;
4. O bien que es levemente sospechoso de herejía;
5. O bien que es fuertemente sospechoso de herejía;
6. O bien que es gravemente sospechoso de herejía;
7. O bien que es difamado y sospecho;
8. O bien que había confesado y hecho penitencia y no era relapso;

9. O bien que había confesado y purgado, pero es relapso;
10. O bien que había confesado y no había purgado y que no es realmente relapso;
11. O bien que había confesado y no había purgado, pero es relapso;
12. O bien que no ha confesado, pero ha sido convicto de herejía por testigos válidos, y judicialmente;
13. O bien que es convicto de herejía, pero se halla en rebeldía o es còntumaz.

Estos trece tipos de veredicto valen perfectamente para todos aquellos que actualmente defienden, protegen o favorecen a los herejes.



Primer veredicto: absolución

Primer tipo de final de proceso: el acusado de herejía tras sufrir un proceso ordinario, y una vez oídos los consejos de los expertos, aparece totalmente libre del delito de herejía. Es el caso del acusado que no ha sido convicto de herejía ni por sus propias declaraciones, ni por testimonio de los hechos, ni por las deposiciones legítimas de testigos, y que además no resulta sospecho ni difamado del crimen de que se le acusaba.

En tal caso se procede del siguiente modo: el inquisidor o el obispo (o ambos, aunque no tengan que actuar conjuntamente cuando hay absolución) entregan al acusado una sentencia absolutoria con el siguiente contenido:

«Nos, fray N., de la orden de predicadores, inquisidor, etc.: Visto que tú, Fulano, con domicilio en..., diócesis de..., has sido objeto de una acusación de herejía en los siguientes términos, etc.;

Visto que estos hechos, por su naturaleza, requerían nuestra atención y vigilancia;

Hemos investigado sobre lo que se te reprochaba para saber la verdad, y para ello hemos recibido y examinado a testigos, te hemos concedido la asistencia de un defensor, hemos hecho todo lo

que convenía hacer con arreglo a las disposiciones canónicas;

Visto que hemos examinado todo esto y a tal propósito hemos solicitado la opinión de jurisconsultos y teólogos;

Asentados en nuestro tribunal, conforme a nuestra función de juez, con la vista fija únicamente en Dios y en el interés de la verdad, sobre los santos Evangelios que tenemos delante para que nuestro juicio emane del rostro de Dios, y que nuestros ojos vean la verdad,

Pronunciamos nuestra sentencia definitiva del siguiente modo.

Habiendo invocado el nombre de Cristo,

No habiendo hallado —en cuanto hemos visto y oído, en todo lo relativo a esta causa— nada que haya probado legítimamente algo por lo que habías sido «denunciado», decimos, declaramos y resolutoriamente definimos que no hay y que no ha habido nada contra ti que pueda dar pie a tenerte por hereje, ni por sospechoso de herejía,

Por tal motivo te liberamos mediante esta sentencia del juicio inquisitorial.

Dado en tal lugar, etc.»

El inquisidor pondrá cuidado en no declarar en la sentencia absolutoria que el denunciado es inocente o exento, y precisará explícitamente que no se ha probado legítimamente nada contra él; de forma que si, más tarde, apareciese de nuevo ante el tribunal y fuera convicto de algún delito, se le pueda condenar sin ningún impedimento a pesar de la sentencia absolutoria.

XVI. Si leemos bien los términos, parecería que Eimeric prevé que en el texto de la sentencia absolutoria figuren los cargos y las circunstancias. Yo no creo que sea muy conforme al derecho, ya que no hay pruebas y que, en definitiva, el acusado queda libre; me parece más conveniente no precisar los cargos y leer públicamente la sentencia absolutoria, esté vivo o difunto su beneficiario. Tal

es la práctica que encuentro incorporada a las instrucciones madrileñas de 1561.

Además, Eimeric señala que se ponga cuidado en no declarar en la sentencia «inocente o exento» al acusado, mas de acuerdo con lo que el propio Eimeric prevé a propósito del duodécimo veredicto, la sentencia definitiva declarará inocente y exento al acusado liberado que haya sido víctima de la malevolencia de los testigos (testigos que, arrepentidos, serían expresamente acusados de falso testimonio. Aunque hay que hacer constar que es difícil creer que se dé en la práctica tal mudanza por parte de los testigos).

Segundo veredicto: expiación o purgación canónica

Precisamos aquí cómo conviene terminar el proceso de aquel que, en su ciudad o en su región, tiene reputación de hereje, pero no se le ha podido probar suficientemente el delito ni por confesiones, ni por la materialidad de hechos, ni por deposiciones de testigos. En tal caso sólo se cuenta con la difamación.

Entonces no se puede pronunciar sentencia definitiva, ni absolutoria ni condenatoria. Por ello, el inquisidor y el obispo, juntos, promulgarán una sentencia con el contenido siguiente:

«Nos, N., por la misericordia divina obispo de..., y Nos, N., dominico, inquisidor, etc.

Considerando que resulta del proceso que te hemos seguido, a ti, Fulano, etc. que nos fuiste denunciado por herejía y, en particular, etc., que no hemos obtenido tu confesión y que no hemos podido declararte convicto del delito de que se te acusa, ni de otros, pero resulta que de veras eres «difamado» de herejía por los buenos y los malos de tal ciudad, de tal diócesis;

Te imponemos, conforme al derecho, una purgación canónica en expiación de tu infamia.

Te asignamos a que comparezcas personalmente

te para expiar tal día de tal mes, a tal hora. Los «coexpiadores» que te acompañen han de ser de una integridad de vida y fe notoria; han de conocer tus costumbres y tu vida, y, en especial, tu pasado. Y te significamos que si desfalleces en tu purgación, te tendremos por convicto de herejía, conforme a lo establecido canónicamente.»

Conviene precisar que la expiación se hace ante siete, diez, veinte o treinta (menos en ciertos casos, más en otros) «coexpiadores», que serán de igual rango que el difamado: religiosos si es religioso, sacerdotes si es sacerdote, soldado si es soldado, etc. Todos tienen que ser capaces de prestar testimonio sobre la fe actual y pasada del difamado.

Si el «difamado» no puede expiar, se le excomulga. Y si permanece un año excomulgado, se le condena por hereje.

Si quiere expiar, pero no consigue reunir el número de «coexpiadores» prescrito por el inquisidor, *ipso facto* resulta convicto de herejía y se le condena por hereje.

Sin embargo, en ciertos casos los «coexpiadores» pueden ser de posición inferior a la del difamado; por ejemplo, en el caso de un obispo «difamado» los «coexpiadores» pueden ser abades o simples sacerdotes; si el difamado es rey, sus coexpiadores pueden ser nobles, caballeros, etc.

La purgación canónica

El día que se fije para la purgación canónica del difamado, éste comparecerá personalmente con sus «coexpiadores» ante el obispo o el inquisidor. El difamado pondrá su mano sobre el libro de los Evangelios y dirá: «Juro por los santos Evangelios no haber nunca adherido, ni creído en esta herejía (nombra aquella por la que es difamado). Juro no, haberla nunca enseñado, ni adherir a ella, ni creer en ella.» Jura así no tener nada que ver con la herejía objeto de la difamación.

Después de esto los «coexpiadores» dirán, por turno, con

la mano sobre los Evangelios: «Juro por los santos Evangelios que creo lo que Fulano acaba de jurar.»

Y con esto se cumple la purgación canónica.

La purgación canónica debe hacerse en la localidad en que circula la difamación. Se repetirá en todas y cada una de las regiones en que el mismo individuo haya sido o sea aún objeto de rumores.

Al difamado que una vez «purgado» cae más tarde en la herejía que haya expiado, se le considera relapso y, como tal, se le entrega al brazo secular."

XVI. ¿El que haya tenido que sufrir una purgación canónica, viene por ello a ser inepto para cualquier oficio o beneficio eclesiástico? Según ciertos doctores la ineptitud es la regla. Otros pretenden que la purgación no tiene por qué causar la revocación de un beneficio, sino únicamente la incapacidad de ascenso.

Tercer veredicto: la cuestión "

Se aplica la cuestión de tormento al denunciado que no confiesa y al que no se ha podido declarar convicto de herejía durante el proceso. Si el acusado no confiesa nada bajo tortura, se le considerará inocente. El acusado que, objeto de denuncia, no confiesa durante el interrogatorio o que no resulta convicto ni por la evidencia de los hechos ni por los testimonios válidos, aquel sobre el que no pesan indicios suficientemente claros para que se le pueda exigir una abjuración, pero varía en sus respuestas, ése será torturado. También lo será aquel contra el cual existen indicios suficientes para exigir una abjuración. La forma del veredicto de tortura es la siguiente:

17. Lo que demuestra sin equívocos que, a pesar de todas estas precauciones teóricas, el simple rumor adquiere «retrospectivamente» el valor, no sólo de sospecha violenta, sino de herejía manifiesta, por las buenas. Recuérdese la definición propuesta anteriormente del concepto de «prueba evidente».

18. El asunto de la tortura es objeto de amplios comentarios también en la tercera parte del *Manual*, pregunta 28, p. 241.

«Nos, inquisidor, etc., considerando el proceso que te seguimos, considerando que varias en tus respuestas y que existen contra ti indicios suficientes para someterte a tortura; para que la verdad salga de tu propia boca y no ofendas más los oídos de tus jueces, declaramos, juzgamos y decidimos que tal día, a tal hora, seas sometido a tortura.»

Instrucción perfectamente detallada sobre la cuestión

Si el acusado varía en sus respuestas, si además existen indicios contra él, figurarán ambas cosas en la sentencia como se ha señalado anteriormente. Si sólo hay variación en las respuestas y no existen indicios, o hay indicios sin variación de respuestas, se tendrá en cuenta en la relación de la sentencia.

El inquisidor no debe mostrarse muy apresurado en aplicar la tortura, pues sólo se recurre a ella a falta de otras pruebas, y corresponde al inquisidor establecerlas. Pero si no las encuentra y considera que hay probabilidades de culpabilidad del denunciado y que es probable también que no confiese por miedo, permitirá que le visiten familiares y amigos para que le convenzan y confiese. Las incomodidades de la cárcel, la reflexión, la exhortación frecuente de personas de bien, muchas veces predisponen a los acusados a confesar.

Pero si no se logra nada y el inquisidor y el obispo creen con toda buena fe que el acusado les oculta la verdad, entonces que le manden torturar moderadamente y sin derramamiento de sangre, teniendo siempre en cuenta que los tormentos son engañosos e ineficaces (*scientes quod quaestiones sunt fallaces et inefficaces*). Hay personas tan débiles de espíritu que confiesan todo a la menor tortura, incluso lo que no han cometido. Otras, son tan tozudas que no dicen nada a pesar de las torturas a que se les somete. Los hay que ya han sido torturados; éstos aguantan mejor que nadie el tormento pues en seguida tensan los miembros y los endurecen; pero otros salen muy debilitados de las primeras torturas y son incapaces de

aguantar otras. Están los embrujados, que, por efecto de sortilegios que utilizan bajo la tortura, se hacen casi insensibles: éstos morirán antes que confesar.

Una vez dictada la sentencia, los ayudantes del inquisidor se disponen a ejecutarla. Durante la preparación del suplicio, el obispo y el inquisidor, por sí mismos o por boca de un creyente ferviente, presionan al acusado a que confiese espontáneamente. Si el acusado no lo hace, mandan a los verdugos que le quite las ropas — lo que harán en seguida pero sin alborozo, como si experimentasen turbación. Le exhortarán a que confiese mientras los verdugos le desnudan. Si aún se resiste, le conducirán aparte, totalmente desnudo, y los buenos creyentes le exhortarán repetidas veces. Mientras le exhortan le dirán que si confiesa no le matarán con tal de que prometa no cometer más delitos. Muchos confesarían la verdad si no se hallaran atenazados por el miedo a la muerte, he tenido no pocas experiencias de ello; muchos confesarían si se les prometiera salvar su vida. Por lo tanto que el inquisidor y el obispo se lo prometan, pues podrán mantener su palabra (salvo si se trata de un relapso, en cuyo caso no se prometerá nada).

Si no se avanza con estos medios, y las promesas resultaran ineficaces, se ejecuta la sentencia y se tortura al acusado en la forma tradicional, sin buscar nuevos suplicios ni inventar otros más refinados: se aplican unos más débiles o más fuertes según la gravedad del delito. Mientras se tortura de este modo al acusado, se le interroga sobre los artículos menos graves al principio, luego sobre los más graves; pues confiesan más fácilmente las faltas leves que las graves. Mientras tanto, el notario anota los tormentos, las preguntas y las respuestas. Si después de haber sido convenientemente (*decenter*) torturado no confiesa, se le enseñará los instrumentos de otro tipo de tormento diciéndole que tendrá que sufrirlos si no confiesa.

Si no se consigue nada ni siquiera con eso, se proseguirá la tortura al día siguiente y al otro, si es necesario (pero no se «reemprenderán» las torturas, pues no se pueden «reemprender» si no se dispone de nuevos indicios

contra el acusado. Si no se da esta circunstancia, está prohibido «reemprenderlas», aunque no «proseguirlas»).

Una vez que se ha sometido al acusado a todas las torturas previstas y sigue sin confesar, no se le molesta más y se le deja en libertad. Y si pide que se dicte una sentencia no se le puede negar. Se dictará en los siguientes términos: tras examen meticulouso de su expediente, no se ha encontrado nada legítimamente probado contra él respecto al delito de que había sido acusado, continuando con los términos previstos para la sentencia absolutoria.

Al que confiese bajo tormento el notario tomará nota de sus confesiones. Después de la tortura se le conducirá a un lugar en el que no exista indicio alguno de tortura. Allí se le leerán las declaraciones que haya hecho bajo tortura y se proseguirán los interrogatorios hasta lograr por su propia boca toda la verdad. Si no confirma sus declaraciones o en ese momento niega haber confesado bajo tormento, y aún no ha sufrido todos los suplicios previstos, se seguirá torturándole sin «reemprender» los tormentos. Pero si ya se le ha sometido a todos los tormentos, será liberado. Y si insiste e insiste en que le entreguen una sentencia, se le dará como en el caso anterior.

Si, por el contrario, mantiene las declaraciones hechas bajo tortura, reconoce su delito y solicita el perdón de la Iglesia, se le considerará convicto de herejía y arrepentido. Entonces se le condenará a las penas previstas para los convictos y arrepentidos de las que se trata en el octavo tipo de sentencia.

Si, tras la tortura, mantiene las declaraciones hechas bajo tortura, pero no solicita el perdón y no es relapso, se le entregará al brazo secular para que le ejecuten (como en el décimo tipo de veredicto). Si es relapso, se le condenará del modo expuesto en el undécimo tipo de veredicto.

XVI. Hay que señalar que el inquisidor no debe mostrar prisa en llegar a la tortura, pues los indicios por los que se llega a la tortura son, por definición, arbitrarios. Por lo tanto los inquisidores evitarán recurrir continuamente a ella.

¿Qué decir de esos embrujados, insensibles al dolor, de

que habla Eimeric? No creáis que Eimeric habla de ello a la ligera. Paul Grilland, que fue un juez muy severo en asuntos criminales, en su *Traité de la question et de la torture*, también lo menciona. Hyppolite Marsilien también habla de ello. Para sus sortilegios, estos embrujados suelen utilizar palabras y oraciones de los salmos de David u otras partes de la Sagrada Escritura que escribían en sus procedimientos supersticiosos en trozos de pergamino crudo que ellos llaman «papel virgen», mezclando a veces nombres de ángeles desconocidos. Nosotros hemos visto el año pasado un trozo de este tipo de pergamino que se le había «retirado» a un pobre hombre (*vili homini*) mientras le llevaban a la cárcel, y en él había pintados unos círculos y unas curiosas figuras producto de la superstición. Ocultan esto en un lugar secreto de su cuerpo para hacerse insensibles a la tortura. ¿Qué hacer contra estos fraudes y encantamientos? No lo sé. Sin embargo, convendría desnudar completamente a los que van a ser conducidos a la tortura."

Un asunto que merece particular atención es el de la existencia o no de categorías de personas no torturables en virtud de cierto privilegio. Efectivamente, con frecuencia se alega que ciertas personas no pueden ser sometidas a tortura —los soldados, los caballeros, los notables— y que hay que limitarse a aterrorizarlos, enseñándoles los instrumentos de tortura y amenazándoles con utilizarlos. Pero es un derecho que no vale en asuntos de herejía, y ninguno de los que están exentos de tortura en relación con otros delitos lo están cuando hay delito de herejía. Por el contrario, cabe preguntarse si se puede torturar a los niños y a los viejos, debido a su fragilidad. Se les puede torturar, aunque con cierta moderación; se les apaleará o se les azotará. ¿Qué hay que hacer si el acusado al que hay que interrogar es una mujer encinta? No se la torturará ni aterrorizará, no vaya a ser que dé a luz o aborte. Se intentará arrancarle la confesión por otros me-

19. Bonito eufemismo para no hablar de una exploración de esos «lugares secretos» del cuerpo, ya que en realidad Eimeric es lo suficientemente explícito en cuanto la desnudez del que va camino del suplicio.

dios antes del parto. Después del parto ya no hay obstáculo para la tortura. El valor de las confesiones es absoluto si se han obtenido mediante amenaza de tortura o mostrando los instrumentos de tortura, y en estos casos se considerará que el acusado ha declarado voluntariamente pues no ha sido torturado. Igual sucede si se obtienen las confesiones cuando el acusado ya está desnudo y atado para ser sometido a tortura. Si el acusado confiesa durante la tortura, debe después ratificar la declaración, pues se ha obtenido por medio del dolor o del terror.

Se dice que se puede «reemprender» el suplicio si, durante la tortura, se obtienen nuevos indicios: hay que señalar que lo que dijese el acusado durante la tortura puede considerarse como nuevo indicio y que, en tal caso, es totalmente justo «reemprender» los suplicios. Y con mayor motivo si se han logrado por otros medios. Sin embargo, no hay que abusar de esta posibilidad de «reemprender» la tortura, no vaya a ser que el torturado entregue su alma durante los tormentos. Además, muchos acusados quedan tras las primeras sesiones en tal estado de fragilidad y de debilidad, que legítimamente cabe preguntarse si serán capaces de aguantar el resto sin riesgo de su cuerpo y de su alma. Que los jueces recuerden en esas circunstancias que no son verdugos y que la tortura es engañosa, como se ha dicho anteriormente.

Ahora hay que considerar en qué casos se puede «repetir» la tortura. Puede ser una pregunta muy vulgar, pero no deja de presentar gran interés. Indicaremos tres reglas.

Primera. — El acusado ha sido débil y blandamente torturado. En tal caso se pueden «repetir» los suplicios hasta que el acusado quede suficientemente torturado. Una vez conseguido, el notario levanta acta y los jueces mandan cesar la primera tortura precisando que van a ordenar repetir los suplicios. No es exactamente una «repetición», sino más bien una «continuación». No habrá verdadera «repetición» si no se «vuelve» a torturar a un acusado que ya haya sufrido todos los tipos de tormentos previstos y no ha confesado.

Segunda. — Algunos expertos piensan que no ha lugar a «repetir» los tormentos por el solo hecho de haber obte-

nido nuevos indicios. Hay que aprobar la opinión de los que piensan lo contrario, pues es lo que comúnmente se hace en la práctica. Sin embargo, no hay que olvidar que con frecuencia sucede que los acusados confiesan cualquier cosa durante las primeras sesiones de tortura. El inquisidor tiene, pues, que redoblar su perspicacia teniendo muy en cuenta el grado de malevolencia del acusado.

Tercera. — El acusado confiesa bajo tortura. Luego, cuando se le pide que ratifique la declaración, se retracta. En tal caso se «reemprenderá» toda la serie de tormentos, pues las confesiones obtenidas durante la primera serie constituyen precisamente el nuevo indicio necesario.

¡Pero todo esto se hará sin crueldad! No somos verdugos. Más adelante digé cuántas veces se pueden «volver a empezar» las torturas.

Finalmente, ¿cuándo puede decirse que un acusado ha sido «torturado suficientemente»? Se dirá cuando sea evidente para los jueces y los expertos que ha sufrido, sin confesar, tormentos de una gravedad comparable a la gravedad de los indicios. En esas circunstancias se entenderá que ha expiado suficientemente los indicios con la tortura (*ut ergo intelligatur quando per torturam indicia sint purgata*).

¿Cómo ratifica el acusado las confesiones hechas bajo tortura? Tras la tortura el notario le pregunta: «¿Recuerdas lo que has confesado ayer o antes de ayer bajo tortura? Pues bien, repítemelo ahora con toda libertad.» Y escribe la respuesta. Si el acusado no ratifica, como recordaréis, se le somete otra vez a tortura.

¿Pero cuántas veces se pueden volver a aplicar toda la serie de torturas por no ratificación de declaraciones? No hay unanimidad de los doctores al respecto. Otros piensan que se puede repetir la serie entera —completándola, naturalmente— tres veces y más. Yo, personalmente, creo que habría exceso de crueldad y que no se debería pasar de dos series completas de tormentos. Se puede aplicar una tercera serie de suplicios al acusado que hubiera sido torturado con cierta blandura durante las dos primeras series. Si después de esto no se obtiene la ratificación de la

confesión sin tortura —o ninguna confesión— se libera al acusado como dice maravillosamente Eimeric.²⁰

Cuarto veredicto: abjuración por sospecha leve

La abjuración *de levi*²¹ debe haterla aquel en quien el tribunal haya encontrado indicios débiles de herejía. Este abjurará en público en la iglesia catedral, si fuera públicamente sospecho. En caso contrario, puede abjurar en el palacio episcopal o ante el capítulo del convento de los dominicos donde reside el inquisidor, o incluso en los apartamentos del obispo o del inquisidor.

Si la sospecha fuera pública se procederá del modo siguiente:

El inquisidor previene con suficiente antelación a todas las iglesias del lugar de que tal domingo pronunciará un sermón en tal iglesia y que todos deben acudir. Se levantará un catafalco en medio de la nave, frente al altar, y en él se colocará el acusado, de pie para que todos le vean, con la cabeza descubierta y bien vigilado. El sermón versará sobre la herejía de la que el acusado debe abjurar y el inquisidor explicará que el que se halla en el catafalco es sospechoso de esto o de aquello y que, en consecuencia, tiene que expiar estas sospechas abjurando *de levi*. Finalizado el sermón, se pone ante el abjurante el libro de los cuatro Evangelios y el abjurante lo toca con la mano y abjura.

Si, por ejemplo, se sospechaba de él que creía en la pobreza absoluta de Cristo y los apóstoles, dirá: «Juro que creo de todo corazón y que mi boca proclama que nuestro Señor J.C. y sus apóstoles, en este mundo, poseían bienes en común; que la Escritura lo dice, y que tenían derecho

20. Como se verá en la Tercera Parte, el editor romano es partidario de mantener la secuencia tradicional de cinco tipos de tormento, que constituyen cinco etapas en la progresión de la gravedad de la tortura. El sospechoso tiene derecho a un tipo de tormento por día. En el peor de los casos —o en el mejor ¡quién sabe!— al cabo de quince días de torturas cuando el acusado no haya confesado, se le consideraba «decentemente torturado» y se le podía poner en libertad.

21. Entiéndase: por sospecha leve.

a distribuir bienes, a venderlos y darlos.»²² El abjurante promete no adscribir nunca más a una herejía, diciendo que, en caso contrario, está dispuesto a sufrir las penas que le fueran impuestas. Terminará con estas palabras: «¡Que Dios y Sus Santos Evangelios me ayuden!»

La abjuración se hará en lengua vulgar para que todos la entiendan. Ulteriormente, la Inquisición se expresará en unos términos con el siguiente estilo:

«Hijo mío, acabas de expiar por abjuración la sospecha que legítimamente pesaba sobre ti. Ten cuidado de no volver a caer en el futuro, pues entonces serías relapso y, aunque no te entregásemos al brazo secular porque no fueses más que ligeramente sospechoso, se te impondrá una condena extremadamente grave. Cuida también de que, a partir de ahora, serías considerado por nada gravemente sospechoso y forzado a abjurar en consecuencia. Y después, si reincidieras dando de nuevo pretexto de sospecha, serías considerado relapso y, como tal, entregado al brazo secular para ser ejecutado.»

El procedimiento es el mismo si el acusado tiene que abjurar en el palacio episcopal.

Luego el inquisidor establece y lee la sentencia, precisando claramente el nombre y la dignidad del abjurante, e indicando que ha abjurado *de levi* y no *de vehementi* (olvidar esta precisión podría acarrear grave perjuicio al abjurante). Inmediatamente concede diez o veinte días de indulgencia a los que hayan escuchado el sermón y la abjuración, precisando que todos los que han colaborado en el asunto de abjuración han ganado tres años de indulgencia.

XVI. El que, tras abjurar *de vehementi* recayese en la herejía, sería considerado relapso, y como tal entregado al

brazo secular; no será tenido por relapso el que sólo haya abjurado *de levi*.

Se puede exigir la abjuración simple o solemne, según el procedimiento previsto por Eimeric, a partir de la edad de diez años y medio en el caso de los niños y de nueve años y medio en el de las niñas, es decir la edad a partir de la cual se considera a niños y niñas jurídicamente responsables de un delito. Es la opinión de muchos inquisidores. Personalmente me atengo a lo previsto por el concilio de Toulouse de 1229 ratificado por el concilio de Valladolid de 1388: el límite inferior de edad será de doce años para las niñas y catorce años los niños."

Conforme a lo establecido en el concilio de Narbona, la sentencia de abjuración *de levi*, con los cargos y las penitencias impuestas, se expondrá en público para que nadie la ignore. Si el abjurante sabe escribir, firmará el texto de abjuración.

Hay que precisar que los que después de la abjuración fueran condenados por la Inquisición a galeras (*quos ad poenas triremium condemnarunt*), serán conducidos a cárceles civiles por las fuerzas civiles a las que se informará en detalle del contenido de la sentencia inquisitorial.

Finalmente, advertid que no se trata de penas sino de penitencias: no se pueden imponer penas al que era levemente sospechoso, sino únicamente penitencias, a guisa de remedios salutarios, y que serán determinadas según criterio con arreglo a la posición del sospechoso y la gravedad de la sospecha.

Quinto veredicto: abjuración por sospecha fuerte

Debe abjurar por sospecha fuerte aquel contra quien el tribunal no haya podido probar nada en concreto ni por medio de testigos ni por el examen de los hechos, aunque existan fuertes indicios que autoricen una sospecha fuerte.

Este sospecho debe abjurar de la herejía de que se le acu-

sa, de forma que se le trate como relapso y reincidente, es decir que sea ejecutado por el brazo secular. Abjurará en público o en secreto —como en el caso anterior— ante mucha gente o ante pocas personas con arreglo a la magnitud y al peso de la sospecha.

Si ha de abjurar en público, en una iglesia grande o en la catedral, se anunciará con suficiente anticipación, como en el caso anterior, añadiendo que no habrá otro sermón aquel día más que el del inquisidor y que los que lo escuchen ganarán las indulgencias acostumbradas. El día anterior se levantará un catafalco en medio de la iglesia y en él se colocará una silla para el abjurante. El día fijado el inquisidor pronuncia el sermón, y luego el notario, u otra persona, lee el acta en que figuran los cargos de sospecha grave. Una vez hecho esto, el inquisidor dice: «He ahí de lo que nos parece fuertemente sospechoso. Tienes que abjurar de esta herejía y expiarla.» Luego se colocan cerca de los ojos del abjurante los cuatro Evangelios y él los toca con la mano. Si sabe leer se le da el texto de la abjuración para que lo lea ante todo el pueblo. Si no sabe leer, la leen despacio un notario o un clérigo y el abjurante va repitiendo las palabras.

Modelo de abjuración de herejía en casos de sospecha fuerte

«Yo, Fulano, con domicilio en..., diócesis de..., citado personalmente ante vuestro tribunal, habiendo comparecido ante vos, monseñor obispo de..., y ante vos, fray Fulano, dominico:

Juro sobre los Santos Evangelios que toco con mi mano, creer de todo corazón y confesar todo lo que la santa fe católica y apostólica enseña, confiesa y proclama. Juro también creer de todo corazón y confesar (aquí se escribirá el artículo de la fe católica directamente opuesto a la herejía de que el abjurante es fuertemente sospechoso). Juro también y proclamo que nunca he dicho ni hecho, que no digo ni hago y nunca diré ni haré (aquí se escribirán los motivos de sospecha) ningu-

«...bien na de las cosas a causa de las cuales me tenéis por fuertemente sospechoso de herejía.»

Y si, Dios no lo quiera, cometiera perjurio en el futuro, me someto libremente a partir de ahora a las penas de pleno derecho para los relapsos; me declaro dispuesto a aceptar las penitencias que haya podido merecer por los actos a causa de los cuales se me designa hoy como fuertemente sospechoso de herejía.

Lo juro, y prometo dedicar todas mis fuerzas a cumplir la penitencia. ¡Que Dios y sus santos evangelios me ayuden!»

Todo esto se hace en lengua vulgar (a no ser que la abjuración se haga ante eclesiásticos exclusivamente).

Después de la abjuración

Después de la abjuración el inquisidor se dirige al abjurante en estos términos:

«Hijo mío, por la abjuración que acabas de hacer has expiado la sospecha que pesaba sobre ti. Sin embargo, quiero que en el futuro seas más circunspecto. Pon cuidado en lo que hagas a partir de ahora, pues si en el futuro viéramos que habías recaído en la herejía abjurada, serías entregado sin misericordia al brazo secular para ser ejecutado. Apártate desde ahora de los que pudieran hacerte recaer en la herejía.»

El notario no debe olvidar anotar al pie del acta que Fulano ha abjurado por sospecha fuerte, de manera que en caso de reincidencia se le pueda ejecutar por relapso. Una vez hecho esto, el inquisidor pronuncia la sentencia e impone la penitencia.

Tres cosas le quedan al inquisidor por cumplir, después de pronunciar la sentencia:

1. Debe precisar bien la penitencia impuesta e indicar

que, si el abjurante no quiere cumplirla, se le considerará relapso y condenará como relapso impenitente.

2. Conceder los diez o veinte días de indulgencia al pueblo de fieles.

3. Precisar que los que han denunciado al abjurante, colaborado a prenderle, intervenido en el juicio (leyendo las sentencias, etc.) han ganado tres años de indulgencia. Termina recordando que cualquier delator gana tres años de indulgencia y además gana la salvación eterna.

Sin embargo, en lo que atañe a la penitencia, no se hará emparedar a por vida ni encarcelar a perpetuidad a los leve o fuertemente sospechosos: ésa es una pena reservada a los que hayan sido verdaderamente herejes y herejes penitentes. Se les encarcelará cierto tiempo, y luego se les libera. Estos sospechosos no llevarán la prenda cruzada o sambonito, pues esta prenda designa a los herejes penitentes, y los sospechosos no han sido convictos de herejía. Se les obligará, por el contrario, a estar en las escaleras de la iglesia o del altar durante las misas de los domingos en tal o cual período, con un cirio encendido de tal o cual peso.

Sexto veredicto: abjuración por sospecha violenta

Debe abjurar por sospecha violenta aquel contra el cual el tribunal no haya podido probar nada en concreto, ni por testimonios ni por examen de los hechos, aunque existan indicios muy graves que autorizan una sospecha violenta. Es el caso, por ejemplo, de aquel que ha permanecido un año y más bajo el peso de la excomunión merecida por contumacia. Éste puede perfectamente no ser hereje. Sin embargo, debe ser condenado debido a la sospecha violenta que no hay que fundamentar en la menor prueba (*contra quam non est probatio admittenda*). Al hereje que no abjure y no quiera expiar se le entrega al brazo secular para que lo ejecute; de igual modo el que es violentamente sospechoso, si no quiere abjurar y volver al seno de la Iglesia, ni expiar conforme a las disposiciones del obispo y del inquisidor, será entregado al brazo secular para ser ejecu-

tado. Si abjura y acepta la expiación, se le condenará a prisión perpetua.

Para la abjuración se adoptan todas las disposiciones útiles, como en el caso anterior (un único sermón, promesas de indulgencias, etc.). Entre tanto el inquisidor se hará con una vestidura formada por dos bandas de tela, una adelante y otra atrás, a guisa de escapulario religioso, pero sin capucha, sobre las que se cosen dos cruces de tela roja —una adelante y otra atrás— de tres palmos de largo, y dos de ancho. Se prepara el catafalco y la silla para que todo el pueblo vea al abjurante. El día prefijado, se procede como de costumbre: *sermón del inquisidor*, lectura de las sospechas violentas, y luego el inquisidor o el obispo dicen:

«Hijo mío, he aquí las sospechas violentas que pesan sobre ti. A causa de ellas debes ser condenado por hereje. Presta bien atención a lo que voy a decirte: si quieres apartarte de esta herejía, si la abjuras públicamente y soportas pacientemente la penitencia que la Iglesia y yo en nombre del Vicario de Cristo te imponemos, se te permitirá la absolución de tus pecados. Te impondremos una penitencia a la medida de tus posibilidades y te levantaremos la excomunión que te atenaza, y podrás salvarte y ganar la gloria eterna. Si no abjuras y no quieres aceptar la penitencia, te entregaremos al brazo secular y perderás el cuerpo y el alma. ¿Qué prefieres: abjurar y salvar tu alma o no abjurar y condenarte?»

Si responde: «No quiero abjurar», se le entrega al brazo secular según el modo previsto en el décimo veredicto. Si dice: «Sí, quiero abjurar», se le presentan los santos Evangelios y abjura.

En el texto de abjuración el abjurante jura no haber adscrito nunca a ninguna herejía y promete bajo juramento no hacerlo nunca en el futuro, aunque admite que ha dado lugar a sospecha violenta. Jura denunciar a los herejes que pueda conocer, sujetarse a la penitencia que le sea impuesta

y para acabar pide la ayuda de Dios y de los cuatro Evangelios. Declara saber que en caso de reincidencia será inmediatamente entregado, sin ningún proceso, al brazo secular para ser ejecutado en seguida.

El notario pondrá cuidado en anotar que Fulano ha abjurado de sospecha violenta para que se le pueda ejecutar sin preámbulos en caso de reincidencia. La abjuración se hace en lengua vulgar, salvo el caso en que el abjurante sea un sacerdote y la abjuración se haga exclusivamente ante eclesiásticos, en cuyo caso la abjuración se hace en latín.

Una vez terminada la abjuración el inquisidor dice:

«Hijo muy querido, acabas de abjurar de las herejías de que eras violentamente sospechoso. Con ello te sometes a los deseos de la Iglesia, y está muy bien. Pero presta atención en el futuro a no reincidir, a no merecer sospechas de ninguna clase de herejía, pues, sabe y no lo dudés ni un instante, que, como tú mismo acabas de comprometerte, serías entregado sin ninguna misericordia al brazo secular para ser ejecutado.»

Después de esto el inquisidor absuelve al abjurante de la excomunión, si estaba excomulgado. Luego se lee la sentencia de penitencia.

El abjurante llevará el sambenito durante uno o dos años. Permanecerá vestido de esta guisa a la puerta de la iglesia o en las escaleras del altar durante las misas de tales o cuales fiestas. Sufrirá prisión perpetua o por un tiempo a determinar según la índole de la sospecha. El inquisidor recuerda que él puede, según su criterio, reducir o agravar la penitencia. Luego le exhortará a ser paciente, prometiéndole aliviar la penitencia si es sumiso, y amenazándole con entregarle por impenitente al brazo secular para que le ejecuten, si protesta. Finalmente concede las indulgencias de costumbre: diez o veinte días a los presentes y tres años a los delatores y colaboradores.

XVI. Los orígenes del sambenito se remontan al Antiguo Testamento: se lee, en efecto, en el Libro de los Reyes

(1, 21), que Ajab fue condenado a vestir un sayal por haberse quedado con malas artes con la viña de Nabot.

Vestirse con un sayal era considerado en la antigua ley signo de penitencia, por lo tanto llevar el saco bendito corresponde perfectamente al estado de penitencia. Y, efectivamente, la Inquisición delegada utilizó desde sus comienzos el saco bendito, que ya se menciona en el concilio de Tarragona del año 1229, el mismo al que asistió San Raimon de Penyafort, y en algunas cartas de Santo Domingo de las que se habla en el capítulo 20 de la obra de Camilus Gampegius. El concilio de Tarragona prevé que el saco bendito debe adornarse con dos cruces de color distinto del del saco, una en el lado derecho y otra en el lado izquierdo; además se indica que el penitente debe llevar encima la sentencia de reconciliación episcopal. Es el concilio de Béziers en donde se establecería de una vez por todas el color y la posición de las cruces, precisándose que, si el hereje está condenado, llevará una tercera «sobre la capucha o el velo». Para los herejes que fueran perjuros, el concilio de Béziers prevé además un segundo brazo transversal, aproximadamente a un palmo por encima de las dos cruces. Los que tengan que viajar a ultramar²⁴ llevarán las cruces hasta que arriben al puerto y al desembarcar las entregarán, pero volverán a ponérselas al regreso; no se las quitarán en los eventuales desembarcos en islas.

¿Por qué hay que llevar las cruces delante y detrás (según lo establecido en Béziers) y no a derecha e izquierda (como estipulan los concilios de Tarragona y Toulouse)? Yo creo que es para que todos puedan distinguir al hereje, aunque camine... de frente o de espaldas. Pues en realidad, al principio, se llevaban las dos cruces en el pecho, a derecha e izquierda, conforme a lo que había previsto Santo Domingo: «Llevarán un hábito semejante al de los religiosos, tanto por la forma como por el color, sobre el cual irán cosidas dos cruces pequeñas a la altura de las tetillas (*in directo utriusque papillae*).»

Se trata ampliamente del saco bendito en las instruc-

24. Se entiende por viaje a «ultramar» la peregrinación a Tierra Santa que a veces tenían que cumplir los penitentes de la Inquisición.

ciones de Ávila para la Inquisición española (1498) y en las instrucciones madrileñas de 1561. El *sambenito* se llama *abitello* en Italia, y en España a veces *zamarra* o *samarreta*, otras *san benito* (casi *saccus benedictus*).

Eimeric habla de «lectura pública» de las faltas. Yo he oído decir muchas veces que es inconcebible que lean públicamente los cargos, pues se supone que ello puede dar a muchos que lo oigan la idea de hacer igual. ¡Argumento muy absurdo! ¿Hay algún acto que los malvados no perviertan? No hay ninguna duda que instruir y aterrorizar al pueblo con la proclamación de las sentencias, la imposición de sambenitos, etc. es un buen acto. Digámoslo con palabras de Poucoi: «¡Nada tan glorioso para la santa fe como confundir públicamente a la herejía!»

También se dirá que la exhortación que sucede a la lectura de los delitos es inútil, pues no se han escatimado esfuerzos para la conversión del acusado antes de llevarlo al catafalco. En realidad ha caído en desuso. Sin embargo, como lo prevé Eimeric, nada hay que se oponga a la salvaguarda de esta práctica.

El acusado jura denunciar a los herejes que conozca. Es una fórmula que ya no se encuentra en las sentencias para abjurantes *de levi* y *de vehementi*. Sin embargo sería deseable incorporarla pues, ¿no cabe pedir al abjurante que se comprometa a denunciar, cuando todo cristiano, como acabamos de verlo, debe hacerlo?

Finalmente, a propósito de la asistencia a misa los domingos, el concilio de Béziers ya había previsto tal obligación: «Todos los domingos y fiestas, entre la Epístola y el Evangelio, los penitentes avanzarán descalzos, vestidos sólo con la prenda de penitencia y cirios en la mano, hasta el celebrante que les flagelará preguntándoles después qué crimen expían.» Es un castigo muy antiguo, con origen sin duda en el cuarto grado de penitencia de San Juan Clímaco.

Séptimo veredicto: expiación canónica y abjuración

Se exigirá la expiación canónica y la abjuración al acusado levemente sospechoso y al difamado. Es el caso del acu-

sado contra quien no se ha podido probar nada concreto en el proceso, pero del cual —á título de ejemplo— la familiaridad con herejes es muy conocida. Éste debe abjurar por sospecha leve y expiar la infamia.

Se empezará por la expiación pública. Los preparativos son los mismos que en las otras sentencias (sermón, catafalco, lectura, indulgencias). Luego se procede a la expiación canónica con la colaboración de «coexpiadores» de igual rango, como la prevista anteriormente. Luego se procede a la abjuración, en la que se proclama la inocencia del acusado aunque también el fundamento de la sospecha. El abjurante jura denunciar a cualquiera que él crea guarda relación de cualquier índole con la herejía —o los herejes— de la que él era sospechoso. Acepta las penitencias que se le impongan y pide ayuda al cielo para soportarlas y mantener su promesa.

Dirá también que sabe que si vuelve a ser difamado o sospechoso de herejía, será considerado relapso y entregado al brazo secular para que le ejecuten. El notario levanta acta de que fulano ha abjurado *de levi* o *de vehementi*, pues esto tiene importancia para ulteriores procesos.

La expiación y la abjuración se hacen en lengua vulgar, salvo si se trata de religiosos que abjuren ante religiosos. El inquisidor exhorta a continuación al abjurante a ser prudente, como de costumbre. Luego le impone una penitencia, a su criterio, pues no están previstas penas concretas. Finalmente se anuncian las indulgencias habituales.

Octavo veredicto: abjuración de un hereje penitente

Se trata del acusado convicto de herejía, pero penitente y no relapso.

Es el caso del hereje que, denunciado, confiesa, desea volver a la Iglesia y abjura; y del que no existen antecedentes de proceso ni de sospechas anteriores, ni, por consiguiente, de abjuración anterior. Éste no será entregado al brazo secular para ser ejecutado, sino que se le permitirá la confesión sacramental; y después de la abjuración se

le condenará a prisión perpetua. Por lo tanto: que el inquisidor se asegure de que trata con un auténtico convertido y no con un lobo disfrazado de cordero.

Para esta abjuración el obispo y el inquisidor adoptarán las medidas de costumbre: fijación de una fecha, un solo sermón, indulgencias a los fieles, obligación para todas las comunidades religiosas del lugar de enviar a la ceremonia dos, tres o cuatro miembros al sermón inquisitorial. Se prepara el catafalco y el vestido blanco con las dos cruces rojas. El día de la abjuración, el abjurante sube al catafalco, rodeado de todos los dignatarios eclesiásticos. El inquisidor pronuncia el sermón que el abjurante escucha con la cabeza descubierta. El sermón tratará de la o las herejías a la que o a las que está adscrito el abjurante. Luego el inquisidor señalando al abjurante, dice: «Ése que veis ahí arriba ha aceptado todos estos errores. Ahora oiréis cómo.»

Dicho esto, el notario lee el acta de las faltas del acusado.

Tras la lectura, si el inquisidor detecta por ciertos signos que el abjurante está realmente convertido, le pregunta: «¿Corresponde esto a la verdad?» Si el abjurante responde que sí, el inquisidor continúa: «¿Quieres seguir en la herejía condenándote así para toda la eternidad, y perder incluso tu cuerpo, o quieres abjurar conservando así la posibilidad de salvar tu alma y escapar a la muerte?» Si responde que no quiere seguir en el error y quiere abjurar, el inquisidor añade: «Has contestado juiciosamente.»

Pero si el inquisidor teme que al interrogar al abjurante sobre la exactitud del texto del acta, éste responda que no es conforme el acta, que se ponga a discutir y a negar, con gran escándalo para el pueblo, entonces eludirá consultarle y, sin decir nada sobre los hechos, sólo le pedirá que abjure tal o cual herejía. Si dice que quiere abjurar, se le pone de rodillas, se le presentan los Evangelios y se le manda leer la abjuración en voz alta, si sabe leer; si no, el notario lee frase por frase y el abjurante repite conforme va leyendo. El texto de la abjuración incluye, como de costumbre, la obligación de denunciar a los herejes y a los que les tratan y ayudan, la aceptación de la muerte en caso de reinciden-

cia, la aceptación de la penitencia y, naturalmente, la retractación del contenido doctrinal de las herejías que fueren.

El notario toma nota escrupulosamente para que se sepa, en caso de una ulterior delación, que el abjurante en cuestión debe ser ejecutado sin más.

Una vez hecho esto, el inquisidor felicita al acusado por haber elegido la abjuración, le previene recordándole que por el mínimo delito futuro en materia de fe le hará ejecutar sin piedad por el brazo secular: «Sé prudente, no trates más que a buenos católicos, asegúrate de que los que tratas o trates no son sospechosos de herejía.»

Luego el inquisidor le levanta la excomunión, el abjurante se arrodilla y el inquisidor le absuelve.

Inmediatamente después, el inquisidor dice: «Hijo mío, he aquí que la Iglesia es misericordiosa contigo: vuelves a ser uno de sus hijos. Pero para que en el futuro seas más prudente y Dios te perdone en la misma medida que has pecado y seas un ejemplo para el pueblo, te imponemos una penitencia. No tan grande como mereces, pero adecuada a tus fuerzas. No te aterres si te parece demasiado dura, pues si perseveras en el bien, el obispo y yo tendremos misericordia de ti.»

Dicho esto, el inquisidor manda al notario leer la sentencia. Ésta incluye todos los términos y precisa que el acusado salva la vida únicamente por misericordia del obispo y del inquisidor (*solam tibi vitam de misericordia relinquentes*). Se condena al abjurante a:

a) Llevar hábito de penitente durante toda su vida. Si se gasta y se rompe, se hará otro, y no debe detestarlo, sino que debe gustarle;

b) Acudir durante un tiempo tal y en determinadas fiestas a la puerta de una iglesia para que le vea el pueblo creyente, desde por la mañana hasta medio día, y desde vísperas hasta la puesta de sol. Se situará de este modo a la puerta de las iglesias más importantes y sobre todo en los días de fiesta más señalados: Navidad, Pascua, Pentecostés y la Ascensión;

c) Prisión perpetua, para que siempre viva atormentado por el pan del dolor y el agua de la aflicción.

El inquisidor y el obispo pueden aumentar o aligerar en el futuro la penitencia, a su conveniencia.

El inquisidor finaliza con estas palabras: «¡Hijo mío, no te aflijas, pues te aseguro que si lo soportas con paciencia, seré misericordioso. No dudes, no desesperes, ten confianza!»

Luego se pide la ejecución inmediata de la sentencia. El abjurante se pone en seguida el sambenito. Se le sitúa en la parte más alta de la escalinata de la iglesia para que le vean todos los que salen. Le rodea todo el clero. A la hora de la comida, los oficiales de la Inquisición le conducirán a la cárcel.

Mientras le llevan a la puerta de la iglesia, el inquisidor concede las indulgencias de costumbre — a los fieles, a los delatores, a los colaboradores de la Inquisición — y promete los tres años habituales a los nuevos delatores.

Hay que señalar además que cabe mitigar las penas de un hereje que haya confesado fácilmente o que haya permanecido poco tiempo en la herejía. Los herejes de este tipo pueden ser condenados a prisión perpetua pero entendiéndose por «prisión» la ciudad en que viven; para su vergüenza y edificación de los demás, estarán obligados a llevar el sambenito toda la vida.

No habrá tanta benevolencia, al contrario, con los otros herejes a los que haya que aplicar esta clase de veredicto. No se les liberará y no se les permitirá el trato con mujeres, pues éstas son débiles y fácilmente se dejan pervertir. A estas cárceles sólo tendrán acceso los católicos muy acendrados.

XVI. «¿Corresponde esto a la verdad?», pregunta el inquisidor al abjurante. ¡Es mucho mejor no plantear esta pregunta, pues hay gran riesgo de que la respuesta del penitente escandalice al pueblo! ¿No intentará negar, ter-

25. Sabemos que el resultado de esta medida «liberal» fue librar a la agresividad y a los sarcasmos de la población a los penitentes del Santo Tribunal.

26. Se trata del «derecho de visita»; la Inquisición hacía tiempo que había previsto el acceso de la esposa a la celda del cónyuge hereje para salvaguardar, a pesar del encarcelamiento, la norma general de la cohabitación. De ello se habla más adelante en el *Manual*.

giversar, buscar excusas? ¿Y no acabará el pueblo dudando de la justicia del tribunal inquisitorial? ¡Hay que hacer todo lo posible para que el penitente no pueda proclamarse inocente ni excusarse, para no dar al pueblo el menor motivo de que piense que la condena es injusta!

Noveno veredicto: el penitente relapso

Se condena por penitente relapso al acusado que resultara haber confesado, que hubiera realmente hecho penitencia —tras la abjuración— y que haya recaído. Es el relapso. Aquel que había abjurado judicialmente, que se había arrepentido, que después ha recaído en la herejía y que, después, se arrepiente, regresa de nuevo a la verdad católica y pide reintegrarse en la unidad de la Iglesia.

Los culpables de este tipo de delito tendrán opción a los sacramentos de la penitencia, y de la eucaristía si lo solicitan humildemente. Pero a pesar de su arrepentimiento, se les entrega al brazo secular para que sufran el máximo castigo; ¿no se les había impuesto la primera abjuración porque habían sido herejes convictos o fuertemente sospechosos de herejía?

Se librarán del brazo secular los que, antes de la recaída, hubieran abjurado para purgar una sospecha leve.

Con este tipo de acusados se procederá del modo siguiente:

Si el consejo de expertos —al que se consulte— determina que tal persona es relapso, el obispo y el inquisidor enviarán a este relapso —que habrá sido encarcelado— dos o tres personas probas, de buenas costumbres, preferentemente religiosos, a elegir entre los que puedan resultar simpáticos al relapso (se elegirán entre la familia del relapso, o entre sus amistades). Éstos visitarán al preso y le hablarán —eligiendo el momento más oportuno— de la vanidad del mundo, de la miseria de la vida terrenal, del gozo y de la gloria del paraíso. Luego le dirán de parte del obispo y del inquisidor, que no se librará de la muerte física, por lo cual debe pensar en la salvación del alma, que se prepare a confesarse y a recibir el sacramento de la eucaristía. Le visitarán con frecuencia, instándole a que

haga penitencia y a ser paciente, a fortificarse en la verdad católica y a solicitar humildemente el sacramento de la eucaristía.

Luego, cuando haya recibido los dos sacramentos, se le concederá que viva aún dos o tres días, durante los cuales los que le visitaban seguirán haciéndole compañía, instándole a que haga penitencia y se arrepienta.

Transcurrido el plazo, el obispo y el inquisidor ordenarán al magistrado o a la autoridad secular del lugar que tal día (que no sea un día de fiesta), a tal hora, acuda a tal lugar o a tal plaza, para hacerse cargo de un relapso que se le entregará. Al mismo tiempo le ordenarán que informen a la población la víspera del día en cuestión, o la mañana de ese mismo día, anunciando que tal día y en tal lugar el inquisidor pronunciará un sermón general, y que el inquisidor y el obispo van a condenar a un relapso entregándole al brazo secular.

Ni que decir tiene que si el relapso es un religioso, previamente debe ser degradado y despojado de todo oficio o beneficio.

Llegado el día de la degradación —si procede— y de la entrega al brazo secular, el inquisidor pronuncia el sermón ante el pueblo, preferentemente en una plaza, fuera de la iglesia. El acusado se colocará en el catafalco levantado al efecto y las autoridades civiles asistirán a la condena.

El notario inquisitorial leerá a continuación la sentencia, en la que se recordará al acusado que ha obtenido la confortación de los sacramentos. Luego, dirá:

«Pero la Iglesia de Dios nada puede hacer por ti: ya se mostró misericordiosa y abusaste. Por ello nosotros, obispo e inquisidor de..., declaramos que has realmente recaído en la herejía y que, aunque penitente, es por relapso que te alejamos del fuero eclesiástico y te abandonamos al brazo secular.»

El inquisidor dispensa a continuación las indulgencias según la costumbre, y la curia secular procede como debe proceder.

El obispo y el inquisidor harán todo lo posible porque el relapso se arrepienta; favorecerán por todos los medios su vuelta a la fe católica. ¡No cabe duda de que, impenitente o penitente, al relapso se le ejecuta! Pero hay que tener muy en cuenta su salvación eterna. Por ello, recuerde el inquisidor que la mirada del juez aterroriza más que impulsa al arrepentimiento, y que sus palabras suscitan más fácilmente la desesperación que la paciencia. Por lo tanto, que el inquisidor no haga comparecer ante él al relapso, ni durante el encarcélamiento ni durante la espera del máximo castigo, pero que envíe junto al condenado a hombres íntegros, preferentemente religiosos, amigos si es posible, que le acompañen para bien morir, le consuelen, recen con él y que no le abandonen hasta que el condenado haya entregado su alma al creador.

Esos hombres, esos religiosos tendrán gran cuidado de no hacer nada, de no decir nada que indujera al acusado a suprimirse, pues además incurrirían en una irregularidad.

Finalmente obsérvese que esta sentencia de entrega al brazo secular se suele pronunciar en una plaza y no en una iglesia, y fuera de los domingos y días de fiesta. Es normal: la sentencia conduce a la muerte (*ducit ad mortem*), luego es más loable (*honestus*) pronunciarla fuera de la iglesia y durante la semana, pues el templo y el domingo son lugar y tiempo consagrados al Señor.

Décimo veredicto: condena de un hereje impenitente y no relapso

Se trata del denunciado que confiesa los hechos de que se le acusa, pero que a pesar de ello no se considera culpable de herejía y no abjura. Es un hereje impenitente, no es relapso. Es el que confiesa creer en artículos heréticos y que, al ser informado por el obispo y el inquisidor del carácter herético de sus creencias, no quiere admitirlo y sigue defendiendo ante ellos sus propias proposiciones heréticas, se niega a abjurarlas, a negarlas, a rechazarlas. Este, si no se ha probado que anteriormente haya abjurado otra herejía o error, es un hereje impenitente, pero no es relapso.

A esta clase de denunciados se les mantendrá en una cárcel inviolable, con grilletes en los pies y bien encadenados para que no puedan evadirse y contaminar a otros creyentes. Nadie les visitará ni les hablará, a excepción de los guardianes, que serán personas de gran probidad, por encima de toda sospecha en materia de fe, hombres incapaces de descarrío. Con gran frecuencia, el obispo y el inquisidor, juntos o por separado, mandarán al impenitente comparecer ante ellos, instruyéndole sobre la verdadera fe y apoyándose en pruebas de la Escritura para demostrar el carácter erróneo y herético de sus convicciones. Si llegan a convencerle de sus errores, bien. En caso contrario, que le pregunten en qué funda sus convicciones, que consideren sus razones y las «autoridades» a que se refiere y minen los fundamentos de sus errores.

Si, a pesar de todo esto, no quiere confesar la fe católica, se designará a diez o doce expertos muy doctos, escogidos preferentemente en parte entre los miembros de las diversas comunidades religiosas, en parte entre el clero secular y en parte entre los juristas laicos; estos expertos harán comparecer —juntos— al impenitente con frecuencia y juntos le instruirán en la verdad católica, remitiéndose a la autoridad de la Biblia y otros libros «auténticos», para demostrarle que lo que cree es contrario a las Escrituras y a la autoridad de la Iglesia, destruyendo así las propias bases de su creencia.

Si el impenitente persiste en su negativa a convertirse, no se mostrará prisa por entregarle al brazo secular, aunque el propio hereje lo pida, pues con frecuencia los herejes de esta clase reclaman la hoguera, convencidos de que si se les condena al fuego, mueren como mártires y suben en seguida al cielo. Son herejes muy celosos, profundamente convencidos de su verdad. ¡Pues con éstos, se darán largas al asunto! Naturalmente, nada de acceder a sus deseos insensatos; al contrario, se les tiene en prisión durante seis meses o un año encadenados en un calabozo horrible y oscuro, pues las calamidades de la cárcel y las constantes vejaciones suelen azuzar la inteligencia.

Si el obispo y el inquisidor constataran que el impenitente no se doblega a sus argumentos ni a los de los exper-

tos, y que los rigores de la prisión no le conmueven, que prueben con la dulzura: trasladarán al impenitente a una cárcel menos dura (poniendo no obstante cuidado en que no se fugue), le dirán que se mostrarán misericordes con él si abjura. Si lo hace, ¡alabado sea Dios! Si no, al cabo de unos días de este régimen de clemencia, se hará que le visiten sus hijos —si los tiene y sobre todo si son pequeños (*praesertim parvulos*)— o su mujer u otros parientes que intenten hacerle ceder.

Pero si ni el inquisidor ni el obispo logran nada ni con el rigor ni con la dulzura, una vez transcurrido un plazo razonable, se dispondrán a entregarle al brazo secular.

Avisarán al magistrado o al responsable del poder secular que se presente con sus oficiales (sus familiares) tal día laborable, a tal hora, cerca de tal iglesia, para hacerse cargo de un hereje impenitente. En la misma carta les señalarán que les corresponde publicar que tal día, el inquisidor predicará sobre la fe en tal iglesia y entregará oficialmente un hereje al brazo secular y que estas disposiciones han de ser anunciadas por todas partes para que los fieles puedan ganar las indulgencias habituales.

Llegado el día, estará todo previsto igual que en el caso de las sentencias descritas anteriormente, pero en este caso estarán presentes el obispo, las autoridades eclesiásticas y las autoridades civiles. Si el hereje es religioso o sacerdote secular, se le presentará sobre el catafalco vestido con los ornamentos litúrgicos como si fuera a celebrar misa.

El sermón se pronunciará como de costumbre. Luego el inquisidor preguntará: «¿Quieres arrepentirte?» Si, por inspiración divina, el hereje dice que sí, se le admite a la penitencia como hereje convicto de herejía y como penitente, pero no relapso y entonces se procede como en el octavo veredicto ¡salvo que se trate de una falsa conversión! Entonces abjurará. Pero como esta abjuración estará sin duda dictada por el miedo y no por la convicción, el acusado quedará emparedado a perpetuidad. Si es sacerdote, primero se le degrada.

El obispo se aproxima a él acompañado de los dignatarios de la diócesis, revestido con los ornamentos ponti-

ficales. Le «despoja» de todo oficio y beneficio y le degrada, despojándole de los ornamentos propios de su estado empezando por los últimos y terminando por los primeros. Al degradarle va recitando textos contrarios a los que pronuncia el obispo cuando confiere a los sacerdotes tales o cuales poderes. Una vez cumplida la degradación, se condena al acusado a prisión perpetua y se procede como en el caso octavo.

Si no quiere hacer penitencia ni abjurar —cosa que en esta fase sucede en la mayoría de los casos—, el obispo le degrada y, al terminar la degradación, se le entrega a las autoridades civiles. El hereje queda excomulgado y con ello apartado del sacramento de la penitencia. Se termina la sentencia del modo siguiente:

«Puesto que no has querido, y sigues sin querer, abandonar tus errores, prefiriendo con ello la condenación eterna y la muerte eterna en vez de abjurar y volver al seno de la Iglesia y salvar tu alma, te excomulgamos apartándote así de la grey del Señor, privándote de toda participación en los auxilios de la Iglesia, de esta Iglesia que ya ha intentado todo para convertirte y que ya no dispone de otro medio para hacerlo. Nosotros, obispo e inquisidor, en nuestra calidad de jueces en materia de fe, sentados en nuestro tribunal..., etc.

Hoy, a la hora y en el lugar que te fueron asignados para oír nuestra sentencia definitiva, te condenamos y decretamos judicialmente que eres verdaderamente hereje impenitente y, como tal, te entregamos al brazo secular.

Y, del mismo modo, que por esta sentencia te excluimos del fuero eclesiástico y te entregamos al brazo secular y a su poder, de igual modo rogamos a esta curia secular para que en su propia sentencia no llegue hasta el derramamiento de tu sangre y a la pena de muerte.»

Después de leer la sentencia de entrega al brazo secular, el inquisidor concede en nombre de N.S. el papa las indulgencias habituales.

Mientras que la curia secular cumple su tarea (*suum officium exequetur*) pueden colaborar en ella algunos buenos creyentes que insistirán exhortando al hereje a que abjure de sus errores.

Si, después de haber sido entregado a la curia secular o incluso mientras le conducen a la hoguera, o cuando ya está atado al palo para ser quemado, el hereje manifestara deseos de abjurar, yo creo que, por misericordia, se le podría considerar hereje penitente y emparedarlo a perpetuidad, aunque no sea muy conforme al derecho ni haya que confiar mucho en semejante conversión.

Y por cierto, he aquí lo que sucedió en Cataluña, en la ciudad de Barcelona, en donde se entregó al brazo secular a tres herejes impenitentes, aunque no relapsos: uno de ellos, que era sacerdote, cuando ya estaba chamuscado de un lado, se puso a gritar que le soltarán que quería abjurar y que se arrepentía. Le desataron. ¿Hicieron bien?, ¿hicieron mal? No lo sé. Pero lo que sí sé es esto: cuando le acusaron catorce años más tarde, se comprobó que había permanecido todo ese tiempo en la herejía y que había descarriado a otros. No quiso convertirse y, por impenitente y relapso, fue de nuevo entregado al brazo secular y quemado.

XVI. El concilio de Toulouse ha previsto, para los emparedados o los encarcelados a perpetuidad que estén casados, el acceso de la esposa al esposo condenado, o a la inversa, para no contravenir a la regla de la cohabitación. También está previsto el acceso en el caso de que ambos cónyuges estén emparedados.

En cuanto al sustento material de estos condenados..., se lo proveerán ellos mismos si tienen bienes, pero a buen criterio del obispo. Si no tienen bienes les alimenta el obispo.

No está prevista derogación alguna para los condenados a perpetuidad. No se dispensará al marido por causa de su mujer, aunque ésta sea joven, ni tampoco a la mujer a causa de su marido, ni a causa de los hijos o de parientes, aunque les sea indispensable debido a la poca o mucha edad.

Alguno podría preguntarse a propósito de la degrada-

ción: ¿para qué degradar a un clérigo condenado a ser emparedado? De todas formas no podría ejercer su ministerio. ¡Pues no!, se degrada porque el emparedamiento equivale jurídicamente —en cuanto a sus efectos— a una pena de muerte y a una muerte real. ¿Hay que degradar al condenado a galeras? Sí, por los mismos motivos.

Eimeric cree que se podría acoger aún al impenitente que, a dos pasos de la hoguera, dijera que quiere abjurar. Es muchísimo más prudente sostener la opinión contraria, aunque el impenitente gritara mil veces su conversión, ya que jurídicamente dicha conversión es inadmisibile y la experiencia demuestra que las conversiones de esta índole nunca son sinceras. Además, el propio Eimeric volverá a tratar la cuestión en el duodécimo veredicto.

Finalmente, ¿por qué motivo ese ruego a la curia secular de evitar derramamiento de sangre y la pena de muerte? ¿A qué viene esta recomendación en total desacuerdo con todos los textos y la advertencia expresa que se hace al hereje impenitente de que «arriesga perder su alma y su cuerpo?» Sencillamente porque el inquisidor evita caer en la irregularidad que cometería si no desvinculara a la curia inquisitorial de la ejecución capital concreta.

Undécimo veredicto: condena de un hereje impenitente y relapso

El hereje impenitente y relapso —aunque se arrepienta o no al final— debe ser entregado al brazo secular.

Se le encarcela en una prisión muy dura antes de entregarle, en los pies se le ponen grillos muy sólidos y se le encadena para que no pueda fugarse y contaminar a otros. Nadie tendrá acceso a su persona, nadie más que los carceleros, hombres probos y no sospechosos a quienes el relapso no inducirá fácilmente al error.

El obispo y el inquisidor le hacen comparecer con frecuencia ante ellos, y tratan por todos los medios —discusiones, textos, etc., como en el caso anterior— de convencerlo de sus errores. También se le enviarán religiosos de diversas órdenes que le visiten, tanto juntos como por se-

parado, para que intenten minar sus convicciones. Si se aviene a convertirse, se le informará —si es posible por boca de los religiosos— de parte del obispo y del inquisidor que no salvará su vida y que, por consiguiente, le conviene prepararse a hacer una buena confesión y recibir la eucaristía para morir cristianamente (efectivamente, no se le negarán los sacramentos si los pide con humildad). Se arrepienta o no, será entregado al brazo secular.

Una vez que haya recibido los sacramentos, si está arrepentido (o sin haberlos recibido, si no se ha arrepentido), el día previsto, el obispo y el inquisidor procederán a entregar el relapso al brazo secular. Las autoridades civiles y el pueblo serán informados igual que en el décimo caso. Igual que en el décimo caso, las autoridades civiles y religiosas asistirán a la ceremonia de condena que tendrá lugar como en los casos anteriores. Si fuera necesario, se degradará previamente al relapso. Se arrepienta o no, el relapso debe morir. Si se arrepiente, morirá según lo previsto en el caso noveno (en el que se trata del hereje penitente, pero relapso), si no, morirá impenitente y relapso.

Tras la lectura de la sentencia definitiva, el inquisidor concede las indulgencias de costumbre. Luego, como en los casos precedentes, hombres de gran probidad volverán a presionar al condenado —mientras le conducen a la hoguera— para que abandone sus errores. Pero incluso si se arrepintiera *in extremis*, no se le admitirá en el fuero de la Iglesia. Yo creo, que a pesar de todo, en este caso no se le deberían negar los sacramentos de la Iglesia si los pide humildemente. Pero ahí acaba la misericordia de la Iglesia.

Duodécimo veredicto: condena del hereje convicto de herejía pero que nunca la ha confesado

Examinemos ahora el caso del hereje contra el cual se han reunido, durante la encuesta y el proceso, pruebas totalmente abrumadoras (evidencia de los hechos, o deposiciones regulares de testigos, o flagrante delito de predicación o de administración de un «sacramento» herético); pero que nunca ha confesado. Este, incluso si nunca ha confesado; no

por ello dejará de ser considerado hereje impenitente. He aquí cómo se procede en su caso.

Se le encerrará, antes de ser entregado, en una prisión muy dura. Se le pondrán grillos y cadenas, como en el caso anterior, y constantemente se le presionará para que confiese y abjure. Si confiesa, se le tratará según lo previsto en el caso octavo. Si no confiesa, se le someterá al procedimiento canónico y secular previsto para el décimo caso.

Sin embargo, en esta última eventualidad, conviene insistir a los delatores para que consideren las graves consecuencias de sus delaciones. Si hubieran —o si uno de ellos hubiera— denunciado un hecho del que no tuvieran certeza absoluta, habrá que presionarles para que lo admitan. Si resultase que hubiera un falso testigo, se le condenará a prisión perpetua (y entonces se liberaría al acusado) y se procedería a comunicarle dicha sentencia con el mismo aparato que el habitual en la lectura de sentencias de condena de los herejes. En cuanto al acusado que persistiera en la negativa, si *in extremis* dice arrepentirse y querer confesar, aunque ya esté ardiendo, se le perdona la vida y se le empareda a perpetuidad.

XVI. La doctrina eimericiense sobre la culpabilidad del hereje que no confiesa es conforme en todos sus aspectos a la de los concilios de Béziers y Narbona. Recuérdese, efectivamente, todo lo que se ha dicho anteriormente a propósito de los signos que delatan con toda certeza la adhesión a la herejía. Por otra parte, es absolutamente evidente que el acusado convicto de herejía por la autoridad eclesiástica rechaza la propia autoridad al rechazar el veredicto y pretender no confesar ni abjurar. Esta desobediencia es ya admisión de herejía.

La hipótesis del «falso testimonio» plantea, desde luego, un problema —ya apuntado en su momento—: el de la posibilidad o no de confrontar testigos y acusado. Ya sabemos las dificultades que ello comporta, teniendo en cuenta más que nada que el acusado debe ignorar los detalles de los cargos. Son imprescindibles ciertas reglas en materia de confrontación:

a) Siempre se evitará la confrontación (incluso en el caso

previsto por Eimeric) si no puede hacerse con absoluta certeza de éxito y sin peligro alguno. El inquisidor la orientará de tal manera que el testigo no sienta que la condena depende de su testimonio sino que, como de todas formas el acusado está convicto, crea el testigo que va a testificar por última vez para que el acusado no vaya en absoluto a sentirse injustamente condenado. Recuérdese siempre que nunca habría delaciones —y puede suponerse fácilmente las consecuencias que ello acarrearía— si la confrontación se convirtiera en una práctica corriente.

b) Se podrá proceder sin problemas a la confrontación cuando los testigos son en realidad compinches del acusado, acusados como él del mismo crimen. En tal caso se trata de una cosa totalmente distinta de la auténtica confrontación entre acusado y testigos.

c) Se podrá proceder fácilmente a la confrontación cuando el acusado y los testigos son personas a quienes poco importa su reputación, por ejemplo, «mozos de cuerda» y personas de esta índole (*vilissimae meretrices, vilissimi homines qui humeris onera deferunt*).

d) En todos los casos los inquisidores españoles procurarán no proceder a ninguna confrontación sin advertirlo al Senado inquisitorial. Los del resto de la cristiandad no procederán nunca a una confrontación sin advertir de ello a los cardenales inquisidores generales.

El falso testigo «sería condenado a prisión perpetua»; observad que Eimeric excluye la ley del talió, según la cual el falso testigo, en los casos de esta índole, debiera sufrir la pena de muerte.

Finalmente Eimeric dice: «En cuanto al acusado que persista en la negativa, si *in extremis* dice arrepentirse y querer confesar, aunque ya esté ardiendo, se le perdona la vida y se le empareda a perpetuidad.» En este caso habrá que preguntarse legítimamente: ¿no es preferible confesar lo que no se ha cometido y salvar la vida que no confesar lo que no se ha cometido y ser quemado? La cuestión se plantea, está claro, en este duodécimo tipo de veredicto, pues en él se condena a la hoguera al que no confiesa —puede que no haya hecho nada— y se le empareda a perpetuidad pero no se le quema si confiesa lo que no ha hecho

Supongamos que alguien resulta convicto de las fechorías más tremendas y más horribles, de esas de las que ni siquiera se puede oír hablar, como por ejemplo del delito de lesa majestad, de adulterio, etc. Supongamos que no las ha cometido, pero que para evitar la muerte, las torturas o un peligro por el estilo, se difama a sí mismo y confiesa haber hecho lo que no ha hecho. Aun si llegara a esta confesión fuera del juicio y sin jurarlo se infligiría a sí mismo una gran infamia. ¿Y el crimen de herejía, no es el más grande, el más grave entre los crímenes más horribles? Luego nadie debe declararse hereje, infligiéndose con ello una terrible difamación para escapar a la muerte. ¿No es pecado mortal difamar al prójimo? ¡Con mayor motivo difamarse a sí mismo! Luego, aunque sea duro conducir a la hoguera a un inocente, no se aceptará que un acusado confiese para librarse de la muerte. Corresponde al confesor y a los teólogos que le acompañan consolarle y reconfortarle en su verdad: no confieses lo que no has hecho, le dirán, y no olvides que si soportas con paciencia la injusticia y el suplicio, recibirás la corona del martirio.

Decimotercer veredicto: condena por contumacia del hereje huido

La decimotercera modalidad de veredicto trata del acusado contumaz o que ha huido y está convicto de herejía.

Hay que considerar tres casos:

1. El acusado ha sido detenido y convicto de herejía por testimonios, por evidencia de los hechos, o por sus propias confesiones. Pero se ha fugado, o se le ha citado a comparecer y no ha comparecido.
2. El acusado ha sido denunciado. Considerado levemente sospechoso, se le ha citado a comparecer para testimoniar su fe; no ha comparecido y por ello se le ha excomulgado y ha permanecido un año entero excomulgado y contumaz.
3. El acusado ha entorpecido de algún modo la tarea del inquisidor (favoreciendo a los herejes, aconsejándoles, escondiéndoles, etc.) y se ha fugado. *Ipsa facto* cayó

sobre él el peso de la excomunión y ha permanecido un año entero excomulgado y contumaz.

En los tres casos se condenará al acusado por hereje impenitente.

Y en cada uno de los tres casos, indistintamente, se procederá del siguiente modo:

El obispo y el inquisidor convocan al contumaz un día determinado a acudir a la catedral del lugar en que vivía para escuchar su sentencia definitiva. Para que no pueda ignorarlo, se pondrá el exhorto episcopal-inquisitorial en las puertas de la catedral.

Si el día en cuestión comparece ante el pueblo y acepta abjurar, se arrepiente humildemente y pide misericordia —siempre que no sea relapso—, se le admitirá en el seno de la Iglesia. Si previamente hubiera confesado o si previamente hubiera sido confundido por los testigos, habrá de abjurar y se le impondrá una pena como hereje penitente, procediéndose según lo previsto en el octavo caso. Pero si fuera sospechoso violento (citado a comparecer para testimoniar su fe, hubiera permanecido contumaz y, por lo tanto, excomulgado; y todo ello durante un año) y se arrepiente, abjuraré y se le tratará como hereje violentamente sospecho y penitente, según lo previsto en el cuarto caso. Si compareciese y no quisiera abjurar, se le declarará hereje impenitente y se le entregará al brazo secular, según lo previsto en el décimo caso.

Si no comparece, se le declara solemnemente hereje impenitente y se le entrega al brazo secular, como si estuviera presente.²⁷

XVI. En caso de condena por contumacia, conviene levantar una efigie del contumaz y escribir en ella el nombre y la posición del condenado, entregándola al brazo secular para que la quemen, exactamente como se haría si el contumaz estuviera presente. No podría decir de cuándo data esta loable costumbre de quemar en efigie a los contumaces. Desde luego es una práctica posterior a la época de

27. Peña recuerda, como sabemos, que esta clase de fugitivos se hallan jurídicamente en pie de guerra contra el rey y el papa, y que, en consecuencia, puede ejecutarlos cualquiera.

Eimeric, pues, si no, hablaría de ella en el *Manual*. Tampoco existen vestigios de esta práctica en otros doctores anteriores a Eimeric que han escrito sobre procedimiento inquisitorial. Práctica muy loable, cuyo efecto terrorífico en el pueblo es evidente, y sobre la que volveremos cuando examinemos el tema del proceso a cadáveres.

No obstante, hay que señalar que, si el contumaz apareciese después de la destrucción de su efígie por el fuego, y si no fuera relapso, se le sometería a juicio.

Tercera parte

CUESTIONES DIMANANTES
DE LA PRÁCTICA DEL SANTO OFICIO
DE LA INQUISICIÓN

S. A. La Inquisición — El inquisidor Comisarios inquisitoriales

1. *¿Cómo debe ser el inquisidor?*

El inquisidor debe ser honesto en su porte, de extrema prudencia, de perseverante firmeza, de erudición católica perfecta y llena de virtudes.

XVI. Todos los inquisidores debieran ser doctores en teología, en derecho canónico y en derecho civil. Sin embargo, en Italia se elige a los inquisidores entre los teólogos, y que yo sepa no tratan las cuestiones de fe con menor competencia que otros inquisidores. En las ciudades en que haya dos inquisidores, convendría que uno fuera teólogo y el otro canonista.

2. *¿Qué edad debe tener el inquisidor?*

Conforme a las disposiciones clementinas, el inquisidor tendrá como mínimo cuarenta años el día de su nombramiento.

XVI. Simancas pretende que en virtud de un decreto pontificio, en España se puede acceder al cargo de inquisidor a la edad de treinta años. Admito que es una costumbre

en España, pero yo nunca he visto el decreto que menciona Simancas. En todos los demás países se respeta la norma de los cuarenta años.

3. *¿Cuál es la fuente de autoridad del inquisidor?*

El papa, ya que es él quien de viva voz y mediante un breve le confiere su autoridad. A veces el papa ha delegado el poder nombrar inquisidores a un cardenal nuncio, así como a los generales y padres provinciales de los dominicos y los frailes menores para sus respectivas familias religiosas.

XVI. Son los papas Inocencio IV (*Licet ex omnibus*) y Alejandro IV (*Olim praesentiens*) quienes concedieron este poder a los generales y a los provinciales de estas dos órdenes. Actualmente, en Italia, son los cardenales inquisidores generales quienes nombran los inquisidores. En España los nombra el presidente del Senado inquisitorial.

4. *¿Es el inquisidor juez ordinario o juez delegado?*

Es juez delegado, ya que no posee jurisdicción sobre las personas, sobre los delitos ni sobre las causas salvo la que le ha delegado nuestro señor el papa.

XVI. Su poder delegado no se extiende a todas las causas —al contrario que el poder del obispo— sino sobre todas las personas, menos algunas excepciones que veremos más adelante.

5. *Al morir el papa que le ha nombrado inquisidor, ¿pierde con ello su autoridad delegada?*

En absoluto. La conserva intacta incluso para los procesos que no estén iniciados.

6. *¿Quién puede revocar al inquisidor?*

El papa. Pero también el general o el provincial de la orden actuando en virtud de su autoridad apostólica.

XVI. Actualmente son los cardenales inquisidores generales los que transfieren, promueven y, llegado el caso, revocan a los inquisidores.

7. *¿El general o el prior de la orden a que pertenece el inquisidor pueden obligarle a suspender la ejecución de su cometido?*

Antes podían, pero ya no gozan de esta potestad a partir de los privilegios concedidos directamente a los inquisidores por los papas Alejandro IV, Clemente IV y Urbano IV.

8. *¿Deben los inquisidores dar cuenta a los superiores de su orden de las actividades relativas al Santo Oficio?*

No. Los inquisidores son religiosos, sí, pero también delegados de nuestro señor el papa. Como religiosos deben obediencia y sumisión a sus superiores y al papa; con ello se entiende que deben someterse a su propia regla y respetar sus votos, etc. Como inquisidores son delegados del papa y de nadie más. Por lo tanto no tienen que rendir cuentas más que al papa en lo que a su delegación se refiere.

Lo cual significa que no es al provincial o al general de la orden a quien hay que recurrir en caso de irregularidad de un inquisidor en el ejercicio de su función, sino al papa.

Sin embargo, puede ser competencia del provincial o del prior la revocación de un inquisidor, aunque no puede hacerlo a su albedrío sino tras haber solicitado el consejo de la Inquisición.

La revocación se impone en ciertos casos, debido, por ejemplo, a impotencia, a enfermedad grave, a vejez extrema o, lo que aún es peor, a ignorancia del inquisidor.

XVI. Conviene reagrupar en tres series las causas de revocación. El inquisidor puede ser revocado por impotencia, por negligencia, por iniquidad.

En caso de iniquidad (se entiende por esto la corrupción del inquisidor por dinero, ventajas, acumulación de bienes muebles o inmuebles), compete actualmente a los cardenales inquisidores generales la revocación del inquisidor culpable y la imposición de una pena. En España este poder de revocación y condena lo ostenta el presidente de la Inquisición (el llamado «Gran Inquisidor»). Pero concierne al papa, como fuente de la autoridad delegada, el poder de revocar directamente sin miramiento hacia las instancias inferiores.

Aunque, recordemos que según Santo Tomás (2.2. q. 70, art. 2 ad arg. 3), más vale no castigar a los inquisidores, pues castigándoles es la institución inquisitorial la que sufre los efectos y a poco ya no sería respetada ni temida por la plebe imbecil (*a populo stulto*).

9. *¿Puede el inquisidor nombrar un vicario auxiliar o un comisario inquisitorial?*

Sí, ya que como delegado pontificio puede subdelegar sus poderes. La elección y nombramiento del comisario es potestad del inquisidor y no de sus superiores jerárquicos.

XVI. Se ha discutido largo y tendido sobre la posibilidad de «subdelegar»; actualmente la polémica está resuelta. Pío II explicita este derecho (*Cum iam dudum*), al igual que Clemente VII (*Cum sicut*). Si el inquisidor quiere, puede nombrar varios comisarios inquisitoriales. El comisario inquisitorial debe ser prudente, instruido, *cristiano viejo*, piadoso y apto para ocuparse de los asuntos de la Inquisición.

ción. Se le elegirá preferentemente entre el clero regular o secular, o entre el capítulo de la catedral de la ciudad sede del tribunal inquisitorial.

10. ¿Puede el inquisidor nombrar un notario para su ministerio?

No. Sería un privilegio sin fundamento jurídico alguno. El inquisidor se dotará de la asistencia de los notarios públicos de las diócesis, de las ciudades o de los señoríos en que ejerza su autoridad. En caso de imposibilidad o de negativa, el inquisidor solicitará al papa el nombramiento de dos o tres notarios, con arreglo a las necesidades, para que el Santo Oficio no se vea obstaculizado.

XVI. Actualmente el caso es muy distinto. En efecto, en virtud de la bula *Pastoralis officii cura* del papa Pío IV (Roma, 1561), los inquisidores y los comisarios pueden promover —para el servicio— al cargo de notario a tres o cuatro religiosos o sacerdotes seculares, según las necesidades.

B. Excomunión del inquisidor y de sus comisarios

11. ¿Pueden ser excomulgados los inquisidores por un delegado de la Santa Sede?

No. El papa Urbano IV estableció que ningún nuncio apostólico puede excomulgar, ni «suspender a divinis», ni «incapacitar» a un inquisidor ni a sus notarios si no es mediante una orden apostólica concreta a tal efecto.

XVI. Este insigne privilegio —cuyo evidente propósito es impedir que cualquiera pueda obstaculizar la práctica del Santo Oficio— fue concedido por Urbano IV en 1261. Urbano IV restableció una disposición adoptada con el mismo objeto en 1259 en Anagni por el papa Alejandro IV.

12. ¿Puede el inquisidor solicitar —sin incurrir en excomuni6n— ayuda, asistencia y concurso de las autoridades temporales aunque est6n excomulgadas, para el desempe6o de la funci6n inquisitorial?

¡Naturalmente! Alejandro IV (*Quaesivitis*, Anagni, 1249) dispuso efectivamente que, pese a la disoluci6n del v6nculo jur6dico entre el se6or y el s6bdito —consecuencia inmediata de la excomuni6n del se6or— 6ste tiene potestad para ejercer su autoridad sobre los herejes y sobre los que les siguen, les escuchan y les ayudan.

XVI. ¡Se trata de un admirable privilegio! El inquisidor puede «comulgar» con el «excomulgado» sin resultar a su vez excomulgado. Tanto m6s que cualquier acto jur6dico que realice el se6or excomulgado es *ipso iure* nulo e inv6lido; sin embargo, en el caso que nos ocupa, este acto jur6dicamente nulo es l6cito.

13. El inquisidor y sus comisarios podrian incurrir en la excomuni6n o en una irregularidad: ¿pueden recíprocamente absolverse y levantarse la excomuni6n?

Pueden en virtud de un privilegio concedido por el papa Urbano IV (1261).

14. ¿Cu6les son los casos de excomuni6n del inquisidor especialmente reservados al papa?

Son tres: a) cuando los inquisidores no persiguen a los que, seg6n su conciencia, deberían perseguir, sea cual fuere la motivaci6n de sus omisiones (amor, odio...); b) cuando, bajo el pretexto que fuere, y aprovech6ndose de su rango, extorcan dinero; c) cuando, en los casos de juicio de un cl6rigo entregan al fisco bienes de la Iglesia.

En estos tres casos los inquisidores no se benefician de ningún privilegio (salvo, naturalmente, *in articulo mortis*).

XVI. Aquí se restringe el alcance general de lo que se afirma en la pregunta anterior. Pero se tendrá en cuenta que los textos pontificios, al describir estos tres casos, especifican que el inquisidor no queda excomulgado si no es absolutamente consciente de su delito. El inquisidor que actuase por ignorancia o de buena fe no incurre en pena de excomunión.

C. El poder del inquisidor

15. ¿Puede el inquisidor perseguir al papa si éste es convicto de herejía?

No, pues el inquisidor es un simple delegado. El juez competente, en este caso, sería el Concilio general o el Consistorio cardenalicio.

XVI. ¡Primero habría que saber si el papa puede ser hereje! Ya que, en efecto, es la opinión de la mayoría de teólogos y canonistas. Pero no faltan teólogos que sostienen la opinión contraria, que a mí me parece más conforme con la razón, y tal vez también con la doctrina de los padres de la Iglesia y del propio Evangelio, en el que leemos que Cristo ora para que no flaquee la fe del papa.²

16. ¿Puede el inquisidor perseguir a los delegados y a los nuncios?

No. Juan XXII lo prohíbe expresamente. Pero puede denunciar sus delitos contra la fe a la Santa Sede. Igual que en el caso de los obispos.

2. El Evangelio habla naturalmente de la fe de Pedro.

XVI. Pío v concede el derecho a los cardenales inquisidores generales (*Romanus Pontifex*, Roma 1563) de perseguir a los obispos y prelados culpables de herejía.

17. ¿Contra quién más puede «proceder» el inquisidor?

El inquisidor «procede» con pleno derecho contra los religiosos exentos y contra los sacerdotes, pero no «procede» contra otro inquisidor.

XVI. No hay que ser muy celoso en perseguir a religiosos y sacerdotes, pues el proceso de un sacerdote siempre puede interpretarse como proceso a todo el clero. El inquisidor recordará, por lo tanto, que los laicos no soportan los privilegios de los eclesiásticos y que ~~no hay nada que les~~ alboroce tanto como los pecados de los sacerdotes y su castigo. Aunque, por el contrario, el inquisidor no debe olvidar que el sacerdote culpable de un delito contra la fe es más culpable que un laico y que, por eso, merece un castigo tanto más ejemplar.

18. ¿Puede el inquisidor perseguir indistintamente a todo el mundo, desde el rey hasta el último laico?

Claro que sí. El inquisidor persigue a cualquier laico, sea cual fuere su rango o condición, sea hereje, sospechoso o simplemente difamado. Lo dice explícitamente la bula *Prae cunctis* de Urbano IV.

No obstante yo aconsejaría a los inquisidores no perseguir públicamente a reyes ni a las personas de estirpe real, pues es más conveniente y prudente remitirse, en tales casos, a nuestro señor el papa y luego proceder con arreglo a lo que él determine.

El inquisidor puede castigar severamente a quienquiera que entorpezca el ejercicio de la Inquisición. Debe excomulgar a cualquier laico que, en público o en privado,

discuta cuestiones de teología. «Procederá» contra cualquier abogado o notario que preste ayuda a un hereje.

XVI. Prudencia también cuando haya que perseguir a notables, poderosos, personajes ilustres o a una gran multitud de herejes. Que el inquisidor tenga en cuenta en todos estos casos el escándalo o el peligro que pueda causar el procedimiento inquisitorial.

Se entiende por «personalidades de estirpe real» no sólo príncipes, duques, marqueses, etc., sino igualmente los miembros del consejo real, senadores, barones ricos, magistrados de ciudades, gobernadores, cónsules, *podestá*, etc. Que el inquisidor sea prudente antes de iniciar las diligencias contra personalidades de esta categoría, sobre todo si son poderosas (pues entonces entorpecerán el trabajo del Santo Oficio) y el inquisidor pobre y débil.

~~Finalmente aconsejo al inquisidor que afronte sin temor la opinión pública en los lugares en que los herejes son numerosos, pero a condición de que el inquisidor sea un excelente teólogo.~~

19. *¿Puede el inquisidor perseguir al que, a sabiendas, haya sepultado en cementerio cristiano a un hereje, a un difamado o a un protector de la herejía?*

Sí, debe hacerlo conforme a lo establecido por Alejandro III en el concilio de Letrán, ratificado por Alejandro IV:

«Quien osara dar sepultura cristiana a un hereje o a cualquiera favorable a la herejía, queda excomulgado. Y sigue excomulgado mientras no desentierre públicamente con sus manos el cadáver del condenado.»

XVI. *¿Por qué se priva de sepultura cristiana a los herejes y a quienes siguen sus enseñanzas?* Por varias razones. Primero porque todos ellos han muerto excomulgados, y

por lo tanto en pecado mortal. Luego, porque, como escribe San Agustín, hay que negar sepultura cristiana a todos aquellos por quienes está prohibido rezar: los herejes forman parte de éstos.

Si, después de muerto, resulta que un individuo era hereje o excomulgado, se exhumará el cadáver y se quemarán sus huesos, poniendo buen cuidado en no quemar al mismo tiempo huesos de buenos católicos. A continuación se procederá a consagrar el lugar que había sido profanado con la presencia de un cadáver de hereje.

Aparte de los herejes formales, se priva de sepultura cristiana a los de cualquier herejía y a los que protegen o favorecen la herejía. Con mayor motivo se priva de sepultura cristiana al hereje o al sospechoso que, preso por sus errores, se haya suicidado en la cárcel, ya que éste habrá muerto con toda evidencia impenitente y, en consecuencia, en estado de pecado mortal.

~~Quien dé sepultura cristiana al hereje queda excomulgado y tiene que desenterrar al muerto.~~ Es justo: dar sepultura a un hereje equivale a proclamarse uno mismo sospechoso de herejía, como mínimo. Por lo tanto se exigirá al que haya cometido este delito una abjuración solemne y una abjuración canónica..., a menos que el culpable sea capaz de alegar un motivo suficiente que justifique su mala acción.

Sin embargo, se puede enterrar a un sospechoso de herejía (o a un simpatizante), pero fuera del camposanto, cuando el hereje muere en un lugar o en circunstancias en que no se puede comunicar a las autoridades inquisitoriales y esperar lo que decidan. En este caso concreto, se le entierra para que el cadáver del hereje no apeste, y quien le haya enterrado no cae en sospecha de herejía.

Ni que decir tiene que se considerarán sospechosos de herejía los que celebren funerales católicos por un hereje difunto, y los que recuperen y guarden huesos o cenizas, o ropas, de un hereje. Entregarse a este tipo de prácticas equivale, efectivamente, a tener por santos a los que ha condenado la Iglesia.

20.- ¿Puede el inquisidor «proceder» contra quien, con-
minado a testimoniar sobre su propia fe, se niega a prestar
juramento?

Sí, pues Alejandro III estableció que se considere hereje al que se niegue a prestar juramento. Por otra parte esta negativa era práctica común entre los valdenses quienes consideraban que el juramento era pecado mortal.

21. ¿Puede el inquisidor «proceder» contra el que, denunciado ante el tribunal de la Inquisición, se traslada fuera de la región sobre la que se extiende la jurisdicción del tribunal requirente? ¿Y contra el que, residiendo precisamente en su circunscripción, cometa un delito de herejía en otra región?

Sí, en virtud de lo establecido por los papas Clemente IV y Alejandro IV.

22. ¿Puede el inquisidor «proceder» contra los muertos que, antes o después del óbito, hayan sido denunciados por herejes?

Sí, conforme a lo establecido por nuestros señores los papas Urbano IV y Alejandro IV.

XVI. En derecho civil se admite en general que al morir el culpable se anula toda posibilidad de persecución por un delito. Pero este principio general no es válido en caso de lesa majestad divina, ó humana: es una doctrina establecida por unanimidad por los doctores y confirmada en el concilio de Béziers. Y hay delito de lesa majestad cuando hay herejía. *Ergo.*

¿Pero cuánto tiempo después de la muerte del hereje puede juzgarle el inquisidor?

Distingamos dos causas de persecución de un hereje difunto:

a) Se le condena para confiscar sus bienes —o, con más exactitud, para declarar que sus bienes quedan confiscados *ipso facto*—, enajenárselos al tercero que los posee y cederlos al Santo Oficio de la Inquisición.

b), Se quiere lanzar anatema sobre la memoria del difunto, declarando que ha muerto en la herejía y que por ello merecía las penas previstas para los herejes: el efecto de esta condena es la exhumación y la combustión del cadáver o la expulsión del cadáver del cementerio consagrado.

En el primer caso —condena para confiscación— no se podría perseguir al cadáver transcurridos cinco años del fallecimiento del hereje: es la opinión de algunos doctores. Pero en realidad se le persigue hasta cuarenta años después de muerto. Y los herederos del difunto, aunque sean católicos, incluso aunque posean con buena fe los bienes del hereje, quedan desposeídos en beneficio del fisco eclesiástico o civil, según las leyes y las regiones.

En el segundo caso —anatema de la memoria del difunto—, no hay límite de tiempo. Y si la condena de la memoria del difunto se hace más de cuarenta años después de la muerte de éste, sus herederos conservan, naturalmente, los bienes, pero se les aplicarán las penas previstas especialmente para los hijos de herejes: se les declarará infames e ineptos para cualquier función pública y cualquier beneficio. Es una sentencia perfectamente conforme al derecho, aunque, lamentablemente, tenga por efecto castigar a alguien por un delito que no ha cometido.

¿Cómo se «procede» contra un difunto? Grave pregunta; pues ¿se puede procesar a quien, por definición, no puede ser citado ni comparecer? ¿No sería mejor hablar sencillamente de «condena de la memoria de fulano» y no de «proceso»? En derecho civil sí. Pero está claro que no al tratarse de un delito de lesa majestad divina.

Si los indicios son suficientes, hay proceso. El fiscal solicita la intervención del inquisidor, levanta acta de las acusaciones de que ha sido objeto el acusado difunto y pide que se apliquen las penas previstas (confiscación, degradación, etc.). A los herederos y a todos los que tengan

interés directo en oponerse a la condena del muerto, se les advertirá en cuanto se inicie el proceso para que puedan defender su memoria. Si los herederos o los que tengan derecho no comparecen en el plazo estipulado, el inquisidor designa un defensor que actuará con arreglo a lo previsto en un proceso inquisitorial ordinario: defenderá la causa del difunto, guardará secreto sobre todo lo relativo al proceso y sólo se comunicará con los legisladores del Santo Oficio. En conformidad con las instrucciones de Ávila (1498), el procedimiento contra el difunto será breve: se procede con rapidez a la absolución o a la condena. Esto tiene su explicación: si la causa se eternizase, los hijos y, sobre todo, las hijas del difunto no podrían disponer de los bienes del difunto mientras dura el procedimiento y, en tal situación, las hijas no encontrarían con quién casarse. Sin embargo, si después de la absolución de un difunto, se descubrieran nuevos indicios de culpabilidad, se reemprendería el proceso y esta vez se concluiría teniendo en cuenta los antiguos y los nuevos indicios.

Si un acusado muere durante el proceso, éste se prosigue normalmente y se invita a los hijos o a los descendientes más próximos del difunto a que asuman la defensa: habrá absolución si hay que absolver y condena del cadáver si hay que condenar.³

En caso de proceso póstumo se recurre a la práctica de las efigies: no se expondrá al pueblo la efigie del difunto si éste queda absuelto, pero se entregará al brazo secular y será quemada (tras la proclamación pública de los errores del difunto y de la sentencia merecida) si se dicta condena contra el difunto. También se entregará al brazo secular la efigie del acusado que se suicide durante el proceso, ya que el suicidio constituye la más clara confesión de culpabilidad.

Finalmente, conforme a lo establecido en el concilio de Toulouse en 1229 (del que, curiosamente, no habla Eimeric) se demolerá la casa del hereje condenado y quemado (haya sido condenado vivo o después de morir) y se arra-

3. Aunque más adelante veremos (respuesta a la pregunta 65) que el testimonio de descargo por parte de parientes del difunto en caso de proceso póstumo sólo posee un valor muy relativo.

sará el solar para que no quede vestigio. ¿No era en su vivienda en donde se reunían los herejes y celebraban conciliábulos contra la fe? La sentencia de demolición se entiende para la vivienda y los lugares de reunión de herejes y comporta la prohibición de reconstruir en el futuro sobre el mismo lugar, así como la apropiación por parte del fisco eclesiástico de todas las piedras, escombros y cimientos (*omnes lapides, rudera et coementa inde amota ad fiscum nostrum pertinere*). El concilio de Béziers confirma las disposiciones del concilio de Toulouse, ratificadas poco después por el papa Inocencio IV en su bula *Ad extirpandam*, en la que se prevé además la demolición de las casas adyacentes a la del hereje. Conforme a la tradición inquisitorial, se cubrirá con sal el solar nivelado para que sea por siempre estéril. Luego se erigirá una estela en la que se irán grabando el nombre del dueño de la casa demolida, la sentencia de demolición y la fecha de ejecución (bajo qué reinado, en qué pontificado). Puede verse una estela de estas en la ilustre ciudad de Valladolid, en donde, en 1559, Agustín Cazzala, pese a ser converso y penitente, fue entregado al brazo secular por dogmatista y su casa fue arrasada.

23. ¿Contra quién puede «proceder» el inquisidor en términos generales?

Ya hemos dicho que puede proceder contra los blasfemos, los que dicen la buenaventura, los nigromantes, los excomulgados, los apóstatas, los cismáticos, los neófitos que recaen en sus antiguos errores, los judíos, los infieles que viven entre los cristianos, los invocadores del diablo. Pero, en términos generales, digamos que el inquisidor «procede» contra todos los sospechosos de herejía, difamados de herejía, herejes, sus fieles, quienes les acogen, les defienden o les favorecen y contra quienes entorpecen al Santo Oficio, contra todos los que, directa o indirectamente, retrasan su acción.

XVI. Digamos, con una fórmula más corta y más clara, que el inquisidor puede «proceder» contra todo el mundo,

salvo ciertas personas (el papa, sus delegados, los obispos) que ostentan la misma naturaleza de la autoridad delegada al inquisidor.

D. El proceso

24. ¿Pueden el inquisidor y el obispo «procesar» sin concurso mutuo?

El inquisidor y el obispo pueden citar, detener y encarcelar por separado. Cada uno es libre de juzgar la oportunidad de encadenar a los presos que haya detenido.

Por el contrario, conjuntamente les corresponde a) trasladar a los culpables a una prisión especialmente dura, b) someterlos a tortura, c) dictar las sentencias.

En caso de desacuerdo entre el inquisidor y el obispo, conviene remitirse a nuestro señor el papa.

XVI. En España, en caso de desacuerdo el obispo y el inquisidor recurrirán al Senado inquisitorial de Madrid.

25. ¿Puede el inquisidor disponer de guardia armada?

Sí, dispone de guardia con las siguientes funciones: proteger la persona del inquisidor y de los oficiales de la Inquisición, perseguir y detener a los herejes, etc. Pero al inquisidor corresponde controlar que sus guardias no abusen de su función.

XVI. Este privilegio de empleo de una fuerza armada lo concedió a los inquisidores Clemente v en el concilio de Viena, hacia 1310, confirmando Juan xxii en 1321. Los colaboradores de la Inquisición tienen derecho a ir armados día y noche, a pesar de cualquier ley civil o municipal contraria a esta disposición; la no revocación de la ley contraria a este privilegio se considerará de pleno derecho

como entorpecimiento al ejercicio de la inquisición y la autoridad capaz de revocar y que se niegue a hacerlo será pasible por ello de persecución inquisitorial.

Personalmente creo que el llevar armas no debería estar solamente reservado a esta categoría de colaboradores del inquisidor que los italianos llaman *Crocesignati* y los españoles *Familiars* (cuya función es escoltar al inquisidor, denunciar a los herejes y detenerlos con mandato inquisitorial), sino que debería extenderse a todos los que, por un motivo u otro, tienen que colaborar con la Inquisición (abogados, notarios, expertos, guardias, etc.) ya que todos éstos están mal vistos por los incrédulos, los blasfemos y demás pecadores de esta ralea. Por lo tanto es justo que todos éstos, y los que les sirven, vayan armados, especialmente en las regiones en que la herejía está muy arraigada.

También deberían beneficiarse del privilegio a ir armados los que, aunque no colaboren directa o indirectamente con la Inquisición, escriben en contra de la herejía: son defensores de la fe que con ello suscitan igual animosidad. Por lo tanto sería normal que el papa, en su bondad, les concediera a ellos también el derecho de ir armados.

Teniendo en cuenta este privilegio de ir armado y los riesgos y abusos que conlleva, sería prudente no admitir a ningún converso entre los *Crocesignati* o *Familiars*. Hay suficientes *cristianos viejos* para que haya que buscar los guardías inquisitoriales entre los neófitos o los conversos.

E. La prisión inquisitorial

26. ¿Puede el inquisidor disponer de cárcel propia?

Sí. El inquisidor dispone de cárcel propia en la que encierra a los acusados que aún no han pasado juicio. El inquisidor puede poner grilletes o hierros a sus presos.

La cárcel en la que los presos deben purgar la pena—después del proceso—es común al inquisidor y al obispo. Será una cárcel terrible, ya que está concebida más para

el suplicio de los condenados que para su simple detención. En esta prisión se llevarán a cabo las sesiones de tortura.

XVI. Sobre este punto concreto (doble cárcel: para la detención y para la purgación), el derecho inquisitorial discrepa del derecho civil. Sin embargo, actualmente no hay dos clases de cárceles, sino una sola, propiedad común del obispo y del inquisidor. Es una práctica razonable, pues no viene a cuento construir dos cárceles si con una basta. Sin embargo, la distinción jurídica entre «detención» y «pena» debe salvaguardarse: si, efectivamente, las sesiones de tortura no pueden hacerse sin el acuerdo entre el inquisidor y el obispo (la tortura ya es una pena), sólo el inquisidor tiene el poder de trasladar a un calabozo especialmente oscuro, bien vigilado y espantoso, al acusado cuyo comportamiento justifique redoblar la vigilancia (y aquí se trata de detención) porque haya manifestado, del modo que sea, intenciones de evadirse o porque pervierta a otros presos. No obstante, el inquisidor hará gala de prudencia en decisiones de este tipo de traslado a prisiones especialmente duras: convendría que el lugar de detención no sea tan horrible y tan nefasto que el acusado perezca, pues en tal caso el inquisidor incurriría en irregularidad. De juez de la fe se convertiría en verdugo. Que el inquisidor recuerde las disposiciones del concilio de Béziers:

«Proveed cerca de cada sede episcopal —y, si es posible, en cada ciudad— celdas individuales sin luz, en las que los herejes condenados estén encerrados, de modo que no puedan contaminarse mutuamente ni pervertir a otros. Pero evitad que los condenados mueran a causa de un exceso de rigor en las cárceles.»

27. *¿Pueden el inquisidor y el obispo tener una prisión común para la detención y la purgación? Y en caso afirmativo, ¿a cuál de los dos compete la detención?*

Pueden tener cada uno su propia cárcel, y ambos pueden transformar su cárcel en prisión común para los dos.

a). En ciertos lugares, como en Toulouse y en Carcasona, los inquisidores disponen de cárceles que se denominan «muros» porque las celdas bordean el muro de unos edificios comunes al inquisidor y al obispo.

b). En otros sitios los obispos disponen de una cárcel en la que están detenidos no sólo los sospechosos antes del proceso y los acusados durante el proceso, sino también los condenados tras la sentencia. En este caso la cárcel episcopal es también cárcel inquisitorial ya que, como hemos dicho anteriormente, el obispo no puede tener encarcelados a los condenados sin conformidad del inquisidor.

En lo que a la detención atañe, se ha acordado que los emparedados estén vigilados por dos guardias discretos, astutos, buenos creyentes, uno de ellos mantenido por el obispo y otro por el inquisidor. Cada uno de ellos dispondrá de un ayudante y cada uno de ellos tendrá dos llaves. Los guardianes prestarán juramento ante el obispo y ante el inquisidor de cumplir fielmente su misión no permitiendo que nadie se acerque a los presos, ocupándose de ellos según lo que dispongan el obispo y el inquisidor. Si se trata de una cárcel episcopal, los guardias prestarán igualmente juramento ante el inquisidor.

Es una cuestión larga y enojosa la de la vigilancia. Cuestión simplemente verbal a fin de cuentas, ya que ¿de dónde sacaría fondos el inquisidor para pagar a sus guardias? Por ello no hablaré más, pues por mucho que lo hiciera siempre subsistiría el problema del salario de los guardias, dado lo deficiente que es el de los inquisidores.

XVI. Distingamos tres temas: el encarcelamiento del detenido, la pena de cárcel, la vigilancia de los presos. Hay que adaptar en estos tres puntos la doctrina eimericense a la práctica moderna. a) El encarcelamiento de un detenido. — Es conveniente que el inquisidor advierta a sus superiores antes de encarcelar a un denunciado si se trata de alguien ilustre (religioso, noble, hombre de letras) y generalmente considerado creyente sin tacha. En España, el inquisidor debe advertir al Senado inquisitorial antes de proceder a la detención de un notable, conforme a las instrucciones de 1561. Los detenidos y los denunciados no

serán sometidos al mismo régimen, y según el delito y el rango del acusado el régimen penitenciario será más suave o más duro, las celdas más duras y más oscuras o, por el contrario, más alegres y amenas (*laetiora et amoeniora*). En párrafos anteriores ya hemos dicho que en algunos casos la propia casa del acusado o su ciudad pueden servir de lugar de encarcelamiento. No se encerrarán juntos a hombres y mujeres: hay que excluir la mezcla tanto en la prisión preventiva como en la cárcel purgativa. Aunque esta regla no se aplica a los cónyuges, conforme a lo prescrito por el concilio de Béziers: dos cónyuges condenados a la misma pena serán encerrados juntos o separadamente, pero en este caso podrán reunirse para que se respete la norma de la cohabitación. Esta posibilidad de reunión debe salvaguardarse en caso de encarcelamiento de un solo cónyuge.

Por regla general, se evitará encerrar en una misma celda a dos o más acusados (a menos que el inquisidor tenga razones concretas para favorecer este tipo de agrupamiento), pues estos malvados no hablan de otra cosa con sus compañeros de cárcel que de los medios de ocultar la verdad, de evadirse, de eludir los interrogatorios, etc. Los efectos de tal convivencia carcelaria son tan nefastos que basta con poco tiempo para que se manifiesten, pues las calamidades comunes hacen surgir en seguida profundas amistades entre los acusados, quienes inmediatamente se ponen a deliberar conjuntamente los medios para escapar al triste fin que les espera. El inquisidor hace dos visitas al mes a los presos preocupándose por el modo en que se les trata. Puede ser útil aumentar las visitas hasta cuatro o cinco por mes, o más, sobre todo cuando el acusado soporta mal la infamia y los sufrimientos de la cárcel. A éste el inquisidor le visitará con frecuencia y permitirá que le visiten otras personas que le consuelen y le digan que si confiesa espontáneamente su proceso se agilizará mucho: numerosos acusados que no soportan el rostro del juez se calman y se apaciguan si otras personas les manifiestan los mismos propósitos. Que el inquisidor tenga cuidado, al visitar a los detenidos, de hablar con ellos únicamente de la acusación y del proceso y de nada más. Hay

culpables encallecidos que encontrarían pretexto en cualquier cosa para luego calumniar al inquisidor. Que éste vaya acompañado por su notario u otro funcionario de su oficio cuando visite a los acusados: es lo prudente.

No se trasladará sin más a los acusados de un sitio a otro, de una cárcel a otra. Si fuera absolutamente necesario, se pondrá cuidado en que los trasladados se encuentren juntos en la misma celda y no con otros presos, pues la experiencia demuestra que en estos traslados los presos de un sector de la cárcel se enteran de lo que sabían los de otro sector. Y lo que se dice en tal cárcel o en tal sector no debe saberse en el otro, pues hay quien después de haber confesado se desdice cuando le trasladan. Pero no me extenderé sobre estas medidas de prudencia que todos los inquisidores saben de memoria.

Los acusados no tienen derecho a asistir a la misa que se celebra en la cárcel: ¿no hay sospecha de herejía? ¿No es altamente probable que los acusados sean herejes? ¿No están excomulgados? La simonía simple es menos grave que la herejía y los simoníacos no pueden celebrar misa; por lo tanto que los acusados de herejía no esperen asistir al santo misterio. Además, los acusados, sobre todo si son numerosos, se aprovecharían de la asistencia a misa para comunicarse por signos u otros medios para ocultar la verdad, o disimular un indicio o confundir a un testigo.

Finalmente, es una costumbre bien establecida el no permitir a los acusados cumplir el precepto dominical en la cárcel, ya que el inquisidor detiene generalmente sólo a los sospechosos contra quienes los testimonios y las denuncias son abrumadores: en este sentido, los que arresta el inquisidor pueden considerarse legítimamente culpables. ¡Y que no nos vengan con que los acusados se mostrarían mejor dispuestos y confesarían con mayor facilidad si se les permitiese asistir a misa! Si son inocentes —es decir si son verdaderos creyentes—, confesarían mucho antes para no seguir privados de la gracia y los sufragios por la asistencia a la misa dominical. La actitud de unos y otros ante tal privación puede constituir un indicio interesante que el inquisidor sagaz sabrá explotar perfectamente. b) El encarcelamiento de un condenado. — Lo fundamental sobre

el encarcelamiento de los condenados ya se ha dicho en la parte del *Manual* dedicada a los veredictos. Aunque actualmente ya no se construyan «muros» como antes para los condenados a perpetuidad, es absolutamente necesario contar con una edificación especial para este tipo de presos, si no difícilmente se podría tratar a los condenados conforme a lo previsto en los capítulos 79 y 80 de las instrucciones madrileñas de 1561, que prevén las obligaciones del inquisidor para con los emparedados: vigilancia y sustento, control del comportamiento de los emparedados reconciliados con la Iglesia. Conviene atenerse en este punto a las prescripciones del concilio de Narbona que obligaba a los curas a atender a los condenados a perpetuidad en sus propias parroquias y a denunciar al inquisidor cualquier irregularidad o negligencia en la conducta de los condenados.

En cuanto a la conmutación de la pena de prisión perpetua, quiero recordar que, conforme al derecho civil, puede decidirla el inquisidor con el ordinario del lugar. Sin embargo, en España sólo el Inquisidor general dispone de potestad para ello. ¿Al cabo de cuánto tiempo puede conmutarse la pena de prisión perpetua? No existe un principio general y cada inquisidor es libre para decidir, pero el penitente que soporta humildemente su suerte suele beneficiarse de una remisión de pena al cabo de tres años de cárcel o al cabo de ocho.

F. La cuestión — La tortura

28. *¿Pueden el inquisidor y el obispo someter a alguien a la cuestión de tormento? En caso afirmativo, ¿en qué circunstancias?*

Pueden torturar, conforme a las decretales de Clemente V (concilio de Viena), con tal que lo decidan conjuntamente.

No existen reglas concretas para determinar en qué caso puede procederse a torturar. A falta de jurisprudencia específica, he aquí siete reglas orientativas:

1. Se tortura al acusado que vacila en las respuestas, y unas veces afirma una cosa y otras lo contrario, a la par que niega los principales cargos de acusación. En tal caso se supone que el acusado oculta la verdad y que, hostigado por los interrogatorios, se contradice. Si negara una vez, luego confesara y se arrepintiese, no se le considerará «vacilante», sino hereje penitente y se le condenará.

2. El difamado, aunque en contra suya no haya más que un testigo, será torturado. Efectivamente, un rumor público más un testimonio constituyen una media-prueba, lo que no sorprenderá a nadie que sepa que un testimonio vale como indicio. ¿Que se alega *testis unus, testis nullus*? Esto es válido para la condena, no para la presunción. Por lo tanto, basta con un solo testimonio de cargo. Sin embargo, admito que un solo testimonio no tendría igual fuerza en un juicio civil.

3. El difamado contra el que se ha logrado establecer uno o varios indicios graves, debe ser torturado. Bastan difamación más indicios. Para los curas basta con la difamación (sin embargo, sólo se tortura a los sacerdotes infames). En tal caso los motivos son más que suficientes.

4. Se torturará al que tenga en contra suya una sola deposición en materia de herejía y contra el que existan además indicios vehementes o violentos.

5. Aquel contra quien pesen varios indicios vehementes o violentos, será torturado aunque no se cuente con ningún testigo de cargo.

6. Con mayor motivo se torturará a quien, al igual que el anterior, tenga además en contra la deposición de un testigo.

7. Aquel contra quien sólo exista difamación, un solo testigo, o un solo indicio no será torturado, pues cada una de estas condiciones por sí sola no basta para justificar la tortura.

XVI. No hay, en toda la obra de Eimeric, asunto más espinoso que éste, y no hay ningún otro que requiera mayor precisión de explicación. Vamos, pues, a dedicarnos a completarlo ya que si no, podrían quedar puntos oscuros

y los expertos no hallarían en el *Manual* lo que con todo derecho esperan encontrar. Así que vamos a explicarlo bien.

Toda esta pregunta se divide en dos temas: primero, que el inquisidor, de acuerdo con el obispo, puede perfectamente mandar torturar; segundo, en qué casos se puede y se debe torturar.

Señalemos de inmediato que, en un principio, los inquisidores no torturaban por temor a incurrir en irregularidad si lo hacían: tenían que mandar aplicar los tormentos a través de los jueces laicos (Inocencio IV). Pero pronto se comprobó que en los tribunales laicos no siempre se procedía con el secreto absoluto que requerían los asuntos inquisitoriales. Y como todos los asuntos inquisitoriales conciernen por definición el ámbito de la fe, se vio que sólo debían tratarlos los inquisidores. Y no siempre se solucio-
nan estos asuntos si no se aplica la tortura, por lo que pareció prudente confiar a los inquisidores y a los obispos la tarea de torturar, y así quedó establecido en documentos ulteriores a los que Eimeric hace referencia, incluido el de Urbano IV (*Ut negotium*) en virtud del cual obispo e inquisidor pueden eximirse mutuamente de las irregularidades que pudieran cometer aplicando la tortura.

Respecto a los casos en que se aplica tortura, Eimeric es lo bastante explícito para que tengamos que entrar en más detalles. Se recordará, antes de proceder a la tortura, que la finalidad de la misma no es establecer un hecho sino hacer confesar a aquel que calla y de quien se sospecha la culpabilidad. Si puede establecerse el hecho de otro modo distinto de la tortura, no se torturará, ya que la tortura únicamente sirve para remediar la falta de pruebas. Por ello podemos calificar de sanguinarios a todos esos jueces inquisitoriales de hoy que con tanta facilidad caen en la aplicación de tortura sin tratar de completar la encuesta por otros medios. Estos jueces se equivocan con semejante precipitación.

Como consecuencia de todo lo expuesto, no se recurrirá a la tortura por delitos manifiestos, sino sólo por delitos ocultos que se demuestran con mayor dificultad. Está claro que hacen falta indicios para que pueda proce-

derse a la tortura, pues es regla general no iniciar el proceso con la tortura. ...

Los indicios deben basarse en pruebas, y pruebas graves, pues no debe torturarse fiándose de indicios de un delito leve.

Si se observan estas reglas previas, se puede torturar como lo explica *accuratissime* Eiméric en el capítulo consagrado al tercer tipo de veredicto.

Nosotros distinguimos cinco tipos de tormento, que constituyen otros tantos grados diferentes de suplicio. No los describiré porque todo el mundo los conoce (*cuique sunt obvii et patentes*) y puede leerse la descripción exacta en la obra de Paul Grilland (*Traité de la torture*, q. 4, n. 11) y de Jules Clair (*Pratique criminelle*, sub fin., q. 64) y otros autores. El derecho no dice qué tipo de tormento hay que imponer, por lo tanto se deja al buen criterio del juez que elegirá uno u otro con arreglo al rango del acusado, la calidad de los indicios y tantas otras cosas. Sin embargo, el inquisidor no se las ingeniará para descubrir otras pistas: que se limite a las que, prudentemente, han aceptado siempre los jueces, como lo explica de un modo tan claro e impecable (*pulchre et clare*) Antonio Gómez: dice este autor, por ejemplo, que la tortura con cuerdas se aplica actualmente mucho en todas partes (*hodie ubique frequens*) y que no hay por qué abandonarla.

Sin embargo, no han faltado jueces que han imaginado numerosos tipos de tortura. Marsilio habla de catorce suplicios y dice que él ha encontrado otros, lo cual suscita elogios por parte de Paul Grilland. Personalmente, si deseáis saber mi opinión, os diré que esta clase de erudición me parece más bien cosa de verdugos y no de juristas y teólogos que somos. Por lo tanto no digo más. Dicho esto, alabo la costumbre de torturar a los acusados, especialmente hoy día en que los incrédulos son cada vez más desvergonzados. Muchos de ellos muestran actualmente tal audacia que cometen expresamente toda clase de delitos con la esperanza de superar los tormentos y, efectivamente,

4. Cinco grados: palo, cuerdas, caballete, desplome, brasas. A continuación, el suplicio del agua, los zapatos de hierro... y libre curso a la imaginación.

los soportan, con la ayuda de sortilegios —como dice Eimeric— y no hablemos de aquellos que están totalmente embrujados. No obstante, me opongo a esos jueces sanguinarios que, en busca de una vanagloria —y qué Gloria, ¡Dios mío!— imponen torturas nuevas contraviniendo con ello el derecho y la honradez a los acusados más desamparados (*misellis reis*), a tal punto que éstos mueren por el tormento o acaban con miembros fracturados, o inválidos para siempre. Que el inquisidor tenga presente en su espíritu esta máxima del legislador: se torturará al acusado de tal manera que quede sano para ser liberado o ejecutado.

Una vez que todo esto ha quedado bien claro, tratemos ahora de aquellos a quienes por derecho no se puede torturar en ningún caso.

Si, por otros delitos y ante otros tribunales, la regla es nunca torturar a ciertas categorías de personas (por ejemplo, doctores, soldados, oficiales e hijos suyos, niños y ancianos), por el crimen horrible de herejía no hay privilegio eximente, no hay excepción: todos pueden ser torturados (*omnes torqueri possunt*). ¿Cuál es la razón? En interés de la fe: hay que desterrar la herejía de los pueblos, hay que erradicarla, impedir que se propague. Y que nadie se asombre de esta severidad: para el delito de lesa majestad no hay excepción ni privilegios, ¿por qué habría de haberlos para el crimen de lesa majestad divina? Sin embargo, a los clérigos y a los monjes se les torturará con menos rigor, por respeto a su ministerio y para no incurrir en la excomunión reservada a los que les ponen la mano encima. A menos que sospechas muy fuertes justifiquen torturas más violentas... A los sacerdotes y a los religiosos no los torturarán los laicos, sino un clérigo o un religioso, a menos que no se encuentre un religioso o un sacerdote que sepa torturar: es la opinión de Simancas y a ella me uniría de buena gana si pudiera observarse. Pero en la práctica, es un hecho consumado que a los sacerdotes y religiosos los torturan laicos. Para saber más sobre la tortura de religiosos, hay que remitirse a la *Práctica del derecho criminal*, capítulo 117, de Bernardino Díaz en donde se explica detalladamente todo de una manera magistral; hay que consultarlo para actuar sin imprudencia.

Para precisar la doctrina atinente a la excención de tortura, hay que señalar que, aunque en este asunto no existan privilegios vinculados a la dignidad o el rango, hay excepciones de la regla general basadas en la edad y el estado de los acusados: no se torturará a niños ni a ancianos, ni a mujeres encintas. En cuanto a la edad, los menores de edad con menos de veinticinco años serán torturados, pero no los niños menores de catorce años. A éstos se les atemorizará y se les azotará, pero no se les torturará. Igual se procede con los ancianos. Finalmente señalo que hay países en los que está totalmente prohibida la aplicación de la tortura: así sucede en el reino muy católico de Aragón-Cataluña en donde vivo —no obstante, se concedía veces en este reino autorización para torturar a los acusados del tribunal inquisitorial; pero esta inmunidad es muy nefasta y no pocas veces va en detrimento de la fe—.

Tras recordar todo lo que antecede, que constituye el fundamento de lo que sigue, examinemos con Eimeric el asunto de los indicios y motivos de tortura.

¿No hay contradicción entre la primera regla —sumisión a tortura del acusado que «vacila»— y la séptima —no torturar si no se cuenta con un indicio? Efectivamente parece que una sola «vacilación», una sola mentira, una simple palidez, la turbación, o un simple temblor, no constituyen indicios que justifiquen la tortura, sino que únicamente dan base a cierta sospecha. Pero el acusado no es completamente idiota (*omnino stupidus*), no carece totalmente de memoria, y «vacila» y se contradice cuando se le interroga sobre hechos concretos que han acontecido en un período muy concreto y generalmente corto... luego, la «vacilación» puede considerarse indicio suficiente para justificar la tortura. Sin embargo, es una cuestión sobre la que no existe unanimidad por parte de los doctores. Consideran, en efecto, que la vergüenza, el miedo, la cólera, el dolor y otras muchas cosas, pueden hacer «vacilar» a los demás y señalan que por efecto del temor hay hombres ilustres que no dominan su razón. En conclusión: esta primera regla únicamente debería ser válida cuando se trata de personas que acostumbran a mentir, delincuentes empedernidos.

Por el contrario no existe ambigüedad alguna en la interpretación de la segunda regla. La ilustraremos con un ejemplo: Un fiel de la herejía de Lutero al que un único testigo ha visto destruir imágenes de santos, o profanarlas, o borrarlas, y al mismo tiempo este delito se ha propalado. En este caso existe: *a)* un testimonio y *b)* un rumor público: basta para que el luterano que negara los hechos sea sometido a tortura.

Observarán los inquisidores, a la luz del texto de Eimeric y del ejemplo propuesto, que basta con una sola deposición para aplicar la tortura, como demuestra claramente mi comentario a la séptima regla.

No ha lugar a comentar la tercera regla cuyo sentido es evidente. Era una antigua práctica no torturar a los clérigos más que en caso de infamia (entiéndase difamación). No obstante, al igual que otros autores modernos, entre ellos Simancas, creo que es justo olvidar esta restricción que favorece demasiado injustamente a los clérigos.

La cuarta regla se desprende claramente de la segunda. Señalaremos que un solo testimonio basta para justificar la tortura sin necesidad de contar con otros indicios vehementes o violentos. Basta con la calidad de los testimonios. No obstante, si el testimonio afectara a alguien importante o a una persona sobre cuya fidelidad no cupiera duda por parte de nadie, convendría mostrarse circunspecto y esperar a que indicios violentos reforzaran la validez del testimonio.

Respecto a la última regla hay que señalar algunas excepciones: *a)* La sola difamación justifica la tortura si el rumor público se propala con fuerza, si llega hasta personas de buena moralidad, parientes o amigos del difamado. La difamación agravada con la huida del difamado constituye una confesión material: en tal caso, puede torturarse al difamado.

b) Ya he señalado anteriormente en qué casos basta con un único testimonio para justificar la tortura.

c) ¿En qué caso bastaría con un solo indicio para justificar la tortura? Es una cuestión muy controvertida. Pero ni qué decir tiene que no denunciar a un hereje, inclinarse al paso de un cátar, conservar en su poder las cen-

zas de un hereje quemado, son hechos que constituyen indicio grave que justifica la tortura. A ello hay que añadir el recibir cartas de herejes, invocar al diablo, etc. Finalmente, será sometido a tortura aquel que, seriamente o en broma, confiese fuera de proceso prácticas heréticas y al que se le encuentren libros de herejes. Y en todos los casos, recuérdese que las confesiones obtenidas durante la tortura deben ser ratificadas inmediatamente ante el notario inquisitorial.

G. Los testigos

29.- *¿Puede el inquisidor obligar a los testigos a testificar bajo juramento e interrogarlos varias veces?*

Naturalmente, ya que es competencia del inquisidor indagar sobre la herejía y no puede hacerlo sin contar con la facultad para interrogar a testigos. En las causas eclesiásticas, los testigos declaran bajo juramento y la negativa a prestar juramento constituye por sí sola sospecha grave de herejía. Concretamente Gui Foucoi prevé la posibilidad de interrogar varias veces a los testigos en sus *Consultationes ad inquisitores*.

XVI. En el procedimiento inquisitorial, nadie (sea cual fuere su cargo, rango o autoridad) escapa a la obligación de declarar bajo juramento. Nada de privilegios ni excepciones a esta regla universal. No declarar es ya favorecer la herejía, es ya ser —*ipso facto*— sospechoso de herejía. Sin embargo, el que no haya denunciado a su cónyuge, o a un miembro de su familia, o a un amigo, no será perseguido por bienhechor de la herejía, sino más bien por contumaz, por haber desobedecido a la orden inquisitorial. Salvo este tipo de circunstancias, no testificar equivale a declararse enemigo de la fe de la Iglesia.

Las deposiciones deben ser claras, sin ambigüedades. Pues, efectivamente, en materia de la fe la adición o la

supresión de una palabra en una fórmula puede bastar para modificar totalmente el sentido de la declaración (un artículo de fe puede convertirse en herejía y a la inversa). En caso de duda, se hará valer la lectura de la declaración (si está escrita) que exculpa, no la que inculpa. No obstante, si la proposición que se presta a confusión es atribuible a alguien natural de esos países en los que la herejía hace estragos —un inglés, un alemán—, es normal regirse por la lectura que inculpa, no de la que exculpa. Hay que mostrarse clemente con las pobres gentes que suelen emplear fórmulas sospechosas sin saberlo («Basta con creer»..., «La intención basta»...).

30. *¿Puede el inquisidor proceder a los interrogatorios únicamente en presencia de su notario?*

No. Además del notario deben asistir a los interrogatorios otras dos personas (religiosas o laicas).

XVI. Actualmente, en los interrogatorios, sólo ayudan al inquisidor sus notarios. Esta práctica simplificada está aceptada por la Santa Inquisición romana.

31. *¿Puede el inquisidor aceptar las delaciones y testimonios de excomulgados o de cómplices del acusado?*

Sí. Excomulgados y cómplices son testigos válidos en el procedimiento inquisitorial.

XVI. Para que el delito de herejía no cuente con ninguna posibilidad de quedar impune, a nadie, sea cual fuere su delito, se le considerará nulo el testimonio. No hay ambigüedad alguna en esto. Sólo se plantea una pregunta: ¿si dos declaraciones procedentes de dos testigos dignos de crédito bastan para condenar a un hereje, se atribuirá el mismo valor a dos deposiciones hechas por dos testigos excomulgados, infames, etc.? ¡Grave pregunta debatida por los doctores desde hace mucho tiempo! En la práctica, se

admite en todas partes que si dos testigos menos idóneos bastan para justificar la tortura, no bastan para condenar al acusado. Por lo tanto, que nadie sea entregado al brazo secular ni declarado relapso fiando únicamente en dos testimonios de esta calidad. Pero más de dos declaraciones de excomulgados o de cómplices, a las que se añadiesen algunos indicios, bastarían para justificar una condena. Concluyendo: para la tortura basta con dos deposiciones, sea cual fuere la calidad de los testigos. Para la condena, aunque en último extremo bastaría una deposición normal secundada por la declaración de un excomulgado, conviene exigir dos deposiciones de dos testigos dignos de crédito.

Los cómplices —o irregulares— citados para declarar tienen que prestar juramento como los testigos regulares. ¿Pero hay que exigir juramento al cómplice citado a declarar? Sin duda alguna, ya que cuando declara actúa en calidad de testigo, no de acusado, y como tal testigo se le escucha. Pero un cómplice nunca declara fácilmente, por lo tanto, sea cual fuere su condición, se le puede torturar para obligarle a decir la verdad, pero no se le torturará si declara espontáneamente. En esta pregunta el concepto de «complicidad» se entenderá en su más amplia acepción.

32. *¿Pueden los perjuros testificar ante el tribunal inquisitorial?*

Sí, si se considera que van a declarar para bien de la ortodoxia.

33. *¿Pueden testificar los infames y los criminales? ¿Pueden declarar los siervos contra sus amos?*

Sí. El delito de herejía es de tal gravedad que hasta de criminales e infames se admite el testimonio. Por igual motivo se admite el testimonio de los siervos contra sus amos.

XVI. Se utilizarán con circunspección los testimonios de los siervos, ya que en general son de extrema malevolencia contra sus amos. Por el contrario, es lícito torturar a un siervo que se muestre renuente en denunciar a su amo.

34. *¿Aceptará el inquisidor el testimonio de un enemigo mortal del acusado?*

No. El testimonio de un enemigo mortal se impugna. Compete al inquisidor, si llega el caso, indagar la calidad o el grado de enemistad entre testigo y acusado.

XVI. Es la única excepción a la regla general sobre validez universal de los testimonios, tal como quedó establecido por los concilios de Béziers y Narbona. Los casos de enemistad mortal son numerosos y variados. Las enemistades de este tipo tienen su origen en violencias, amenazas de muerte personales o contra parientes, injurias especialmente graves, violación de la esposa, de la hermana o de la hija, atentado a la propiedad.

35. *¿Puede un hereje declarar en contra o a favor de un creyente?*

No. Nunca se ha previsto que el hereje pueda testificar ni en cargo ni en descargo de un creyente.

XVI. ¡No entiendo cómo Eimeric puede defender tal punto de vista después de decir expresamente que todo el mundo tiene el derecho y el deber de declarar en materia de fe! Es una opinión sin ningún fundamento y no entiendo de dónde la extrae Eimeric. Secundando al conjunto de los doctores, no admito este dictamen y preciso que únicamente es válido en cuanto que anula la validez de un testimonio de descargo por parte de un hereje.

36. *¿Puede un hereje declarar legítimamente contra otro hereje?*

[Puede declarar como testigo de cargo pero no de descargo. Ya se ha dicho anteriormente que en materia de fe puede citarse como testigos a excomulgados y cómplices.

XVI. A primera vista, puede parecer injusto no admitir el testimonio de descargo de un hereje para con otro hereje. Pero no lo es. Es perfectamente admisible pensar que el hereje testifica a favor del hereje sólo para que quede impune el delito de herejía, en gran detrimento de la Iglesia, y totalmente para bien del acusado. Por lo tanto es justo rechazar en este caso cualquier testimonio de descargo.

37. *¿Puede el inquisidor aceptar las deposiciones —de cargo o de descargo— de la esposa, del hijo o de parientes del acusado de herejía?*

Puede aceptar los testimonios de cargo pero no los de descargo. Ni que decir tiene que no existe testimonio más probante que el testimonio de cargo de esta clase de testigos (*est enim testimonium eorum magis efficax ad probandum*).

XVI. Se entenderá por «parientes» del acusado no únicamente al cónyuge, los hijos y los parientes próximos (todos ellos interesados en eludir la infamia que les caería en caso de condena del acusado), sino también todos aquellos que de algún modo comparten el pan y el vino del acusado: entiéndase domésticos, siervos, colonos, libertos, empleados, mercenarios. Ninguno de éstos puede testificar en descargo del acusado. Sin embargo, se podría hacer una excepción a esta regla para aceptar el testimonio de descargo por parte de un doméstico, a condición de que sea

corroborado por otros muchos testimonios de personas que no tengan con el acusado ningún vínculo de los enumerados anteriormente.

38. *¿Bastan dos testimonios dignos de crédito para condenar, o hacen falta más?*

Legalmente, las deposiciones, de dos testigos dignos de crédito bastan para probar la culpabilidad y, por consiguiente, para justificar la condena. Sin embargo, en materia de herejía, es deseable que los hechos queden establecidos por un número mucho mayor de testimonios. En cuanto a los testimonios no regulares, bastan para aportar presunciones, no pruebas. Como el acusado no puede saber quién le ha denunciado, compete al inquisidor informarse de la eventual existencia de una enemistad mortal entre delator y denunciado y verificar los motivos de la denuncia: efectivamente, es competencia suya suplir con su diligencia la imposibilidad de defensa del acusado.

Dos testimonios constituyen una convicción, pero esto no significa que justifiquen una condena. Según los delitos, el inquisidor impondrá una purgación, una abjuración o la tortura, ya que, en efecto, no sería muy prudente condenar a un buen hombre de buena reputación —incluso de mala reputación— fiando en dos únicos testimonios.

XVI. Gui Foucoi fue el primero, que yo sepa (*Consultationes ad inquisitores haereticæ pravitatis*, pregunta 15, c. 18), en plantear el principio de que dos testigos dignos de crédito bastan para fundamentar una convicción. Todos los doctores aprobaron seguidamente este principio, conforme en todos sus aspectos a la norma vulgar y común del derecho humano y divino, según la cual *in ore duorum vel trium stat omne verbum*.⁵ Los dos testigos deben ser íntegros, irrefutables y mayores. Si de repente Eimeric parece dudar y encontrar dura esta ley, es porque sabe —y los

5. En traducción libre, un testimonio doble o triple es irrefutable.

tutores ulteriores expresan iguales reservas— que al quedar en secreto el nombre de los testigos, el acusado se halla imposibilitado casi absolutamente para defenderse y que en el proceso se dirime la acusación del crimen mayor que existe: el delito de lesa majestad divina. Queda establecido, no obstante, que dos testigos bastan, de pleno derecho. Pero en definitiva sería asaz prudente dejar a criterio del obispo o del inquisidor la decisión de determinar, en cada caso, si bastan o no dos testimonios, teniendo en cuenta la calidad del acusado y de los testigos.

39. *¿Pueden bastar dos únicos testimonios, divergentes, secundando una mala reputación, para justificar la condena de una persona por hereje?*

No. Ni los testimonios singulares aislados, ni los que pudieran secundar una mala reputación bastan para fundamentar tal condena. Ya que, especialmente en este tipo de delito, no puede condenarse por simples presunciones. Por el contrario, en base a esta clase de testimonios, el inquisidor puede obligar al acusado a la purgación canónica o a la abjuración. No obstante, compete al inquisidor decidir la validez de este tipo de testimonios que discrepan en ciertos detalles pero coinciden en lo esencial.

XVI. No todo es tan sencillo en esta pregunta. Empecemos por ver qué son testimonios «singulares».

Hay «singularidad» cuando hay divergencia en el testimonio. Pero la divergencia puede ser «obstativa» (cuando un testimonio contradice totalmente al otro; en cuyo caso se anulan recíprocamente), «cumulativa» (cuando los testimonios se complementan perfectamente: uno ha visto, otro ha oído, respecto al mismo acto), y «diversificativa» (cuando los testimonios coinciden en lo esencial y discrepan en los detalles). En los dos últimos casos, hay en realidad una acumulación de hechos fundamentalmente parecidos; en consecuencia, parece que habría que corregir el axioma eimericiense, ya que Eimeric no hace sino tomarlo de Gui Foucoi. ¿Por qué motivo? El testigo «singular» es por definición un testigo aislado, solo. Su palabra

vale tanto como la del acusado. ¿Cómo proceder en tal caso? El acusado que tenga en contra suya a un solo testigo —testigo íntegro, mayor, digno de crédito— no será condenado, sino torturado, y si no confiesa nada, tras haber sido atormentado convenientemente, se le absolverá.

40. *¿Puede el inquisidor mandar torturar a testigos para lograr que declaren la verdad o, por el contrario, para castigarles por haber prestado falso testimonio?*

La respuesta a las dos preguntas es afirmativa; aunque yo no hallo nada explícito al respecto en las instrucciones a los inquisidores, son competencias aceptadas en derecho común. No declarar, igual que prestar falso testimonio, equivale a poner obstáculos al ejercicio de la inquisición.

XVI. Hay que observar que si, para torturar al acusado, hace falta el consentimiento del obispo y del inquisidor, el inquisidor solo —o el obispo solo— pueden tomar la iniciativa de torturar al testigo.

León x concedió, a la Inquisición española, mediante un breve de fecha 14 de diciembre de 1518, el poder de entregar al brazo secular a los falsos testigos en el caso de un falso testimonio particularmente grave. También hay previstas penas muy graves, que alcanzan hasta la entrega del testigo al brazo secular, para aquel cuyo falso testimonio causa la exculpación de un culpable. Sin embargo, sobre los hijos y los descendientes de culpables de falso testimonio no recaerá la infamia como sucede con los descendientes de los condenados por delito de herejía: siempre es más grave la herejía que el falso testimonio.

41. *¿Tiene el inquisidor que hacer públicos los nombres de los testigos, delatores y acusados?*

Hay que reconocer que los soberanos pontífices no muestran unanimidad al respecto. Unos han decretado que en ningún caso deben publicarse los nombres, otros han previsto casos en los que habría que hacer públicos los nom-

bres. Aunque Bonifacio VIII ha establecido definitivamente:

«Ordenamos y establecemos —dice Bonifacio VIII— que si, teniendo en cuenta el poder de las personas acusadas, el inquisidor y el obispo juzgan que con la publicación de los nombres de delatores o testigos éstos pueden hallarse en grave peligro, no los publicarán. Pero si no hay especial peligro, se publicarán los nombres, como en las otras jurisdicciones.»

Sin embargo, que el inquisidor tenga cuidado con los múltiples significados del concepto de «poder». Que tenga en cuenta el peligro que representa el poder de la familia, del dinero o de la malevolencia, y verá que son muy raros los casos en los que pueden hacerse públicos los nombres de los delatores. ¡Y hablo por experiencia! Existe mucho más peligro en hacer públicos los nombres de los delatores de un pobre hombre (*alicui pauperi*) cuyos cómplices y amigos no son más que rebeldes y homicidas que lo único que pueden perder es la vida, que en revelar el nombre de los delatores de alguien generoso y rico.

En todos los casos la publicación del nombre pone al delator y a sus parientes en peligro de muerte o de actos graves de malevolencia (robo, etc.).

XVI. En jurisdicción inquisitorial, actualmente, no se publican en ningún caso ni en ningún sitio los nombres de los testigos ni de los delatores, por las evidentes razones citadas por Eimeric. Con esta práctica la Inquisición se aviene totalmente a lo establecido por los papas Inocencio IV (*Cum negotium fidei*) y Urbano IV (*Praecunctis*). Por su parte, los concilios de Béziers y Narbona han recordado esta práctica del silencio, añadiendo la prohibición formal de revelar las circunstancias tanto del testimonio como del delito, ya que por las circunstancias del testimonio el acusado podría descubrir, de deducción en deducción, la identidad del acusador.

También la Inquisición española prohíbe la publicación de los nombres (disposiciones de Sevilla, 1484).

¿Es esto despreciar lo establecido por el papa Bonifacio VIII? Claro que no. Bonifacio VIII previó que se publicaran los nombres cuando pudiera hacerse sin peligro para los delatores; y actualmente todo el mundo está de acuerdo en considerar que sigue existiendo tal peligro. Además, Pío IV anuló las disposiciones de Bonifacio VIII (*Cum sicut*) y ha precisado que la prohibición de publicarlos afecta por igual a nombres y apellidos.

Está claro que no hay que ceder en ningún caso a los ruegos, a las instancias, de un acusado que desea por encima de todo saber los nombres de sus acusadores para defenderse mejor. Si el acusado recurriese y fundara su apelación sobre este punto concreto, se desestimaría la demanda. Una excepción a esta regla general: una vez atribuida la culpabilidad al acusado, —y sólo entonces—, si éste lo pide, se le puede comunicar el contenido de las deposiciones de sus delatores, deposiciones de las que previamente se habrán eliminado cualquier indicación de lugar o tiempo, así como todo nombre de personas que pudiera servir al acusado para descubrir al delator (disposiciones de la Inquisición española, Sevilla, 1484). Por lo tanto está bien claro que en última instancia es la Inquisición quien con plena soberanía dirime esta cuestión de la publicación o del secreto. Las instrucciones madrileñas de 1561 prevén que, en el texto de la deposición que se lea al acusado, figuren únicamente como indicaciones concretas el año y el mes de la deposición, el lugar y la fecha del delito: esto basta para conceder al acusado la posibilidad de defenderse. Pero se trata de una indicación posible, no de una obligación.

H. Los expertos — Los abogados

42. *¿Puede el inquisidor pedir ayuda a ciertos expertos y solicitar de ellos orientación?*

Sí. El inquisidor puede solicitar las orientaciones de teólogos, canonistas y legistas. El inquisidor y el obispo les

someterán los documentos íntegros del expediente y se les comunicará el nombre de testigos, delatores y del acusado. No obstante, obispo e inquisidor pueden, si lo consideran útil, consultarles a título no oficial sin revelarles el nombre de los testigos, recordándoles que quedarían excomulgados en caso de violar la ley del secreto. También el inquisidor y el obispo están obligados a respetar esta ley del secreto que imponen a los demás.

I. Constituciones y estatutos inquisitoriales

43. *¿En materia de Inquisición, invalidan las constituciones apostólicas más modernas privilegios, indultos, de constituciones o disposiciones papales más antiguas?*

No. Salvo, claro está, en puntos concretamente corregidos en las constituciones más modernas.

44. *¿Posee el inquisidor, junto con el obispo, poder para interpretar las disposiciones pontificias asimiladas contra los herejes, cuando los textos presentan cierta ambigüedad? En caso afirmativo, ¿tiene poder el inquisidor para interpretarlas solo sin ayuda del obispo?*

Si. Fueron nuestros señores los papas Inocencio IV y Alejandro IV quienes concedieron a los obispos y a los inquisidores este poder de interpretación. Además Alejandro IV confirió al inquisidor el poder de interpretar a solas.

XVI. No veo en qué texto pontifical se apoya Eimeric para proclamar esa potestad de interpretación atribuida al inquisidor solo: me parece infinitamente más prudente reservar este poder al inquisidor y al obispo conjuntamente.

J. Sospechosos — Difamados

45. *¿Están obligados a abjurar los sospechosos de herejía?*

En todos los casos.

46. *¿Hay que imponer a todo difamado de herejía una purgación canónica?*

Sí, sin excepciones.

K. Herejes penitentes

47. *¿Puede el inquisidor liberar bajo fianza a un hereje?*

Claro que no. El que ha sido detenido por herejía, o confiesa los hechos o no los confiesa. Si confiesa pero no se considera culpable, es impenitente, y, como tal, debe ser entregado al brazo secular para que le ejecuten. Si se confiesa culpable, es un hereje penitente y, como tal, se le condena a prisión perpetua, por consiguiente no se le puede liberar bajo fianza. Si no confiesa, hay que entregarlo al brazo secular por impenitente para que le ejecuten.

XVI. Las razones de Eimeric son perfectamente pertinentes. Pero si de todas formas se desea salvaguardar el principio de la posibilidad de liberar bajo fianza a un hereje impenitente, hay que tener en cuenta ciertas reglas:

a) No se liberará bajo fianza al penitente que haya sido condenado a castigos físicos, pues entonces se los tendría

que imponer él mismo, lo que es absurdo si recordamos el principio general de que nadie es dueño de sus propios miembros.

b) No se libera bajo fianza si no es mediante el pago de cierta suma de dinero (y esto, aunque la sentencia prevea o no penalización monetaria, aparte de la condena perpetua).

c) Consecuencia directa de la regla anterior: quedarán excluidos de toda posibilidad de libertad bajo fianza los siervos y otros villanos que, por definición, no pueden pagar nada.

Deberíamos concluir que, si se entiende por fianza una suma de dinero cuya cuantía determina el inquisidor, deberán poder beneficiarse de la libertad bajo fianza todos los penitentes —salvo los siervos y los villanos— que no hubieran sido condenados por otra parte a castigos físicos. ¿Pero sería ello una práctica conforme a la Inquisición? Lo dudo. Y además, ¿sería justo el dejar pudrirse en la cárcel a los penitentes pobres, y sólo a ellos, so pretexto de su incapacidad para pagar una fianza?

Y a la inversa, muchos inquisidores a los penitentes ilustres ni siquiera los encarcelan, sino que les asignan residencia en una casa, hasta en un castillo. En otros casos se prohíbe al penitente que se aleje de la ciudad y de sus arrabales.

48. *¿Puede un condenado a perpetuidad beneficiarse de una conmutación de la pena?*

Sí. El inquisidor y el obispo poseen conjuntamente el poder de convertir en pena temporal la prisión perpetua.

XVI. En España los inquisidores tienen que solicitarlo al Senado inquisitorial.

49. *¿Pueden el inquisidor y el obispo considerar impenitente y relapso al condenado a una pena de cárcel y a ciertos impenitentes que no se sometan a las penitencias*

y se fuguen de la prisión? En caso afirmativo, ¿pueden proceder contra ellos?

Sí, pueden, pues con toda evidencia les compete comprobar si el condenado cumple todos los elementos de la sentencia. Tienen poder para aliviar las penas, pero también para aumentarlas. Como la evasión equivale a la impenitencia, así como el no cumplimiento de una parte de la sentencia, los presos que sean culpables de uno de estos delitos serán condenados por impenitentes.

L. Impenitentes — Relapsos

50. *¿Deben ser entregados los herejes impenitentes al brazo secular por el obispo y el inquisidor inmediatamente después de su detención?*

Sí, a menos que el impenitente o el relapso, inmediatamente después de su detención, implore el perdón a su obispo y acepte abjurar en público y cumplir la penitencia que se le imponga. Si el detenido es un sacerdote, previamente se le degradará y se le privará de toda dignidad y beneficio eclesiástico. No obstante, en derecho, no debe tomarse el término «inmediatamente» en el sentido estrictamente gramatical: se puede retener en la cárcel al hereje impenitente durante días, incluso meses, para solicitarle y exhortarle a que se arrepienta y vuelva al seno de la Iglesia.

51. *¿Debe ser entregado el hereje penitente y relapso al brazo secular para sufrir el último suplicio?*

Sí, y sin que pueda beneficiarse de otro proceso.

XVI. La Iglesia no perdona al penitente relapso por un motivo muy claro: recaer es confesar que uno no se había

convertido sinceramente. El delito reiterado (*geminatus actus pravus*) es particularmente grave, dicen los juristas; por lo tanto, es totalmente justo que la Iglesia considere a los relapsos como inútiles, siempre infectos de herejía y, como tales, dignos de ser expulsados definitivamente y entregados al brazo secular.

¿Qué se hace con el relapso que arrepentido se entrega espontáneamente? Es una pregunta que ya hemos examinado anteriormente.

52. *¿Se pueden administrar los sacramentos al relapso que los solicite humildemente antes de entregarle al brazo secular?*

No se le pueden negar la penitencia y la eucaristía.

XVI. Santo Tomás —y con él todos los teólogos— precisa que en ningún caso se debe administrar el sacramento de la extremaunción al condenado.⁶

M. Multas y condena a las costas

53. *¿Aparte de las penas ordinarias, puede el inquisidor imponer penas pecuniarias?*

Sí, a condición de que se destinen a cubrir los gastos de la Santa Inquisición o de otra causa piadosa. El inquisidor

6. Santo Tomás, y con él todos los teólogos, hacen gala de humor ya que el sacramento de la extremaunción ejerce efectos terapéuticos a nivel somático, si se nos permite expresarnos así (Epístola de Santiago, 5, 14-15): «¿Alguno de vosotros está enfermo? Que llame a los presbíteros de la Iglesia y que ellos imploren sobre él después de haberle ungido con aceite en nombre del Señor. La oración y la fe salvarán al paciente y el Señor le hará levantarse». En primer lugar, el relapso está sano, ni siquiera ha sufrido tortura, por consiguiente ¿para qué ungirle? En segundo lugar, supongamos que se le administra la extremaunción y que, de buenas a primeras, «el Señor le hace levantarse»: habrá que perseguir al Señor por poner obstáculo al ejercicio del Santo Oficio de la Inquisición. Y ya sabemos a dónde conduce eso...

puede imponer también peregrinaciones, oraciones, limosnas.

La bula *Nolentes* excomulga al inquisidor que, escudándose en el interés de la Inquisición, usurpe bienes, pero no prohíbe la aplicación de penas monetarias en beneficio de la Inquisición.

Igual que Gui Foucoi, propongo que las sumas que se recojan de este modo vayan directamente a manos del inquisidor y no caigan en poder de obispos de puño cerrado y bolsa estreñida (*praelatorum tenaces manus et marsupia constipata*).

XVI. Estas sumas se destinarán a la construcción de iglesias, a limosnas para los pobres, a dotar a las vírgenes pobres en peligro de prostituirse por librarse de la miseria y, sobre todo, al oficio de la Inquisición, pues no hay más noble causa ni Institución más útil al Estado que la Inquisición. El inquisidor debe disponer de mucho dinero pues tiene que gastar mucho en operaciones policíacas y en la manutención de presos. Se percibirán multas de aquellos penitentes que vuelven al seno de la Iglesia y no de los impenitentes o relapsos, ya que los bienes de éstos se confiscan. Los inquisidores condenarán igualmente al pago de sumas de dinero a quienes se expresan como herejes, tanto en el juego como por excesos de cólera, o por jactancia idiota o pura ignorancia, pues no se les puede dejar totalmente impunes. También se exigirán sumas de dinero a penitentes especialmente avaros, pues de este modo se les castigará en lo que más estiman.

No es seguro que a los clérigos penitentes se les deba condenar a pagar una multa, no sea que así se disminuya el patrimonio de la Iglesia.

Fue Alejandro IV quien en su admonición *Super extirpatione* concedió a los inquisidores facultad para recaudar dinero de esta manera. Los inquisidores deben moderar su celo en aplicar este tipo de pena, pues nada sería tan nefasto como la acusación pública de avaricia y lucro.

54. ¿Puede el inquisidor condenar, al pago de los gastos jurídicos al que acaba de condenar?

Muy evidentemente y todas las veces que su propio salario no le permita cubrir los gastos de la justicia, es decir siempre. Efectivamente, nadie está obligado a «militar» a expensas propias (*nemo cogitur suis stipendiis militare*). ¿No son los inquisidores jueces delegados? Recordemos lo que escribió Raimon de Penyafort al respecto:

«Los jueces, ¿deben recibir algo de las partes? Yo contesto que los jueces ordinarios —los obispos— nada tienen que pedir a las partes; a ellos compete solicitar rentas necesarias a su dignidad y al ejercicio de su función. Por lo tanto los obispos, en su condición de jueces ordinarios, atenderán personalmente los gastos de su propio tribunal. Sin embargo, el juez (delegado o no) tendrá potestad para aceptar el pago de sus honorarios, si se los ofrece espontáneamente alguien ajeno a las dos partes. ¿Honorarios de qué cuantía? Es difícil determinarlo. No aceptar nada es inhumano. Aceptar demasiado es despreciable. Coger todo es avaricia. El juez delegado exigirá la devolución de sus gastos, sobre todo si es pobre y tiene que desplazarse para instruir el proceso.»

XVI. La condena a las costas debe entenderse en un sentido amplio. De este modo, el acusado tiene que cubrir, aparte de los gastos del tribunal propiamente dicho, los gastos de escolta y guardia —si ha habido que conducirlo bajo vigilancia desde el lugar de detención hasta la cárcel—, los gastos de su propia subsistencia en la cárcel, etc. La Inquisición española ha dispuesto (Madrid, 1561) que se retenga, a tal efecto, de los bienes incautados al acusado, una cantidad de oro suficiente para subvenir a todos estos gastos de detención y encarcelamiento; si el acusado no dispone de la cantidad de oro necesaria, la Inquisición vende una parte de sus bienes que equivalga a la cantidad necesaria. No conozco ninguna inquisición,

fuera de la española, que haya promulgado tan prudentes disposiciones, y es lástima.

¿Pero el salario propiamente dicho, quién debe pagárselo al inquisidor?

A los inquisidores españoles les paga el Tesoro Público. En Italia y en otros países, en los que los inquisidores son más pobres, también debería hacerse cargo el tesoro. ¿No se paga a los gramáticos y a los médicos, a los profesores y a los que ejercen las artes liberales? ¿Pero los Estados no pagan a los inquisidores, que les sirven mucho mejor que aquéllos! El Egipto idólatra pagaba del erario público a los sacerdotes idólatras, ¡y las repúblicas cristianas no quieren pagar a los censores de la fe mediante los cuales se mantiene intacta la religión y se evita la corrupción de la fe!

Si el Estado no subvenciona las necesidades de la Inquisición compete al obispo hacerlo.

También se plantea la cuestión de los «honorarios» que debe aceptar el inquisidor. Aunque el derecho canónico no prohíbe a los jueces delegados aceptar honorarios, incluso vituallas, sería de suma prudencia que los inquisidores no aceptasen nada de los acusados —¡sería muy sospechoso!— ni de sus consanguíneos o amigos. Que sigan ejemplo de Catón, de quien sabemos —si damos crédito a Isidoro de Sevilla (*Etimologías*, 20, 3)— que no aceptaba regalos ni ofrendas de nadie cuando era enviado a provincias. Por su parte la Inquisición española prevé la excomunión de cualquier ministro de la Inquisición que acepte honorarios u ofrendas y de cualquiera que, conocedor de la transgresión de alguien a esta regla, no informe a las autoridades inquisitoriales (*Instrucciones Inquisitoriales*, 1484). Son disposiciones de extrema prudencia, conformes en todo a lo que dice el Éxodo (c. 23): «Los regalos ciegan a los prudentes y pierden a los justos.»

55. ¿Debe el inquisidor dar cuenta al obispo de la condena a las costas de un culpable?

No. Benito XI dispensa a los inquisidores de rendir cuentas a nadie salvo a la Santa Sede.

XVI. Siendo la autoridad del inquisidor, en su propio ámbito, superior a la del obispo, sería absurdo, efectivamente, que el juez delegado tuviera que dar cuentas al ordinario.

56. *¿Puede el obispo condenar al pago de costas, como el inquisidor, o puede reservarse una parte de los bienes destinados a la Inquisición?*

No. Benito XI se lo prohíbe expresamente.

57. *¿De dónde debe el inquisidor sacar el dinero necesario para sus propios gastos y los salarios de notarios y otros oficiales de la Inquisición?*

Pregunta odiosa y, sin embargo, de sumo interés para el bien de la Iglesia y de la fe. Odiosa pregunta, a la que han prestado atención Urbano V y Gregorio XI y que un consistorio ha estudiado en profundidad y en detalle. Odiosa pregunta a la que no se ha podido aún dar una respuesta unánime.

Algunos piensan que corresponde al obispo proveer a todos los gastos del inquisidor. Los partidarios de esta opinión alegan que corresponde a los obispos sembrar la fe y extirpar la herejía de sus diócesis: ellos deben preservar su iglesia, su pueblo, del error, ellos deben subvenir a las necesidades de la Inquisición. Tal parece haber sido la opinión de Benito XI y de Urbano V, opinión a la que todo el mundo hace referencia, al menos de palabra. Pero cuando se trata de aplicar este principio, raros son aquellos cuyos actos se ajustan a él.

Otros consideran que corresponde a los señores temporales subvenir a las necesidades del inquisidor. Los señores, ¿no se aprovechan de la confiscación de bienes de los herejes condenados por los inquisidores? Luego es justo que los que aprovechan las ventajas acepten los inconvenientes. Éste era su razonamiento. Era una posición defendible cuando los herejes eran legión. Pero actualmen-

te la herejía ha sido erradicada en todas partes, de tal modo que quedan pocos herejes empedernidos, los relapsos son raros y los relapsos ricos rarísimos (los beguinos, los *fraticelli*, los valdenses no tienen grandes fortunas). El resultado es que hoy, los señores temporales sacan muy poco de las confiscaciones y, en consecuencia, ya no quieren hacerse cargo de las necesidades de la Inquisición. Hay otros que piensan que los inquisidores deben ganar su subsistencia de las condenas que ellos mismos dictan. Sería justo, sin duda, pero semejante práctica sería perjudicial para el Santo Oficio; por lo tanto hay que descartarla y optar por otras soluciones.

Finalmente hay otros que han propuesto otras soluciones, quizá mejores, pero difícilmente realizables, por lo que se han desechado.

Concluyamos diciendo que se ha descuidado mucho esta cuestión de salarios y gastos del inquisidor que, sin embargo, es capital para la Iglesia de Dios.

XVI. Efectivamente es capital la cuestión que nos plantea Eimeric. Se trata, en verdad, de proteger, de favorecer la causa más noble, más grande y más piadosa: se trata de la protección, de la consolidación y de la implantación en todo el orbe de esta institución de derecho divino que es el Santo Oficio de la Inquisición. ¿Cuántas ciudades de Europa se hallarían hoy miserablemente inmersas en el desorden si sus magistrados, en tiempos pasados, no hubieran secundado a la Inquisición para luchar contra la herejía y ahogarla? ¡No es necesaria afirmación más clara que ésta para convencer a cualquiera a sofocar la herejía en cuanto se manifiesta, a arrancarla en cuanto se afianza! Ésa es primordialmente la tarea del inquisidor, y es perfectamente normal que Eimeric inquiera aquí sobre los medios de que disponen los inquisidores para cumplir su misión.

A este respecto, la doctrina pontificia que dispone que los obispos se hagan cargo de las necesidades de los inquisidores me parece particularmente clara. A tal punto, que, en mi opinión, los obispos que no la respeten cometen un grave pecado.

Por el contrario, no veo quiénes son esos doctores que

sostienen que corresponde a los señores temporales subvenir a las necesidades del inquisidor. Sin embargo, observo que el autor del *Repertorium* la hace suya pues transcribe, bajo la rúbrica «salario», toda esta parte del *Manual* de Eimeric. Es una opinión conforme en todo a la verdad, y esto independientemente de que los príncipes puedan o no hacer confiscaciones. Se trata de la salvaguardia de la fe y, como escribió también Adriano VI al duque Federico de Sax hablando de Lutero, la primera obligación de un príncipe es promover la fe y defenderla, pues nada hay que garantice mejor la integridad y la continuidad de los reinos que una fe bien defendida, y una religión bien enraizada. Nicolás I, en su carta al emperador Miguel, decía también que la degradación de la fe y la propagación de la herejía conllevan la ruina de las naciones.

Pero a mi vez propondré una solución que me parece muy viable: bastaría con reservar para la Inquisición, en todas las ciudades en que existe, una fundación, un beneficio (una canongía honoraria, por ejemplo) o varios, cuyas rentas y usufructos revirtieran al inquisidor quien los administraría para propio sustento y de su tribunal. De este modo podrían deducirse de dicho beneficio o fundación rentas anuales que se destinaran al mismo fin. Me parece que esto no debería ser difícil, aunque otros pueden tener otras ideas y desearía que las expusieran.

N. Confiscación

58. *¿Deben el inquisidor y el obispo considerar confiscados ipso facto los bienes de los laicos herejes penitentes no relapsos?*

Depende. Los que se arrepienten antes de la sentencia por la cual se les habría entregado al brazo secular conservan sus bienes. Por el contrario, se confiscan, *ipso iure*, los bienes de los que únicamente se arrepienten después de la sentencia de condena. Los bienes de éstos pasan a ser

propiedad de la autoridad civil, a menos que, por generosidad, ésta se los devuelva.

En los países en los que la Iglesia ostenta también la autoridad temporal se venden en público los bienes confiscados para que de ningún modo puedan volver a ser propiedad del condenado. En los demás países el inquisidor conmina a las autoridades civiles para que procedan de igual modo bajo pena de censura eclesiástica. Los bienes confiscados no pueden devolverse al condenado (salvo si el condenado, al arrepentirse sinceramente, suscitara la conmiseración): la pena temporal tiene que triunfar en donde la disciplina eclesiástica ha fallado.

Quien se arrepiente antes de ser entregado por impenitente al brazo secular salva la vida, ya sabemos, por pura misericordia. También por pura misericordia conserva sus bienes. Éste, efectivamente, abjura y por ello no se entregan sus bienes al fisco.

Pero es una cuestión difícil cuyo estudio corresponde a los señores temporales más que a los inquisidores, ya que son los señores quienes confiscan, no la Inquisición. A pesar de todo, me ha parecido útil examinar rápidamente el asunto.

XVI. Antes de la Inquisición *delegata*, la sentencia de confiscación la pronunciaban las autoridades eclesiásticas en los sitios en que detentaban también el poder temporal; en los demás sitios la autoridad civil. Pero actualmente es siempre la autoridad inquisitorial quien pronuncia esta sentencia, lo que es conforme al derecho: si la autoridad inquisitorial juzga, le corresponde dictar sentencia.

Es útil deducir cuatro conclusiones de toda esta parte:

- a) El hereje no relapso y penitente conserva sus bienes.
- b) El hereje que se arrepiente tras la sentencia de entrega al brazo secular pierde sus bienes. Si se arrepintiese no los recuperaría, salvo disposición contraria de la autoridad temporal.

7. Entiéndase: se venden en subasta, ya que el confiscado no puede, naturalmente, optar a la menor oferta para recobrarlos.

c) El hereje que se arrepiente antes de la sentencia de entrega al brazo secular conserva sus bienes.

d) Los bienes de los herejes laicos pertenecen a la autoridad temporal.

Conviene examinar más en detalle estas conclusiones, a la luz de las discusiones de los doctores sobre el problema de la confiscación.

Digamos de entrada, respecto a las tres primeras conclusiones, que el hereje, se arrepienta o no, y lo haga antes de la sentencia o después, *ipso facto vel ipso iure*, pierde sus bienes. Así lo estipula el derecho moderno. Sobre esta cuestión ha caducado el derecho antiguo en que se basa Eimeric; y, en este sentido, no cabe considerar si el hereje ha permanecido poco o mucho tiempo en el error. Yo estoy completamente en desacuerdo con Eimeric cuando pretende que hay que devolver los bienes al hereje que se arrepiente después de ser entregado al brazo secular. ¡Vamos! ¿Por qué va a beneficiarse semejante individuo, culpable de semejante infamia, de una doble gracia, salvando la vida y conservando los bienes? ¡Tal hereje es indigno de tanta bondad!

Conviene plantear una última pregunta: ¿tiene el hereje no denunciado y no convocado, en conciencia o bajo pena de pecado mortal, que ofrecer sus bienes al fisco (*bona sua omnia offerre fisco*)? Muchos doctores opinan que el hereje queda obligado en conciencia, en su fuero interno. Pero la opinión contraria de los que sostienen que nadie está obligado a autocastigarse parece más verosímil; sin contar que, si esta obligación particular fuese reconocida en derecho o en teología, se opondría al derecho natural según el cual nadie puede ser juez y parte al mismo tiempo.

Pero volvamos a lo esencial (la confiscación en sí) y veamos lo que prevé el código al respecto. En tiempos

8. ¿Cabe precisar que aquí, en esta cuestión vital de la confiscación, es el único punto en que la edición romana no habla de «desuso», sino simplemente de derecho antiguo «caduco» en beneficio del derecho moderno? Por otra parte habrá advertido el lector a lo largo del texto una fluctuación innegable del derecho inquisitorial, no en la práctica de la multa y la confiscación, sino en la justificación de esta práctica.

pretéritos estaba previsto que los bienes de que se desposeía al hereje se convertían en propiedad de los hijos o de los parientes más cercanos en línea directa si eran católicos. En ausencia de descendientes directos o de parientes colaterales, los bienes pasaban a ser propiedad del fisco. Pero muchos siglos después, las leyes promulgadas por Federico I en 1220 estipulaban que «todos los herejes de uno y otro sexo quedaban marcados por la infamia y desposeídos de sus bienes que nunca podrían recuperar y de los que en ningún caso se beneficiarían sus descendientes», ya que es una falta mucho más grave ofender a la majestad divina que a la majestad del soberano. Y esto es en todos los aspectos conforme al derecho civil: ¿Se alegrará tal vez que el crimen de herejía es de índole puramente eclesiástica? Recordemos que se estableció que las leyes eclesiásticas promulgadas sobre este tema quedan perennemente salvaguardadas en todas partes. La confiscación de bienes figura entre las penas establecidas por la ley eclesiástica: por lo tanto cualquiera debe aplicarla bajo pena de ser acusado de desobediencia a la Muy Santa Iglesia romana.

He aquí las disposiciones papales en materia de confiscación de bienes.

Inocencio III decretó, en 1199 y 1200, la confiscación de bienes de los herejes —conforme a lo ya previsto en las leyes civiles— en beneficio del fisco eclesiástico en las tierras de la Iglesia, y en beneficio del fisco civil en las tierras del Imperio, precisando que así se hiciera a pesar de que existan descendientes católicos de los confiscados. Estas disposiciones fueron establecidas en 1225 por el concilio de Letrán bajo el pontificado del mismo Inocencio III.

En la constitución *Ad extirpandam* del año 1252, Inocencio IV confirmó las disposiciones anteriormente citadas en materia de confiscación y «ordenó» que los bienes confiscados de este modo se atribuyan en partes iguales: a) a la ciudad en que se produce la condena; b) a la Inquisición local, y c) a un depósito común del inquisidor y del obispo para funcionamiento del tribunal inquisitorial.

Alejandro IV a su vez confirmó en su constitución *Ad extirpandam*, promulgada en 1259, las disposiciones de su antecesor Inocencio IV. Pero en 1260, en su constitución

Discretioni vestrae, Alejandro IV autorizó a los hermanos de San Francisco de la provincia romana a poner en venta los bienes confiscados y a reservar el beneficio para la Iglesia romana.

Clemente IV, sucesor de Alejandro IV, restableció las disposiciones de Inocencio IV y Alejandro IV: división de los bienes confiscados en tres partes, etc.

Bonifacio VIII, en 1295 (*Cum secundum leges*), declaró que los bienes de los herejes condenados quedaban confiscados de pleno derecho; prohibió a los señores temporales tomar posesión de ellos antes de que los jueces eclesiásticos pronunciaran la sentencia.

Clemente V, en su constitución de 1306, durante el concilio de Viena, «ordenó» que se tenga cuidado en no entregar al fisco los bienes de la Iglesia so pretexto de confiscación de bienes de un clérigo hereje.

Éstos son los textos más notables al respecto. Son claros y no se entiende por qué habrían de transgredirse.

¿Pero a qué se debe ese tercio para el fisco civil? Es justo, ya que las autoridades civiles colaboran en la extirpación de la herejía y el sostén del tribunal: por lo tanto se les entrega el tercio, y aún más, si el papa lo dispusiera o simplemente lo tolerara. Tomemos el caso de España: los bienes de los herejes pasan a ser propiedad del fisco, y es justo, ya que nuestra católica majestad no sólo ha llegado a constituir en el seno de la curia real un Senado del que forman parte hombres de insigne saber que estudian todas las causas de herejía que se instruyen en el país, sino que aun subvenciona, y con qué generosidad, las necesidades de todos los inquisidores delegados y de sus colaboradores. Por lo tanto es justo que se le entregue una parte de los bienes confiscados a los herejes.

Por el contrario, no veo por qué habría que entregarse un tercio de los bienes confiscados a la autoridad civil cuando ésta descuida totalmente la subvención de las necesidades de la Inquisición. Y esto sucede actualmente en casi todas partes. Es equitativo y conforme al derecho natural, que no perciba ningún beneficio de una sentencia quien no haya participado en la persecución en modo alguno. En cuyo caso, los bienes confiscados deben revertir

íntegramente en beneficio de la Inquisición. Ésta es mi opinión. Pero admito también que estos bienes confiscados podrían destinarse a otras buenas causas, siguiendo el ejemplo de los reyes Fernando e Isabel que destinaron a financiar la guerra contra los moros de Granada la mayor parte de los bienes confiscados a los herejes, o del propio papa que autorizó a los franciscanos de la provincia romana a vender los bienes confiscados en beneficio de la Fábrica de la Iglesia romana. En resumen, corresponde al papa —reclame o no ese derecho— disponer como bien le parezca de la mitad de los bienes confiscados en beneficio de la Cámara apostólica. Recordemos que el papa posee además potestad no sólo para castigar a los simples laicos culpables de herejía, sino también para desposeer a los príncipes.

Finalmente, el obispo confiscará los bienes de los herejes en su propio beneficio en los sitios en que aún no haya tribunal inquisitorial, quedando exento de entregarlos a la curia romana.

59. *¿Debe hacerse, en caso de confiscación, una excepción con la dote de la esposa católica del hereje condenado?*

El papa Inocencio IV estableció que la dote de la esposa no debe confiscarse. A menos, creo yo, que la esposa haya sabido antes del matrimonio que su marido era hereje.

60. *¿Quedan los bienes de clérigos herejes impenitentes o reincidentes entregados al brazo secular, confiscados ipso facto en beneficio de la Iglesia o del obispo?*

Naturalmente! Se confiscan en beneficio de la curia de la que constituían prebendas.

XVI. También se confiscan los bienes que éstos hubieran obtenido tanto de un beneficio como de eventuales cargas parroquiales, o del ejercicio de un oficio.

O. No habilitados

61. *¿Puede el inquisidor, de acuerdo con el obispo o su vicario, desposeer —o declarar desposeídos— a los herejes, sus fieles, a quienes les alberguen o favorezcan, a sus hijos y nietos, de toda dignidad, honores, beneficios eclesiásticos y de todas las funciones públicas?*

Sí, conforme a lo establecido y confirmado por la autoridad papal. No obstante está claro que esta desposesión sólo afecta a los herejes impenitentes y no a los penitentes.

62. *¿Deben quedar desposeídos los fieles, los defensores de herejes y sus descendientes hasta la segunda generación, de todo beneficio eclesiástico y de toda función pública por el inquisidor y el obispo, o quedan desposeídos ipso facto?*

Desposeídos *ipso facto*, conforme a lo establecido por el papa Alejandro IV.

XVI. Hay muchos que consideran injusto el castigo de los hijos por delitos de los padres. Olvidan que la pena de desposesión de los hijos puede evitar que más de un padre caiga en la herejía: el amor paterno es tan bello, tan noble, que los padres muchas veces temen más por sus hijos que por sí mismos.

Pero aquí se plantea otra pregunta —y no menos importante—: ¿de qué hijos se trata? ¿Qué hijos quedan *ipso facto* imposibilitados para cualquier oficio o beneficio? Pues hay hijos legítimos e hijos naturales, hay los bastardos, los adulterinos, los incestuosos. Contestaré con dos palabras: los ilegítimos, de la clase que sean, son tan ineptos como los otros. A este respecto todos los juristas se muestran unánimes, y el motivo está claro: si fuera cierto

lo contrario, más valdría ser hijo ilegítimo que legítimo, lo que es absurdo. Por el contrario, cabe preguntarse sobre otro aspecto del problema: ¿la inhabilitación afecta a todos los hijos del hereje por igual, o solamente a los concebidos después del delito de herejía? Hay doctores que han pretendido que a los hijos concebidos antes del delito del padre no les afecta la inhabilitación, pero la mayoría opina que todos los descendientes son inaptos. Me parece más válida esta opinión, más razonable, más conforme a las consideraciones sugeridas anteriormente sobre el amor paterno y el papel de este sentimiento para mantener a los padres en la fe católica. Los padres aman por igual a todos sus hijos, luego es justo que su pecado cause iguales consecuencias sobre todos los hijos.

63. *¿Se transmite la inhabilitación por línea paterna únicamente, o por línea paterna y materna?*

Se transmite hasta los hijos por línea paterna y materna, hasta los nietos por línea paterna solamente, conforme a lo establecido por los papas Alejandro IV y Urbano IV.

64. *¿Los súbditos quedan desvinculados de toda obligación de fidelidad para con su señor si éste cae manifiestamente en la herejía?*

Sin duda alguna. Está escrito, efectivamente: «Quedan libres de todo deber de fidelidad, de toda dependencia, aquellos cuyo señor caiga manifiestamente en la herejía.»

XVI. Como el hereje queda *ipso facto* desposeído de todos sus derechos, ni que decir tiene que ya no cuenta con ningún medio para obligar jurídicamente a sus subordinados, súbditos o fieles. Pero vamos a examinar con más detalle las principales consecuencias de esta ruptura del vínculo de fidelidad:

a) No hay que restituir lo que el hereje hubiera pres-

tado, ya que los bienes del hereje pertenecen por definición al fisco.

b) La mujer católica ya no está obligada a sus deberes matrimoniales con su cónyuge hereje, y a la inversa, pues, por el hecho de la herejía del marido, la mujer queda liberada de esta servidumbre, y a la inversa. Sin embargo, los cónyuges no tienen derecho a copular con otras personas, pues no se rompe el vínculo del matrimonio.

c) Los guardias de los ejércitos, de los castillos, de los pueblos, o de las ciudades, no tienen obligación de restituirlos al señor hereje ni de guardarlos en nombre suyo.

d) El vasallo, incluso obligado por juramento religioso al vasallaje, queda libre del juramento *ipso facto* por la herejía del señor.

e) Los siervos, los libertos y los servidores también quedan *ipso facto* libres de todo vínculo y obligación para con el señor hereje. Algunos doctores opinan que los siervos no quedan libres, sino que se convierten en propiedad del fisco igual que los demás bienes del hereje. Yo matizaré un poco este extremo: si los siervos son cristianos, yo los consideraría libres debido a la herejía de su dueño, conforme a las instrucciones sevillanas de 1483, capítulo 24, que dicen:

«El rey y la reina, haciendo gala de humanidad y clemencia, decidieron liberar a todos los siervos de herejes que resultaran cristianos. Los otros, los no católicos, pasaron a ser, naturalmente, propiedad del fisco.»

El señor hereje y penitente a quien se le hubieran confiscado los bienes y liberado los siervos católicos, no recuperaría éstos si, por misericordia, volviera a tomar posesión de sus bienes, ya que en ningún caso el liberto puede volver a caer en la servidumbre. ¿Y qué sucede con los siervos catecúmenos de un señor culpable de herejía? En mi opinión, deberían ser liberados, pues los catecúmenos son ya miembros del cuerpo de Cristo por su devoción y su apego a la Iglesia. Queda por examinar el caso de los siervos infieles que denunciasen la herejía de sus amos: ¿éstos se convertirían en propiedad del fisco o serían libe-

rados en pago a su delación? Si su móvil, al denunciar al amo, fuese loable, habría que liberarlos, tanto más cuanto que su liberación los predispondría especialmente a convertirse a la fe católica.

Recordemos para terminar que el hereje arrepentido y, en consecuencia, admitido de nuevo en el seno de la Iglesia, no recupera por ello ninguno de sus derechos, funciones, bienes, etc., que hubiera perdido *ipso iure* por el hecho de la condena.

65. *¿Puede el inquisidor obligar a los herederos de un hereje difunto o de un protector o defensor de la herejía a asumir las penas y penitencias que el difunto habría debido sufrir por su crimen?*

Depende. Si el acusado muere antes de que el inquisidor haya podido imponerle penitencia, no se puede imponerla a los herederos del acusado.

Si se trata de una penitencia impuesta no cumplida que afecta personalmente al acusado (oraciones, ayunos, peregrinación, etc.), sus herederos no tienen por qué asumirla.

Si la penitencia no concerniera directamente a la persona y consistiera en cumplirla con bienes materiales (por ejemplo, construcción de un hospital), los herederos están obligados a cumplirla.

Si los bienes del acusado, muerto después de la sentencia y antes de cumplir la penitencia, han sido confiscados, siguen confiscados, y sus herederos, obligados a cumplir el castigo, no quedan excluidos del beneficio de sucesión. Todo esto conforme a las disposiciones de los papas Urbano IV y Alejandro IV.

66. *Se ha acusado a un difunto de haber solicitado, en el umbral de la muerte, el «consuelo» o la imposición de manos de herejes. Los hijos y los herederos del difunto*

quieren declarar y demostrar que el difunto no estaba en sus cabales cuando solicitó el «consuelo»: ¿puede el inquisidor aceptar este testimonio?

Si el difunto estuvo en vida difamado o fue sospechoso, y si se sabe además que estaba en posesión de sus facultades cuando solicitó el «consuelo» se rechazará el testimonio. En los demás casos, el inquisidor puede aceptar testimonios de descargo, pero no de la esposa, ni de los hijos, ni de los herederos del difunto. Sólo se aceptará el testimonio, en este caso, de creyentes sinceros y fervientes.

XVI. Es evidente que estas conclusiones deben aplicarse al pie de la letra a las herejías de nuestro tiempo, aunque Eimeric sólo se refiera a los cátaros. Pedir *in articulo mortis* la ayuda, el consuelo, hasta los «sacramentos» de musulmanes o de judíos, es signo manifiesto de adscripción a la herejía. Actualmente también lo es el hecho de solicitar la asistencia, la ayuda, el consuelo de luteranos o calvinistas, o de otros herejes contemporáneos.

Que el inquisidor sea prudente, no obstante, en la condena de un difunto por esta clase de delitos. Las consecuencias de la condena son graves. Que no olvide el inquisidor que muchas veces a la hora de la muerte la razón flaquea; que tenga, pues, en cuenta un posible delirio, la edad del moribundo, etc. Y que no omita solicitar la opinión de los médicos y los expertos en la materia.

P. Excomunión

67. *¿Quedan excomulgados de pleno derecho los herejes y quienes, de algún modo, les escuchan, siguen, protegen? ¿Y si se arrepienten, puede el inquisidor levantarles la excomunión?*

Sí, se les excomulga de pleno derecho y el inquisidor tiene potestad para levantarles la excomunión si se arrepienten.

Q. Indulgencias

68. *¿Puede el inquisidor conceder indulgencias al pueblo y al clero que acuda a sus sermones?*

Sí. Puede conceder a los asistentes veinte o cuarenta días de indulgencia, y esto siempre que lo crea oportuno, conforme a los poderes delegados a los inquisidores por los papas Clemente IV, Alejandro IV y Urbano IV.

XVI. Más tarde, otros papas han concedido a los inquisidores potestad para conceder otras indulgencias. Como las nuevas se suman a las antiguas, juntando las indulgencias concedidas por los diversos soberanos pontífices, ¿puede el inquisidor conceder hasta quince años de indulgencias? Algunos doctores así lo creen. En realidad, los papas han confirmado las antiguas indulgencias sin añadir otras. Es lástima, ya que, efectivamente, sería buena cosa que, en beneficio de la fe, Su Santidad las acumulase para inducir aún más a los fieles a colaborar con el inquisidor.

69. *¿Posee poder el inquisidor para conceder indulgencia a sus hermanos de religión y a su notario?*

No. El inquisidor no tiene este poder, pero a sus ayudantes y a sus notarios les concede el papa tres años de indulgencia mientras están en funciones, y todos los pecados les son perdonados por indulgencia plenaria si mueren en acto de servicio. Así ganan la indulgencia papal quienes de un modo u otro, de cerca o de lejos, colaboran en la tarea de la Inquisición (Urbano IV, Gregorio IX, Clemente IV).

XVI. Aunque en los textos pontificios a que se refiere Eimeric no se halle mención explícita de quienes escriben

en contra de la herejía, parece evidente que deben beneficiarse de las mismas indulgencias que los que colaboran con la Inquisición persiguiendo la herejía. Sería justo que Su Santidad se dignase concederles explícitamente tal beneficio.

70. *¿Gana el inquisidor durante su vida o a la hora de la muerte indulgencia plenaria?*

Sí. Así lo han establecido los papas Clemente iv, Alejandro iv y Urbano iv que extendieron a los inquisidores el beneficio de indulgencia plenaria concedido durante la vida y a la hora de la muerte a todos los que luchan por la conquista de Tierra Santa.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

1. Para hacerlo bien, un manual, 9
2. Opus romanum, 23
3. La herejía, los herejes, 31
4. El Directorium. La edición romana. Nuestra edición, 45

El manual de los inquisidores, 53

Primera parte:

JURISDICCIÓN DEL INQUISIDOR, 55

A. La herejía, 57

1. La noción de herejía, 57
2. Proposición o artículo herético, 59
3. Error y herejía, 61

B. Los herejes, 61

4. Aceptaciones jurídicas del calificativo de hereje, 61
5. El hereje en sentido estricto, 62
6. Herejes manifiestos y secretos, 64
7. Herejes afirmativos o negativos, 64
8. Causas principales de herejía, 66
9. Herejes condenados en el derecho canónico, 67
10. Herejes nombrados en el derecho civil, 68
11. Herejes condenados por legados papales, en la curia romana o fuera de ella, 70
12. Heresiarcas, 71
13. Herejes impenitentes, penitentes y relapsos, 73
14. Blasfemos, 75
15. Videntes y adivinos, 78
16. Demonílatras o invocadores del diablo, 80
17. Cristianos adscritos al judaísmo, judíos convertidos y ulteriormente rejudaizantes, 85
18. Cristianos adscritos a la secta de los sarracenos, 87
19. Jurisdicción de la Inquisición sobre los infieles y sobre todos los que se oponen a la fe cristiana, 88
20. Excomulgados tenaces que permanecen un año bajo excomunión, 94
21. Cismáticos, 96
22. Apóstatas, 97
23. Fieles de los herejes, 99
24. Los que albergan, acogen o reciben a herejes, 100
25. Protectores de herejes, 100
26. Bienhechores de herejes, 101
27. Los que se oponen a la Inquisición, 103
28. Suspectos de herejía, 105
29. Los diez casos de sospecha fuerte o vehemente, 106
30. Los difamados de herejía, 110
31. Relapsos, 111

El Directorium inquisitorum, manual de la inquisición, ya pertenece a la historia de la libertad del pensamiento. Redactado en 1376 por el dominicano gerundense Nicolau Eimeric, y comentado, por encargo de la Santa Sede, por el canonista aragonés Francisco Peña en 1578, este texto prefigura muchas modernas artes de condena, de prohibición, de utilización del brazo secular.

Los ardores inquisitoriales que tanto caldearon a la Iglesia representan un anatema consustancial a la doctrina. Juan, el bien amado, utiliza en el Apocalipsis un lenguaje cuyos resplandores de odio iluminan a veces los tenebrosos abismos del amor.

Esta sabia versión de Luis Sala-Molins ofrece un acceso tan fascinante como espeluznante al Manual, documento que instruye sobre los fundamentos del poder político, religioso, cultural e incluso policial, tanto o más que los textos de Kafka, de Primo Levi o de Canetti. Y, sobre todo, constituye la prueba por el absurdo de un silogismo de escabrosa actualidad: nada une tanto como lo que divide.

ISBN 84-7669-267-6



9 788476 692677

